La Serie de Amor y Guerra



# La María Negra

R.P.G. Colley



# La María Negra

La Serie de Amor y Guerra

R.P.G. Colley

rupertcolley.com/international/spain/

Versión en inglés con derechos de autor Rupert Colley 2013

Versión en español con derechos de autor Rupert Colley 2025

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo la fotocopia, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa y por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves utilizadas en una reseña de libro.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes descritos en esta producción son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales (vivas o fallecidas) o con eventos reales es pura coincidencia.

# Prólogo: Moscú, 28 de febrero de 1992

Al salir del taxi bajo el débil sol de febrero, sentí como si me hubieran abofeteado por la intensidad del frío.

—Así que aquí es donde vive —dije, mientras el maltrecho Trabant se alejaba a toda velocidad entre la nieve.

Caroline, envuelta en piel sintética, se ajustó el gorro sobre las orejas. Se volvió y me sonrió.

—Pobre Richard, tienes la nariz roja —dijo, riendo. A nuestro alrededor, la nieve caía, sus copos atrapados por el sol, brillando como polvo de oro.

Nos tomó unos quince minutos encontrar la entrada correcta al edificio de apartamentos, para entonces, mis pies ya estaban incómodamente fríos. Aliviados de entrar al calor del amplio vestíbulo, nos acercamos al conserje; un hombre de mandíbula cuadrada sentado detrás de un escritorio, leyendo un periódico, con un cigarrillo húmedo apretado en el labio inferior. Caroline le mostró el papel con la dirección escrita y le habló en lo que, para mis oídos ignorantes, sonaba como ruso fluido. El hombre nos miró con sospecha y respondió en un tono apagado, el cigarrillo moviéndose donde los labios no lo hacían.

—Cuarto piso —dijo Caroline.

—*Spaseeba* —dije con entusiasmo, sintiéndome un poco tonto por su falta de respuesta.

En el ascensor, Caroline desenrolló su bufanda.

—¿Estás listo para esto? —preguntó, mientras se quitaba el gorro y sacudía su melena de pelo decolorado.

—No, va a ser terrible.

—Oh, vamos, Richard, no empieces otra vez. Ya estamos aquí y no hay nada de qué preocuparse.

—Pero ¿qué pasa si descubro algo que no quiero saber?

Suspiró; ya habíamos tenido esta conversación antes.

—¿Como qué exactamente?

—No lo sé, algo sobre mi padre.

—¿Qué, como que era un agente de la KGB? Mira, todo lo que vamos a encontrar es una anciana que quiere rememorar su vida y completar las piezas faltantes de su rompecabezas. Estará bien.

—Gracias por venir, Caroline.

—No seas tonto, no me lo habría perdido por nada del mundo. —Se inclinó hacia adelante y plantó un beso en mis labios, dejando el sabor persistente de su lápiz labial. Las puertas del ascensor se abrieron y momentos después, estábamos frente a la puerta del apartamento—. Vamos, toca —susurró Caroline.

Contuve la respiración; estaba a punto de conocer a mi único pariente vivo y era demasiado tarde para dar marcha atrás. Mi ascendencia rusa no era algo en lo que hubiera pensado alguna vez. Había nacido hace treinta años en Rusia, pero era inglés, criado en Londres y, en lo que a mí respectaba, eso era todo. Pero ahora, estaba a punto de encontrarme cara a cara con la abuela rusa que nunca había conocido. ¿Vería ella a su hijo en mí? ¿Me vería yo reflejado en ella? ¿Me aprobaría? ¿Importaba? No, en apariencia no; ella no había sido parte de mi vida. Pero al no tener padres ahora, sentía como si la aprobación fuera lo único que anhelaba en mi vida.

La puerta del apartamento se abrió y allí, frente a nosotros, había una mujer regordeta de mediana edad con brazos de carnicero. Caroline abrió la boca para hablar, pero la mujer, claramente esperándonos, nos hizo señas para que entráramos. Señaló un perchero y, tres pasos cortos después, nos encontramos en la sala de estar. Sentada en un sillón de cuero rojo, flanqueada por una gran planta de yuca, estaba mi abuela.

—Pasa, pasa —dijo con un fuerte acento ruso, extendiendo su mano.

—Hola... —vacilé, sin saber cómo dirigirme a ella. Sabía que su nombre era Maria, pero parecía demasiado familiar, y *abuela* no sonaba del todo apropiado.

—Maria, llámame Maria. Por favor, siéntate, siéntate. —Me gustó cómo percibió mi dilema y me sentí un poco más cómodo. Era pequeña y frágil, como se podría esperar de una mujer de 87 años, pero sus ojos brillaban, su sonrisa era amplia y su piel sorprendentemente tersa. La habitación, sofocantemente calurosa y claustrofóbica, olía a cera para limpiar. Un gran número de cuadros adornaba las paredes, y los estantes estaban repletos de libros de bolsillo. Caroline y yo nos sentamos juntos en el sofá y sonreímos tontamente, preguntándonos qué decir.

Maria mantuvo una breve conversación con la mujer que nos había recibido, quien luego desapareció en otra habitación. —Mi ama de llaves Irina —explicó Maria—. Tiene la mitad de mi edad, pero, ¡cómo se queja! Como una vieja bruja. ¡No como yo! Pero nos preparará un té.

Caroline y yo nos reímos, y sentí un cariño inmediato por esta animada anciana.

—¿Entonces, me encontraron bien, sí?

Preguntó por nuestro hotel, nuestro vuelo, cómo nos gustaba Moscú y cómo estábamos lidiando con el frío. Hablaba rápidamente, terminando sus frases con una ligera risita. Parecía nerviosa, pero yo también lo estaba. Vestía diferente a lo que había visto en otras ancianas rusas, llevando ropa elegante de colores vivos y luciendo un broche de martín pescador. Se había aplicado un toque de maquillaje y se podía ver la belleza de la mujer bajo los años. Me pregunté cuánto del maquillaje y la ropa elegante serían por nuestra presencia.

Después de un rato, dejó de hablar, quizás consciente de cuánta charla trivial había hecho en tan poco tiempo. Me miró con cierta curiosidad, absorbiendo la imagen de su nieto, la pieza perdida de su rompecabezas. Intenté mantener su mirada, traté de sonreír, y me encontré sintiéndome incómodo bajo su escrutinio y cada vez más consciente de lo caluroso que estaba en su apartamento.

—Le hemos traído algunos recuerdos de Inglaterra —dije, rebuscando en mi bolso. Le pasé una bolsa de plástico pesada llena de cosas que había comprado en el supermercado: té inglés, mostaza inglesa, jarabe dorado, chutney, mermelada y otras delicias del paladar inglés. Miró cada uno por

turno, tratando de leer las etiquetas y haciendo los apropiados sonidos de aprobación. Colocando todas las latas, frascos y paquetes en la mesita auxiliar frente a ella, sonrió y, ladeando la cabeza, agradeció a Caroline y a mí por nuestra generosidad. Eso, concluí con tranquila satisfacción, fue dinero bien gastado.

—Richard, debo decirte ahora, tu padre... murió el año pasado.

—Oh. —Pensé en mi padrastro, muerto a los cincuenta, pero por supuesto, ella se refería al padre ruso que nunca conocí.

—Sí, el año pasado. Un cáncer. No era viejo.

—Oh. Ya veo. —Sentí que mis mejillas se sonrojaban mientras buscaba desesperadamente algo apropiado que decir. ¿Quién, me pregunté, debía consolar a quién? ¿Debería parecer afectado? Nunca conocí al hombre, y la noticia de su muerte no provocó más que una incómoda conciencia de que quizás debería estar consolando a mi propia abuela por la muerte de su hijo. Miré a Caroline, esperando un salvavidas, alguna forma de intervención.

—No era un buen hombre.

El veredicto tajante de Maria era el salvavidas que estaba buscando y sonreí aliviado. Pero luego, al darme cuenta de que mi rostro sonriente quizás no era la respuesta más adecuada, intenté parecer serio y preocupado. Sin embargo, mis esfuerzos eran evidentes y Caroline soltó una risita.

—Lo... lo siento —balbuceó.

Maria resopló.

—Pobre muchacho, no sabe cómo pensar. Pero puedo decírtelo porque veo que no eres como tu padre —Bueno, eso era algo, pensé—. Tienes un rostro amable, un corazón bondadoso. Esto lo sé. Tu padre no era amable. Él no podía cruzar la ciudad para venir a verme, pero tú... tú vienes desde Inglaterra, y con todas estas cosas deliciosas para comer.

—Yo quería... quería... —¿Qué había querido, qué me había hecho venir, casi por capricho? ¿Era para encontrar una dirección en mi vida? Dios, la necesitaba. Tenía treinta años y aún no tenía un rumbo fijo. Había pasado años flotando de un lugar a otro, de un trabajo a otro, y todas mis relaciones

parecían haber durado menos que el ciclo de vida de una libélula. Caroline, esperaba, era diferente. Quería estabilidad; necesitaba una base. ¿Era por eso que había venido a Rusia con Caroline, para encontrar algo que faltaba en mi vida? Parte de ello, creo, era para encontrar a mi padre. Bueno, esa era una vía que ya estaba cerrada, pero apenas parecía importar. ¿Qué le habría dicho, qué esperaba encontrar? De alguna manera, con esta anciana, era diferente; aquí había una zona de amortiguación, una generación extra entre nosotros.

—Tu padre, él cree que es Casanova, cree que puede convertir las cosas en oro —dijo Maria, deslizándose al tiempo presente—. Siempre mirando hacia adelante, nunca mirando atrás. Algunos podrían decir que eso es bueno, pero cada vez olvida sus errores. Se esfuerza demasiado, siempre demasiado. —Encontré sus palabras extrañamente familiares, quizás ese era mi problema: nunca evaluar, nunca aprender, siempre demasiado ansioso por lanzarme de cabeza. Hubo un silencio y seguí la mirada de Maria hacia una fotografía en el aparador. Era un retrato a color de mi padre, con cuello y corbata en una toma oficial de cabeza y hombros, con su larga nariz delgada, su cabello oscuro y ondulado cuidadosamente peinado y una sonrisa ligeramente cohibida. Era mi padre, sin duda, una versión más pulcra de mí mismo.

Irrumpiendo con una bandeja de té y galletas, Irina rompió el incómodo silencio.

—Aquí estamos —declaró Maria—. Ponla en la mesa aquí —le indicó a Irina en inglés, empujando suavemente mis regalos hacia un lado de la mesa. Irina la miró con el ceño fruncido y dijo algo en ruso que, por su tono, sonaba como *¿Dónde más querías que la pusiera?* antes de desaparecer de nuevo.

—Karen, tú sirves —dijo Maria.

Caroline pareció incómoda pero obedeció.

—Richard, por favor, echa un vistazo a mis fotografías y los cuadros —Sonreí y me levanté, cohibido—. No seas tímido —dijo con un toque de risa.

Sobre el aparador, junto al retrato de mi padre, había una fotografía de un soldado, alto y de cabello negro azabache, con los brazos cruzados, sonriendo a la cámara. Las fotos enmarcadas de Maria la mostraban en varias etapas de su vida; sus ojos siempre chispeantes, su pose natural. A veces sola, a veces con niños y familia. Entre las fotos había un pequeño busto dorado de Lenin, con ese ceño fruncido permanente grabado en su rostro, y un curioso osito de madera con las patas arañando el aire; de aspecto bastante feroz. Los cuadros en las paredes también estaban enmarcados, en su mayoría pequeños paisajes e iglesias. Al fondo de la habitación, frente a la ventana, había una pintura grande, una verdadera obra de arte y, a mi ojo inexperto, un original. Era una escena campestre, un pequeño grupo de campesinos apiñados alrededor de una mesa de madera. Los hombres parecían fuertes, con las mangas arremangadas, el sudor brillando en sus frentes colectivas. Las mujeres servían y repartían jarras de bebida, sus rostros sonrientes, sus mejillas llenas de aire del campo. Era una obra impresionante, pero desmerecida por su tosco mensaje propagandístico, su triunfalismo descarado. Estaba a punto de apartarme cuando mi atención fue captada por la mujer que dominaba el extremo derecho del cuadro; sosteniendo una jarra, vestida con un mono azul, el pelo recogido: reconocí los ojos chispeantes.

Caroline le entregó a Maria su taza de té.

—Gracias, Karen; haces una buena esposa rusa. Dime, Richard, ¿te gusta el cuadro grande?

—Sí —dije, notando el rubor en las mejillas de Caroline—. Lo estaba admirando. Es bueno, muy bueno.

Su rostro se congeló por unos segundos y temí haber dicho algo incorrecto.

—Sí —dijo lentamente—, esas fueron exactamente las palabras que usó mi Petrov.

—¿Petrov?

—Siéntate, Richard, siéntate. —Me gustaba cómo pronunciaba Richard, cada sílaba alargada de modo que sonaba como *Reech-hard* con una doble 'h' en el medio—. Dime, eres un chico inglés, ¿verdad?

—Bueno, técnicamente, soy en parte ruso —aventuré nerviosamente.

—¿Y qué sabes de tu historia rusa?

—Yo... eh, bueno, no mucho en realidad.

—Quiero contarte una historia, mi historia, y entonces conocerás tu historia rusa. —Hizo una pausa y observó mi expresión. Quizás parecía dudar, porque pareció empeñada en justificar su afirmación—. Sí, conocerás la historia de la Rusia soviética, porque yo la he vivido. Nací antes de la Revolución y ahora se ha ido, pero yo, yo sigo aquí. Creo que tal vez soy la última. No muchos pueden sobrevivir a mi vida y llegar a mi edad. Mi historia te contará todo lo que necesitas saber sobre la Unión Soviética. Y entonces, sabrás más sobre ti mismo. ¿Entiendes?

—Sí, creo que sí.

Irina reapareció con su abrigo puesto. Las dos mujeres intercambiaron unas palabras de sonido áspero y luego, sin prestarnos atención, Irina cogió un juego de llaves del aparador y se marchó abruptamente, cerrando de un portazo la puerta principal.

—¿Qué edad tienes, Richard?

—Treinta.

Dio un sorbo a su té.

—Treinta, hmm. Yo estaba aquí en Moscú cuando tenía tu edad en mil novecientos treinta y cinco. Estaba casada, por segunda vez. Se supone que debo envidiar tu edad, ser tan joven, tener la vida por delante. Pero no lo hago. Mi corazón late con miedo cuando pienso en mí misma como una joven mujer en aquellos días. Fue el año en que me enamoré. Eso debería hacerme feliz, ¿no? Pero el amor en esos tiempos traía peligro. ¿Quieres que te lo cuente?

Caroline y yo intercambiamos miradas. Sabíamos que nos esperaba una larga jornada pero, en ese momento, a pesar del calor sofocante de la habitación, supe que no había otro lugar donde pudiera estar. Esta era una historia que precedía a mi propia existencia, un relato que podría mostrar

los giros y vueltas que, en última instancia, conducirían a mi propio comienzo. ¿Cómo podría no escuchar, cómo podría no saber?

—Debes entender —dijo Maria—, nunca antes he contado mi historia. Eres mi nieto, pero no sabes nada de mí ni de mi país. No es tu culpa, por supuesto. Pero por ti, Richard, y Karen, contaré esta historia, y entonces sabrán.

—De acuerdo, eso suena...

—Muchas veces he recordado esta historia. Algunos hechos, no los conozco. Pero los imagino tan bien, y tantas veces, que para mí son tan buenos como si fueran verdad. Mi historia comienza con un secreto. Pero esto es demasiado terrible para contar. Sé que seré condenada cuando pronto llegue mi hora. Esta es la parte que no he ensayado, debes entender, es demasiado difícil para mí. Quizás os lo cuente... otro día, no lo sé. Llegué a Moscú con este secreto dentro de mí. Si alguien lo supiera, me arrestarían y me enviarían a los campos de prisioneros, no puedo decir ni una palabra. Nadie lo sabe. En mil novecientos treinta, llegué a Moscú y conocí a un hombre, Petrov. Nos casamos, pero yo no estaba enamorada. No, eso vino después cuando conocí a Dmitry, un hombre tan apuesto. Yo era amiga de su hermana, Anna. Recuerdo muy bien, estaba con Anna en mi apartamento y ella me estaba hablando de su hermano. Me prepara una taza de té, así, y recuerdo sus palabras exactamente. Me dice: —Supongo que es bastante guapo. Pero como su hermana, no es algo en lo que piense...

# PRIMERA PARTE

# Capítulo 1: La invitación:

—Supongo que es bastante atractivo. Pero siendo su hermana, no es algo en lo que piense —estaba puliendo un pequeño busto dorado de Tchaikovsky mientras Anna intentaba describir a su hermano Dmitry—. Siempre me ha parecido extraño que nunca se haya casado. Demasiado ocupado pintando, supongo.

—¿Atractivo, dices? —pregunté intencionadamente.

Anna arrugó la nariz mientras me sonreía.

—Eres una mujer casada, Maria Radekovna.

—Hmm.

Anna era la única persona a quien podía considerar una amiga. Diez años mayor que yo, parecía más joven llevando el pelo corto. Echó un vistazo a mi hermano. Viktor estaba sentado en un sillón en la esquina de la habitación. El sillón, ahora moteado y rosado, alguna vez había sido rojo y aún se veían algunos vestigios de su antigua gloria colorida. Una pila de libros sustituía una pata faltante. Los ojos hundidos de Viktor estaban cerrados; su cabeza recostada contra la manta manchada sobre su pecho. Me acerqué a él y coloqué el busto de Tchaikovsky entre sus manos, y le subí la manta hasta debajo de la barbilla y alrededor de los hombros. Su respiración parecía tan fuerte en la pequeñez de la habitación.

—Le gusta su Tchaikovsky; le recuerda tiempos mejores —le sonreí como una madre a su hijo—. Tiene sus buenos días —dije casi disculpándome—. Días en los que puede deambular por el apartamento y hablar un poco. Ya estaría muerto si no lo hubieran dejado salir. Al menos, aquí, puede tener la dignidad de morir en casa.

Sabía que Anna sentía lástima por mí; donde una vez había intentado mantener un hogar limpio, todo se había deteriorado desde el regreso de Viktor. Todo el lugar olía a repollo hervido, y la sensación y el olor a humedad flotaban en el aire. Montones de ropa y periódicos viejos y arrugados cubrían el suelo de linóleo. Los utensilios de cocina estaban

apilados en un plato por miedo a que fueran robados por mis vecinos en la cocina compartida. Una estufa Primus estaba en la esquina, toallas secándose sobre el tendedero, y la única ventana estaba cubierta por una cortina rota que colgaba precariamente de un alambre combado. Para cualquiera que no lo supiera, era como si ya no me importara.

Petrov no siempre había aprobado mi amistad con Anna. Sentía que no era el tipo adecuado para relacionarse, careciendo de las verdaderas credenciales de una proletaria. Pero Anna y yo seguíamos reuniéndonos una o dos veces al mes mientras Petrov estaba fuera trabajando, y gradualmente se volvió más tolerante con mi amiga mayor.

—Entonces, dime, ¿tu Dmitry vive cómodamente?

—Por supuesto, es un artista; vive como un rey. Le dieron un apartamento amueblado *y* su propio teléfono. Incluso le dieron una dacha. Recibe lo que llaman una ración de artista como parte de la "intelligentsia creativa". Así que tiene acceso, ya sabes, a las tiendas especiales y me ayuda. Nunca podría invitarte a cenar a mi apartamento.

Viktor tosió, una tos tortuosa y áspera que lo despertó e hizo que Anna saltara. Miró alrededor de la habitación y sus ojos se posaron en ella por unos segundos, pero no hizo ningún intento de reconocerla ni mostró señal alguna de sorpresa por su presencia. Después de unos momentos, sus ojos se cerraron de nuevo y su cabeza se desplomó contra su pecho.

—Estará bien por una noche —dije. Ella se había ofrecido a cocinar para Petrov y para mí en el apartamento de su hermano; una rara noche fuera para nosotros.

—Rosa también puede venir a cenar, si quiere.

—Anna, eres muy amable, pero ella siempre tiene sus propios planes. Ya sabes cómo son los de dieciocho años. Pero gracias, estoy deseando que llegue.

—¿Está bien a las ocho? ¿Tienes los detalles?

Rebusqué en mi bolsillo el trozo de papel en el que había escrito la dirección de Dmitry y lo leí en voz alta.

—Esa es —dijo ella.

Miré fijamente el trozo de papel y lo releí para mí un par de veces. Pronto se convertiría en una dirección que quedaría grabada para siempre en mi memoria.

*

¿Por qué había sabido que esa noche cambiaría mi vida? ¿Qué voz interior me había advertido? Quizás porque deseaba que sucediera, que pasara *algo* porque sabía que mi futuro no estaba con Petrov. Le debía a Petrov mi supervivencia, mi existencia, pero donde una vez fue mi protector, ahora se había convertido en mi carcelero. Donde una vez me había dado la oportunidad de respirar, ahora me estaba asfixiando. Solo tenía treinta años y aún tenía esperanzas de algo mejor. Pero había una cosa de la que sabía que no podía escapar: mi pasado. Yacía dentro de mí, una historia no contada que me perseguiría por siempre. Era ineludible. A veces anhelaba contárselo a alguien, permitir que lo indecible fuera dicho. Pero ¿qué opción tenía? Mi propia existencia estaba en juego.

Todos los días en Moscú se ven mendigos; es una imagen común. Son los marginados, los «antiguos ciudadanos» a quienes el Estado ha desechado como parias. Uno los ignora; pues simpatizar o establecer cualquier tipo de contacto social es mancharse con la misma brocha. Pero me compadezco de ellos porque, durante nuestros primeros meses en Moscú, Viktor y yo nos contábamos entre ellos. Finalmente, encontré trabajo como criada de un contable y vivía en un pasillo abarrotado frente a su puerta, trabajando largas horas simplemente por el privilegio de comer. Fue a través del contable que conocí a Petrov. En tres meses, nos casamos. La ceremonia fue rápida y sin alboroto, llevándose a cabo en una pequeña oficina en el cuarto piso de una comisaría de distrito. Esperamos en fila detrás de una cola de otros: personas registrando matrimonios, nacimientos, divorcios y defunciones. Pero independientemente de su razón para estar allí, todos llevaban la misma expresión, no se podía diferenciar entre los alegres y los afligidos. Tras esperar nuestro turno, nos apoyamos en el alto mostrador, firmamos varios formularios, pagamos nuestros tres rublos a la empleada malhumorada y fumadora empedernida, y nos fuimos. La «ceremonia» duró en total seis minutos.

Ahora llevaba la máscara de una esposa respetable de un activista del Partido de nivel medio, pero bajo el camuflaje, la conciencia seguía indeleblemente plagada. Tomé su apellido y Petrov obtuvo mis papeles y un pasaporte interno: mi nueva persona estaba completa. Me inventé una nueva historia: hija de un relojero de Leningrado, había venido a Moscú para continuar mi educación y trabajar más cerca del corazón del comunismo. Viktor también pudo obtener una nueva identidad y poco después su esposa e hija se unieron a él en la ciudad. Habíamos perfeccionado nuestra historia y, hay que decirlo, todo fue gracias a Petrov. Pero incluso Petrov solo sabe lo que le he contado y aunque no conoce nada de nuestra historia real, sabe lo suficiente como para que nos quiten nuestros pasaportes internos y nos arresten. Sin el pasaporte, uno está acabado: pierdes tu derecho a trabajar, tu cartilla de racionamiento, se te prohíbe acceder a los beneficios estatales y todo el sistema soviético se te cierra: llevas el estigma como una insignia, eres uno de los marginados, un antiguo ciudadano. A medida que el Partido se vuelve más y más paranoico con elementos extraños infiltrándose en sus filas, la gente es más propensa al arresto y la deportación que nunca. Petrov lo sabe pero nunca lo menciona. Es suficiente con que yo lo sepa.

Petrov, lo sé, también está desilusionado. Siempre ha querido tener hijos, muchos de ellos, y ahora se siente traicionado porque no he podido satisfacerlo. Sé que su deseo proviene más de su sentido de responsabilidad cívica que de un anhelo paternal; pues el Estado deja claro que es nuestro deber patriótico y social engendrar futuros soviéticos. De hecho, paga a las familias con siete hijos o más alrededor de 2.000 rublos al año en ayudas infantiles. Petrov, siempre fervientemente ansioso por cumplir con sus obligaciones sociales, lo ve como un fracaso en ambos. Mi infertilidad se ha convertido en objeto de reproche silencioso, un ritual de humillación.

Yo también quiero un hijo; simplemente no quiero a Petrov como su padre. Quizás Dios es consciente de esto, pues después de todo este tiempo sigo sin hijos, a pesar de los mejores esfuerzos de Petrov por lo contrario. Había esperado que se divorciara de mí y encontrara otra esposa más productiva. El divorcio es tan fácil en la Unión Soviética: no necesitas el consentimiento del otro y puede hacerse en cuestión de minutos. Pero a pesar de sus inclinaciones revolucionarias, Petrov es, en muchos aspectos, anticuado y no contempla el divorcio. Especialmente, porque cree que me

ama. Por supuesto, no es así: nunca ha experimentado el amor verdadero para saber la diferencia entre el amor y la costumbre. A veces, me visualizo entrando en una oficina de registro y firmando la declaración de divorcio, liberándonos a mí y a Petrov de nuestra mutua carga. Si tan solo lo supiera, me lo agradecería. Pero sé que lejos de darme un futuro, tal acción traería el pasado al presente y mi máscara se deslizaría y caería.

Y así, durante estos últimos cinco años, he vivido como Maria, con mi historia inventada y mi nombre asumido como la atenta esposa de Petrov.

Era hora de liberarme. Era hora de vivir de nuevo.

# Capítulo 2: La Cena

La noche siguiente, fría y ventosa, Petrov y yo llegamos a la hora señalada de las ocho. El edificio, según Anna, hasta hace poco había sido un bloque de viviendas corriente antes de ser remozado y renovado para convertirse en una cooperativa de artistas que constaba de más de cien apartamentos de tamaño lujoso. Petrov y yo dimos nuestro nombre al rechoncho conserje, quien nos indicó el ascensor.

Mientras caminábamos por el pasillo resonante, intercambiamos miradas, con sus ojos furtivos detrás de sus gafas sin montura. Era casi como si nos sintiéramos culpables de estar en tal ambiente. Este pasillo no apestaba a repollo, ni estaba poblado de ocupantes harapientos, ni amontonado con basura y comida en descomposición. Creo que Petrov se dio cuenta de lo bajo que estaba en el orden jerárquico del Partido. Llamamos a la puerta y, mientras esperábamos, rápidamente enderecé la sobria corbata azul de Petrov. Petrov estaba más cerca de la edad de Anna, pero en apariencia parecía mayor. Llevaba su habitual traje oscuro y zapatos negros pulidos, y para la ocasión, se había recortado especialmente el bigote y la perilla. La puerta se abrió de golpe y nos recibió Anna.

—Bienvenidos, camaradas —dijo bastante formal—, pasen.

—Hola, Anna —dije, plantando un delicado beso en cada mejilla. Nos llevó a la sala principal que estaba bañada en una cálida y acogedora luz. La mesa ya estaba puesta para la cena. Una gran alfombra estampada cubría la extensión del suelo; las paredes de la habitación estaban pintadas de un amarillo oscuro y todo parecía tan espacioso comparado con lo que estábamos acostumbrados. Colgaban, como de costumbre, retratos de Stalin y Lenin, y otro de Molotov. Entre las fotografías había varios pequeños cuadros de paisajes. Me pregunté si estos serían obra de nuestro anfitrión. De pie en la esquina, vistiendo una camisa a cuadros y una chaqueta de pana marrón, abriendo una botella de vino tinto estaba, supuse, el hermano de Anna. Nos sonrió cuando Anna nos hizo pasar, colocó la botella sobre la mesa y se acercó a nosotros con la mano extendida.

—Hola, bienvenidos. Soy *el* hermano, Dmitry, encantado de conocerlos —su voz era profunda, cada palabra cuidadosamente articulada. Me sentí sonrojar cuando me estrechó la mano. Sus ojos eran oscuros y tenían un aspecto ligeramente travieso, marcados con prominentes líneas de risa; su pelo, negro pero ligeramente canoso, era más largo de lo habitual y peinado hacia un lado. Y, no pude evitar notarlo, olía a loción para después del afeitado, algo tan raro en Moscú. Era alto —con más de un metro ochenta, se erguía por encima de Petrov, pero su postura era ligeramente encorvada. Parecía fuerte; este, pensé, no era un hombre habitualmente molestado por la escasez de alimentos.

—Espero que ambos tengan hambre —dijo.

—Mmm.

—Si me disculpan —dijo Anna—, necesito revisar la cocina.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté, pensando en lo agradable que debía ser tener toda una cocina para ella sola. Qué diferencia entre este esplendor doméstico y mi sórdido alojamiento con su cocina comunal y utensilios compartidos.

—No, no, ya está todo listo, solo faltan los últimos toques, ya sabes.

Dmitry sonrió y no pude evitar sentir un cosquilleo de placer por la forma en que me miraba.

—Por favor, permitidme tomar vuestros abrigos.

Charlamos sobre el clima y nuestro viaje hasta allí. Anna reapareció de la cocina, secándose las manos en el delantal.

—La cena estará lista en un momento —dijo.

Mientras Dmitry encendía las velas, Petrov deambulaba por la habitación, tomando adornos y libros como si los inspeccionara para una subasta o quizás buscando autores que hubieran caído en desgracia ante el Partido. En la esquina de la habitación, sobre una pequeña mesa de madera, había un gramófono y, a su lado, un estuche lleno de discos. Vi a Petrov hacer una mueca; evidentemente desaprobaba tal extravagancia, olvidando cómo solo unos días antes, él mismo había hablado de comprar uno.

—¿Buscando evidencia de objetos contrarrevolucionarios? —preguntó Dmitry con intención.

Petrov rio con vergüenza.

—No, por supuesto que no —dijo. Pero temí que Dmitry ya había calado a mi marido.

*

Media hora más tarde, estábamos terminando el primer plato: ensalada de champiñones y pimentón. No podía recordar la última vez que había comido champiñones.

—Esto está verdaderamente delicioso, Anna. No sabía que fueras tan buena cocinera.

—No es tanto la cocina; es tener los ingredientes adecuados desde el principio. Nunca podría haber hecho esto sin los contactos culinarios de Dmitry.

Dmitry rio.

—Todo es cuestión de saber dónde ir.

Miré de reojo a Petrov. Podía notar que se sentía incómodo; le gustaba la comida sencilla y esta cena seguramente le daría indigestión.

—Así que —dijo, sirviéndose una segunda copa de vino—, nunca supe que el Partido tuviera en tan alta estima al artista. Siempre pensé que el arte era un pasatiempo burgués, pero parece que te va bien, si me permites decirlo, Dmitry.

Sabía que esto era una reprimenda política disfrazada de pregunta retórica. Afortunadamente, Dmitry se elevó por encima de la crítica implícita.

—Bueno, como dice Stalin, el artista es el ingeniero del alma...

—Un brindis por el camarada Stalin —dijo Petrov efusivamente.

—Camarada Stalin —dijimos todos al unísono con entusiasmo.

—Dmitry ha sido nominado para una Orden de Lenin, ¿verdad, Dmitry? —dijo Anna—. Por su "contribución al arte socialista".

—Bueno, sí...

—Si se la conceden, la recibirá el Día del Trabajo en las celebraciones del Parque Gorki.

—Felicidades —dije.

—Gracias, pero aún no lo he ganado. Aunque lo importante es lo que *hago*, ¿sabes? El arte tiene un papel vital en la sociedad. Tengo un trabajo que hacer y, afortunadamente para mí, el Estado considera que mi labor es fundamental para expresar el realismo socialista tal como es, o al menos como debería ser.

—¿Como debería ser? —Petrov seguía intentando ganar puntos políticos con su anfitrión y estábamos entrando en terreno delicado. Uno no se atrevía a criticar al Estado, ni siquiera de forma oblicua, a menos que estuviera totalmente seguro de su compañía. Pero era poco probable que los comentarios de Dmitry fueran malinterpretados por un activista del Partido de base como mi marido.

—Sí, como debería ser y como *será* cuando alcancemos el verdadero socialismo. El camino es largo y arduo, amigo mío, y puede que se necesiten generaciones para cumplir la visión de Lenin. Y de todos modos, todo lo que ves a tu alrededor... no es mío, no en el verdadero sentido de la posesión, todo esto pertenece al Estado, yo solo lo cuido en una especie de préstamo permanente, si quieres.

Petrov se estaba agitando. Era un hombre de contradicciones. O bien caía presa de la envidia y criticaba rápidamente a los que estaban en mejor situación que él, creyendo que eran contrarios al espíritu del verdadero socialismo; o bien miraba con desdén a los que luchaban, creyendo que no habían hecho lo suficiente por la Revolución para cosechar sus recompensas. A menudo citaba el edicto de Marx: *El que no trabaja, no come*. Pero lo que realmente le sacaba de quicio era cuando otros usaban el nombre de Lenin como medio de justificación.

—Pero ¿no sientes lástima por nuestros compatriotas que pasan necesidades, que hacen cola durante horas...?

—¿Y tú? No creo ni por un momento, camarada, que tengas que hacer cola...

Petrov dio un rápido sorbo de vino para ocultar su vergüenza.

—No, pero...

—Pero quizás tengas razón, a veces me siento oprimido por un sentimiento de culpa. Pero míralo de esta manera: lo que tengo aquí es evidencia de que la escasez está disminuyendo. Por cada ciudadano privilegiado, hay uno menos en la cola del pan. Pronto el privilegio estará tan extendido que ya no se considerará un privilegio. *Entonces* sabremos que lo hemos logrado.

—Es decadencia burguesa, si me preguntas —dijo Petrov en voz baja.

—No. No lo es. Es mejora cultural.

—"La vida se ha vuelto mejor, camaradas" —dijo Anna citando el edicto de Stalin de hacía unos meses.

—Sí, y "la vida se ha vuelto más alegre" —dijo Dmitry, completando la cita.

Anna se rio y Dmitry hizo una mueca. Volví a mirar a Petrov. Los observaba y algo en su mirada me inquietó mucho. Intentaba descifrar si estaban citando a Stalin sinceramente o, como temía, burlándose de él. Si era así, estaban siendo increíblemente descuidados. Ridiculizar a Stalin o al Partido en compañía, por leve que fuera, podía significar una denuncia y arresto. Anna sabía que podía confiar en mí, pero de igual manera, sabía que ni siquiera yo confiaría en Petrov. Hasta donde yo sabía, él nunca había denunciado a nadie socialmente, pero en su trabajo, muchos habían sufrido por sus manos debido a sus bromas descuidadas. Petrov era un ferviente partidario del Partido que lo había ascendido mucho más allá de su capacidad. Su éxito había dependido del favor de ellos y de la caída de sus predecesores más capaces, pero con el ascenso venía la responsabilidad y con la responsabilidad venía el riesgo. Cuanto más alto llegabas, más probable y devastadora era la caída. Él pagaba sus cuotas al Partido con una

intensa devoción a la causa, desenmascarando a saboteadores y exponiendo a enemigos del pueblo dondequiera que creyera verlos.

En general, la gente era más cuidadosa ahora. Si sabías lo que te convenía, simplemente evitabas conversaciones de cualquier sustancia y te atenías a las banalidades de la vida cotidiana. Incluso una crítica susurrada hace diez años podía meterte en problemas. Y conocía a padres que se cuidaban frente a sus hijos —especialmente sus hijos— pues solo bastaba una repetición inocente de lo que mamá o papá habían dicho para que mamá o papá fueran llevados por la policía secreta, la NKVD.

Necesitando desviar la conversación, le pedí a Petrov que nos deleitara con la historia que me contó sobre su encuentro casual con un viejo amigo del Partido que había "desaparecido" por hacer una broma sobre el primer Plan Quinquenal. Petrov tragó su vino y contó su relato añadiendo embellecimientos y digresiones innecesarias. Fingí escuchar e hice los apropiados sonidos de aprobación mientras miraba sutilmente a Dmitry. Era raro encontrar a alguien tan lleno de confianza, tan relajado, tan seguro de su lugar en el mundo. Conocía a Anna desde hacía unos cinco años y ella ocasionalmente mencionaba a su hermano con un respeto casi reverente. Me había formado una imagen mental de un hombre apuesto y seguro de sí mismo, pero usualmente, cuando uno tiene una imagen de alguien, la realidad difiere enormemente de las ideas preconcebidas. En este caso, la imagen mental era infaliblemente correcta: él era, en efecto, seguro de sí mismo, y ciertamente muy apuesto.

El plato principal era algo digno de ver: pato asado cocinado en una salsa de cerezas negras con arroz; hacía mucho tiempo que no comía algo tan delicioso. Incluso Petrov comenzó a relajarse, dominando la conversación mientras se enfrentaba a su tercera y luego cuarta copa de vino. Dmitry y Anna sonreían cortésmente mientras él hablaba de su trabajo y compartía sus ficticias reminiscencias de su infancia revolucionaria en las calles de Moscú. Odiaba cuando la conversación giraba hacia los orígenes sociales; era el tema donde me sentía más vulnerable. Me había vuelto experta a lo largo de los años en dirigir inmediatamente el tema hacia terrenos menos controvertidos. En consecuencia, le pregunté a Dmitry sobre su pintura.

—Tengo un mecenas —dijo—. Me consigue trabajo, encargos, ese tipo de cosas. Es el presidente subregional de nuestra división local de RAPA.

—¿RAPA?

—Asociación Rusa de Artistas del Proletariado, de la que soy miembro. División de Moscú Este. De hecho, ahora mismo estoy trabajando en un encargo: una obra para el director de una fábrica de locomotoras.

—Qué interesante, ¿qué tipo de pintura es?

—Lo de siempre, una buena dosis de realismo social, la nobleza del campesino, ese tipo de cosas. Ya casi he terminado. Quizás, si a Anna no le importa, os la enseñe antes del postre.

Anna hizo un gesto con la mano. —No, no, adelante, yo recogeré los platos.

Dmitry nos llevó a otra habitación y encendió una luz que parecía innecesariamente brillante para un espacio tan pequeño. Dentro había una gran mesa empujada hacia un lado, cubierta de tubos de pintura, paletas, hojas de papel, pinceles y varios otros utensilios del oficio. El olor a pintura y aguarrás flotaba en el aire. En el centro de la habitación había un gran lienzo colocado sobre un caballete. —Está lejos de estar terminado — explicó Dmitry.

—Es bueno, muy bueno —dijo Petrov. No pude evitar arquear una ceja; era tan inusual que Petrov expresara una opinión espontánea, y menos aún una elogiosa. Pero tenía razón; era bueno, más que bueno. Era una escena campestre otoñal y brillante, aunque en un estilo excesivamente idealizado. Por supuesto, en la posición de Dmitry, difícilmente podría representar algo diferente. Una mesa dominaba la vista del espectador, y alrededor de ella se reunían varios campesinos de aspecto saludable compartiendo lo que parecía una bebida bien merecida. Algunas de las figuras ya estaban bien definidas, con una atención cuidadosa y realista a sus rasgos curtidos pero satisfechos. Otras eran esbozos en su ejecución, esperando sus características, su lugar apropiado en la pintura. Los hombres vestían monos, principalmente azul oscuro, algunos aún agarrando sus horcas o azadas. Atendiendo a su alrededor, sirviendo bebidas, había un par de mujeres mayores rollizas con vestidos negros y chales prácticos sobre sus

hombros robustos. Correteando debajo de la mesa, un par de perros y, jugando en la tierra a la izquierda, un pequeño grupo de niños. En el fondo, un campo en proceso de cosecha, la paja bañada por el dorado sol, y más allá, un grupo de árboles. Cada detalle estaba representado con precisión, cada matiz de expresión cuidadosamente plasmado. Así era como se suponía que debía verse la colectivización, el campesinado idealizado, el campo en su mejor armonía.

Por un momento, recordé con un escalofrío mis propias experiencias de la colectivización, pero luego la calidez de la pintura eclipsó rápidamente mis reservas. Esta era la obra de la imaginación de un hombre, el esfuerzo de una fuerza creativa. Me sentí privilegiada de estar de pie junto a su creador, un artista capaz de dar vida a una visión abstracta y glorificada en su cabeza.

—Sí, muy bueno —repitió Petrov.

—El arte tiene que atraer —dijo Dmitry—, y su atractivo debe ser inmediato.

—Es magnífico —ronroneé.

Me sonrió con una gratitud casi infantil por mi entusiasmo genuino. Nos miramos, más tiempo de lo estrictamente necesario, cada uno tratando de leer los pensamientos del otro. Creo que fue el momento en que me enamoré de él.

*

Estábamos comiendo el pastel de merengue de Anna y Petrov una vez más se explayaba, cantando alabanzas al Partido, proponiendo frecuentes brindis a varios dignatarios del Politburó y, como solía ocurrir, exagerando su papel en el trabajo y su responsabilidad como informante no oficial y no remunerado de la policía secreta. La más mínima digresión en su trabajo o la insinuación de una palabra mal colocada, y el NKVD se enteraba. Era algo de lo que Petrov se enorgullecía, pero rara vez hablaba de ello a menos que se despojara de su modestia por la influencia del alcohol. Sonreí débilmente; Dmitry y Anna parecían estar tensos.

Interrumpiendo el discurso de Petrov, Dmitry se volvió hacia mí y dijo:

—Entonces, ¿ustedes dos planean tener hijos?

Los ojos de Petrov se encendieron y yo jugueteé con mi servilleta. Dmitry se dio cuenta de su error.

—Yo... lo siento, no quise entrometerme —dijo torpemente, intercambiando una breve mirada con su hermana.

Miré mi copa y agité su contenido.

—No importa —dije en voz baja.

—¿No importa? —gruñó Petrov—. Por supuesto que importa, maldita sea. Cinco años, ese es el tiempo que llevamos casados, cinco años. Uno pensaría que en ese tiempo tendríamos media docena de bebés, pero oh no, ni uno, ni una maldita cosa.

Anna tosió delicadamente y Dmitry jugueteó con el tallo de su copa de vino, ninguno de los dos capaz de mirarnos a los ojos. Petrov, ajeno a la tensión que había causado, terminó su copa de vino. Alcanzando la botella vacía, la levantó y miró dentro con curiosidad. Afortunadamente, Dmitry no captó la indirecta poco sutil.

Petrov eructó.

—Es todo lo que te he pedido —murmuró en su copa—. Todo lo que he pedido y ni siquiera puedes hacer eso, ¿verdad?

Traté de ignorarlo.

—Cinco años —dijo, alzando la voz—. Ni siquiera me importaría tanto si fuera una niña, solo quiero un hijo. Pero no, mi esposa aquí, no puede o *no quiere* hacerlo. Dios, no es como si tuvieras algo más en tu aburrida vida, quiero decir...

—Basta, Petrov —dije, tratando de contener la irritación en mi voz.

Dmitry y Anna parecían conmocionados por el arrebato de Petrov. De alguna manera, lo había estado esperando, pero no en este momento, no frente a la compañía. Petrov solía ser muy cuidadoso con estas cosas, nunca de los que lavan la ropa sucia en público. Dmitry jugueteó con su cuchara de postre.

—Camarada —dijo—, sé que estás molesto, pero creo que quizás ya hemos oído suficiente.

—¿Suficiente? No has oído ni la mitad.

Tragué saliva, tratando desesperadamente de contener las lágrimas que podía sentir acumulándose dentro de mí.

Dmitry volvió a intentarlo:

—Sí, pero quizás...

—Es antinatural, eso es lo que es, y antipatriótico. Cada noche usa todas las excusas habidas y por haber. Por el amor de Dios, solo tiene que quedarse quieta...

—¡Basta! —gritó Dmitry, golpeando la mesa con la cuchara. Petrov lo miró boquiabierto, incrédulo—. ¿No tienes modales, hombre? ¿Cómo te atreves a hablar así de tu esposa delante de otros?

Me sujeté la cabeza con las manos.

—Está bien, Dmitry, de verdad...

—No, no está bien. Solo habla de sí mismo como si tú no existieras, y te trata como una ciudadana de segunda clase...

Petrov siguió mirando fijamente a su anfitrión.

—¿Cómo te atreves a hablarme así...?

—Considera tu propio comportamiento antes de juzgar. Vienes aquí, te emborrachas y luego procedes a abusar de tu esposa.

—Ella es *mi* esposa.

—¿Y qué clase de hombre crees que eso te hace?

—No el tipo de hombre tan alejado de la realidad que vive como un noble burgués.

Vi a Dmitry tomar una respiración profunda, como si conscientemente decidiera resistir la provocación de Petrov. Se volvió para mirarlo de nuevo.

—Creo que deberías irte ahora.

*

Una hora más tarde, estaba en la cama, Petrov a mi lado, muerto para el mundo, impermeable a la incomodidad del colchón, impermeable, como siempre, a mi angustia. Miré fijamente en la oscuridad, con las lágrimas rodando por mis mejillas, y contemplé el abismo que nos separaba a Petrov y a mí, el vacío entre nosotros. Había sido una noche terrible para él, una prueba. Se sentía intimidado por los hombres de posición, abrumado por la inteligencia, dolorosamente consciente de sus propias limitaciones. Y no puedo decir que lo culpara, porque pocos hombres podían igualar el encanto y el esplendor de un hombre como Dmitry. Pobre Petrov, siempre ansioso por hacer lo correcto, por pensar los pensamientos adecuados. En el fondo era un buen hombre, pero yo tenía que cavar cada vez más profundo para encontrar lo bueno dentro del exterior cada vez más grosero. Y por eso, estaba asustada.

# Capítulo 3: La Cita

A esta hora de la noche, el tranvía estaba casi vacío. Me senté cerca de la parte trasera y miré distraídamente por la ventana manchada. Qué fea era la mayor parte de Moscú: un sitio de construcción continua con edificios derribados aquí y reemplazados allá; lo viejo y lo nuevo lado a lado, los nuevos rascacielos soviéticos y los viejos edificios de la Moscú imperialista; lo pintoresco y lo feo yuxtapuestos de manera aparentemente aleatoria, pero todo uniformemente gris y en un constante estado de cambio. Pero todo parece feo cuando uno está nervioso; cuando el estómago de uno está en constante agitación. Por más veces que hiciera este viaje quincenal, la familiaridad nunca quitaba el temor. Cada dos martes a las diez de la noche, cruzaba medio Moscú para cumplir con mi cita. Para mantener mi parte del trato, superaba cualquier obstáculo que se interpusiera en mi camino: enfermedades, el clima, dificultades de transporte; nada podía excusarme de mi humillación quincenal. Renunciaría gustosamente a la pequeña cantidad de ingresos que me proporciona este desagradable deber con tal de no tener que continuar con mi sórdido trabajo. Los faros de los coches que pasaban iluminaban la llovizna constante. El tranvía se arrastraba por las largas y rectas calles, pasando por las viejas casas achaparradas, los bloques de apartamentos uniformes, las oficinas sin rasgos distintivos, alguna que otra iglesia. La hora de la noche y la llovizna habían vaciado las calles, salvo por los grupos de mendigos o "antiguos ciudadanos" amontonados en los portales, esperando ser desalojados y trasladados.

Abrí mi ejemplar de *Pravda*. Me llamó la atención un artículo sobre el arresto de un jugador de ajedrez de renombre internacional por agitación antisoviética, quien, apenas un mes antes, había sido glorificado por sus triunfos contra la oposición extranjera. Por lo demás, las noticias consistían en las habituales estadísticas exaltadas de fantásticas tasas de producción, cuotas superadas, de avances tecnológicos: una nueva central hidroeléctrica, ¡"la más grande del mundo"! Viva el experimento soviético y comparemos y contrastemos con los malvados imperios capitalistas y la situación de las masas trabajadoras bajo el yugo de los explotadores conspiradores. Aquí y

allá, se mencionaba al camarada Fulano arrestado por simpatía burguesa o por falta de vigilancia contra los enemigos del Estado. Otro artículo glorificaba la extensión de la colectivización: cientos de kulaks expuestos por señorear sobre los campesinos y transportados a algún lugar olvidado de Dios en el basurero de Rusia. Todo era información familiar, pero intenté concentrarme. Digerir *Pravda* regularmente era una parte importante de la rutina de uno, ya que no se atrevía a expresar una opinión hasta saber cuál era la postura del periódico al respecto. Ya se tratara de asuntos exteriores, política económica o la reseña de la última película, obra de teatro o exposición, era esencial hacer eco de los sentimientos del periódico. Si *Pravda* criticaba, tú criticabas; y si *Pravda* aprobaba, tú seguías su ejemplo. Y si *Pravda* aún no había expresado una opinión, te mantenías callado. La gente estaba demasiado asustada para ofrecer su propio punto de vista por temor a que no correspondiera con la línea oficial.

Me apeé cerca del Parque Gorki, desde donde caminé el resto del trayecto. Envolviéndome la cabeza con una bufanda, crucé la calle y me adentré en una oscura y estrecha callejuela, girando a izquierda y derecha por diversos callejones, un laberinto de calles sinuosas ocultas entre las avenidas principales, salpicadas de plazas ocasionales, muchas decoradas con una fuente. Las luces tenues de las pequeñas ventanas proporcionaban la única fuente de iluminación, y el ladrido esporádico de un perro era el único sonido en una ciudad por lo demás silenciosa. Miré mi reloj: eran casi las diez; mi corazón se agitó. Mientras avanzaba, mis zapatos resonando en las mojadas piedras adoquinadas, intenté ensayar mis palabras, el texto de mi informe semanal. Giré hacia un callejón corto y aminoré el paso al acercarme a la casa. Desde fuera, parecía una vivienda privada cualquiera, de cuatro pisos con numerosas ventanas, la mayoría oscuras. Me acerqué a la puerta principal y pulsé dos veces uno de los muchos timbres. La puerta se abrió casi de inmediato. Un joven alto y uniformado de ojos astutos e inexpresivos me miró fijamente durante un segundo antes de apartarse en silencio para dejarme entrar. Luego se asomó y escudriñó la calle arriba y abajo. Satisfecho de que nadie me hubiera seguido, cerró la puerta.

—Suba, el camarada Rykov la está esperando —dijo mecánicamente.

Sin hacerle caso, subí las escaleras hasta el último piso y crucé el pasillo, donde me detuve frente a una puerta para recuperar el aliento. Llamé y, al oír la tediosamente familiar voz desde dentro, entré. La habitación, a la que estaba tan acostumbrada, obviamente había sido un dormitorio en otro tiempo, pero desde entonces se había transformado en una oficina. Una lámpara brillaba intensamente sobre el imponente escritorio de caoba, un mueble incongruentemente grande para un espacio tan limitado. Sentado detrás estaba un hombre pulcro y bien afeitado de unos cuarenta y tantos años, su cabello rubio tan escaso que casi dejaba al descubierto una frente muy arrugada. Un par de gafas pequeñas magnificaban sus ojos, dándole una apariencia de búho.

—Maria Radekovna, qué agradable —dijo, como si mi aparición hubiera sido inesperada. Hizo un gesto con la mano ofreciéndome asiento. Me senté en la dura silla frente a su escritorio y eché un vistazo al retrato enmarcado de Stalin en la pared lateral—. Qué rápido pasan dos semanas. ¿Una copa? —Negué con la cabeza—. Llegará la primavera antes de que nos demos cuenta. —Se sirvió un vodka, sus dientes al descubierto bajo su sonrisa torcida. A pesar de su aparente pulcritud, noté que tenía las uñas sucias. Su cordial saludo, el ofrecimiento de una bebida y un comentario pasajero sobre el clima eran parte de la rutina. Esperé a que preguntara por Viktor. Dio un trago a su bebida y, inclinándose hacia adelante, me miró con seriedad—. Y bien, ¿cómo está su hermano?

Pensé en Viktor sentado lánguidamente todo el día en el sillón del rincón de nuestro apartamento, sus ojos solo ocasionalmente registrando mi presencia, pronunciando esporádicas frases a medias.

—No mejora —respondí sin emoción.

—Oh, vaya, qué lástima.

Mi respuesta y su réplica eran siempre las mismas. Era como si los dos fuéramos actores que nos reuniéramos una vez cada quincena para recitar líneas en nuestra propia obra, una obra sin público y sin final.

Rosa había aceptado la apariencia deteriorada de su padre, pero de una manera que yo encontraba bastante insensible. La aceptación de Rosa nacía de la evasión. En su lugar, se ocupaba con sus estudios y su nuevo novio,

Vladimir. Dentro de las paredes de esta misma oficina, yo había conocido a Vladimir en numerosas ocasiones, pero Rosa no tenía idea de mi relación con él. Y por el bien de la seguridad de Rosa, esto debía seguir siendo un secreto.

Rykov cogió un trozo de papel.

—Debo decir, Maria Radekovna, que su informe sobre las dudas del tipo del Instituto Tecnológico dio algunos frutos...

Sentí la tensión en mi cabeza. Sabía que esto significaba que, por mi palabra, alguna pobre persona desprevenida había caído víctima de Rykov y sus secuaces, y probablemente había sufrido graves consecuencias por pronunciar una palabra descuidada ante mí. Rykov continuó:

—Resultó ser un verdadero desviacionista. Por supuesto, lo negó, pero al final cedió —se detuvo y sonrió—. Todos lo hacen al final —añadió—. Así que buen trabajo, gracias a usted nos hemos librado de otro bastardo de la contrarrevolución.

Me froté los ojos. Rykov sonrió de nuevo.

—Vamos, vamos, no se vea tan perturbada, no tiene sentido ponerse sentimental por esto. Es un trabajo desagradable para una mujer como usted; lo aprecio, pero piense en lo que está haciendo. Estamos luchando una guerra, y nuestro enemigo es interno, uno que no lleva uniforme. Debemos estar siempre vigilantes; no podemos permitirnos escatimar en castigos, no hasta que nuestro trabajo esté terminado.

Las palabras eran deprimente familiares, más líneas actuadas en nuestra pieza personal de teatro. No podía soportar mirarlo a los ojos y en su lugar miré con indiferencia el pequeño busto de Lenin en su escritorio, que usaba como pisapapeles.

—Entonces —dijo Rykov—, ¿cómo van las cosas?, ¿qué tal ha sido su quincena?

—Lo usual.

—¿Algo nuevo que informar?

Era la pregunta que temía, especialmente cuando sentía que sí tenía algo que informar. Normalmente, elegía a mi víctima con cuidado: alguien que acababa de conocer, personas que realmente no conocía. Lo que no sabía sobre la persona, lo inventaba. Al menos de esa manera, me ahorraba el aplastante conocimiento de las repercusiones. Cuanto más distante la víctima, menor el efecto en mi conciencia: esa era la teoría. Sin embargo, raramente parecía funcionar. Porque si no los conocía, conocía a alguien que sí. Y entonces, tarde o temprano, me enteraba. Imaginaba al pobre infeliz siendo despertado en medio de la noche por el temido golpe en la puerta y llevado en un coche celular negro. Imaginaba a la esposa histérica o al marido aterrorizado, los niños desconcertados, la destrucción de una familia, de una vida. Pero esta semana no tenía ningún conocido casual sobre quien informar, ninguna vida que arruinar.

—¿Y bien?

—Lo siento, camarada Rykov, esta semana no tengo nada que informar.

Los ojos de Rykov se entrecerraron. Una ceja se arqueó. Habló en voz baja, amenazante. —Creo que quizás, camarada Radekovna, debería esforzarse por recordar... seguramente debe haber algo.

En los seis meses que llevábamos actuando este ritual, nunca me había atrevido a venir con las manos vacías. Pero seguramente, pensé, después de más de una docena de informes, doce o más vidas destruidas, me permitiría algún blanco ocasional. Negué con la cabeza.

—¿No habló con *nadie*? —Rykov hablaba rápidamente—. ¿No salió? ¿Vivía como una ermitaña? —Se levantó de su silla y vino a pararse junto a mí, cerniéndose amenazadoramente—. El suyo no es un papel pasivo, camarada —dijo, ahora hablando lenta y silenciosamente—. No espero que se quede quieta esperando a que las cosas sucedan. —Pasó su dedo por el costado de mi cara. La sensación fría de su toque me hizo estremecer—. Necesito que sea activa, Maria; que se mezcle, haga nuevos amigos, averigüe dónde yacen sus lealtades. Creí que lo había entendido.

—Oh, pero lo entiendo, camarada Rykov, es solo que...

—Entonces, ¿dónde está su *maldito* informe? —gritó, sus dedos agarrando con fuerza mis mejillas, forzando mi boca a abrirse.

—Por favor... —logré decir, jadeando por la conmoción mientras sus dedos se apretaban.

—¿Qué? —Sus dedos se alejaron.

—Por favor. Yo... lo siento, camarada Rykov, sí h-hablé con gente, pero... nadie dijo nada incriminatorio. La g-gente está más entusiasmada estos días, no tienen nada malo que decir.

—No me venga con esa mierda —gritó, girándose lejos de mí. Paseándose por su habitación, continuó—. Más cautelosos quizás, pero nada más que eso. No es suficiente, ¿me oye?

—Sí, sí, camarada Rykov. Lo siento, no volverá a suceder.

—¿Asume que le estoy dando una segunda oportunidad? —gritó.

Por supuesto, lo había asumido. —Bueno, yo... —No sabía qué decir, consciente solo del nudo que se apretaba en mi estómago mientras él estaba de pie junto a su escritorio, mirándome furiosamente.

Se sentó de nuevo con la expresión de un padre exasperado. —Me ha fallado, Maria Radekovna. Entonces, ¿qué me impide enviar de vuelta a su hermano? ¿Eh? Respóndame eso.

—Pero por favor, camarada —dije, recuperando el aliento—. Usted sabe en qué estado se encuentra. Moriría si tan solo pusiera un pie fuera; todavía está sufriendo terriblemente. Por favor, se lo suplico... tenga corazón.

—¿Corazón? Ja, sentimentalismo burgués. No tengo corazón cuando se trata del enemigo. Su hermano era un saboteador. —Golpeó su mano contra el escritorio—. Un saboteador del Plan Quinquenal. Si no fuera por mí, aún estaría languideciendo en el Infierno.

Negué con la cabeza; había tenido esta conversación demasiadas veces antes. —Era inocente —me atreví a murmurar.

—¿Inocente? Eso no viene al caso. Ahora, a menos que quiera que el pobre Viktor sea enviado de vuelta, le sugeriría que...

Un golpe en la puerta interrumpió el discurso de Rykov y un joven alto y uniformado, con un expediente en la mano, entró. Su altura se acentuaba por la longitud de su abrigo de cuero. Apenas un hombre, pero su cabello rubio ya estaba retrocediendo, dejando al descubierto unas orejas grandes y una brillante extensión de frente: una versión más joven de su jefe, otro Rykov en formación. Al verme, dudó y se detuvo. —Maria Radekovna —dijo educadamente.

—Vladimir —dije, tratando de forzar una sonrisa, aunque me alegraba verlo.

Sus ojos, aunque de un azul brillante, ya habían perdido el resplandor de la juventud, teñidos como estaban con un toque de crueldad que venía con su trabajo. Colocó el expediente sobre el escritorio de Rykov. —El informe del Instituto Tecnológico que pidió, camarada señor.

Rykov asintió sin mirar a su joven asistente. Tomó el expediente, lo abrió y recorrió con la vista la primera página.

Vladimir se movía inquieto de un pie a otro, esperando una instrucción. Cruzó su mirada con la mía y sonrió débilmente. No podía reconciliar las dos caras del novio de Rosa. En las raras ocasiones en que nos encontrábamos, se comportaba como cualquier chico frente a la tía de su novia: cortés, tímido y ligeramente incómodo. Pero, según Rykov, Vladimir estaba destinado a un ascenso meteórico en las filas de la Policía Secreta, y seguramente eso solo podía significar una cosa.

Rykov cerró el expediente y lo puso a un lado. —Dime, Vladimir Petrovich, ¿sigues viendo algo de la encantadora Rosa?

Vladimir se sonrojó, sus orejas se pusieron rojas. —Sí, camarada señor.

—Y, Maria, seguramente, como buena tía, debe molestarte que tu sobrina esté saliendo con un empleado del NKVD. Cuánto más sencillo sería para ti si el novio de tu sobrina fuera el bibliotecario que le dice que es. —Se rio —. ¡Un bibliotecario! Me quito el sombrero ante usted, Camarada Vladimir.

Por supuesto que me molestaba; lo odiaba. Y no importaba cuánto Vladimir mimara a Rosa con viajes al teatro, al ballet o a restaurantes, no podía disimular mi disgusto por la elección de novio de mi sobrina. Ni siquiera

podía encontrar consuelo en la idea de que estuviera a salvo de ser arrestado. Los empleados del NKVD eran tan propensos a ser arrestados como cualquier otro ciudadano.

Rykov continuó. —Deberías verlo en el trabajo. Es despiadado. Mírenlo, el larguirucho meón: no lo creerían, ¿verdad? —Miró al incómodo joven y le guiñó un ojo—. Así que dinos, ¿ya te la has follado?

Me quedé sin aliento, mis dedos aferrándose a mis muslos. Vladimir me lanzó una mirada mortificada. —Está hablando de mi sobrina —dije.

La expresión burlona de Rykov se volvió instantáneamente grave, sus fosas nasales temblando como las de un toro. Inmediatamente me arrepentí de mi arrebato. —Y es la libertad de tu hermano la que está en juego aquí. —Mantuvo su mirada fija en mí mientras se dirigía a su asistente—: Bien, Vladimir Petrovich, déjenos ahora.

—Señor. —Vladimir alzó las cejas hacia mí a modo de disculpa y se marchó apresuradamente, cerrando la puerta suavemente tras de sí.

Temblé. —Lo siento, camarada Rykov. Por favor, se lo suplico, no envíe a Viktor de vuelta. Deme otra oportunidad —Con gusto me habría arrojado a sus pies, le habría lamido los zapatos, me habría levantado la falda, cualquier cosa. Cualquier cosa. Y no era mi sentido de la dignidad lo que me retenía —eso lo había perdido hace mucho— sino el saber que Rykov debía haberlo visto cientos de veces antes.

Rykov se reclinó en su silla, juntando las puntas de los dedos, y me miró como si estuviera tomando una decisión. —Bueno, Maria Radekovna, veo nuestra relación como un contrato basado en un diálogo bilateral. Si vuelve con las manos vacías, no tendré más opción que considerar nuestro contrato terminado, ¿lo entiende?

Asentí con entusiasmo, me estaba dando otra oportunidad, y experimentaba un inesperado afecto por el hombre. Rykov continuó. —Puede tener su segunda oportunidad, pero no me falle de nuevo. Depende de usted, Maria; su hogar y la libertad de su hermano están enteramente en sus manos.

Le agradecí profusamente. Momentos después, estaba de vuelta afuera sin recordar haber salido de la oficina, bajado las escaleras o haber sido

acompañada a la salida. En el exterior, temblé contra el aire frío mientras hacía una mueca por la sensación pegajosa del sudor en mi espalda. Cómo deseaba estar en casa, en la cama, dormida, lejos de Rykov. Caminando rápidamente por la callejuela empedrada, me di cuenta de la enormidad de lo que aún tenía que hacer.

# Capítulo 4: *La escuela*

—No me lo puedo creer, el maldito agua se ha congelado otra vez —Rosa, temblando en su pijama y jersey, miraba fijamente el lavabo seco, deseando que el agua apareciera. Se dio la vuelta y miró a sus dos amigas: Claudia estaba sentada en el borde de su cama, con las mejillas rosadas estiradas en un bostezo, mientras que Ella se sentaba frente al espejo, peinándose y concentrándose en producir la raya perfecta en sus mechones rubio fresa. Rosa siempre había envidiado el cabello de Ella, su nariz pequeña, sus ojos azules puros. Era, con diferencia, la chica más atractiva de la universidad. Puso su mano en el metal del zigzagueante conducto—. Dios, hace frío, ¿no podemos calentar más la estufa?

Claudia chasqueó la lengua.

—No hay más leña y usamos el último periódico anoche, ¿recuerdas?

Rosa sacudió los grifos con la vana esperanza de hacer alguna diferencia. Todo se sentía tan condenadamente frío. Apartó las sucias cortinas de encaje y raspó el cristal con las uñas.

—Incluso la ventana está escarchada —se metió de nuevo en el calor de su cama y se cubrió con las mantas. La habitación del dormitorio era pequeña, con una litera, una segunda cama, el lavabo y un tocador. Las paredes estaban decoradas con papel tapiz de rayas rosas y blancas, el suelo cubierto de linóleo azul oscuro.

—No puedo concentrarme cuando hace tanto frío —dijo Claudia.

—No te quejes, podría ser peor —dijo Ella—. Además, no sé de qué te quejas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno... ya sabes, probablemente no sientas tanto el frío —dijo Ella, pasando el peine por la longitud de su cabello.

Claudia se levantó y se cernió detrás de Ella, encontrando la mirada de su amiga en el reflejo del espejo.

—¿Estás diciendo que estoy gorda?

Ella se rio.

—Como si yo dijera eso, solo digo que...

—Sé lo que estás diciendo.

—Ya basta, ustedes dos —dijo Rosa en medio de un bostezo. Observó a Ella mientras su amiga atacaba el lápiz labial—. Caramba, Ella, ¿cuánto tiempo te toma?

—El suficiente.

—Espero que él aprecie el esfuerzo.

—Oh, claro que lo aprecia —dijo, haciendo un mohín con los labios.

Claudia empezó a vestirse, poniéndose un vestido grueso de algodón. Empujó la cama de Rosa.

—Vamos —dijo—, levántate o te perderás el desayuno.

Rosa gruñó. Claudia deslizó su mano bajo las sábanas y le hizo cosquillas a su amiga. Rosa chilló y antes de que pudiera reaccionar, Claudia le estaba haciendo cosquillas sin piedad.

Las tres amigas habían compartido su habitación en el dormitorio del instituto durante casi un año. Se habían acostumbrado a los hábitos y manías de las demás, se habían vuelto dependientes entre sí y se habían convertido en amigas íntimas. Claudia era la más joven y, a pesar de la dieta inadecuada del instituto, había mantenido una saludable capa de grasa infantil. Sus padres trabajaban en una fábrica de acero. Ella era hija de un ingeniero técnico y vivía con su vanidad y una inquebrantable adoración por un estudiante de química llamado Gregory. Estas eran las hijas del proletariado, la nueva clase de estudiantes, donde los orígenes sociales contaban más que la inteligencia o la posición; donde sus credenciales políticas se tenían en mayor estima que sus logros educativos.

Media hora más tarde, las tres chicas se encontraban en el abarrotado comedor, un gran salón de suelo de madera que olía a gachas y reverberaba con los sonidos de docenas de estudiantes sentados en largos bancos de

madera frente a mesas cubiertas de linóleo. Una gran pancarta colgada en la pared proclamaba: *"La Cooperación Alimentaria Abre el Camino a una Nueva Vida"*. En la pared encalada del fondo, sobre la entrada principal, colgaba un enorme retrato de Stalin de semiperfil, vistiendo su omnipresente chaqueta militar. Debajo de la pintura, se alzaba un viejo brasero, la única fuente de calor en el inmenso salón. El desayuno consistía en un pequeño cuenco de gachas, un trozo de pan negro y una taza de té negro tibio.

—Entonces, ¿qué te pasó anoche, eh? —preguntó Ella, sonriendo a Rosa.

—¿A qué te refieres? —dijo Rosa, captando el tono acusatorio en la voz de su amiga.

—Un pajarito me dijo que te vio anoche —dijo, con la boca llena de pan negro—. Estabas con tu novio. Salían del Hotel Praga. Eso sí que es elegante. Vamos, ¿quién es él?

Rosa suspiró. Era imposible mantener un secreto en Moscú. Estaba a punto de intentar dar una respuesta evasiva cuando, detrás de ella, escuchó una voz familiar.

—¿Puedo unirme a ustedes?

Ella arqueó las cejas en señal de reconocimiento mientras el joven estudiante se sentaba a su lado. Era un chico judío, con el pelo negro peinado hacia un lado y sus gafas de carey exagerando el tamaño de sus ojos.

—Hola, Boris —dijo Rosa, aliviada por la oportuna intervención de su amigo. Notó que aún llevaba la misma chaqueta que usaba todos los días, con los codos desgastados y sin el botón del medio. Sonrió débilmente y se frotó las manos para combatir el frío. A Rosa le caía bien Boris; era un amigo leal y lo conocía desde la escuela, pero no podía evitar sentirse un poco avergonzada en su compañía debido a su evidente afecto por ella.

—Hola, Rosa —dijo con una sonrisa—. Claudia, Ella.

—Rosa está a punto de contarnos sobre este hombre misterioso con el que ha estado saliendo —dijo Claudia, con alegría.

Rosa sintió que sus mejillas ardían. Claudia podía ser tan condenadamente indiscreta a veces. Le lanzó una mirada despectiva a su amiga, pero si Claudia lo notó, no dio muestras de ello.

—Vamos, Rosa, cuéntanos.

Rosa suspiró y notó que Boris se removía incómodo en su asiento.

—Si tanto quieres saberlo —dijo—, se llama Vladimir, pero no es mi novio, solo es un amigo.

Ella sonrió con picardía.

—Vaya, te has llevado un buen premio, ¿eh?

—Está bien.

Le dio un codazo a Rosa.

—¿Habéis, ya sabes...?

Boris interrumpió.

—Por favor, ¿es necesario?

—Solo tengo curiosidad, ya sabes. Bueno, ¿qué? —preguntó, guiñando un ojo.

—Ella, no es asunto tuyo, pero ya que lo preguntas, no, no hemos hecho nada. Como ya dije, solo es un amigo, nada más.

—¿Qué más hicisteis? Anoche, quiero decir.

Rosa se sonrojó.

—Él, eh, me llevó a cenar.

—¡Joder! ¿A qué se dedica?

Boris parecía abatido.

—Ojalá tuviera los medios para llevarte a salir así —dijo.

—Cállate, Boris —dijo Ella—. Venga, ¿a qué se dedica?

—Trabaja para la Biblioteca Pública de Moscú.

Ella y Claudia se burlaron, e incluso Boris arqueó las cejas.

—Biblioteca Pública de Moscú y un cuerno —dijo Claudia—. A menos que sea el Señor Supremo, estará ganando casi tan poco como nuestras becas. ¿Cómo podría permitirse llevarte al Hotel Praga con lo que ganan allí?

—No lo sé. Tal vez ahorró.

—Espabila —dijo Ella—. No trabaja para la biblioteca. Tiene un trabajo importante en algún sitio.

—Sí, algo que viene con privilegios —añadió Claudia.

Rosa sintió que se sonrojaba de nuevo, esta vez por su ingenuidad. Ya se le había ocurrido esa idea, pero la había apartado, prefiriendo no saber. Pero, ¿importaba realmente a qué se dedicaba? Intentó convencerse de que no, de que no importaba. Pero de alguna manera, no había logrado convencerse a sí misma tanto como había fallado en convencer a sus amigos, porque sí importaba, importaba mucho. Vladimir estaba ocultando algo, y ¿cómo puedes entregarte a un hombre que no se entrega completamente a ti?

*

—Y así, en conclusión, camaradas, nos queda el camarada Stalin. Y solo Stalin puede ser considerado verdaderamente el sucesor natural de Lenin, su único y verdadero discípulo. En una tradición verdaderamente marxista, solo Stalin es capaz de llevar adelante las enseñanzas de Lenin e interpretarlas de una manera que Lenin habría aprobado y de la que se habría sentido orgulloso. Vivimos en una época gloriosa. Cuando el mundo finalmente nos alcance, cuando las masas dominen en todo el planeta, cuando los imperios capitalistas sean revelados por lo que son, seremos la envidia de las naciones, los precursores de la revolución de clases. Y el camarada Stalin estará en su cúspide, erguido como ningún líder se ha erguido antes...

Rosa escuchaba con entusiasmo. Lo había oído cientos de veces a lo largo de los años, desde que empezó la escuela, cuando se lo inculcaron con constante regularidad. Y aunque seguía escuchándolo ahora, en la universidad, era algo de lo que nunca se cansaba. Su país estaba a la vanguardia, y por eso sentía un inmenso orgullo. Casi la mitad de su plan de

estudios consistía en asignaturas de orientación política: la historia de la Revolución y el Partido, economía socialista, teoría marxista y demás. Sí, a veces podía ser aburrido, pero no le importaba; la educación era el pasaporte a una buena vida. Esperaba, algún día, convertirse en maestra, para contribuir a la liquidación del analfabetismo.

El profesor, el camarada Kalinikov, era un hombre alto y delgado, con calvicie incipiente, que llevaba tirantes rojos y el mismo traje todos los días, y Rosa calculaba, por su estado, que lo había usado a diario durante años. Llevaba un par de gafas con montura metálica con las que jugueteaba continuamente, como si estuviera perpetuamente nervioso. El aula en sí era un lugar destartalado. La pintura blanca descascarada había adquirido un tono amarillento y todo estaba sucio. Los suelos estaban cubiertos de polvo, las telarañas se extendían por los techos y las ventanas habían dejado de permitir el paso de la luz a través de sus cristales ennegrecidos.

—Por supuesto, las modas artísticas cambian, a menudo dictadas por el clima político del momento; no hay contradicción en ello. El arte abstracto de los primeros años tras la revolución ahora es, con razón, mal visto, pero sirvió a un propósito que era adecuado para la época. Políticamente, el país acababa de pasar por cambios radicales y el arte lo reflejaba. Estos eran hombres progresistas que buscaban liberarse del yugo de la tradición burguesa y podemos entenderlo. Pero la revolución tiene ya casi veinte años, y vivimos en tiempos más estables. Sí, las cosas siguen cambiando y mejorando rápidamente, pero podemos permitirnos el lujo de mirar atrás y abrazar nuestra rica herencia artística...

Amaba a su país, amaba a Stalin y leía vorazmente a Lenin. No sentía más que lástima por el resto del mundo y las miserables condiciones en las que trabajaban los obreros. Pero la URSS estaba allí para mostrar el camino. No había suficiente papel en el mundo para describir las alegrías de ser ciudadana de la Unión Soviética. Había nacido en 1917, ¡el año de la Revolución! Eso la hacía especial. Agradecía a Dios por haberle dado el privilegio de estar viva durante tiempos tan maravillosos. ¿Podría algún otro país proporcionar a sus trabajadores teatros y clubes, y educación para ellos y sus hijos; instalaciones médicas gratuitas, guarderías, jardines de infancia y demás? Sí, vale, había oído vagamente sobre las hambrunas, las

liquidaciones masivas, los exilios forzados, pero todo eso se remontaba a años atrás. Ahora, seguramente, las cosas eran diferentes. Y sí, también había oído hablar de las purgas, los arrestos, las deportaciones. Pero las cosas solo eran así de malas si prestabas atención a los alarmistas y a los chismosos. De todos modos, nadie dijo nunca que el camino hacia la utopía socialista fuera fácil. El ciudadano soviético era aquel que vivía en la casa al mismo tiempo que la construía. Los fines justificaban los medios, en su opinión, y si eso significaba que se erradicaran algunos elementos dudosos, que así fuera. Resultó que una de las víctimas había sido su padre. Ese era su único secreto. Pero eso fue solo un error, después de todo, ¿no lo enviaron de vuelta? Pero de alguna manera, seguía siendo un secreto. Visualizó su rostro demacrado con esos ojos profundos y vacíos, desprovistos de cualquier emoción perceptible. A veces se encontraba preguntándose si había sido un error. ¿Y si se hubiera desviado del camino? Bueno, si ese era el caso, entonces se lo merecía. Padre o no padre, Stalin siempre estaba primero.

Y luego estaba Ella. Ese era el secreto de otra persona, pero ¿su conocimiento de ello lo convertía también en su secreto? Pobre Ella, desesperada por usar su apariencia para avanzar en la vida, por convertirse en actriz. Pero entonces, recientemente, quedó embarazada. Un bebé era lo último que necesitaba, así que se hizo un aborto. Si lo hubiera hecho solo unos meses antes, habría sido permisible. Después de la revolución, a las mujeres se les permitía hacer con sus cuerpos lo que consideraran conveniente y el aborto era perfectamente aceptable. Pero con el nuevo énfasis en la familia, el Partido introdujo duras medidas nuevas en su contra. Ya no se permitía abortar por razones personales, económicas o sociales. Ella había corrido un riesgo y ahora tenía que vivir con el conocimiento de lo que había hecho.

El camarada Kalinikov estaba terminando. —Bien, nos reuniremos de nuevo mañana, cuando discutiremos el materialismo histórico —. Eso, pensó Rosa, era algo que no le entusiasmaba tanto. —Gracias, pueden proceder al comedor para el almuerzo ahora —. Almuerzo, qué eufemismo era ese. Los estudiantes estaban perpetuamente hambrientos, pero sufrimos hoy, se dijo a sí misma, para que podamos cosechar los beneficios mañana.

Con el mañana, vendría la abundancia. Era solo que, a veces, el mañana parecía estar muy lejos.

*

Rosa se puso en la cola del largo mostrador de la cantina con su bandeja. Un trabajador de la cocina, vestido con un delantal blanco, le pasó un tazón de sopa de repollo, un plato de gachas y una chuleta de carne indeterminada, junto con una rebanada de pan negro. La cola para los cubiertos al final del mostrador tardó aún más; tal era la escasez de cuchillos y tenedores. Finalmente, arrojaron un lote limpio de cubiertos en la gran caja de madera. Rosa se sirvió y luego buscó a alguien con quien sentarse. Encontró a Claudia, Ella y Boris sentados juntos en la esquina de la cantina bajo la mirada escrutadora de Stalin.

—Hola a todos —dijo alegremente al sentarse—. Tenemos el reparto esta tarde, ¿verdad?

—Hmm —murmuró Claudia, con la boca llena de pan negro.

—Chéjov es tan aburrido —bostezó Ella.

Claudia le dio un codazo en las costillas a Ella.

—Cállate, tonta —dijo en voz baja, mirando a su alrededor—. Esa boca te meterá en problemas un día de estos.

Ella sonrió sarcásticamente.

Rosa sorbió su sopa, que ya estaba fría.

—Si tenemos suerte, tal vez todas podamos interpretar a las tres hermanas.

—Tres brujas, más bien —dijo Claudia, aplastando la chuleta en las gachas grisáceas.

—Habla por ti.

Rosa miró a Boris, que estaba ocupado cortando su carne en trozos pequeños.

—¿Esperas conseguir un papel, Boris?

Boris levantó la mirada.

—¿Un papel?

—Ya sabes, la obra.

—*Las tres hermanas* —añadió Claudia a modo de aclaración.

Ella le guiñó un ojo a Rosa.

—Boris querrá interpretar al encantador Andrey Sergeyevitch, ¿no es así, Boris?

—Si tú lo dices.

—Vamos, Boris —dijo Rosa—. Suéltalo, ¿qué pasa?

Boris colocó cuidadosamente su cuchillo y tenedor sobre la mesa y se ajustó las gafas. Miró significativamente de Claudia a Ella y de vuelta a Rosa.

—No lo habéis oído, ¿verdad?

—¿Oído qué? —dijeron las chicas al unísono.

—Nos van a purgar —dijo en un susurro.

Las expresiones en los rostros de Rosa y Ella se congelaron.

—¿Qué has dicho? —dijo Claudia mientras se llevaba otra cucharada de gachas a la boca.

Ella se inclinó hacia ella.

—Nos van a purgar.

La mano de Claudia se detuvo a medio camino entre el plato y su boca.

—¿Qué, a *nosotros*?

Boris asintió solemnemente.

La palabra *purga* resonaba en la mente de Rosa. Las purgas eran algo que ocurría en oficinas o fábricas, pensó, seguramente no purgarían a un grupo de jóvenes y fervorosos estudiantes como ellos. Boris se levantó para irse,

apenas habiendo tocado su almuerzo. Quizás, pensó Rosa, Boris simplemente estaba transmitiendo un rumor; pero, dado que los rumores se trataban con dureza, eso en sí mismo era algo peligroso de hacer.

—Boris, ¿cómo lo sabes?

Él hizo una pausa. —Escuché a un par de profesores en los baños. Sonaban aterrorizados; serán tan vulnerables como nosotros. Les oí decir que van a enviar una Comisión de Purga.

—¿Cuándo? —preguntó Ella.

—La próxima semana —dijo, antes de desaparecer entre la multitud de estudiantes.

Las tres chicas se miraron nerviosamente. Rosa sabía cuán indiscriminadas podían ser las purgas: por muy leal que uno fuera al Partido, por muy idealista que fuera el fervor revolucionario de uno, nadie era inmune, nadie estaba a salvo. Una palabra falsa la semana pasada, un comentario descuidado el año anterior, era todo lo que necesitaban. Miró a sus dos amigas e intentó sonreír. La amistad no era una salvaguarda contra la incriminación cuando las personas eran puestas frente a una Comisión de Purga y sometidas a su ritual de confesión y humillación. Pero Ella y Claudia eran diferentes. Juntas, las tres se habían vuelto como hermanas; la confianza y la lealtad las unían: las tres hermanas, las tres brujas. Creía que podía confiar en ellas, pero ahora que su lealtad mutua estaba a punto de ser sometida a la más dura de las pruebas, ¿podría confiar en sí misma? No tenía nada que temer, se dijo, después de todo, amaba a su país. Pero aun así, se le heló la sangre al pensarlo.

# Capítulo 5: *La propuesta*

La mañana después de nuestra cena con Dmitry, Petrov se despertó sintiéndose terrible, lo cual no me sorprendió en lo más mínimo, considerando cómo había engullido el vino de Dmitry. Por alguna razón, me había despertado temprano y mi mente estaba llena de pensamientos sobre Dmitry. Recordé la manera en que me miraba y me sentí conmovida por cómo había intentado rescatarme una vez que Petrov comenzó su diatriba. Pensé en su pintura y en su sensibilidad artística y emocional. Parecía ser la antítesis del hombre que ahora gemía y se agarraba la frente en la cama. Era como si Dmitry representara al hombre en una etapa más avanzada en el camino de la evolución, mientras que Petrov languidecía en alguna edad oscura. *Homo Sovieticus*. Necesitaba hacer algo y, sin pensarlo, me encontré limpiando el polvo del tocador en la penumbra a las seis y media de la mañana.

—¿Qué estás haciendo? —dijo la voz ronca desde la cama.

—Y buenos días a ti también, Petrov.

—¿Qué hora es?

—Hora de que te levantes. No querrás llegar tarde. —Llegar más de veinte minutos tarde al trabajo podía tener graves consecuencias.

Petrov se sentó en la cama, gruñendo por el esfuerzo. —¿Fui realmente grosero anoche? —preguntó.

—Sí, fuiste abominable.

—Uh, eso pensé. —Se frotó los ojos—. Dije algunas cosas bastante horribles, ¿no? Lo siento, ya sabes que me pongo así cuando bebo. ¿Por qué no me detuviste? —Petrov tenía el don de hacer que sus fechorías fueran mi culpa—. No creo que nos vuelvan a invitar allí. Quizás debería llamar a Dmitry y disculparme.

—No, déjalo por ahora.

—Lo siento —dijo de nuevo, saliendo de la cama.

—Será mejor que te apresures. No querrás llegar tarde al trabajo.

—Maldición, ¿ya es esa hora? ¿No podías haberme llamado antes? — Siempre tenía que tener la última palabra, pero no había nada como la amenaza de diez años de trabajos forzados para asegurarse de que la gente llegara al trabajo a tiempo.

*

Aproximadamente una semana después de nuestra cena con Dmitry, me llamó. Al igual que nuestro baño y cocina, compartíamos el teléfono con todos los demás ocupantes del piso. Estaba situado al final del pasillo y parecía sonar continuamente día y noche, pero rara vez era para nosotros. Esta vez, sin embargo, lo era. Un vecino nuestro había llamado a nuestra puerta. Petrov estaba fuera, en el trabajo. Abrí la puerta una fracción, temerosa, como siempre, de los rufianes que compartían nuestro espacio vital. —Teléfono, es para ti.

El sonido de la voz de Dmitry hizo que mi corazón diera un vuelco. Pero nuestra conversación no fue fácil; me sentía incómoda y él sonaba avergonzado. Me preguntó si Petrov y yo habíamos llegado a casa sanos y salvos después de nuestra visita. Luego, para mi sorpresa, me preguntó si podría dedicarle un momento para visitarlo a las dos de la tarde del día siguiente. Tenía una propuesta que podría interesarme, si no me resultaba inconveniente. Sí, dije, tratando desesperadamente de disimular la alegría en mi voz, creo que estaría disponible; déjame verificar... sí, resultaba que sería conveniente.

¿Una propuesta? ¿Qué tendría en mente?, me pregunté. Todo parecía algo oficioso y me encontré imaginando todo tipo de posibilidades. De hecho, durante toda la semana apenas había pensado en otra cosa que no fuera Dmitry. Mi mente inventó docenas de pequeños escenarios en los que nos encontrábamos por casualidad y él me invitaba a su apartamento a tomar una taza de té. Pero no había pensado en una llamada telefónica y una propuesta.

Mi deber como ama de casa era proporcionar un ambiente culto y acogedor al que mi marido pudiera regresar y disfrutar después de un día agotador de trabajo. Y para ser justa con Petrov, él trabajaba duro, generalmente once

horas al día, a menudo más. Solía mantener nuestro apartamento de dos habitaciones "limpio como la nieve", como Petrov exigía, pero desde el regreso de Viktor, no he mantenido mis antiguos estándares. Por lo demás, pasaba gran parte de mi tiempo en la máquina de coser, cosiendo servilletas, cortinas y cosas por el estilo, que eventualmente terminarían en las oficinas locales del Partido o en los cuarteles del Ejército Rojo. Ocasionalmente, trabajaba en las oficinas del Komsomol, la organización de la Juventud Comunista, como traductora de inglés. Había pasado mis primeros años de matrimonio aprendiendo a hablar inglés, con la esperanza de que algún día me proporcionara los medios para escapar de mi tedio diurno. También leía tanto como podía. Como esposa de un burócrata del Partido, se esperaba que fuera culta en la literatura rusa. Todo era parte del camuflaje. Actualmente estaba inmersa en *Guerra y paz*, pero durante la semana después de conocer a Dmitry, apenas podía concentrarme por más de una página antes de que mi mente divagara en otra ensoñación. Y el día siguiente a su llamada telefónica, apenas podía ordenar mis pensamientos de manera coherente. ¿Habría estado pensando en mí tanto como yo en él? ¿Debería ponerme mi mejor falda o la otra? ¿Debería llevar el pelo recogido o suelto?

Al final, me puse mi falda de siempre y dejé mi pelo como de costumbre. Esto era, como me recordé muchas veces, una visita por la tarde para discutir alguna propuesta con el hermano de mi amiga, nada más que eso.

*

Al llegar a casa de Dmitry, me decepcionó ver que tenía una visita: un hombre corpulento de mediana edad vestido con un traje marrón, de solapas anchas y bolsillos largos.

—Pasa, Maria —dijo Dmitry—. Déjame presentarte: este es Mikhail, mi mecenas.

Su cabello escaso estaba engominado hacia atrás y brillaba bajo la dura luz de la sala de estar de Dmitry. Con sus pequeñas gafas redondas y su figura rechoncha, no pude evitar pensar que se parecía a un recaudador de impuestos.

—Hola, querida —dijo, ofreciéndome su mano—. Encantado de conocerte. Solo he pasado para interrumpir a Dmitry en su importante trabajo. Bueno, viejo amigo, ¿cómo va todo?

Me senté en el sofá.

—Está casi terminado —dijo Dmitry—. ¿Puedo ofrecerles algo de beber?

—No, no, gracias, no quiero robarles mucho tiempo —dijo Mikhail.

—Mejor así. El hervidor está roto y tarda una eternidad en la estufa.

—¿No puedes arreglarlo?

—No hay nadie que lo haga. —Tenía razón, por supuesto, era inútil intentar arreglar cualquier cosa. Los artesanos ya no existían, eliminados por ser considerados especuladores, y era prácticamente imposible encontrar las materias primas para hacerlo uno mismo. ¿Cuándo iba a ser todo más fácil?

Dmitry abrió la puerta de su estudio y se hizo a un lado para dejar pasar a su corpulento mecenas. Me hizo un gesto para que los siguiera. Volví a notar el aroma de su loción para después del afeitado. Mikhail se había detenido a unos metros del cuadro montado en su caballete y se estaba ajustando las gafas, empujándolas hacia arriba en su nariz. Observé su expresión, buscando una reacción espontánea. El cuadro parecía aún más impresionante a la luz del día. Cada brizna de hierba cuidadosamente representada, el pelaje de los perros finamente ejecutado, el pequeño desgarro en los pantalones del niño, el reflejo del sol en el campo de paja. Todo lo que yo recordaba de la realidad era la suciedad, el barro, los interminables días grises, el hambre. Mikhail asintió lentamente para sí mismo y una pequeña sonrisa se extendió por sus labios. —Maravilloso —dijo—. Maravilloso. Sabía que no me decepcionarías.

—¿Crees que servirá entonces?

—¿Servir? Por supuesto, mi querido muchacho, más que servir, es perfecto. Al director le encantará. Le dije que eras el hombre indicado para el trabajo y verá que tenía razón.

—Bien. Entonces, ¿cuándo es el gran día?

—El director calcula que será en aproximadamente un mes. Debo decir que es una obra magnífica; te has superado a ti mismo. Ocupará un lugar de honor en la oficina del director durante un año o así, y luego probablemente será transferida a alguna galería donde él se deleitará contándoles a todos sus colegas del Partido que fue él quien la encargó. Se atribuirá más mérito por ella que tú; ya sabes cómo son. Les gusta demostrar que están en contacto con la intelligentsia creativa. Y no lo negaré, también beneficiará mi causa, ya sabes. Descubridor de un genio hasta ahora desconocido, ya sabes cómo funciona esto. El director y yo ganamos capital político y tú obtendrás el tipo de acceso exclusivo que hará que los trabajadores del Partido de rango medio se mueran de envidia. Podrías conseguir un coche con esto e incluso una dacha más grande.

Dmitry se rio.

—Sí, y si alguno de ustedes cae, todos acabaremos en el fango.

—Vamos, no seamos tan fatalistas. No tenemos esqueletos en el armario; nos mantenemos limpios, seguimos la línea del Partido, así que ¿dónde está el problema?

—Somos como una fila de fichas de dominó, solo necesitas...

—Sí, sí, no entremos en eso ahora. Dime, jovencita, ¿has oído que nuestro Dmitry está nominado para una Orden de Lenin?

—Sí, yo...

—Es un tipo listo.

—En cierto modo —dijo Dmitry—, no es más que la forma que tiene el Partido de decir que estoy haciendo lo correcto. Como artista limitado por el Estado, no era precisamente el tipo de respaldo que necesitaba.

—Oh, vamos, Dmitry.

—Pero tienes razón. A pesar de mí mismo, no puedo evitar sentirme halagado. Supongo que, si soy honesto, me importa más de lo que quiero admitir. El premio tiene prestigio; sin duda, me abrirá puertas y extenderá mi reputación.

—Absolutamente. Entonces dime, ¿puedo fijar una fecha para que alguien venga a recogerla?

—No estoy seguro de que esté terminada aún.

—A mí me parece terminada. Ese es el problema con ustedes los artistas: nunca saben cuándo dejar de trabajar. Está perfecta, déjala como está, hombre.

—Son las ancianas, estaba pensando en reemplazar una por una mujer joven.

Los ojos de Mikhail brillaron.

—Ah, ahora estás hablando, te refieres a poner una moza exuberante. Oh, perdón, señorita. ¿Qué pensará usted de mí? Me disculpo.

Sonreí débilmente.

—No pasa nada.

—Solo creo que una mujer más joven ampliaría el atractivo —dijo Dmitry.

Mikhail tiró de su chaqueta como si intentara estirar las arrugas.

—Aunque no tendrás mucho tiempo, diez días como máximo, ¿puedes hacerlo?

—Oh sí, empezaré de inmediato.

—Bueno, mi querido muchacho, te dejo con lo tuyo —Dmitry acompañó a su mecenas hasta la puerta—. No lo olvides —dijo Mikhail, estrechando vigorosamente la mano de Dmitry—, el último martes de este mes.

—¿El último martes?

—Reunión de RAPA, a las siete. Me marcho yo solo. Encantado de haberte conocido —dijo, dirigiéndose a mí mientras salía.

*

El apartamento de Dmitry se veía diferente durante el día: más desordenado, con papeles y libros esparcidos por la sala de estar, un periódico tirado en el suelo, una taza de té frío a medio beber, y el perchero,

antes ordenado, ahora cargado de numerosos abrigos, sombreros y bufandas. Me pregunté cómo un hombre podía permitirse tantos abrigos. El propio Dmitry llevaba un mono azul oscuro salpicado de pintura, su cabello ondulado estaba despeinado y parecía nervioso. Tras invitarme a sentarme, comenzó a caminar de un lado a otro frente a mí. Algo le molestaba y temí que estuviera a punto de sacar el tema del comportamiento de Petrov, así que me planteé adelantarme ofreciendo una disculpa.

—Iré directo al grano —dijo Dmitry—. Se trata de mi pintura y lo que le estaba diciendo a Mikhail hace un momento...

—Oh, Petrov y yo quedamos muy impresionados.

—Gracias, es muy amable de tu parte decirlo, pero el hecho es que la figura femenina en la que estaba pensando...

—¿La moza exuberante?

—Sí, lo siento por eso. Mikhail es un buen hombre, pero a veces habla antes de pensar. En fin, dejando de lado su desafortunada elección de palabras, me preguntaba si podría utilizarte como modelo, por así decirlo.

—¿A mí? —Me sentí halagada, pero no estaba segura—. ¿Por qué yo?

—Me ha estado preocupando. Todas las mujeres son tan condenadamente *maternales*. Quizás eso no sea tan malo. Después de todo, al Estado le gusta ser visto de manera paternalista, las ancianas podrían representar a la Madre Patria, proveyendo generosamente a sus hombres, los trabajadores del campo, los obreros de la Revolución. Quiero que la pintura atraiga a todos los grupos de edad. Ya tengo a los hombres, jóvenes y viejos, y tengo a los niños, pero no hay mujeres jóvenes. Entonces, ¿y si convierto esta figura en una mujer joven? ¿Debería llevar un vestido o un mono de trabajo? ¿Debería ser rubia u oscura? ¿O tal vez castaña? Idealmente, quería pintarla como una gitana, pero eso no parecía una buena idea, políticamente hablando. Entonces te recordé a ti y pensé que serías perfecta como una mujer del campo. No quisiera degradarte; te representaría como una ciudadana cultivada de la tierra.

—¿Una qué?

—De acuerdo, eso suena bastante pomposo, pero captas la idea. Cuanto más intentaba verla, más pensaba en ti. Creo que tus rasgos encajarían perfectamente. No tendría que ocupar mucho de tu tiempo, pero, por supuesto, si tú...

—No lo sé —la idea de que Dmitry hubiera estado pensando en mí de esa manera me resultaba extrañamente agradable. Y no podía negar que había algo bastante emocionante en ello: que mi rostro fuera capturado por la mano artística y representado en una pintura para que todos lo vieran, para siempre. Pero había algo más. Intenté explicárselo—. Dmitry, tu pintura es preciosa, de verdad, pero... —vacilé. Me miró atentamente, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. ¿Podía confiar en él? Solo lo había visto una vez, pero algo entre nosotros me hacía sentir como si nos conociéramos desde hace mucho más tiempo. Y su hermana era la única persona a la que podía llamar verdaderamente amiga. ¿Era eso suficiente? La confianza era un bien escaso. Cuando confías en alguien, pones tu propia existencia a su merced. Cuanto menos confíes en la gente, cuanto menos les cuentes, más seguro estás.

—¿Sí? Continúa.

No. No podía contárselo. El mío era un secreto que me llevaría a la tumba. No tenía elección.

—¿Puedo verla otra vez?

—Por supuesto.

Me quedé mirando la figura femenina esbozada, despojada de sus rasgos, de sus características, de su existencia. Intenté imaginarme en su lugar, dominando el lado derecho del cuadro pero periférica en la acción. Podía oler la paja; podía sentir la brisa en mi cara.

—Algo te molesta.

—No, es solo que... es tan prominente.

—Sí. Mira, déjame mostrarte algunos dibujos que hice de ti, espero que no te importe.

Estaba intrigada; la idea de que Dmitry me dibujara después de un solo encuentro era increíblemente emocionante. Rebuscó entre un montón de papeles y me entregó unas cuantas hojas. Las miré y me quedé asombrada. Era como si me hubiera conocido toda la vida. Allí estaba yo en una serie de dibujos a lápiz, representada como solía ser: una chica del campo. El detalle de mi ropa era escaso, pero mi pelo, mi cara y mi expresión eran alarmantemente precisos. ¿Me habría mirado tan intensamente durante la cena sin que me diera cuenta? ¿Me habría hecho una fotografía en secreto? ¿Era yo o cada persona que conocía era una fuente potencial de material? No pude evitar tomar el interés de Dmitry por mí como un halago, aunque fuera puramente en sentido artístico. Petrov, en comparación, era tan poco observador, tan desinteresado.

—De acuerdo, lo haré.

Dmitry sonrió ampliamente, todo su rostro resplandeciendo como un niño al que le presentan el regalo más grande. Por un momento, pensé que me abrazaría, parecía tan encantado. Su placer por mi aceptación me reconfortó y sentí un pequeño escalofrío recorrer mi espalda.

*

Para mi sorpresa, nos pusimos manos a la obra de inmediato. Todavía era media tarde; faltaban horas para que Petrov regresara a casa. Dmitry movió el caballete a una esquina de su estudio y me colocó en diagonal opuesta. Desapareció por unos momentos, solo para reaparecer con un mono azul oscuro que me pidió que me pusiera. Mientras Dmitry hacía una discreta salida, me quité el cárdigan y la falda y me puse el mono. Me quedaba un poco pequeño y estaba impecablemente limpio, algo poco probable, pensé, para una campesina. Dmitry volvió con una bandeja cargada con una jarra y unos cuatro vasos vacíos. Me hizo adoptar varias poses y diferentes variaciones de sonrisa, desde una sutil hasta una franca carcajada.

Empezó haciendo más bocetos míos en trozos de papel. Después de quizás media hora, durante la cual no dijo ni una palabra, pareció satisfecho con una pose tan sutilmente diferente de las demás que apenas podía notar la diferencia. Luego tomó su paleta y apretó varios tubos de pintura sobre ella, y comenzó a mezclar alegremente los colores, añadiendo cantidades

minúsculas de este color y aquel. Podía notar que esta era la parte del proceso que disfrutaba.

Finalmente, habló.

—Creo que estamos listos —declaró.

Pintaba como si el diablo lo poseyera, sus ojos enfocados en intensa concentración, mirando de mí al lienzo y de vuelta a mí en rápida sucesión. Tengo que admitir que era fascinante ver al artista trabajar. Podía ver por el movimiento de su mano que comenzaba con pinceladas amplias, aplicando capas frescas de pintura a intervalos regulares. Y de nuevo, trabajaba en silencio, sus pensamientos y esfuerzos absortos en la tarea entre manos. Yo, como persona, había dejado de ser importante; me había convertido en un objeto de intención artística, de aplicación creativa.

Después de un rato, mis brazos comenzaron a doler. El esfuerzo de mantenerme anormalmente quieta era agotador. Necesitaba moverme, estirarme. Pero el más mínimo indicio de movimiento era recibido con desaprobación. Me instó a permanecer quieta. —No falta mucho — murmuró después de que pasaran otros cinco minutos, luego diez, quince minutos. Y justo cuando pensaba que iba a dejar caer la bandeja por puro agotamiento, inesperadamente lanzó sus manos al aire triunfalmente y declaró que habíamos terminado. Dejé caer la bandeja sobre la mesa y me senté en un pequeño taburete con total alivio. Él se rio y se disculpó. Dmitry el artista se había ido y en su lugar estaba Dmitry el hombre.

—¿Puedo echar un vistazo? —le pregunté.

—No, aún no, no hemos terminado. Sería mala suerte. ¿Puedes volver mañana?

—No, mañana no; tengo que ir al jardín de infantes. Podría volver pasado mañana.

—Sí, sí, excelente.

Estaba emocionada, no había previsto más que una sola sesión, no me había dado cuenta del compromiso que implicaba la tarea. Sí, por supuesto que podía volver, y lo haría de buena gana: mi vida como ama de casa soviética

no era precisamente exigente. Ahora era modelo de un artista, alguien me necesitaba, era importante, tenía un papel que desempeñar. Era un trabajo agotador, pero tenía que hacerlo porque él me *necesitaba*.

—Ven, tomemos una copa de vino —dijo Dmitry. Él también estaba contento; su trabajo obviamente había ido bien, quizás mejor de lo que había imaginado. Tal vez yo lo había inspirado, ahuyentando los demonios artísticos que perturbaban sus pensamientos. Por primera vez desde que llegué a Moscú, mi espíritu se elevaba. Sabía que me estaba dejando llevar, pero Dmitry me había dado inesperada e involuntariamente un propósito.

Chocamos nuestras copas en mutua gratitud y entusiasmo. El vino tinto era espeso, como un dulce jarabe. Estábamos a solo unos pasos de distancia, nuestras miradas ardían la una en la otra, el sabor dulzón en nuestros labios, la calidez dentro de nuestros vientres. Su labio inferior brillaba rojo con la concentrada densidad del vino. Observé cómo tragaba, el movimiento de su nuez de Adán, la oscura barba incipiente en su garganta.

—¿Es este el tipo de trabajo que disfrutas? —pregunté.

—Sí, me permite ganarme la vida. Pero a veces desearía poder romper las cadenas del realismo socialista y pintar algo verdaderamente extravagante.

—¿Como qué?

—El desnudo.

—¿Por qué no lo haces?

—Vamos, sería demasiado peligroso. Sabes lo que piensa el Partido de cualquier cosa que considere pornográfica.

—Sí. —Pero la mera idea resultaba extrañamente excitante—. Yo posaría para ti.

Él se rio. —No, no te lo estoy pidiendo.

—De verdad, quiero hacerlo.

Negó con la cabeza. —No, Maria. No estoy seguro de querer pintar la figura femenina y, aunque quisiera, no podrías ser tú; tienes demasiada tristeza en tus ojos. Temo que te faltaría la confianza para entregarte

completamente a mí. Yo exigiría tu confianza incondicional y no creo que estés lista para dármela. Perdóname, pero creo que la vida ha sido demasiado cruel contigo.

Sus palabras, pronunciadas con tanta suavidad, me dolieron tanto como si me hubiera golpeado.

—Lo siento, pareces herida, no pretendo ofenderte, pero tengo que ser brutalmente honesto por tu bien y el mío. Y de todos modos, sabes lo arriesgado que sería. Cualquier arte expresado en términos clásicos se ve como nada menos que depravación. Lo siento.

Tenía razón, por supuesto, pero nunca me di cuenta de que llevaba el corazón tan claramente en la manga. ¿Demasiada tristeza en mis ojos? Salí del apartamento de Dmitry ligeramente desanimada.

*

Una hora más tarde, mientras empezaba a preparar la cena de Petrov, oí que se abría la puerta del apartamento y los pasos familiares. Fui a la sala de estar. Rosa estaba desplomada en el sofá, con su bolsa del instituto tirada en el suelo. Estaba pálida y exhausta. —Rosa, cariño, ¿pasa algo? —Ella cerró los ojos y negó con la cabeza—. Vamos, ¿qué ocurre?

Suspiró y se frotó los ojos. —¿Alguna vez has pasado por una purga?

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Van a enviar una comisión de purga al instituto.

—Oh.

—¿Qué quieres decir con "oh"? No tengo nada de qué preocuparme.

Intenté sonreír. —Lo sé, lo sé...

—Hago mi trabajo, no me meto en problemas, leo mis libros...

—¿Pero...?

Los ojos de Rosa vagaron por la habitación. Finalmente, dijo en un susurro: —Tengo miedo.

Pobre chica. Me senté en el sofá junto a ella. —Estarás bien. Puede que ni siquiera te elijan.

—¿Sabes qué le pasó realmente a mi padre?

—No, no lo sé. Nadie lo sabe nunca. —Esto no era exactamente cierto.

—Pero debe haber hecho algo malo. No arrestarían a nadie sin motivo, ¿verdad?

—Supongo que no.

—Bueno, ahí lo tienes. Estaré bien. —Me miró atentamente durante unos momentos y luego se apartó y cerró los ojos de nuevo. Noté una leve sonrisa en sus labios, pero pronto se desvaneció.

# Capítulo 6: *El Ensayo*

*«Ayer me enteré de que se va a casar con Protopopov, el presidente de nuestra Junta Rural...»*

—Alto, alto, alto.

Rosa tenía la boca abierta, a punto de pronunciar la siguiente línea. Estaba de pie en el escenario, interpretando su papel, su Masha hablando con la Olga de Ella en *Las tres hermanas* de Chéjov. Las interrupciones llegaban a intervalos regulares. ¿Y ahora qué?, se preguntó. Se giró y miró a la camarada Ramzin, la profesora de teatro, que estaba sentada en medio de la segunda fila de sillas alineadas de cualquier manera. Varios otros estudiantes estaban sentados cerca de ella, todos con copias del guion en el regazo.

—Rosa —dijo Ramzin—, suenas como un loro posado en el hombro de un pirata en alguna representación infantil. —Ella sonrió con suficiencia a Rosa. La camarada Ramzin era una mujer corpulenta, con su largo cabello castaño trenzado por la espalda y las mejillas sonrojadas con círculos rojos —. Intenta darle algo de... algo de significado —continuó—. No termines tus frases con entonación ascendente, suena demasiado optimista. La emoción que pretenden transmitir las palabras de Masha no se refleja en el sonido de tu voz. Bien, ¿lo intentamos de nuevo?

Rosa se aclaró la garganta e intentó ignorar la expresión estúpida en la cara burlona de Ella. Piensa en algo triste, se dijo, piensa en algo triste. Pensó en el día en que vinieron a por su padre.

—Bueno, ¿a qué estás esperando? —gritó la camarada Ramzin, impaciente.

—*«Andréi, ven aquí, querido, un momento».*

—*«Este es mi hermano, Andréi Serguéievich».*

Ella esperó la aparición de Boris como Andréi Serguéievich, pero solo fue recibida con silencio. Repitió la última línea. Esta vez Boris captó la señal y se tropezó en el escenario desde detrás de ella.

—*«¿Qué quieres? No puedo entenderlo».*

—No, no, no —gritó Ramzin—. Por el amor de Dios, Boris, esa es tu entrada del Acto Tres, *no* del Acto Uno. Está bien, está bien, ya es suficiente, no puedo soportar mucho más de esto. Ahora, Rosa, sigues pareciendo tan floja. Usa más los brazos, mueve la cabeza, no te quedes ahí parada como un soldado de madera. Ella, perfecta como siempre, bien hecho. Muy bien, lo dejaremos por hoy. Nos vemos de nuevo mañana a las dos. Y quizás podríamos tener un esfuerzo más concentrado. Sé que son aficionados, pero ¿tienen que llevarlo tan orgullosamente en la manga? Bien, la clase ha terminado.

Rosa y Ella saltaron del escenario bajo, Ella luciendo una sonrisa satisfecha que se extendía por toda su cara, formando hoyuelos en sus mejillas. Boris tomó la ruta más tranquila de los escalones del escenario.

—Tu gran día mañana, ¿eh, Boris? ¿Tienes listo tu discurso? —preguntó Ella cuando Boris se reunió con ellas frente al escenario.

—No sé qué espera de nosotros, no somos la maldita Escuela de Teatro de Moscú, es solo una obra de la universidad.

—Exacto —dijo Rosa—. Ni siquiera es como si fuera a venir alguien importante, no entiendo tanto alboroto.

—Escúchense ustedes dos —dijo Ella—. Si vale la pena hacerlo, vale la pena hacerlo bien. ¿Dónde está su orgullo?

—No todos queremos ser estrellas de cine —dijo Boris.

—Entonces, ¿adónde vas esta noche, Rosa? A casa a practicar tus líneas, espero. ¿O tienes otra cita con tu amigo *bibliotecario*?

—*Es* bibliotecario. Y sí, de hecho, voy a verlo esta noche —le lanzó una mirada de soslayo a Boris, pero este, hojeando su guion de Chéjov, evitó sus ojos.

—¿Adónde te llevará esta noche entonces? —preguntó Ella—. ¿Qué maravillas te esperan del trabajo y el sueldo de un bibliotecario? ¿Otra cena romántica en el Hotel Praga?

—Vamos, vayamos a comer —le dijo Rosa a Boris.

—No te preocupes, capto la indirecta. Averigua qué hace —dijo Ella mientras Rosa y Boris se alejaban.

Sentándose en uno de los largos bancos de madera con sus platos de pan negro y tazas de té, Boris habló sobre la obra. —Recuerdo cuando mi padre me la leía de niño —dijo—. Le gustaba Chéjov, solía citarlo a menudo, especialmente *El jardín de los cerezos*. Para él, resumía el camino indestructible del cambio. Lo llamamos progreso, pero él lo odiaba.

—Nunca te he oído hablar de tu padre...

—¿Cuándo tendremos comida decente?

—Quizás cuando hayan desenmascarado a todos los saboteadores.

—Rosa, ¿de verdad vas a ver a ese hombre esta noche? —Rosa se dio la vuelta y jugueteó con su pan, desmenuzándolo entre sus dedos, sin querer responder. Boris continuó—: Perdóname, Rosa, pero necesito decir lo que pienso. Saber que estás viendo a este... este bibliotecario es... bueno, creo que sabes lo que siento por ti, es solo que... no lo estoy diciendo muy bien.

Las mejillas de Rosa se sonrojaron. —Lo sé. Mira, me caes bien, pero... —agitó las manos, tratando de encontrar la palabra adecuada—. Pero...

—Lo sé, te caigo bien como amigo.

—¿Eso es tan malo?

—Desde mi punto de vista, sí. Yo... pienso en ti todo el tiempo, Rosa. Odio a ese chico por poder llevarte a salir y mimarte y...

—Boris, no. Me haces sonar superficial. ¿De verdad crees que lo veo solo por eso?

—No, lo siento, no quise insinuar eso.

—Eres un buen amigo. Sé que no es suficiente para ti, pero si empezáramos a vernos de esa manera, lo estropearía todo. Además, ¿qué dirían tus padres, tú un judío saliendo con una gentil, y atea para colmo?

—Mi madre solo quiere que encuentre una chica bonita, me enamore y siente cabeza. Le caerías bien.

Rosa sonrió ante el cumplido. —¿Y tu padre?

—Mi padre está muerto. Era rabino, así que admito que habría sido más difícil de convencer. ¿Tus padres siguen vivos?

—No. Ambos murieron. —Su madre había muerto en efecto, pero ¿por qué mentir sobre su padre? Ella sabía por qué—. No nos peleemos por esto, Boris.

—No. —Forzó una sonrisa—. No, por supuesto que no.

*

Rosa intentaba visitar a su padre al menos una vez por semana. Nunca quería hacerlo, pero de alguna manera se sentía obligada y siempre animaba a Maria. Se había acostumbrado a vivir en el instituto, era mucho más divertido. Odiaba el apartamento de su tía: dos habitaciones diminutas en una casa comunal con una pareja al otro lado del pasillo que se pasaba medio día gritándose entre ellos y a su bebé. Y al lado de ellos, cuatro generaciones de la misma familia viviendo hacinadas, sin espacio para respirar y en absoluta miseria. Y estas familias, junto con otras media docena, compartían la misma cocina. La enorme estufa de la cocina solo se encendía dos veces por semana, cuando todas las mujeres peleaban por el espacio y cocinaban sus comidas para los próximos tres o cuatro días, para calentarlas después en sus propios hornillos Primus. Era tan deprimente; simplemente no había suficientes casas para todos. Pero, como se recordaba con frecuencia, era su deber sufrir hoy para cosechar los beneficios mañana.

—Rosa, cariño —dijo su tía cuando entró. El único sillón, que normalmente ocupaba su padre, estaba vacío.

—¿Dónde está padre? —preguntó mientras se sentaba.

—No se encuentra muy bien hoy, no se ha levantado.

Rosa cogió una revista de hace un año que casi podía recitar palabra por palabra y hojeó las páginas distraídamente.

Maria tosió delicadamente.

—¿Vas a salir esta noche?

Rosa estaba mirando la fotografía del famoso explorador polar, el enorme hombre montaña Otto Schmidt con su larga y salvaje barba, mirando maniáticamente a la lente.

—¿Rosa?

—¿Mmm? Sí.

Según la canción, la barba de Schmidt le llegaba hasta las rodillas.

—¿Con Vladimir?

Rosa cerró la revista.

—Sí, con Vladimir.

—Entonces, eh, ¿cómo es este Vladimir?

—Es agradable.

—¿Agradable? ¿Deberías pasar tanto tiempo con un chico que es solo *agradable*? ¿No puedes encontrar a alguien más cerca de tu edad?

—¿Cómo sabes qué edad tiene?

—Bueno, no puedo imaginar que un chico de tu edad pueda permitirse llevarte a salir como lo hace este Vladimir. Quiero decir, restaurantes, cines, teatro, ¿qué será lo siguiente? Seguramente debe haber alguien en la universidad con quien puedas salir.

—Lo siento, Maria, pero no sé qué tiene que ver esto contigo. Tengo dieciocho años ahora; con quién deseo salir es asunto mío. Si me disculpas, será mejor que vaya a ver a Padre; a ver si está despierto.

Rosa abrió la puerta del dormitorio y le golpeó el olor rancio y mohoso. El olor era familiar, pero nunca dejaba de sorprenderla cada vez que se enfrentaba a él. Estaba oscuro dentro de la habitación, la poca luz que había entraba a través de la fina cortina con su borde deshilachado.

Su padre yacía en la cama, con la manta echada hacia atrás, cubriendo solo sus piernas. Tenía los ojos cerrados y su respiración era lenta y silenciosa. Había una silla junto a la cama donde su tía se sentaba durante horas hablándole o leyéndole, rara vez recibiendo una respuesta, nunca esperando una. Rosa se sentó y lo miró fijamente.

—Hola, padre —dijo, hablando lo más normalmente posible.

Él parecía acalorado, su frente brillaba de sudor. Sintió que debería acercarse con un pañuelo y limpiarle la frente, pero no podía hacerlo; la idea, se dio cuenta con una punzada de remordimiento, le repugnaba. Abrió la boca para hablar, pero luego la cerró de nuevo. Su tía podía hacerlo, pero ella no; le parecía demasiado antinatural. Quería contarle sobre su día: los ensayos, la irritante presunción de Ella, la tristeza de Boris, su cita pendiente con Vladimir, sus sospechas sobre su trabajo. Maldita Ella, pensó Rosa. Pero en su lugar, no dijo nada y sintió la incomodidad del silencio tan agudamente como si estuviera tratando de conversar con alguien que realmente pudiera responder.

Él tenía veintiséis años cuando ella nació. Ella tenía dieciocho ahora, lo que lo hacía de cuarenta y cuatro. ¿Era así como se suponía que debía verse un hombre de cuarenta y cuatro años? Ella tenía quince cuando vinieron a arrestarlo. Hace tres años.

Noviembre de 1932. No hubo nada que les advirtiera, al menos nada que ella supiera. Una noche, en las primeras horas de la mañana, hubo un golpe en la puerta. Un golpe urgente y horrible. Debió haber continuado por algún tiempo porque cuando ella se asomó por la rendija de la puerta de su dormitorio hacia la sala principal, su madre y su padre ya estaban levantados, aún en pijama. El pijama de su padre era de rayas rojas y blancas; el mismo par que usaba ahora, acostado en su cama, ajeno a la presencia de su hija. Pero ahora le quedaba demasiado grande y el rojo se había desvanecido a un rosa turbio. Recordaba estar de pie ansiosamente justo dentro del dormitorio, escondida en la oscuridad de la habitación, sus ojos parpadeando por la luz de la sala principal. Sus padres no la habían visto...

—Les damos cinco segundos para abrir esta puerta —dijo la voz agresiva desde afuera—. Uno... dos... —Sus padres, Nadya y Viktor, intercambiaron miradas aterradas—. Tres...

—Está bien, está bien, ya voy —dijo Viktor. Descorrió el cerrojo en la parte superior de la puerta y giró la llave. Justo antes de que la cerradura hiciera clic al abrirse, hizo una pausa y miró hacia atrás a su esposa, como diciendo, *allá vamos...* Giró la llave en su última vuelta y alcanzó el pomo de la puerta, pero antes de que tuviera la oportunidad de abrirla, la puerta se abrió de golpe y una ráfaga de uniformes negros de repente llenó el espacio del apartamento. Nadya se llevó las manos a las mejillas, Viktor ya parecía más viejo, su rostro drenado de color.

El primer uniforme se presentó a sí mismo y a sus dos colegas con una voz rápida y entrecortada, los nombres desapareciendo en una neblina de miedo. Para Rosa, de quince años, todos parecían amenazadoramente iguales con sus largos impermeables negros y brillantes y sus gorras de visera.

—Ciudadano Tomsky, está usted bajo arresto.

La madre de Rosa dejó escapar un chillido agudo y se tapó la boca con la mano, sus ojos tan abiertos como anteojos. Las piernas de su padre parecieron doblarse bajo él. Se aferró al respaldo de una silla, su boca abierta como la de un pez fuera del agua, tratando de absorber las palabras, luchando por una respuesta.

—¿P-por qué? —balbuceó.

—No estoy autorizado a decirlo —el primer uniformado chasqueó los dedos a sus colegas. Los dos hombres respondieron de inmediato y comenzaron a sacar cajones y volcar su contenido en el suelo, buscando debajo de los cojines del sillón, bajo las alfombras, encima de los armarios. Rosa se retiró detrás de la puerta y se mordió las uñas furiosamente. Durante mucho tiempo, había fingido ser mayor de lo que era, pero ahora, su miedo le quitaba los años y se sentía insoportablemente vulnerable. Quería ir con su madre, desaparecer en su calidez, pero no podía enfrentarse a salir de la protectora oscuridad del dormitorio. Los vio entrar en la cocina y los oyó hurgar por allí.

—Pero... pero ¿no pueden decirme qué se supone que he hecho? —oyó preguntar a su padre.

—No. Va contra las normas. Ya lo sabrá pronto.

—Pero mi marido no ha hecho nada, ¿verdad, Viktor? Somos ciudadanos leales, firmes creyentes, mi marido luchó en la revolución...

—Mire, me importa un carajo; tengo mis órdenes. Ahora vaya y vístase. Y usted... —dijo dirigiéndose a Nadya—, prepare una bolsa para él, algo de ropa, nada más.

Uno de los oficiales asistentes irrumpió en el dormitorio y encendió la luz. La presencia inesperada de Rosa lo hizo saltar. —¿Qué demonios...? —Rosa retrocedió, intentando fundirse con la pared. El hombre le agarró la mano por detrás de la espalda y la arrastró a la sala principal—. Jefe, mire lo que tenemos aquí —dijo, empujando a Rosa hacia la luz.

Todos se volvieron y la miraron. Su madre extendió el brazo hacia ella. Rosa corrió por la habitación, el barniz de madurez desvaneciéndose en un instante, y se hundió en la calidez del abrazo de su madre. Nadya se volvió hacia el oficial. —Por favor, camarada, piense en mi hija...

Él la ignoró y, volviéndose hacia Viktor, dijo: —Si no quiere salir en ropa de dormir, yo que usted me cambiaría ahora mismo.

—Pero no entiendo...

—Por el amor de Dios, deje de tocarme las narices. Está usted bajo arresto y viene con nosotros, eso creía que era obvio. Le doy dos minutos, ahora vaya y vístase.

Viktor se dio la vuelta y fue al dormitorio. Nadya y Rosa lo siguieron. Encontraron la habitación hecha un desastre de ropa mientras uno de los hombres abría los cajones y esparcía varios objetos por el suelo.

Nadya comenzó a desmoronarse bajo la presión de la violación. —¿Qué, qué están buscando? —le preguntó al hombre. Él no le respondió, ni siquiera la miró. Nadya se ocupó metiendo algo de ropa para su marido en una pequeña bolsa. Rosa se sentó en el suelo en la esquina de la habitación y rodeó sus rodillas con los brazos, desesperada por parecer lo más pequeña

posible. Por el rabillo del ojo, vio a su padre vestirse. De alguna manera sabía que nunca lo volvería a ver, sabía que la vida tal como la conocía estaba llegando a su fin, justo allí, justo en ese momento. Apenas Viktor terminó de cambiarse, el uniformado a cargo declaró que era hora de irse. Los asistentes habían registrado todo el apartamento, destrozando todo en el proceso y no habían encontrado nada para incriminar a su víctima. Pero eso importaba poco, seguía bajo arresto.

Los cuatro hombres se pararon en la puerta del apartamento, Viktor rodeado por las tres gabardinas negras, su vulnerabilidad empequeñecida por los amenazantes representantes del Estado: el hombre aplastado por la máquina. El rostro de Nadya parecía estar cubierto por una manta de dolor; Rosa podía ver el miedo en sus ojos. Rosa se paró lo más cerca posible de su madre. Sabía lo que estaba pasando, pero eso no explicaba su incomprensión.

Viktor los miró, miró a su esposa e hija, y dijo con voz temblorosa:

—Es solo un error, ya verán, volveré en un santiamén.

Nadya asintió, sus manos aferrándose a los brazos de su hija.

Segundos después, Viktor se había ido. Nadya y Rosa se quedaron mirando la puerta, el espacio vacío donde segundos antes Viktor había ofrecido su hueca tranquilidad. Entonces Nadya se sentó a la mesa, con la boca abierta, luchando por respirar. Desde la calle silenciosa, oyeron el sonido de un coche arrancando. Rosa se acercó a la ventana y apartó la cortina. Vio cómo la furgoneta negra se alejaba, dejando tras de sí una estela de gases de escape que se disipaba detrás de las luces traseras.

—Cuervo negro —murmuró para sí misma. Al pasar a la cocina, contempló el desastre: los paquetes de cereales y harina volcados, las ollas y sartenes esparcidas por la encimera, la tetera hecha añicos y los trozos de vajilla en el suelo de la cocina.

Un momento después, la habitación principal se llenó con el sonido de lamentos, el chillido aterrador de su madre, amargo y angustiado. Miró a su madre, observó las contorsiones antinaturales de su boca, su cuerpo convulsionado, sus sollozos reverberando. El corazón de su madre se estaba

rompiendo allí mismo frente a ella. Rosa sintió un temblor de fastidio dentro de sí, molesta por no ser el centro de atención.

Eso fue hace tres años. Increíblemente, Viktor finalmente les fue devuelto, pero su madre no vivió lo suficiente para ver ese día. Murió dentro del año, con el corazón roto y el espíritu destrozado.

Pero el hombre que yacía dormido frente a ella no era su padre. Fuera lo que fuese lo que el NKVD le había hecho, lo había matado tan eficazmente como una bala en la nuca. Ahora no sentía amor por él, solo un débil anhelo por el hombre que solía ser, el hombre que apenas podía recordar. Por mucho que lo intentara, simplemente no podía reconciliar las dos caras del mismo hombre.

Después de su arresto, los vecinos les daban la espalda deliberadamente; los conocidos los evitaban, los amigos dejaron de llamar. Ya no era seguro conocerlos, se habían convertido en parias. En el momento en que más necesitaban amigos, se encontraron sin ninguno. Incluso en la escuela, Rosa era evitada. Todos sabían que su padre había "desaparecido". Poco después, fueron desalojados y todos sus muebles y pertenencias confiscados. El tío Petrov logró usar su influencia y los salvó de quedar en la calle. Les dieron un diminuto apartamento de una sola habitación; era sórdido y claustrofóbico, pero cuando consideraba lo que podría haber sido...

Mientras tanto, la madre de Rosa, acompañada por la tía Maria, salía todos los días, tratando de encontrar a su marido, de descubrir por qué crimen lo habían arrestado, adónde se lo habían llevado. Rosa lo lloraba. Sabía que estaba muerto. Donde su madre luchaba por un resquicio de esperanza, ella se sumía en el dolor. Compadecía la búsqueda inútil de su madre por alguna noticia, su necesidad de encontrar un salvavidas al que aferrarse. La negativa de su madre a rendirse y su propia aceptación pragmática de lo peor resultaron ser compañeras incómodas. En lugar de ofrecerse consuelo mutuo, cada una encontraba irritante la reacción de la otra ante el arresto de Viktor. Discutían y descargaban sus frustraciones la una con la otra. Su sufrimiento compartido solo sirvió para separar su relación. Con el tiempo y la resiliencia de la juventud, Rosa superó su dolor. Comenzó el día que se levantó en la escuela y denunció a su padre. La habían obligado a hacerlo, y nunca se lo había contado a su madre, pero desde ese momento, su vida

comenzó a cambiar. Con la ayuda de su tío, logró entrar en el Komsomol, la Liga de la Juventud Comunista, y aprendió el significado de lo que era ser un verdadero proletario. Su membresía en el Komsomol le garantizó un lugar en la universidad; después de todo, su vida estaba encajando. El crimen de su padre era cosa del pasado, una aberración, pues ahora tenía un nuevo amor: Stalin.

Su madre seguía hablando de su marido en presente mientras Rosa se refería a él en pasado. Cada año, el 28 de febrero, Nadya compraba un regalo a Viktor por su cumpleaños. Cada año, el 6 de noviembre, Rosa lloraba por el día en que arrestaron a su padre. Había llegado a ver esa fecha como el aniversario de su "muerte".

Y entonces, un día, Nadya murió. Los médicos dijeron que había sufrido un derrame cerebral provocado por la preocupación. Rosa apenas la lloró. Su madre ya no era la madre que había sido una vez. En su lugar, ese papel lo ocupaba cada vez más Maria. Su tía y Petrov le dieron una habitación.

Luego llegó la noticia de que Viktor volvía a casa. Les dijeron que lo esperaran en dos semanas. Rosa rompió en llanto; era demasiado antinatural para ser cierto: los muertos no volvían a la vida. Lo había enterrado en su mente hacía años y ahora se iba a enfrentar a su fantasma. Pero lo que realmente dolía era darse cuenta de que su madre había tenido razón después de todo. Había habido un propósito para su esperanza, y Rosa se odiaba a sí misma por negarse tan rotundamente a compartir la fe de su madre. Se sentía humillada, incluso avergonzada. Había fallado a su padre, y también a su madre. Y ahora, la oportunidad de disculparse con su madre se había esfumado, aunque dudaba que alguna vez hubiera encontrado la fuerza para decir lo siento.

Esas dos semanas se volvieron insoportables para Rosa, intensificadas por el nerviosismo agitado de su tía. Podía notar que Petrov no quería tener nada que ver con su cuñado. Maria le había advertido que no esperara al padre que había conocido y Rosa no sabía qué quería decir con eso. Cuando pensaba en su padre, solo había una forma de visualizarlo, no podía contemplar una alternativa. La anticipación del regreso de Viktor la llenaba de pavor y atormentaba sus pensamientos.

No hubo alegría en el regreso de Viktor; ni celebración, ni guirnaldas, ni fanfarria. Solo un anciano que parecía estar al borde de la muerte. —Dale un abrazo, Rosa —había dicho Maria. Rosa obedeció, pero el contacto físico la repugnó. Este no era su padre, había tenido razón todo el tiempo.

Con el paso de las semanas, la presencia de Viktor, como un cetro, llenó el apartamento. Rara vez se movía, hablaba solo ocasionalmente y, aun entonces, muy brevemente, pero su presencia dominaba el espacio limitado, su sombra parecía invadir la vida doméstica de Rosa. Ella nunca se quejó, no se atrevía, y simplemente toleraba su presencia abrumadora. No sentía amor por él, solo un resentimiento porque el padre de ahora no era el padre de antes. No era su culpa, lo sabía, pero no podía evitar culparlo por ello. Fue un gran alivio cuando consiguió una plaza en la universidad, un salvavidas para la cordura, que agarró con indecente prisa.

Rosa miró su reloj. A Vladimir no le gustaba cuando llegaba tarde. No era una prerrogativa femenina; era simplemente mala organización y falta de autodisciplina. Después de todo, él era bibliotecario, todo en su vida estaba perfectamente compartimentado. Al menos, eso esperaba ella. Volvió a mirar a su padre dormido y se levantó de la silla. Cuando se disponía a salir, se detuvo. Luego, dando media vuelta, se acercó a él, se inclinó y le besó la frente. Por un momento, creyó ver un leve destello de sonrisa en los labios del anciano.

*

—Esta noche, Rosa, te espera una sorpresa muy especial —la sonrisa de Vladimir se extendió ampliamente por su rostro, como un niño con un secreto que no puede esperar para revelar. Sus ojos brillaban de anticipación.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo verás.

Rosa estaba acostumbrada a ser mimada por su nuevo novio; cada salida parecía revelar una sorpresa aún mayor. A veces deseaba tener la ropa adecuada para estos lugares glamurosos. Cada vez tenía que llevar el mismo atuendo soso, tan mal hecho y cosido descuidadamente. En ocasiones, él

lograba conseguir un coche, pero esta noche tomaron el tranvía hacia un destino desconocido. Y sin embargo, él hacía todo esto y no pedía nada a cambio. A sus 25 años, ella esperaba que fuera más exigente, pero no, sus modales eran ejemplares, su conducta caballerosa. Francamente, era decepcionante. A veces, se preguntaba qué quería Vladimir de ella. Por mucho que se arreglara, por mucho que se demorara en las puertas de la universidad cuando él la dejaba, nunca hacía un movimiento inapropiado. ¿Qué se necesitaba?, se preguntaba.

Vladimir llevaba su habitual gabardina crema, bien ceñida con un cinturón, sus zapatos negros cuidadosamente lustrados, su pelo rubio bien peinado con una raya perfecta a la izquierda. Pero esta noche también llevaba una bufanda de seda azul oscuro que Rosa no había visto antes. Estuvo tentada de preguntarle de dónde la había sacado, pero decidió no hacerlo.

—¿Estuviste en la universidad hoy? —preguntó él.

—Sí, estábamos ensayando la obra.

—¿Y cómo están tus amigos, Boris y Ella, ¿no es así?

Rosa pensó en Ella y su maquillaje excesivo, su pelo perfecto y el aborto tan cuidadosamente archivado en las profundidades de su conciencia. —Sí, y Claudia. Pero Ella es la guapa, muy guapa... te gustaría —esperaba una reacción, pero la expresión de Vladimir no reveló nada.

—¿Y qué hay de este Boris, dijiste que es judío?

—Sí, hoy me enteré de que su padre era rabino. Y él, eh, también me declaró hoy su amor eterno.

Lo observó cuidadosamente. —¿Ah, sí? —dijo con una risa ahogada, mirando por la ventana a los peatones que pasaban—. No puedo culparlo.

—¿Ah, ¿sí? ¿Por qué dices eso?

—¿Un rabino, dices?

Ella suspiró. —Sí, Vladimir, un rabino.

Viajaron en silencio durante unas cuantas paradas por la calle Tverskaya, o, para usar su nuevo nombre, la calle Gorky. La calle estaba siendo

ensanchada y, en consecuencia, era como viajar a través de una obra de construcción continua. Rosa miró de reojo a Vladimir. Quizás su tía tenía razón. Le gustaba Vladimir, le gustaba mucho, pero necesitaba algo más. Su misterio había sido parte del encanto, pero ahora la novedad se estaba desgastando. Deseaba confianza, no secretos. Después de un rato, él le preguntó sobre los ensayos de Chéjov y ella respondió con detalle, preguntándose si él estaba escuchando. —¿Y cómo va la vida en la biblioteca? —preguntó ella con indiferencia.

—Tranquila —dijo él, abruptamente—. Ya llegamos.

Mientras se bajaban del tranvía, Rosa notó una fila de grandes coches negros estacionados a lo largo de la calle y se preguntó qué hacían allí. La visión de ellos la hizo estremecerse, todos se veían tan brillantes y oficiales, con sus ruedas de radios y estribos. Cerca de los coches, un pequeño grupo de personas harapientas se había reunido, mirando a través del escaparate de una tienda. Vladimir caminó hacia ellos y en silencio, pero bruscamente, se abrió paso. La gente se apartó para dejarlo pasar, y Rosa vio que estaban observando una exhibición de la tienda y los productos que nadie más que las personas en los coches negros podían permitirse. Para sorpresa de Rosa, Vladimir caminó directamente hacia una puerta donde estaba parado un miliciano, mostró una tarjeta que sacó de su bolsillo y luego le dijo algo al soldado en voz baja. El soldado asintió y se hizo a un lado para que Vladimir pasara.

—Ven —dijo él.

—¿Vamos a entrar?

—Sí, ven.

—Pero este es el Gastronom Número Uno, ¿no?

—Nada más que lo mejor, Rosa, nada más que lo mejor.

Rosa entró y se sorprendió de lo grande y extravagante que parecía el vestíbulo. Desde fuera, parecía una vivienda común, pero obviamente era algo un poco especial. Una alfombra roja de coloridos patrones cubría el pasillo, candelabros colgaban del techo y retratos de funcionarios del Partido adornaban las paredes. —¿Qué es esto?

—Ya lo verás en un minuto. Tienes que firmar aquí —dijo él, señalando un libro de visitas abierto que descansaba sobre una mesa cubierta con un mantel blanco y brillante. Vladimir la guió por el pasillo y llamó a la gran e imponente puerta al final del vestíbulo. La puerta se abrió de golpe y Vladimir entró, llevando a Rosa de la mano. Otro hombre uniformado se acercó a Vladimir con una sonrisa cortés y tomó su abrigo. El hombre se volvió hacia Rosa.

—Rosa, ¿tu abrigo? —dijo Vladimir.

Pero Rosa estaba de pie junto a la puerta; su boca se había abierto de asombro ante lo que se extendía frente a ella. Desde fuera, nadie lo hubiera sospechado, pero en el interior había una lujosa tienda de tales proporciones que le quitó el aliento. —Nunca imaginé que existieran lugares así —se dijo a sí misma mientras Vladimir le quitaba el abrigo. Hombres uniformados deambulaban por la sala acompañados de mujeres vestidas extravagantemente, inspeccionando lo que se les ofrecía, haciendo compras, entregando tarjetas de racionamiento, llenando sus bolsas. La mesa más cercana estaba repleta de alimentos que ella no sabía que existían en tal abundancia. Sabía que había tiendas para los privilegiados, pero nunca imaginó esto. No era tanto la vista de toda esta comida, sino el asalto a su sentido del olfato. Los recuerdos olfativos la invadieron; olores que había olvidado, aromas que desconocía. El puro perfume de los productos lácteos luchaba contra el olor de la carne recién sacrificada, que finalmente sucumbía al aroma mareante del pescado. Su estómago se contrajo como si se rebelara contra la saliva que se formaba en su lengua. Se acercó a la mesa y evitó la sonrisa servicial del dependiente como si sus ojos fueran a delatar que no pertenecía allí, que solo estaba aquí bajo falsos pretextos. Echó un vistazo a la gloriosa abundancia de alimentos. Había una docena de variedades de queso; amarillo, blanco y azul, quesos con nombres franceses elegantes. Había mantequilla tan amarilla como el oro, y huevos, enormes huevos brillantes. Había olvidado que la comida podía oler tan intensamente. Junto a los productos lácteos había una mesa de frutas. Rosa cogió una naranja e intentó recordar la última vez que había comido una pieza de fruta. Deambuló hasta la siguiente mesa y se quedó asombrada ante la vista y el olor de salchichas de numerosas formas y tamaños, de tocino recién cortado, de aves recién desplumadas.

Rosa vagaba aturdida, consciente de que Vladimir revoloteaba detrás de ella. —Tengo mis usos, ¿no crees? —dijo alegremente—. ¿Alguna vez has visto esto?

Sostenía una botella roja sangre con una etiqueta brillante, escrita, pensó ella, en inglés. —¿Qué es?

—Es americano. Se llama kétchup.

—¿Qué chup?

Vladimir se rió. —Kétchup. Es una salsa.

Unos pasos más allá, Rosa se encontró con un tanque lleno de peces *vivos*. —¿Qué le gustaría, camarada? —preguntó el rollizo asistente masculino, vestido con un mono blanco, preparado con una pequeña red de pesca—. Tenemos lucio, trucha, carpa, brema, lo que usted quiera.

Rosa sonrió débilmente.

Suponía que los precios serían astronómicos, imaginaba el salario de un mes por unas pocas salchichas, pero no, estaba equivocada. El costo de la comida más hermosa y apetitosa era mucho menor que el de los alimentos más básicos y poco apetecibles disponibles para ellos como ciudadanos comunes.

—Pero no entiendo, cómo tú... —No pudo terminar la frase, sin saber cómo enmarcar una docena de preguntas en una sola.

—Digamos que conozco a algunas personas —dijo, guiñando un ojo—. Pero incluso yo tengo racionamiento, solo se me permite una cantidad limitada por semana, pero quiero que disfrutes, lo que es mío es tuyo, Rosa. —Le entregó su tarjeta de racionamiento. Ella la estudió por unos segundos y se dio cuenta de que en una semana, Vladimir podía comprar lo que Maria podría permitirse quizás en tres meses o más. Pensó en su pobre tía y en su bolsa *por si acaso*.

Rosa lo miró fijamente, aún en un estado de incredulidad. Su sonrisa alegre se había transformado en una de sinceridad, la de un hombre que quería marcar una diferencia en su vida, aunque fuera brevemente, y mostrarle que existía otro mundo mejor justo bajo las narices de aquellos que sobrevivían

día a día sin saberlo. Pero la incredulidad de Rosa no era jubilosa. Se dio cuenta de que sabía poco sobre su novio, pero no fue hasta ese momento que comprendió cuán profunda era su ignorancia. No sabía nada sobre él y aún menos sobre el mundo que ocupaba. Ella tenía razón, este hombre no era un bibliotecario y ella tenía todo el derecho de pedir la verdad, pero algo la retenía; la verdad la asustaba. En su lugar, simplemente negó con la cabeza.

Vladimir pareció preocupado.

—¿No pareces feliz?

—Pero ¿por qué, Vladimir? ¿Cómo?

Vladimir se movió inquieto de un pie a otro; su habitual confianza se había desvanecido. Quizás reconoció que la había llevado demasiado lejos, demasiado rápido.

—Porque yo... me gustas —su mirada cayó hacia sus zapatos pulidos, las luces de la lámpara de araña reflejándose en el negro brillante del cuero—. Porque me gustas mucho —dijo, casi disculpándose.

El desconcierto de Rosa ante su entorno desapareció en un instante. Por primera vez, Vladimir se había despojado de su exterior y le había permitido vislumbrar a la persona en su interior. Sabía que le había costado toda su fuerza humillarse frente a ella, y por eso, atesoró el momento.

—Sí —dijo ella—. Y tú también me gustas, Vladimir. Me gustas mucho.

# Capítulo 7: *La Revelación*

Los trabajadores más importantes de la fábrica se habían amontonado en el comedor obrero. Me encontraba con la espalda pegada a la pared, observando sus rostros inexpresivos. Filas de hombres en su mayoría, con sus monos de trabajo sucios, rastros de mugre en sus caras, sus ojos fijos en la mesa al fondo de la gran sala demasiado iluminada. Se notaba que, de tener opción, todos preferirían no estar allí; era evidente que los habían obligado a asistir. Detrás de la mesa estaba sentado el camarada Trifónov, el prestigioso director de la fábrica, un par de sus adjuntos, luego Dmitry y, junto a él, su protector, Mijaíl. Trifónov era un hombre de unos cincuenta y tantos años, pequeño, rechoncho, con cabello oscuro y escaso, una nariz larga y delgada, y una expresión lúgubre. Dmitry parecía incómodo y no dejaba de lanzarme miradas como si buscara tranquilizarse con mi presencia. A lo largo de la pared lateral colgaban los habituales retratos de Stalin, Lenin y el jefe de la NKVD, Yagoda. En la pared del fondo había un gran cartel que proclamaba *Trabaja productivamente, descansa culturalmente*. Y detrás de la mesa principal, cubierto por un paño verde oscuro, colgaba la pintura de Dmitry.

No podía evitar sentirme decepcionada por Dmitry. Su obra, cuidadosamente elaborada, iba a ser develada en esta sala anodina de una fábrica corriente, no diferente a los cientos de otras repartidas por Moscú. Merecía algo mejor: un público más amplio y apreciativo que los desaliñados y poco entusiastas trabajadores presentes. Pero Trifónov era un hombre influyente y una pintura de alguien como Dmitry le otorgaba cierto prestigio a su establecimiento. Lo mostraría como un hombre de gusto, un mecenas de las artes. El acuerdo era que después de pasar un año en la fábrica, la pintura de Dmitry sería trasladada a una de las galerías de arte más pequeñas. Si Dmitry recibía su Orden de Lenin, entonces su reputación se extendería. Podría trabajar para las galerías de arte y no preocuparse por estos encargos de hombres que no sabían nada de arte.

No obstante, me entusiasmaba la perspectiva de incluso una pequeña galería. La idea de que mi imagen fuera vista por cientos de personas era inmensamente emocionante. Había posado tres veces para él, cada vez

durante más tiempo que la anterior. La sesión intermedia fue particularmente difícil. Dmitry sabía que su fecha límite se acercaba y la presión no ayudaba mucho a su producción. Todo lo que hacía, lo borraba inmediatamente entre una sarta de maldiciones murmuradas. Con frecuencia se detenía y caminaba de un lado a otro de su pequeño estudio o daba vueltas a mi alrededor, mirándome como si fuera un vestido en una tienda, rara vez mirándome a los ojos. Hablaba constantemente, pero solo consigo mismo. Pronto me di cuenta de que cuando hablaba, las cosas iban mal. Después de una hora o más, finalmente se dio por vencido y parecía desanimado. Me cambié de nuevo a mi ropa normal y me fui rápidamente. Más tarde ese día, me llamó para disculparse. Pero yo lo entendía, había aprendido a distinguir entre el encanto de Dmitry el hombre y Dmitry, el artista irascible en el trabajo.

Dos días después, tuvimos nuestra tercera y última sesión. Con la fecha límite acercándose, llegué con aprensión. Por mucho que ansiara verlo, el atractivo de ser modelo de un artista ya estaba perdiendo su brillo. Sin embargo, esta vez fue afortunadamente diferente. Él parecía más relajado; la pintura iba donde él quería que fuera, la imagen en su cabeza se traducía fácilmente al lienzo. Incluso se dirigió a mí directamente en un par de ocasiones y hacia el final, trabajaba con una pequeña sonrisa en los labios. Finalmente, se alejó del lienzo y contempló su obra, asintiendo con evidente satisfacción. Me hizo señas para que me acercara. Quedé impresionada. Allí estaba yo, mi perfil en una obra de arte. Mi imagen se encontraba en la parte delantera y a la derecha del cuadro, mi mano izquierda sosteniendo una jarra de agua, la derecha pasando un vaso lleno a la mano extendida de uno de los trabajadores. Mi postura era de orgullo: orgullo por mis compañeros trabajadores, orgullo por el proceso de colectivización, orgullo por mi país. El sol se reflejaba en mi reluciente mono azul, con el pelo recogido. Pero a pesar de la naturaleza andrógina de la ropa, seguía siendo claramente una mujer, el futuro maternal de la Madre Patria. La parte superior del mono se abría lo suficiente para revelar la redondez y textura de mi pecho, demasiado temía yo, y la cintura elástica exageraba la forma de mis caderas.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Creo que es maravilloso —Me miró como si buscara la verdad en mis ojos—. De verdad, creo que es realmente muy bueno.

Asintió. —Sí, sí, sí —Caminó hasta el otro lado de la habitación y volvió, sonriendo ampliamente, sus ojos brillando de placer, apenas conteniendo su alegría—. Sí, yo también —dijo.

—¿No crees que es un poco demasiado...?

—¿Demasiado qué?

—¿Atrevido? Quiero decir, mis...

—¿Pechos?

—Sí.

Puso su brazo alrededor de mi hombro. —Es hermoso, todo es hermoso. No te preocupes; estará bien.

El contacto y el peso de su brazo a mi alrededor hicieron que mis entrañas hormiguearan y un escalofrío de placer recorrió mi espalda; me sentía tan cómoda y apegada. Me incliné hacia su abrazo y respiré su olor a pintura y calidez.

—Sí, estará bien.

—Sabes, es una alegría tan grande terminar una obra, pero a veces toma un día o dos para que se asimile completamente y cuando lo hace, es... es maravilloso, siento ganas de dar un puñetazo al aire y gritar por la ventana. ¿Sabes a qué me refiero?

—Yo... no lo sé —Por mucho que quisiera, no podía pensar en un momento en el que hubiera sentido tal alegría espontánea.

—Gracias, Maria, has convertido una buena pintura en una pintura perfecta.

—Me alegro de haber sido de ayuda.

Se rio y me acercó más. Levanté la mirada hacia él, su rostro flotando sobre mí, y me quedé mirando la oscuridad de sus ojos. Los segundos se demoraron. Bésame, pensé, solo bésame, aunque sea por unos momentos,

déjame saber lo que es estar viva, ser besada por una razón, besada con pasión.

—Quizás la próxima vez —dijo—, te pinte desnuda.

—Pensé que no podía ser yo, pensé...

Se apartó de mí; el momento había pasado. —Podríamos ubicarte en un entorno clásico, el Olimpo soviético, con su espejo y su gato negro, o quizás recostada contra una columna de un templo griego con querubines a tus pies, mirándote con adoración... —Dejé de escuchar, consciente solo de la cercanía que ya no existía. Volvía a ser Dmitry el Artista.

El recuerdo de aquella noche me hizo sonreír con nostalgia mientras Mikhail pronunciaba su discurso patriótico, con el pulgar enganchado en el pequeño bolsillo de su chaleco y su cabello engominado brillando bajo las luces del salón. Intenté concentrarme. Hablaba de la creciente industrialización de Rusia dentro de su segundo Plan Quinquenal, de la necesidad de mantener el impulso, la obligación de alcanzar y finalmente superar a Occidente. Hablaba de la sabiduría del Partido y de Stalin en particular. De vez en cuando, el camarada Trifonov asentía en señal de acuerdo, pero su expresión permanecía inmutable, aún lúgubre.

—Una obra de arte debe representar una historia tan seguramente como una obra de ficción. Y esa historia tiene que ser soviética, ya sea el minero, el soldado, un campo de grano, una fábrica o el trabajador de la granja colectiva. Por la naturaleza misma de su cotidianidad, se convierten en heroicos portaestandartes de lo mundano. El arte debe tener un atractivo inmediato, libre de distracciones o cualquier forma de desorden. El arte por el arte es una indulgencia burguesa. El espectador debe creer que está viendo una historia, no una obra de arte. Y el proletariado debe ser visto como fuerte en mente y cuerpo, resueltamente moral en carácter, e incluso bajo la opresión capitalista, deben ser desafiantes y valientes, sin ceder su terreno moral superior. El artista, por lo tanto, debe rendir su individualidad al dios mayor de la ideología. "El artista es el ingeniero del alma" - todos estamos familiarizados con la frase del camarada Stalin... —Una erupción de aplausos lo interrumpió. Esperó unos momentos antes de poder continuar —. La frase del camarada Stalin. Y pocos artistas encarnan la visión de

nuestro amado líder como Dmitry aquí. Como miembro de la Asociación Rusa de Artistas Proletarios y una luz líder de la inteligencia creativa, su trabajo se está reconociendo ampliamente como ejemplos perfectos de nuestro glorioso pasado y brillante futuro. Su obra aquí es un ejemplo del realismo socialista en su mejor expresión. Muestra el trabajo armonioso del campo, el orgullo colectivo del noble campesino. Su lugar aquí, en una de las fábricas más productivas de Moscú, es particularmente apropiado. — Hizo una pausa como si esperara una respuesta y pareció momentáneamente avergonzado por el silencio. Retrocedió de la mesa y se movió hacia la pintura cubierta con una tela. El momento había llegado. Noté que Dmitry juntaba las manos y mi estómago se revolvió. Solo yo sabía cuán importante era este momento para él. Nadie, aparte de mí, había puesto sus ojos aún en la pintura terminada; Mikhail había insistido en mantener el efecto sorpresa y el camarada Trifonov no había mostrado resistencia. Alcanzó el cordón atado a la tela y lo sostuvo con cuidado—. Así que —dijo, alargando la palabra—, sin más preámbulos... —Mikhail miró a su audiencia y me di cuenta de que estaba tan nervioso como yo. Su reputación también dependía de Dmitry y sus otros clientes—. Me s-siento... —tosió—. Me siento profundamente honrado de develar la última obra de Dmitry. Dedicada a los trabajadores de esta excelente fábrica y a todos los gloriosos trabajadores de la Unión Soviética, camaradas, les presento... *El descanso de los trabajadores*...

El público de obreros empezó a aplaudir mecánicamente incluso antes de que cayera la tela. Esperaba que cuando se revelara la pintura, el aplauso se volviera más espontáneo, más genuino. Me decepcioné, el aplauso estaba a solo un paso de ser un aplauso lento: constante, rítmico y pesado. Los odiaba por ello. La única muestra de reacción entusiasta vino de los delegados de Trifonov sentados detrás de la mesa. El propio camarada Trifonov no aplaudía, sino que había girado su silla y estaba estudiando atentamente la pintura. Intenté leer la expresión en los ojos de Dmitry, pero para alguien que normalmente llevaba el corazón en la mano, era difícil saber qué pasaba por su mente. Pero entonces la visión de Trifonov poniéndose de pie captó mi atención. Todavía no aplaudía, pero supuse que estaba tomando la iniciativa de ofrecer una ovación de pie, al menos teóricamente, ya que el público había estado de pie todo el tiempo. Sus

delegados llegaron a la misma conclusión y, como uno solo, se pusieron de pie y comenzaron a aplaudir con mayor vigor. Al menos esto sirvió de estímulo para que los trabajadores mostraran más entusiasmo por esta obra producida para su beneficio. Vi que la boca de Trifonov se abría y lo que parecía una palabra de una sola sílaba, redondeada, se perdió en el ruido. Pero había algo en sus ojos que me asustó. Dejé de aplaudir, de repente incapaz de continuar. Me concentré en su boca, aguzando el oído. Empezó a sacudir la cabeza y a la tercera o cuarta vez, lo oí; estaba diciendo «No».

Los delegados también lo habían oído. Al instante, dejaron de aplaudir y se miraron nerviosamente entre sí. Trifonov se volvió para enfrentar a sus trabajadores. Con las manos cortando el aire horizontalmente, gritó:

—¡Paren, he dicho! ¡He dicho que *paren*!

Los trabajadores de las primeras filas dejaron de aplaudir inmediatamente y, como una ola, fila tras fila cayó en silencio hasta que los últimos ecos de aplausos se apagaron. El salón reverberó con un silencio atónito, todos los ojos enfocados en Trifonov, la pregunta ardía en sus rostros. Ya no estaban aburridos ahora. Trifonov, con el rostro enrojecido, volvió a pasos largos hacia la pintura. Miró con desprecio a Mikhail y luego giró para enfrentar al Dmitry de ojos abiertos. El director señaló la pintura detrás de él.

—¿Qué es *esto*? —siseó.

Dmitry sacudió la cabeza.

—Lo siento, camarada Trifonov, no le sigo.

Trifonov miró furioso a Mikhail. Mikhail se encogió de hombros y preguntó:

—¿Hay algo mal, camarada Trifonov?

—¿Mal? Yo diría que hay algo «mal». —Dio un paso atrás hacia la mesa—. ¿Están ciegos? ¿Soy el único que lo ve?

La expresión desconcertada de Mikhail resumía la pregunta de todos los presentes, pero yo tenía la sensación de que sabía lo que venía a continuación, y de alguna manera sabía que mi alter ego estaba a punto de convertirse en el foco de la aguda atención de todos.

—¿Ver qué? —preguntó Mikhail.

—Pues ustedes... ustedes... ¿No pueden ver la pornografía descarada en este cuadro? Miren —dijo, señalando de nuevo la pintura—. Mírenla, la forma descarada de sus... sus... —Luchó por encontrar la palabra.

—¿Pechos? —dijo Dmitry con burla—. Sí, las mujeres tienen pechos, no entiendo...

—No se haga el inocente conmigo; ese overol está tan desabrochado que prácticamente la expone.

—Hace calor —protestó Dmitry. Pude notar que por dentro se reía de lo absurdo de la situación.

—Bueno, ¿por qué no la pintaste desnuda y acabamos con esto? —Una ola de risas recorrió la sala y Dmitry reprimió una risa incrédula. Trifonov frunció el ceño a sus trabajadores—. Oh, ¿así que creen que la representación de pornografía es graciosa? Un ruido más de ustedes y les daré algo de qué reírse.

Mikhail tosió.

—Entiendo sus preocupaciones, camarada Trifonov...

—¿Las entiende? Tengo la clara sensación de que estoy solo en mi repugnancia. Sabe lo fuertemente que el Partido siente sobre este tipo de cosas...

—Ciertamente, camarada Trifonov, ciertamente. Pero vamos, el artista simplemente está tratando de mostrar el sudor honesto del trabajador en un día caluroso en el campo. De hecho, somos privilegiados de estar en compañía de la joven que posó para esta figura... —Mi corazón dio un salto. Un murmullo de interés recorrió la audiencia mientras sentía que mis mejillas ardían. Mi incomodidad era obvia y, siendo la única mujer no obrera en la sala, las miradas comenzaron a dirigirse hacia mí.

Dmitry intentó interrumpir:

—No creo que sea necesario...

Pero ya era demasiado tarde; todas las cabezas se habían girado, todos los ojos fijos en mí.

—Oh, estoy seguro de que a Maria no le importará... —dijo Mikhail, mientras su mirada se posaba en mí. El camarada Trifonov fue el último en darse cuenta de que yo era el nuevo punto de interés. Cuando sus ojos se enfocaron en mí, me presioné contra la pared y sentí que físicamente disminuía en altura.

Mikhail continuó:

—Maria, ¿le importaría dar un paso adelante para que todos puedan verla?

Sonreí débilmente, pero no pude moverme, consciente de lo acalorada que me sentía de repente.

El camarada Trifonov miró la pintura y luego volvió a mirarme, como si comparara a la chica del cuadro con la encarnación física frente a él. Juro que miró mis pechos por una fracción de segundo antes de volver a enfocarse en mis ojos.

—¿Posó usted para esto? —preguntó.

Intenté hablar, pero los nervios en mi estómago silenciaron mi lengua. En su lugar, simplemente asentí. Por un momento, su expresión se suavizó como si estuviera impresionado por la habilidad de Dmitry. Pero quizás recordando su indignación, el momento pronto pasó.

—¿Qué pensarían sus padres? —gruñó—. Bueno, ¿qué tiene que decir en su defensa, jovencita? ¿Se la ha comido la lengua el gato?

Abrí la boca, pero las palabras no salían. Para mi alivio, Dmitry saltó en mi defensa.

—Esto es ridículo —espetó—. Esto no tiene nada que ver con ella. —Su arrebato logró desviar la atención de todos lejos de mí. Me sentí deslizar por la pared, el sudor brotando en mi frente—. Lo siento, camarada Trifonov, pero encuentro sus comentarios injustificados. La pornografía que solo usted puede ver es obviamente producto de su mente...

—¡No! —Era el turno de Mikhail de entrar en pánico; sabía que Dmitry estaba caminando sobre hielo muy delgado. Dmitry contuvo su lengua y observó a su patrón—. Lo que creo que Dmitry quiere decir es que claramente hay un malentendido aquí...

—¿Una «confusión»? —bramó el camarada Trifonov—. No hay ninguna confusión. *Él* es el pornógrafo en esta sala y aun así tiene la desfachatez de intentar darle la vuelta a la situación. Bueno, ya veremos quién es el fornicador aquí cuando lleve esto a las autoridades correspondientes.

Mikhail lanzó una mirada nerviosa a Dmitry. —De verdad, camarada, no creo que sea necesario llegar tan lejos.

—Pues yo sí —dijo Trifonov. Echó un último vistazo al cuadro y de repente giró sobre sus talones, se alejó de la mesa y salió por la puerta lateral.

La sala estalló en una explosión de conversaciones emocionadas. Después de unos momentos, uno de los delegados de Trifonov decidió tomar el control de la situación. Poniéndose de pie, ordenó a los trabajadores que se fueran a casa y que no mencionaran a nadie los acontecimientos de la noche. Mientras los trabajadores salían en fila, cada uno echando un último vistazo a mi persona, mantuve mi atención centrada en Dmitry. Mikhail se sentó cansadamente junto a él y noté que le dio una palmadita en la mano. Era un gesto pequeño, pero me alivió. Significaba que Dmitry aún contaba con el apoyo de su patrón. No tendría que luchar contra esto solo, al menos en el sentido oficial, porque Dmitry sabía que siempre contaría con mi apoyo.

Después de un rato, Dmitry levantó la mirada y se encontró con la mía. Todavía incapaz de moverme del lugar, le sonreí por encima de las cabezas de los obreros que pasaban. Él me devolvió la sonrisa, pero incluso desde el otro lado de la sala, pude ver que su habitual confianza se había desvanecido.

# Capítulo 8: *La Purga*

Se les había indicado a los estudiantes que tomaran sus lugares en el aula principal al final de las clases. Rosa, Ella y Claudia llegaron temprano, decididas a sentarse hacia atrás y fundirse en el anonimato de los rostros. El suelo de madera resonaba con el sonido de pasos lentos mientras los estudiantes y profesores entraban en silencio para tomar sus lugares. Se habían traído sillas adicionales y se habían dispuesto en un enorme cuadrado; en el centro del cual se alzaba la plataforma temporal: una gran mesa cubierta con un mantel blanco, equipada con una lámpara, vasos y jarras de agua, y detrás de la cual había tres sillas desocupadas. Y al otro lado de la mesa, otra silla, llamativa por su presencia solitaria. Sobre la mesa yacía una gran pila de carpetas, unidas por una gruesa cinta roja.

Rosa se estremeció. El salón principal siempre estaba frío; era demasiado grande y el techo demasiado alto para mantener el calor. Pero, hoy, era la ominosa pila de carpetas lo que la había hecho temblar. Cada carpeta representaba a un estudiante o profesor, cada una llena de testimonios, historias y acusaciones escritas contra el nombre en la portada. ¿Estaría su nombre entre ellos? Se rumoreaba que había espías en cada aula, informantes invisibles en cada esquina. La vida estudiantil, privada, familiar y política de uno estaba contenida en esos montones de papel; cada aspecto de la existencia de uno. Pero, Rosa se recordó a sí misma, *ella* no tenía nada que temer; después de todo, amaba a su país, amaba a su líder, trabajaba duro y sus profesores la tenían en alta estima. Pero, ¿era eso suficiente? Rosa no era espía; nunca había denunciado a nadie. Pero quizás debería haberlo hecho. ¿Era algo que podían usar en su contra? ¿Su falta de denuncias implicaba complicidad? La mesa también tenía encima un busto de Stalin y un jarrón con flores. De alguna manera, pensó Rosa, las flores parecían fuera de lugar. Las flores significaban esperanza, un nuevo comienzo. Pero la atmósfera no era de esperanza sino de temor. Se podía ver en cada rostro: el temor silencioso de lo que se avecinaba. Lo mejor que uno podía esperar era sobrevivir. Era supervivencia o condena. Y Rosa conocía demasiado bien el significado de la condena; lo había visto por sí misma cuando vinieron y se llevaron a su padre en su María Negra. La

condena significaba expulsión del Partido, arresto y encarcelamiento; no valía la pena pensar en ello.

Rosa miró a sus dos amigas, pero ambas estaban demasiado concentradas en sí mismas. Rosa sabía lo que pasaba por sus mentes. ¿Podría Ella ser una espía? ¿Claudia? Era demasiado absurdo para contemplarlo. Ya había ensayado su historia numerosas veces, pero el miedo seguía siendo una presencia constante. Por mucho que intentara recordar su pasado, siempre existía la posibilidad de una conversación olvidada, una palabra mal interpretada, una falsa impresión. Amaba a Stalin como un sacerdote amaba a su propio Dios, pero eso en sí mismo no era suficiente para asegurar su supervivencia. ¿Había provocado que alguien le guardara rencor? ¿Había algo en ella que pudiera causar envidia? Sabía, todos sabían, que tenían tanto que temer de sus amigos como de sus enemigos. En este ambiente opresivo, uno estaba muy solo.

Escudriñó a los estudiantes sentados a su alrededor. Dos filas adelante y a la izquierda, estaba sentado Boris, vistiendo su chaqueta habitual. Se preguntó si habría reemplazado el botón faltante en honor a la ocasión. Quizás él sintió la intensidad de su mirada, porque se dio la vuelta y la miró a los ojos. El tamaño de sus pupilas parecía más exagerado que nunca detrás de sus gafas. Hubo un breve reconocimiento en su expresión antes de que volviera su atención, como todos los demás, a la plataforma en el centro del salón.

Todo el instituto parecía estar presente, cada silla estaba ocupada. Pero entre toda esta gente, no había ningún sonido, solo un silencio absoluto, el roce de los traseros en las sillas, alguna tos ocasional. Sin embargo, pensó Rosa, también se podía oír el latido de cada corazón, sentir los estómagos revueltos, el retorcimiento de manos. Podía verlo en todos los rostros: la expresión grabada del miedo. Y sabía que sus caras simplemente reflejaban la suya propia.

En medio del silencio, se oyó el sonido de más pasos. Inmediatamente, Rosa supo que eran ellos. Sus pasos eran demasiado seguros para pertenecer a uno de los estudiantes o del personal. En el salón entraron tres hombres de aspecto sombrío, el juez y el jurado. Tomaron sus lugares en la plataforma y se sentaron. Rosa observó al hombre del medio mientras

ajustaba la lámpara y se servía un vaso de agua. No parecía particularmente amenazante: era más joven de lo que ella esperaba y parecía carecer del aire de arrogancia que normalmente asociaba con los que estaban en el poder. Tenía una cabellera de pelo oscuro y rizado y un pequeño bigote fino como un lápiz. Los hombres a cada lado de él eran más de lo que ella esperaba: hombres mayores con expresiones severas y decididas. El hombre del medio revolvió unas hojas de papel, tomó un sorbo de agua y finalmente se puso de pie. Había llegado el momento.

Al principio, no dijo nada y simplemente se quedó quieto, mirando fijamente un papel sobre la mesa. Por un momento, Rosa pensó que parecía incómodo. Pero luego levantó la mirada, entrecerró los ojos y escaneó las filas de personas frente a él, como si calculara la cantidad de tiempo y el grado de trabajo que tenía por delante. Rosa se dio cuenta de que, a pesar de su juventud, su rostro tenía el aspecto endurecido de la determinación. Este era un hombre que tenía un trabajo que hacer y lo haría.

—Hay algunos entre nosotros que son enemigos del pueblo —dijo sin introducción, su voz sorprendentemente profunda, ligeramente gutural—. En nuestro mismo entorno, hay desviacionistas, espías, oportunistas de doble cara, elementos ajenos a nuestra clase. Miren a su alrededor, ¿saben si su vecino es fiel a la causa del socialismo o un enemigo del Estado? —Hizo una pausa y todo el auditorio se envolvió en sospecha mientras todos pensaban pensamientos despectivos sobre sus vecinos—. Es nuestro deber esta noche y toda esta semana desenmascarar a estas personas que se esconden detrás de sus máscaras; expulsar a estos conspiradores, estos seguidores de Trotsky y su chusma. Si tienes cáncer, ¿qué haces? ¿Lo perdonas, intentas convertirlo, le das una segunda oportunidad? —Golpeó su puño contra la mesa—. ¡No! —gritó—. ¡Lo extirpas. Lo-ex-tir-pas! — Un murmullo de aprobación resonó por el salón. Rosa asintió con la cabeza en señal de acuerdo mientras trataba de conjurar rostros de posibles conspiradores entre las personas que conocía. Pero la única cara que seguía volviendo a ella una y otra vez era la de su padre.

El presidente continuó. —Nuestro trabajo aquí es librar a esta universidad de elementos inapropiados, extirpar el cáncer. No dudaremos, pues nuestro futuro socialista depende de ello. Jamás descansaremos hasta que la tarea

esté completamente terminada. Esto es una guerra, y harían bien en recordarlo todos. Pero en esta guerra, el enemigo no se presenta con uniformes convenientes, no hay un "ellos y nosotros"; no, porque están *entre* nosotros. El enemigo es el hombre que está a tu lado en el autobús, la mujer al frente de la cola de alimentos, la persona sentada justo a tu lado en este preciso momento, tu amable vecino, incluso la persona con quien compartes tu cena. *Ellos* no dudarán, y ustedes tampoco deberían hacerlo. Debemos proteger nuestro futuro y tenemos el deber de proteger a nuestro glorioso líder divino, el camarada Stalin... —El nombre se perdió en el aplauso espontáneo que estalló por toda la sala. Cada par de manos aplaudía con entusiasmo, los pies golpeaban el suelo, los rostros sonreían. Después de tres minutos, Rosa se dio cuenta de que sus manos se estaban cansando. Ya habían hecho su punto, pensó, pero sentía que no podía ser la primera en detenerse, así que continuó. Afortunadamente, el presidente levantó una mano y a su audiencia se le permitió, misericordiosamente, parar.

El presidente presentó a sus dos colegas de rostro severo y se presentó a sí mismo como el camarada Pletnev de la Comisión Central de Purga del Partido. Se sentó y desató la cinta del montón de carpetas. Rosa miró a Ella a su izquierda y le guiñó un ojo a su amiga. Sabía que Ella le estaba suplicando silenciosamente que no mencionara su secreto más oscuro, el aborto realizado, no por motivos médicos, sino por el bien del progreso personal. Pletnev abrió la carpeta superior, examinó las páginas en su interior y llamó a la camarada Breshkovskaya. Rosa miró alrededor y vio a Breshkovskaya levantarse y dirigirse hacia la plataforma. Era una estudiante mayor, quizás de treinta años, con cara redonda, pelo corto y mejillas sonrojadas. Debía de ser consciente de todos los pares de ojos puestos en ella, pensó Rosa.

Breshkovskaya tomó asiento frente a los tres hombres y entregó su carnet del partido al presidente. Cuando se le pidió, relató su historia personal, mientras los dos hombres, a ambos lados del presidente, tomaban notas. Habló con un tono monótono y contó al panel sobre las ocupaciones de sus padres, su crianza y su carrera hasta la fecha. Hubo un error en su pasado, admitió, por el cual ya había reconocido y sido perdonada. Una pequeña fechoría, la locura de la juventud y la inexperiencia. Era una nimiedad, una mera nada. Pletnev asintió en señal de acuerdo. A Breshkovskaya le estaba

yendo bien; había pasado la parte incómoda. Rosa se dio cuenta de lo que Breshkovskaya estaba haciendo: era mucho mejor confesar que tratar de esconder y luego ser acusada. Recordaba demasiado bien el día en que decidió ponerse de pie en la escuela y denunciar a su padre como enemigo de clase. Y también recordaba la sensación de alivio después.

Cada miembro del panel le hizo un par de preguntas a Breshkovskaya y luego invitó a los estudiantes a hacer preguntas o comentarios. Alguien habló a su favor, dijo qué vida intachable había llevado y una segunda voz comentó qué buen ejemplo era para los estudiantes más jóvenes. El presidente, satisfecho, agradeció a Breshkovskaya y le devolvió su carnet. Rosa la observó mientras regresaba a su asiento, sus mejillas ahora totalmente rojas pero con una sonrisa desenfrenada en su rostro. Un par de colegas le dieron palmadas en la espalda o le estrecharon la mano. Había sobrevivido.

Rosa observó y escuchó mientras otros tres estudiantes tomaban su turno frente a la Comisión, y regresaban a sus asientos, aferrándose a sus carnets del Partido, su prueba de lealtad aún a salvo en sus manos.

El presidente Pletnev tomó la siguiente carpeta. —Camarada Kalinikov —dijo. El profesor de Rosa tomó su lugar frente al comité y pasó la mano por su cabello que se estaba retirando.

—Háblenos de usted —dijo Pletnev sin levantar la vista de sus papeles.

Kalinikov se aclaró la garganta y comenzó con su historia personal preparada de antemano. Había sido soldado y revolucionario, y había luchado contra los Blancos durante la Guerra Civil, ganándose una reputación de valentía y abnegación. Una herida en el estómago puso fin a su carrera militar y fue entonces cuando empezó a enseñar, pasando de un colegio a otro, antes de establecerse en este hace cinco años.

Pletnev asintió y garabateó algunas notas. —Hmm, interesante. ¿Está casado, camarada Kalinikov?

—Sí, camarada presidente, hace tres años.

—¿Segundo matrimonio?

—Sí, mi primera esposa...

—¿Felizmente casado?

—Oh, sí.

—¿Hijos?

Rosa sonrió, esto se estaba convirtiendo en un intercambio educado de conversación, Kalinikov estaba a salvo, el público se aburría. Rosa se alegraba por él; sus conferencias podían ser aburridas, pero no querría verlo sufrir ningún daño. —Un niño pequeño, de dieciocho meses —respondió Kalinikov.

—¿Es usted un hombre religioso, camarada Kalinikov?

Kalinikov se removió en su asiento. —No, camarada presidente, no tengo tiempo para tal comedia.

El presidente golpeó la mesa con las palmas de las manos. —No juegue conmigo, Kalinikov, le pregunto de nuevo, ¿es usted un hombre religioso? —El público esperó su respuesta. El presidente sabía algo y Kalinikov tenía que tener cuidado de no confesar algo que el presidente no supiera.

El rostro de Kalinikov se sonrojó. —N-no, pero mi esposa, quiero decir, mis padres lo son, quiero decir que solían serlo. Ellos... ellos insistieron.

—¿Insistieron? ¿En qué exactamente?

Kalinikov bajó la mirada. —El... el bautizo. —Algunos del público se rieron—. Yo no quería, créame, discutí mucho en contra, dije que no tenía sentido, pero las viejas costumbres son difíciles de erradicar, ellos insistieron...

—Eso ya lo ha dicho. ¿Alguien quiere comentar algo? —preguntó dirigiéndose al auditorio.

—¡Yo estuve allí! —dijo una voz detrás de Rosa. Ella estiró el cuello para ver a la camarada Ossipovna, una de las compañeras de Kalinikov, poniéndose de pie—. Y está mintiendo. No hubo ninguna vacilación, nunca vi a un padre más orgulloso.

—¡No! Eso no es cierto, odié cada minuto de la ceremonia —gritó Kalinikov—. Es ella quien está mintiendo...

—Échenlo —dijo una voz anónima desde el otro lado del auditorio.

—Creyente —gritó otro.

La camarada Ossipovna permaneció de pie. —Tomó sus votos con gran seriedad. Es un creyente, sin duda. Y lo que es más, todavía lo es, solo que lo oculta bien.

El presidente habló: —Y, ¿puedo preguntar, señora, qué hacía usted en esa ceremonia religiosa?

Ella se sentó como si de repente el suelo se hubiera hundido bajo sus pies. La sala estalló en carcajadas, y Rosa también se encontró riendo ante lo absurdo de la acusación auto-incriminatoria de la mujer.

El presidente continuó. —Usted es un creyente, Kalinikov, un renegado supersticioso. Eso en sí mismo es bastante malo, pero además es ingenuo al creer que puede encubrir su atroz palabrería. No se pueden tener dos ideologías...

—¡No! —gritó Kalinikov—. Stalin es mi única ideología. Luché por la revolución. ¿Es así como tratan a los viejos revolucionarios?

—Los viejos revolucionarios no son lacayos de la iglesia.

—Perdóneme, camarada presidente, fue un error. Mi esposa, mis padres, todos me obligaron a hacerlo. Haré cualquier cosa, pero no... no me expulse, tengo un hijo...

—Un hijo bautizado. ¿Te atreves a pedir perdón cuando mientes, cubres a un inocente bajo un manto de superstición y luego tienes la osadía de intentar culpar a tu esposa y a tus padres? ¿Qué clase de hombre eres?

El público aplaudió y golpeó el suelo con los pies en un ritmo lento y acompasado. Rosa se frotó los ojos, Kalinikov no merecía esto. Pero Ella le dio un codazo en las costillas; Rosa no tenía elección, tenía que unirse o la gente lo notaría y lo recordaría. Empezó a golpear el suelo de madera con sus tacones planos, pero cerró los ojos; no podía soportar ver las lágrimas

que corrían por las mejillas de Kalinikov. Por encima del murmullo, Pletnev continuó, alzando la voz, sin hacer ningún intento por calmar a la jauría. —Te diré qué clase de hombre eres: eres una serpiente llorona y mentirosa, y el Partido y nuestro amado Líder... —Su audiencia estalló en aplausos y vítores frenéticos, y las palabras de Pletnev se perdieron.

Kalinikov se levantó fatigosamente de su asiento y parecía resignado a su destino, pero entonces enderezó la espalda, apretó el puño y habló con una voz tan fuerte y autoritaria que todo el auditorio quedó en silencio. —Luché contra los Blancos por gente como ustedes, tengo las heridas para demostrarlo, heridas que llevo con orgullo por lo que hice por mi país, el país que amo. Mi generación no derramó su sangre para ser arrojada al muro por burócratas como usted. Y luego quince años enseñando, luchando en la guerra contra el analfabetismo, preparando a los hijos de la revolución para su mañana. Pero no hay mañana cuando vivimos bajo una tiranía peor que nunca...

—¡Basta! —bramó Pletnev, chasqueando los dedos a un guardia uniformado—. Llévenselo, llévenselo, no puedo soportar escuchar esto más.

El guardia tomó el brazo de Kalinikov y lo empujó hacia adelante. En un momento, sus piernas flaquearon y el guardia tuvo que levantarlo. Ahí, pensó Rosa, estaba el final de una carrera. Incluso si sobrevivía al arresto, él y su familia quedarían marcados para siempre. Los amigos los evitarían, nadie se arriesgaría a ofrecerle empleo y lo echarían de su alojamiento. Rosa lo sabía demasiado bien. Por alguna razón, tenía la dirección de Kalinikov anotada en su libreta de direcciones, aunque nunca la había usado, pero, pensó, sería mejor borrarla. Si alguien alguna vez la revisaba, no se vería bien tener su nombre entre sus efectos personales.

Con la salida de Kalinikov, la sala tardó unos minutos en calmarse y volver a un silencio obediente. Pletnev alcanzó la siguiente carpeta y miró el nombre en la parte superior. El corazón de Rosa se agitó; podía ser el turno de cualquiera, podría ser el suyo. El nombre, cuando llegó, la hizo saltar como si hubiera sido el suyo propio.

—Camarada Pavlovna. —En un instante, el rostro de Ella quedó vacío de color. Instintivamente, tanto Claudia como Rosa le agarraron las manos. Ella tenía su secreto y, como sus amigas, lo sabían. Ella las miró a cada una, buscando en sus ojos el apoyo mientras sabía que sus amigas eran las mismas que podían asegurar su caída. ¿Qué era la amistad cuando se medía contra el deber?

Rosa, al menos, había permanecido fiel a su amiga, pero sabía que en su conocimiento, era tan condenable como ella. ¿Sabría la Comisión sobre el aborto? Si no lo sabían y Ella lo confesaba, ¿la condenarían o aplaudirían su honestidad? —¿Camarada Pavlovna? —Ella se puso de pie, aún agarrando las manos de sus amigas. Mientras emprendía el largo camino hacia el centro del escenario, Rosa notó la marca que los dedos de Ella habían dejado en los suyos. Tiene que decírselo, pensó Rosa, lo sabrán, siempre lo saben.

—Carnet del Partido —espetó Pletnev—. Confirme su nombre.

—Ella Pavlovna.

—¿Edad?

—Diecinueve.

—Háblenos de usted, camarada Pavlovna.

Ella tragó saliva.

—Nací en las afueras de Moscú. Mi padre era ingeniero técnico y...

—¿Era?

—Quiero decir, es. Ahora trabaja en el Instituto Tecnológico de Járkov, como subdirector en la división metalúrgica. Era joven durante la Gran Guerra y luchó contra los alemanes, pero desertó; no quería seguir luchando por los imperialistas. Durante la revolución, estuvo con los bolcheviques, pero no sé realmente qué hizo. Mi madre trabajaba en una fábrica de zapatos, pero se divorciaron hace dos años. —Se detuvo. Vamos, pensó Rosa, díselo, tienes que decírselo.

—Bien, eso es suficiente. Entonces, camarada Pavlovna, ¿cuál es su opinión sobre la colectivización?

—Bueno, estoy de acuerdo con ella, por supuesto, de todo corazón.

—¿Por qué?

—Porque, porque de lo contrario hay explotación laboral.

—¿Eso es todo?

—Bueno...

—¿Eso es todo lo que le enseña su educación? Esperamos que nuestros estudiantes estén plenamente versados en política. Los tópicos no tienen cabida en nuestra sociedad. Es su deber conocer los grandes logros realizados en nombre del socialismo.

—Bueno, también es porque...

—Muy bien, sigamos —dijo Pletnev. Rosa tragó saliva—. ¿Tiene hijos? — Oh Dios, pensó Rosa, aquí viene. Ella también lo sabía; se encogió en su silla y parecía enferma.

—No, camarada presidente.

Pletnev escribió una nota en su papel.

—¿Y cuáles son sus planes después de la universidad? —No había insistido, pensó Rosa. ¿Era una estratagema? ¿Volvería a ello? Tal vez no, tal vez no lo sabía, quizás nadie la había delatado. Se permitió una mirada de reojo a Claudia y su amiga le devolvió la mirada por un momento antes de apartarla, como si temiera que una simple mirada pudiera revelar su secreto compartido. Ella habló, pero Rosa fue incapaz de escuchar sus palabras por el latido de su corazón. Pero Ella había sobrevivido. Pletnev selló su carnet del Partido y se lo tendió para que Ella lo recogiera. Al menos, pensó Rosa, no tendría que borrar el nombre de Ella de su libreta de direcciones.

Pletnev habló.

—Terminaremos por hoy, pero la sesión se reanudará mañana a las diez de la mañana.

El público se removió inquieto mientras Ella volvía a su asiento, con el rostro brillante de sudor y alivio. Todavía temblaba cuando se sentó.

—Bien hecho —susurró Claudia mientras se inclinaba y besaba a Ella en la mejilla.

Ella intentó recuperar el aliento.

—Me siento mal —dijo.

—No te preocupes —dijo Claudia—. Ya pasó, sigues con nosotras.

Rosa notó que Boris se había dado la vuelta y sonreía a Ella. Pero su rostro se llenó de terror al escuchar su nombre resonando por toda la sala.

—Boris Gershberg, serás el primero en la fila mañana por la mañana —anunció Pletnev.

# Capítulo 9: *El León*

—No me lo creo, no me lo puedo creer —Dmitry se dejó caer en su sillón —. Es decir, ¿cómo se atreve ese viejo desgraciado a pronunciarse sobre cosas de las que no tiene ni idea? ¿Pornografía? Ya le daré yo pornografía si es lo que quiere —Se levantó de un salto de la silla y se acercó a la ventana, miró hacia afuera antes de volverse hacia mí—. No reconocería una obra de arte ni aunque le mordiera el trasero.

—Es solo su opinión.

—Sí, pero es una opinión bastante importante, el hombre tiene influencia, así que nadie se atreverá a contradecirlo. Estoy acabado; estoy perdido. Puedo esperar que llamen a la puerta en cualquier momento.

—No necesariamente.

—O esperarán su momento y me vigilarán —Volvió a la ventana y miró hacia afuera—. Me sorprende que no haya ya alguien ahí fuera, al acecho, listo para seguirme dondequiera que vaya.

—Seguramente no mientras aún cuentes con el apoyo de Mikhail.

—Quizás por ahora, pero una vez que se acepte el prejuicio miope de Trifonov, Mikhail tendrá que echarse atrás para salvar su propio pellejo. Supongo que no se le puede culpar por eso, pero... pero ¿dónde me deja a mí?

Tenía razón, por supuesto, y no pude encontrar las palabras para consolarlo. Su desprecio inicial por el camarada Trifonov fue reemplazado por una profunda ansiedad que rayaba en la paranoia, una paranoia justificada. Si Trifonov decidía ir más allá, entonces, como dijo Dmitry, su futuro artístico y político estaría en peligro. Recordé cómo Dmitry le había dicho a Petrov que su apartamento y sus pertenencias materiales eran suyos solo de nombre. Si Dmitry caía en desgracia con las autoridades, todo se iría. Quería decirle que podría empezar de nuevo y venir conmigo, pero, por supuesto, yo seguía siendo una mujer casada.

Sin decir una palabra, Dmitry desapareció en el dormitorio y yo me quedé sentada en su sala de estar preguntándome si debía seguirlo. Me di cuenta en ese momento de lo insegura que estaba sobre mi lugar en sus afectos. Desde la noche de la cena, había sentido un anhelo por él que me había tomado por sorpresa. Pero en momentos como este, pensaba que quizás simplemente estaba siendo fantasiosa. ¿Estaba interpretando demasiado? Dmitry, había aprendido, podía ser molestamente enigmático. A veces, por la forma en que me miraba, creía que sentía lo mismo y que lo único que nos detenía era Petrov. Y creía que si nos hubiéramos conocido en un momento diferente, en circunstancias diferentes, las cosas habrían sido mucho más claras. Pero en otras ocasiones, dudaba de mis propias convicciones. Había llegado a aceptar que era inalcanzable una vez que tenía un pincel en la mano y que lo único importante era lo que estaba en el caballete frente a él. ¿Era yo simplemente una modelo ocasional y una mujer por la que sentía lástima, o significaba algo para él? Me senté allí escuchándolo hurgar maniáticamente en el dormitorio y decidí que necesitaba averiguarlo allí mismo.

—Dmitry —dije, abriendo la puerta del dormitorio—. ¿Qué estás haciendo? —Una silla de mimbre en la esquina de la habitación estaba llena de varias prendas de ropa.

—Estoy haciendo las maletas, por si acaso.

—¿Por si vienen?

Asintió y, con una camisa doblada en la mano, se sentó pesadamente en el borde de la cama. —Una vez tuve un amigo. También se llamaba Dmitry, era escultor, y muy bueno, por cierto. Solía hacer esculturas de todos los grandes hombres, pasados y presentes: Lenin, Marx, Stalin, Bujarin...

—¿Bujarin?

—Sí, antes de su caída. Y después del arresto de Bujarin, vinieron por él. Su trabajo sobre Bujarin fue suficiente para asegurar su propia caída.

—Pero él no podía saberlo...

—Eso es lo que uno pensaría, pero puedes ver la lógica retorcida en ello, ¿no?

—Pero no puedes comparar su caso con el tuyo, ¿verdad?

—¿No? ¿Cómo puedes estar segura? Quizás tengas razón; tal vez sea solo un alboroto por nada, pero *no puedes* estar segura. —Jugueteó con un botón de la camisa doblada—. Temo que también pueda haberte comprometido, Maria.

—Es un riesgo que estoy dispuesta a correr.

—Deberías irte —dijo, poniéndose de pie—. Vuelve con Petrov. Si vienen por mí, se vería mal para ti si te encuentran aquí.

—Ese es otro riesgo que estoy dispuesta a correr —dije, mirando sus ojos oscuros y preocupados.

—No, es demasiado arriesgado. Vuelve con él. Diré que te obligué, que no tenías idea de que te estaba pintando así. Estarás a salvo con Petrov.

—No quiero volver con él. ¿Quién querría al ciervo cuando puede tener al león?

Sonrió. —¿Incluso si el león te expone al cazador furtivo?

Colocó sus dedos contra mi mejilla. Hizo ademán de inclinarse hacia mí, un pequeño movimiento de su cabeza. Pero entonces, se detuvo como si buscara mi aprobación. Fue uno de esos momentos en que el tiempo parece detenerse, cuando, a lo lejos a través de las ventanas, puedes escuchar la vida continuando a su ritmo frenético habitual, girando a tu alrededor a una velocidad vertiginosa, pero donde te encuentras en medio del vórtice donde todo está totalmente quieto y mortalmente silencioso. El más mínimo de los gestos podría barrer una montaña. Intenté hablar pero las palabras, insonoras, se enredaron en mi garganta. Me atrajo hacia sí y me besó, un momento de vacilación, luego con una urgencia que lo consumía todo. Cerré los ojos y me dejé llevar. Parecía flotar sobre el dormitorio, el bloque de apartamentos y más allá de la ciudad. En la oscuridad de mis párpados cerrados, era consciente de una nueva luz que inundaba mi corazón. Su beso parecía ser consciente tanto de su ilegitimidad como de que era correcto. Intenté tranquilizarlo con mi respuesta, hacerle saber que deseaba su beso, su tacto, su intimidad. Mis manos a su alrededor lo atrajeron con más fuerza, mis dedos se clavaron en su espalda, a lo largo de su columna.

Sentí sus manos agarrando mechones de mi cabello, sus uñas enganchándose en los mechones alborotados. Su mano forcejeó con mi blusa, liberándola de mi falda, su mano fría contra mi piel temblorosa. Agarré sus nalgas, mis uñas clavándose firmemente en el asiento de sus pantalones. Mientras su mano luchaba con mi sostén, deslicé mi mano bajo su camisa y la subí y bajé por su caja torácica, rozando los vellos de su pecho. Juntos, nos dejamos caer, nuestros labios aún firmemente unidos, como si nuestras vidas dependieran del contacto continuo, demasiado asustados para soltarnos. En un susurro tan ronco que apenas reconocí mi propia voz, murmuré: —Fóllame.

*

Algo más tarde, quizás una hora después, estábamos tumbados en su cama con las sábanas y mantas envueltas sobre nosotros. Una sola lámpara brillaba tenuemente sobre la mesa de madera junto a su cama. Entre las sombras, una pequeña sonrisa de satisfacción se dibujaba en sus labios; sabía exactamente cómo se sentía. Tenía treinta años y nunca había sentido tal profundidad de pasión, tal urgencia de anhelo. De hecho, durante años dudé si era capaz de sentir pasión. Cuando toda la vida de uno ha sido una cuestión de mera existencia, cuando el pasado de uno consiste en dolor, entonces el amor es tan intrascendente como un puñado de rublos para un hombre rico. Pero ya no.

—Píntame —susurré.

—Lo haré.

—No, me refiero a ahora.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Dijiste que querías pintar desnudos, así que me estoy ofreciendo. Píntame ahora.

—¿Estás segura?

—¿No quieres pintarme?

—Sí. Sí, quiero.

*

Dmitry trabajó rápidamente; este era un proceso completamente diferente al anterior. Una vez terminado, volvimos a la cama e hicimos el amor de nuevo. Después, mientras yacíamos allí, él pasó sus dedos por su cabello y noté las manchas de pintura en su piel: mezclas de amarillo y rojo pálido. Los mismos dedos manchados de pintura que habían explorado mi cuerpo, deslizándose por mi espalda, acunando mis senos, agarrándome con fuerza y envolviéndome en su calor. Levanté la sábana y vi las mismas combinaciones de colores manchados esparcidas en mi piel.

En la esquina, mi ropa yacía amontonada en la silla de mimbre, y frente a nosotros estaba mi retrato desnudo de cuerpo entero. Habiendo observado previamente el enfoque metódico de Dmitry en su trabajo, me sorprendió que fuera capaz de conjurar una forma coherente en tan poco tiempo. Pero esto era, después de todo, un garabato en comparación, con pinceladas amplias y mezclas crudas de colores. Y, sin embargo, aún parecía tan real. Mis rasgos, dibujados tan descuidadamente, me devolvían la mirada como un reflejo en un espejo empañado: borroso, pero aún muy yo. Pero era la pose y la actitud lo que no reconocía. Estaba de pie con las manos detrás de la cabeza, acentuando deliberadamente la curva de mi cadera. No estaba segura de si me sentía orgullosa o avergonzada por tal despliegue de arrogancia lujuriosa. Unas horas antes, no habría pensado que tenía eso en mí. ¿Fue el sexo lo que me hizo posar así? ¿O la repentina sensación de libertad? Me sentía embriagada mientras las capas de inhibición se despojaban en un frenesí de emoción y empoderamiento. Dmitry el Artista había sacado a María la Mujer.

Dmitry se acercó y me besó. —He trabajado bajo varios estados mentales, pero eso fue una primera vez.

—¿Qué quieres decir?

—He pintado estando tan borracho que apenas podía mantenerme en pie; he pintado después de un ayuno de tres días e incluso después de un período autoimpuesto de privación de sueño, pero nunca bajo la influencia de... de la lujuria.

—Es bueno, y ciertamente es...

—¿Provocativo?

Me reí. —Sí, provocativo.

—¿Qué crees que pensaría el viejo camarada Trifonov de esto?

Miré mi imagen y sentí cómo esos efímeros momentos de empoderamiento y arrogancia se desvanecían. La idea de que otro par de ojos viera mi carne me hizo estremecer. —Creo que deberías romperlo.

Dmitry se apoyó sobre su brazo y me miró. —Pensé que te gustaba.

—Me gusta, de verdad. Pero no es seguro.

—Nunca he destruido ninguna de mis obras, no creo que pudiera hacerlo.

Me apoyé contra su pecho y deslicé mi dedo por su mandíbula y cuello. —No creo que tengas muchas opciones. ¿Qué crees que dirían si la encontraran aquí?

—Bueno, mi reputación como pornógrafo quedaría sellada —se rio entre dientes.

—Y también tu destino —dije, tratando de ser seria, pero él solo se rio más fuerte. Le di un golpecito juguetón en el pecho—. No es gracioso, Dmitry.

—Lo sé, lo sé.

Mi imagen desnuda me miraba desde el otro lado de la habitación y traté de devolverle la mirada. Pero cuanto más lo intentaba, más parecía burlarse de mí. Ya no era yo, ya no era representativa, y ella lo sabía. Ya pertenecía a un momento irreal de euforia cuando todo parecía posible. *Ella* tenía un futuro; yo solo tenía un pasado. —¿Qué hora es?

Dmitry se inclinó hacia la mesita de noche y cogió su reloj. —Acaban de dar las diez.

—Dios, debería irme —dije, sacando las piernas de debajo de las sábanas.

Él se incorporó. —¿Qué, ahora?

—Petrov estará furioso conmigo.

—No puedes irte ahora, ¿cómo volverás? Deja que se cueza en su propia salsa.

—No puedo.

Colocó su mano reconfortante en mi espalda. —Es demasiado tarde para volver ahora; tanto da que te cuelguen por ladrón como por ratero. Quédate esta noche y mañana por la mañana pensaremos en algo.

—No, Dmitry, tengo que volver, no puedo quedarme, por mucho que me gustaría.

—No tienes que hacerlo, Maria, no tienes que volver con él.

Pero tenía que hacerlo. No era decisión de Petrov, ni de Dmitry; era mía. Y eso me dejaba sin elección alguna.

*

Viajé a casa en el tranvía, con la cabeza aturdida: había cometido adulterio. La ley no imponía ninguna obligación legal sobre la fidelidad conyugal, pero sabía que las consecuencias de la infidelidad seguían siendo potencialmente desastrosas. Estaba convencida de que nada sería igual otra vez, y ese pensamiento no era necesariamente bienvenido.

Eran casi las once de la noche cuando llegué a casa. —¿Dónde coño has estado? —dijo Petrov tan pronto como entré en el apartamento. Rosa también estaba allí, sentada en la silla de Viktor. Parecía avergonzada por el arrebato de Petrov.

—Fuera.

—¿Dónde? —Estaba de pie en medio de nuestra sala de estar, con un periódico enrollado en la mano como si hubiera estado matando moscas.

—Solo fuera; ¿importa acaso?

—¿Qué es ese olor? —Me olisqueó—. Oh, Dios mío, has estado viendo a ese hermano de tu amiga, ese Dmitry, puedo oler esa cosa de trementina. ¿Qué demonios haces viéndolo?

—Quiere usarme como modelo, para su pintura.

—¿Tú? ¿Una modelo? No seas ridícula. Tienes cosas mejores que hacer. Espero que hayas dicho que no.

—Dije que sí.

—Bueno, puedes ir ahora mismo al teléfono y decirle que has cambiado de opinión.

—¿No quieres apoyar a tu artista local?

—¿Mi "artista local"? Creo que no. No hasta que se busque un trabajo de verdad, un trabajo de hombre. Me niego a permitir que mi esposa se entregue a sus pequeñas fantasías artísticas.

—Hola, Rosa, cariño. ¿Has comido algo?

—Sí, yo-

—Espero que eso sea todo lo que te haya pedido —dijo Petrov, ahora caminando de un lado a otro, balanceando su periódico enrollado.

—¿Tu padre está bien?

—Está dormido, como siempre.

Petrov golpeó el periódico contra el borde de la mesa. —¿Por qué me ignoras? No debes verlo de nuevo. ¿Lo has entendido?

—No puedes decirme a quién puedo y a quién no puedo ver.

—Oh, pero claro que puedo. Tú y yo sabemos eso, Maria. Y no lo olvides. —Con eso, se metió furioso en nuestra habitación, cerrando la puerta de un portazo.

Rosa me miró con simpatía. Intenté sonreír. —¿Estás bien, Rosa? —dije, recordando que la pobre chica tenía que pasar por la dura prueba de una purga.

—Sí. ¿Estás *tú* bien?

—No te preocupes; se le pasará. ¿Cómo va todo en la universidad? ¿Han empezado?

—Sí.

—¿Y?

—Oh, Maria, ya no sé qué pensar.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre creí que eran una necesidad. Pero fue tan aterrador. Ahora simplemente no sé qué pensar.

—No se puede ser demasiado cuidadoso, Rosa, el enemigo oculto es mucho más peligroso que el enemigo externo. Tienen que hacer estas cosas. La vigilancia es la consigna.

—Suenas como uno de los purgadores; es exactamente lo que dijeron y lo que creo, pero... Deberías haber estado allí. No había una sola persona que no estuviera aterrorizada por su propia piel. Y se abalanzan en cuanto huelen sangre.

—Es una forma de protegerse. Es cuestión de supervivencia.

—Supongo.

—Todavía crees, ¿verdad, Rosa?

—Sí, por supuesto, pero me pregunto si el Camarada Stalin se da cuenta de lo que estos burócratas se salen con la suya en su nombre.

Su fe en el aparato de la maquinaria del Partido se estaba desintegrando ante mis ojos. Quizás era algo bueno: todo el mundo tenía que creer, pero era más seguro si uno solo creía por fuera. De esa manera, sabías cómo cuidarte; estabas más en sintonía con las señales de peligro. Sabías qué decir, cómo pensar, cómo reír en los lugares adecuados. Aquellos que *realmente* creían eran los que tenían más que perder; eran los que no eran conscientes del campo minado que acechaba a cada paso.

—Oh, casi lo olvido —dijo Rosa—. Recibiste una llamada telefónica. Tomé un mensaje para ti.

—¿De verdad? ¿De quién?

—No quiso decirlo, pero el hombre dijo que te han dado una cita adicional, al menos creo que eso es lo que dijo.

Mi corazón se aceleró.

—Dijo que sabrías de qué estaba hablando. Tienes que asistir a una reunión en el lugar habitual mañana al mediodía. ¿Tiene sentido?

Un escalofrío recorrió mi espalda. —Sí —dije—, tiene sentido.

# Capítulo 10: *La Purga, Segundo Día*

Boris le entregó su pasaporte interno al camarada Pletnev y luego se sentó con cuidado. El Presidente echó un vistazo a la tarjeta y la colocó a un lado. Boris la miró fijamente y se dio cuenta de que nunca antes había deseado tanto que le devolvieran algo, pues la tarjeta significaba supervivencia; sin ella estaba acabado. Esperó mientras Pletnev pasaba la vista por las notas en el expediente de Boris. Era extraño, pensó Boris, la gran cantidad de documentación que existía de la cual uno no tenía idea. La lámpara sobre la mesa estaba ligeramente inclinada en un ángulo, dándole a Boris la sensación de estar bajo un foco. Nunca se había sentido tan asustado y era consciente de que su ojo derecho temblaba muy levemente. A su alrededor había casi doscientas personas, todas compadeciéndole porque sabían que podría ser su turno después. Pero igualmente, sabía que todos estaban ansiosos por verlo purgado. La Comisión no podía purgar a todo el mundo, así que cuantas más personas fueran purgadas al principio, mayores serían sus propias posibilidades de supervivencia. Era como ser un gladiador, pero peor, porque aquí todos eran participantes, cada persona, una víctima potencial. El Presidente, aún estudiando el expediente de Boris, era el emperador con el poder de decidir, el hombre con el pulgar. Consciente del sudor caliente que le corría por la espalda, Boris no estaba seguro de cómo sentarse: cruzaba y descruzaba las piernas. Se frotó las palmas contra los muslos y se dio cuenta de lo húmedas que estaban.

Quería darse la vuelta para ver a Rosa —probablemente era la única persona que deseaba que sobreviviera—, pero no se atrevía a moverse. Había preparado y ensayado la historia de su vida, incluyendo la confesión: había sido amigo de un estudiante cuyo padre había firmado una declaración pro-Trotsky. No era una gran confesión, al menos eso esperaba, pero generalmente se aceptaba que era mejor decir algo auto-incriminatorio. En cuanto a su otro secreto, estaba seguro de que estaba a salvo. Sí, su padre había sido rabino, pero había muerto hacía veinte años cuando él tenía solo cinco. Desde entonces, su madre se había vuelto a casar y se había mudado a Moscú. Su certificado de nacimiento original se había perdido convenientemente y había sido reemplazado por otro donde su

padrastro figuraba como su padre biológico. Nunca se lo había dicho a nadie, así que a menos que hubiera alguien que lo recordara como un niño de cinco años, a quinientos kilómetros de distancia en Kirov, o Vyatka como se conocía hasta el año anterior, su secreto estaba a salvo. Sin embargo, su ojo seguía temblando y el sudor en su espalda le picaba como un insecto de muchas patas.

Por fin, Pletnev estaba listo para empezar.

—Camarada Gershberg, gracias por su tiempo. Sea tan amable, si lo desea, de contarnos algo sobre usted. Dónde nació, a qué se dedicaban sus padres, y así sucesivamente. Estoy seguro de que ya conoce el procedimiento a estas alturas.

Boris encontró su voz y comenzó su relato, contándole a la Comisión que era hijo de un sastre que se había ganado la vida durante muchos años en un pequeño pueblo cerca de Kirov. Luego, cuando tenía unos ocho años, su familia recibió permiso para mudarse a Moscú y empezar de nuevo. Boris siguió el ejemplo de su padre y, a los dieciséis años, se formó para convertirse en sastre, pero después de un par de años, decidió que serviría mejor a su país obteniendo una educación. Y, ¿qué esperaba hacer al graduarse?, preguntó Pletnev. Boris respondió, con sinceridad, que quería trabajar en un teatro, con el objetivo final de convertirse en director. Hasta ahora, pensó Boris, todo iba bien.

—Háblenos de sus amigos, camarada Gershberg.

Boris enumeró algunos conocidos masculinos, especialmente un chico que consideraba su mejor amigo, un tipo llamado Shulman. Por alguna razón, decidió no mencionar el nombre de Rosa.

—¿Alguien más? —preguntó Pletnev.

Esta era su señal, pensó Boris, este era el momento de la confesión; tratar de ignorarlo solo significaría problemas. Respiró hondo y se pasó los dedos por el ojo, debajo de las gafas. Sabía que su amigo estaba en la audiencia y estaría muerto de miedo a estas alturas. —Bueno —dijo lentamente—, fui amigo por un tiempo —un corto tiempo— de un compañero de estudios

llamado Milyukov, pero... —Se imaginó el corazón de Milyukov dando un salto al oír su nombre—. ...pero ya no somos amigos.

—¿Y por qué es eso?

—Bueno, no es culpa de Milyukov, él solo era un niño, pero hace muchos años, su padre fue engañado para firmar una declaración trotskista. Aparentemente, la retractó de inmediato y confesó, y el Partido lo perdonó. Pero todo eso fue hace años. —Parecía tan lejano que resultaba ridículo.

—Pero supongo que debe sentir que Milyukov hijo aún está manchado, ¿no?

—Oh no, camarada presidente, en absoluto.

—Entonces, ¿por qué rompió su amistad?

Boris casi estaba disfrutando esto; había maniobrado sutilmente el enfoque hacia Milyukov. Milyukov no se lo agradecería, pero, como había dicho, el asunto de su padre se había resuelto hace años y Milyukov no tenía razón para temerlo. Boris les estaba haciendo un favor a ambos. —Ninguna razón, camarada presidente, él cambió de clase y perdimos el contacto, eso es todo.

—Muy bien. —Pletnev garabateó algunas notas y Boris infló las mejillas. Casi lo había logrado, había pasado la parte difícil, la multitud se estaba inquietando por el aburrimiento; el gladiador estaba saliendo ileso. Miró su pasaporte con anhelo.

El presidente levantó la vista hacia él; ¿había un atisbo de sonrisa? —Solo hay una cosa que me tiene un poco confundido, y tal vez pueda ayudarme, camarada Gershberg. —Boris asintió—. Su padre, ¿dice que era sastre?

Fue como si un rayo hubiera cruzado el cielo y golpeado a Boris directamente en el estómago. ¿Por qué Pletnev lo estaba interrogando sobre su padre? —Sí, camarada presidente.

—¿Siempre ha sido sastre?

—S-sí, camarada presidente, señor.

—*Camarada Presidente* es suficiente, no hace falta el señor, gracias —Hizo una anotación en el expediente de Boris y murmuró las palabras audiblemente mientras las escribía: «Siempre-ha-sido-sastre», y luego volvió a mirar a Boris—. ¿Está seguro? —Un murmullo de expectación se extendió por el público.

Lo sabe, pero quizás no; tal vez solo era un farol, para hacerle confesar algo que no debía. Pero ¿y si *realmente* lo sabía? ¿Era esta su última oportunidad? ¿Y si confesaba: sí, de acuerdo, mi padre *era* rabino? ¿Cuál era la razón, preguntaría Pletnev, de no haberlo dicho antes? Boris sabía que su supervivencia, todo su futuro, dependía de cómo respondiera. Sentía como si todo el público se hubiera movido, al unísono, al borde de sus asientos, anticipando su respuesta, con el olor a sangre en sus narices.

—¿Y bien, Camarada Gershberg? —preguntó Pletnev, girando el bolígrafo entre sus dedos.

Está fanfarroneando, pensó Boris, podía verlo en sus ojos; Pletnev lo estaba poniendo a prueba. —Sí, Camarada Presidente, mi padre siempre ha sido sastre. Empezó en Vyatka...

—No la llame así, es Kirov, y no lo olvide.

—No, lo siento, Camarada Presidente.

—Continúe.

—Sí, eh, mi padre fue aprendiz bajo la tutela de su propio padre. Se necesitan unos buenos dos años para aprender todas las habilidades necesarias para hacer todo tipo de trajes, y luego... —Boris continuó, sin tomar aliento, describiendo el oficio de su padrastro con detalles innecesarios, cualquier cosa para hacerlo parecer más convincente, cualquier cosa para seguir hablando, para retrasar lo que fuera que viniera después, para aburrir al Presidente hasta la sumisión. Pletnev, observándolo atentamente, escuchó con paciencia mientras Boris parloteaba sobre la vida de un sastre: el tipo de ropa que hacía, la clase de clientes que atendía, las condiciones en las que trabajaba, las habilidades que había aprendido de su padre.

Una voz familiar resonó desde el público: —¡Está mintiendo! —Una oleada de risas se extendió por la sala. Boris se detuvo a mitad de frase, desconcertado por el repentino estallido.

Pletnev se volvió hacia el público. —¿Quién ha dicho eso?

—Yo, Camarada Presidente. —Un joven se puso de pie rápidamente, con la espalda recta como una vara, sus hombros aparentemente demasiado grandes para su chaqueta de ante. Boris gimió interiormente.

—¿Nombre?

—Milyukov, Camarada Presidente.

—Ah, el mismo Milyukov cuyo padre firmó la petición trotskista, supongo. ¿Sabes con certeza que el Camarada Gershberg está mintiendo?

—No, Camarada Presidente, pero es obvio, mírenlo.

—Tú eras su amigo, ¿sabías algo sobre su padre?

—Sí, él decía que su viejo era sastre, pero nunca le creí. —Boris se arrepintió de haber mencionado a Milyukov; de no haberlo nombrado, quizás se habría librado de esta paliza—. Mentía entonces como nos está mintiendo ahora, Camarada Presidente.

Pletnev volvió su atención a Boris. —Parece extraño que siendo aprendiz de sastre e hijo de un sastre, a tu chaqueta le falte un botón —Boris bajó la mirada; lo había olvidado por completo. Pletnev continuó—: Pero el punto es que aquí dice que tu padre era *rabino*. —El público estalló en carcajadas y gritos desenfrenados. Boris miró a Pletnev con incredulidad. No podía ser posible, ¿cómo podía saberlo? —Bueno, camarada Gershberg... —Pletnev bajó la voz a un tono amenazante—. ¿Qué tienes que decir al respecto?

El público se calmó, deleitándose con el tormento de Boris, esperando ver cómo se escurriría de esta. Pero Boris no tenía idea. Su mente parecía incapaz de formar una respuesta. Ya era demasiado tarde, sabía que la verdad era ahora la única opción. —Pero murió cuando yo tenía solo cinco años, seguramente no puedo ser responsable de sus creencias.

Pletnev resopló. —«De tal palo, tal astilla». —El proverbio provocó un rugido de aprobación del público.

—No, soy judío solo de nombre, pero no creo en esas tonterías; soy comunista hasta la última gota de mi sangre, lo juro, camarada presidente.

Alguien gritó: —¡Échalo!

—¡Judío! —La gente se burlaba y comenzó un cántico, acompañado de un lento aplauso—: ¡Judío, judío! —Pletnev golpeó la mesa pero no logró controlar el alegre cántico y los aullidos de burla que lo acompañaban. Boris estaba herido y ellos iban a por la yugular—. ¡Judío, judío! —El ruido rítmico martilleaba dentro de la cabeza de Boris mientras sentía que todo rastro de autocontrol se desvanecía. Se sentía mareado y, cerrando los ojos con fuerza, sintió el sudor que brotaba de cada poro. Se encontró gritando para hacerse oír por encima del alboroto—. ¡Les suplico que me crean, camaradas, puede que sea judío por descendencia, pero no por fe, no tengo religión, solo mi devota lealtad al camarada Stalin!

—¡Basta! —Pletnev golpeó de nuevo la mesa—. Basta, digo, esto se está volviendo una farsa —gritó. Lentamente, el cántico se apagó hasta que, finalmente, el salón quedó en silencio de nuevo, salvo por alguna que otra risita ahogada—. Camarada Gershberg... —La voz de Pletnev, notó Boris, había adoptado un tono más profundo y amenazante—. Una cosa es haber tenido un padre rabino, y otra muy distinta es mentir sobre su ocupación...

—¿Puedo hablar, camarada presidente?

—Si es necesario.

—No tengo recuerdo alguno de mi padre, está tan muerto en mi mente como lo está bajo tierra. Mi padrastro, mi *verdadero* padre, el que me crió, *era*, y sigue siendo, sastre. Todo lo que dije era cierto, es solo que no reconozco a mi padre muerto como alguien que tenga influencia en mi vida. Mi padrastro es el único padre que he conocido...

—Estás divagando y mi paciencia se agota rápidamente. Lo que dices tiene poca relevancia. El hecho es que eres perfectamente consciente de haber tenido un padre que creía en supersticiones, el tipo de tonterías que mantiene a nuestros camaradas más débiles en un estado de perpetuo atraso.

Nos mentiste. Y tenemos que preguntarnos, si puedes ocultar una parte de ti mismo tan eficazmente durante tantos años, ¿qué otros esqueletos acechan en tu conciencia? Tienes sangre de rabino corriendo por tus venas, y el hecho de que intentes negarlo implica que no has logrado enfrentar tu pasado. El camarada Stalin mismo... —Pletnev se vio obligado a hacer una pausa y esperar a que el entusiasta aplauso tuviera su momento. Los dos hombres se miraron fijamente. Por un instante, Boris creyó ver un destello de empatía en los ojos del Presidente, como si él también supiera que ambos eran peones en este ridículo teatro, que eran igualmente víctimas del sistema que exigía su libra de carne. Pero cuando los aplausos a Stalin se apagaron, la expresión deshumanizadora de Pletnev volvió a imponerse. Boris supo que el emperador estaba listo para bajar el pulgar: su destino estaba sellado. Pero, ¿cómo lo sabía Pletnev? ¿Quién le había delatado? Finalmente, Pletnev pudo continuar—. En resumen, Gershberg, eres poco fiable, y el país puede prescindir de gente como tú que mancilla su buen nombre. —Gritos de aprobación surgieron del público—. Camarada Gershberg, serás expulsado de la universidad. —Boris sintió que se derretía en la silla—. Puedes retirarte.

El público estalló en un gran vitoreo, el gladiador había muerto. Se quedó sentado unos momentos, con la mente en blanco, el corazón desbocado y las gafas empañadas. Pletnev garabateó más notas para el expediente de Boris. Finalmente, Boris sintió una mano que le tocaba el hombro. Levantó la mirada y vio al guardia uniformado de pie sobre él, indicándole que lo siguiera. Boris se puso de pie con inestabilidad, consciente de que sus pantalones empapados en sudor se despegaban del asiento de madera. Mientras seguía al guardia, sentía como si no fuera él mismo, como si todo le estuviera sucediendo a otra persona. Sentía como si pudiera casi verse desde arriba, como un hombre moribundo cuyo espíritu ya ha abandonado el cuerpo que parte. Miró hacia donde había estado sentado en el público. La audiencia ya se había calmado, sin duda, pensó, cada uno preocupado de que pudiera ser el siguiente. No vio rastro de las personas que, momentos antes, habían pedido su sangre. En cambio, se dio cuenta de que estaba siendo observado por un mar de ojos compasivos, pero ninguno de ellos se arriesgaría a hablarle de nuevo. Excepto, quizás, Rosa. La notó, estaba de pie, tratando de hacerse visible para él. Ella sonrió con simpatía y él estaba

a punto de devolverle la sonrisa cuando, de repente, lo recordó. Sus rodillas se doblaron y casi se cayó. El guardia, dándose cuenta, retrocedió y lo levantó por las axilas. Había sido la única vez que lo había mencionado, la única vez en toda su vida, y solo porque asumió que de todas las personas, ella era la única en quien podía confiar, realmente confiar. Pero se había equivocado. La perra. Era *ella* quien lo había traicionado.

# Capítulo 11: *Dos entrevistas*

Rykov estaba sentado en su sillón de cuero rojo, escribiendo algunas notas en su escritorio. Una pantalla roja de lámpara proyectaba una luz misteriosa sobre el escritorio, opacando la débil bombilla del techo. Detrás de él, de pie, estaba Vladimir. Yo me encontraba sentada con un pequeño bolso en mi regazo, jugueteando con su broche. Intenté captar la mirada de Vladimir, buscando su confianza, pero él me ignoraba deliberadamente. Me preguntaba por qué estaba allí; ¿acaso Rykov quería apretar la tuerca? Rogaba a Dios que no fuera así.

—Bueno —dijo Rykov finalmente, dejando su pluma sobre la mesa—. Qué agradable verla de nuevo tan pronto, María, antes de lo habitual. En primer lugar, permítame disculparme por citarla con tan poca antelación, y gracias por poder asistir. —Intenté sonreír, pero solo logré un tic nervioso en la comisura de la boca. Rykov continuó con las palmas abiertas—. Entonces, antes de comenzar, dígame, ¿cómo está su hermano?

—No ha mejorado.

—Oh, qué lástima. —Se empujó sus pequeñas gafas redondas más arriba en la nariz—. Bueno, intentaré no retenerla más de lo necesario. Probablemente se estará preguntando por qué la he citado cuando nuestra próxima cita está programada para la semana que viene. Es una pregunta justa y no puedo fingir que esto va a ser fácil. —Mi corazón se aceleró—. Verá, ha llegado a nuestro conocimiento un incidente bastante desafortunado y, lamento decirlo, concierne a un amigo suyo. Por favor, no se preocupe demasiado. Es solo una trivialidad, ya sabe cómo son estas cosas, generalmente no son nada. Pero estamos obligados a investigar. Estoy seguro de que lo entiende.

—¿Qué... qué se supone que ha hecho este amigo?

—¿No le gustaría saber primero a quién nos referimos? Su nombre es Dmitry Kalinin. Creo que es un conocido suyo, si mis fuentes me informan correctamente. ¿Es así?

—Lo he conocido.

—¿Puedo preguntar qué tan cercana amiga es usted del camarada Kalinin?

—Eh, bueno, no diría que somos tan cercanos.

—¿Conocidos casuales? —Asentí—. Entonces, ¿cómo se conocen?

—Su hermana, soy amiga de su hermana.

—Su actuación en la inauguración de ese cuadro ciertamente nos ayudó a atar cabos. Pero como le digo, no es nada. Sin embargo, el tipo de la fábrica, un burócrata advenedizo llamado Trifonov, un hombre con demasiado tiempo libre, ha presentado una queja. Trifonov estaba, como creo que sabe, molesto por su representación en el cuadro. Ahora bien, no he visto el cuadro, pero me han dicho que no tiene nada indebidamente malo, pero aun así, ese no es el punto. Ha sacado a la luz un tema secundario interesante que ya estaba en mi bandeja de entrada. ¿Ha oído hablar de la Asociación Rusa de Artistas Proletarios?

—De pasada.

—¿Y este tal Dmitry, creo, es miembro?

—No... no sabría decirle —estaba segura de que podía ver a través de mí.

—Verá, se rumorea que RAPA está cayendo en desgracia rápidamente. Se han vuelto demasiado arrogantes y el Politburó está perdiendo la paciencia. También sospechamos que hay elementos inadecuados dentro de RAPA...

—No, Dmitry no...

—Vamos, vamos, Maria Radekovna, no se apresure; estoy seguro de que tiene razón. Aún no sabemos cuál es su posición, pero, no obstante, ¿qué hay de esa asociación de la que es miembro? ¿Son servidores fiables del Estado? ¿O albergan en sus filas algunas manzanas podridas? Y... —Rykov se inclinó hacia adelante y fijó su mirada en mis ojos—. Aquí es donde entra *usted*. Necesito que averigüe información sobre sus colegas y sus creencias. ¿Son firmes creyentes en el arte del realismo social o solo están fingiendo? Use su contacto con ese tal Dmitry y haga que la inviten a una reunión. Vea quién dice qué.

—¿Pero y si no puedo?

Rykov entrecerró los ojos.

—Oh, pero sí puede. Todo lo que tiene que hacer es tamizar la basura y ver qué escoria flota hasta la superficie —hizo una pausa para permitir que su instrucción se filtrara—. Sé lo que está pensando: ¿y si mi nuevo amigo está implicado? Bueno, me gustaría pensar que no dudaría en denunciarlo. Recuerde, sus lazos con el Partido son más fuertes que cualquier lazo de amistad. Stalin es su hermano, su padre, su benefactor, su guía. Su deber es para con Stalin y su país, no lo olvide. *No lo olvide jamás* —garabateó una nota en un trozo de papel sobre su escritorio, antes de volver a mirarme—. Bien, puede irse ahora. La llamaremos cuando necesitemos la información.

Agarrando mi bolso, me puse de pie tambaleándome. Cuando me volví para irme, Vladimir habló:

—¿Cómo está Rosa? —preguntó.

—Ella... está bien, gracias.

—Dale mis... mis saludos.

Intenté sonreír mientras me dirigía rápidamente hacia la puerta.

*

Vladimir se recostó en la silla de Rykov, disfrutando de la sensación de sentarse en el lugar del jefe, llevando la bufanda de seda azul que su madre le había regalado. Esto, pensó, era el poder, y aquí es donde, eventualmente, quería estar. Echó un vistazo al escritorio: los dos teléfonos de baquelita, el busto de Marx, el pisapapeles de Lenin. Abrió el cajón a su izquierda. Dentro había una pequeña pila de formularios, que estaban obligados a rellenar después de cada entrevista. Debajo de los papeles, un par de folletos: manuales del NKVD y un libro sobre teoría marxista-leninista. Y debajo de eso, un revólver, un Mauser 2.1, una hermosa pieza de equipamiento. Cerró el cajón.

Estaba cansado. Las horas que había pasado merodeando en la parte trasera del auditorio de la escuela observando a Pletnev trabajar lo habían agotado. Pensó en Rosa y en la expresión de su rostro al ver la abundante oferta de productos en la tienda cerrada. La mirada en su cara era una delicia, pero se

arrepentía de su precipitación. Si quería tener un futuro con esta mujer, la verdad era más importante que deslumbrarla con acceso y privilegios. Pero ¿qué podía contarle? Como joven empleado del NKVD, su ocupación debía permanecer en secreto. Si se comprometían, entonces estaría bien, siempre y cuando se pudiera confiar en las futuras esposas. Pero ¿le permitirían casarse con ella? Su padre había sido arrestado como saboteador y encarcelado. Por lo tanto, ella era, por defecto, un ser manchado, y peor aún, su supervivencia dependía únicamente de la continua cooperación de su tía. Hasta ahora, todo estaba saliendo bien.

Pero ahora, con Rykov apretando las tuercas, ¿podría María hacer frente a la situación? Por el bien de su hermano y de Rosa, tenía pocas opciones, pero, aun así, Vladimir estaba preocupado. ¿Qué pasaría si Rykov la presionaba demasiado? El efecto sería como una fila de fichas de dominó: Viktor caería primero, seguido por María, y luego, muy probablemente, Rosa, y posiblemente, incluso él mismo. El sentido común le decía que se alejara de todo contacto con Rosa; su relación con ella solo podía traerle problemas. Pero el amor, se dio cuenta, a veces puede anular el sentido común.

Al menos, tenía la satisfacción de ver a su rival alejado del alcance de Rosa. Había disfrutado eso, observando desde el fondo del auditorio. La expresión en su rostro, la manera en que esa certeza arrogante se desvanecía a medida que la realidad se hacía evidente. Admiraba tanto la forma en que el camarada Pletnev había formulado las preguntas, aumentando lentamente la presión; el hombre era joven, pero qué profesional. Vladimir podía aprender mucho de hombres como él. Pobre Rosa, una palabra descuidada (*Sí, Vladimir, un rabino*) y lo tenía donde quería. El resto fue sencillo. Escribió una breve denuncia y la depositó en una de las cajas especiales de la universidad, erigidas específicamente para ese propósito. Le había divertido tener que hacer cola junto a estudiantes e incluso algunos profesores, todos ansiosos por depositar sus notas maliciosas en la caja negra de metal. Era un deber de todos denunciarse mutuamente; se veía con sospecha a quien no lo hacía. ¿A quién, se preguntaría la gente, estabas intentando defender? ¿Por qué no estás cumpliendo con tu deber y exponiendo a estos traidores, estos espías y desviacionistas? Y, sin embargo, poner el nombre de uno en el papel aún requería cierto valor. ¿Qué pasaría si la acusación salía mal? Y

nadie se atrevería a añadir su nombre si las acusaciones fueran mentiras o simplemente falsedades descaradas. Así que, aunque algunos pudieran haber sido lo suficientemente valientes como para firmar sus condenatorias acusaciones, la mayoría, como la suya, habrían sido escritas de forma anónima. ¿Qué había dicho? Intentó recordar. Algo, pensó, por el estilo de:

—*Estimados comisarios:*

*Puedo informar que el estudiante, el camarada Boris Gershberg de la Facultad de Artes del Instituto, es hijo de un rabino judío, ahora fallecido. Mis contactos afirman que su padre nunca hizo ningún intento de renunciar a su fe por la estupidez que es. Tengo esta información de buena fuente y de buena fe.*

*Atentamente,*

*Un profesor titular preocupado de este colegio.*

Al principio, lo había firmado como "*Un estudiante preocupado...*", pero decidió que tendría más impacto si lo entregaba un profesor, uno titular además. Y eso marcó el fin del viejo Boris y sus amoríos. Vladimir miró su reloj: él y Boris tenían programada su primera reunión.

Un golpe en la puerta lo trajo de vuelta al presente. —Adelante.

—Su entrevistado, jefe —dijo el guardia.

—Ah, justo estaba pensando en él. Hazlo pasar. —Se reclinó en la silla y sonrió mientras el joven judío con las gafas de carey entraba en la habitación y se paraba frente a él. El guardia cerró la puerta tras él. Miró a Boris, cuyos ojos iban de Vladimir al diván detrás de él, a las estanterías y de vuelta a Vladimir. Estaba nervioso, sin duda, pensó Vladimir con satisfacción mientras se estiraba y hacía crujir sus dedos—. Siéntese.

—Gracias. G-gracias.

—Entonces, ¿por qué cree que está aquí, camarada Gershberg?

—No lo sé.

—¿Seguro?

Boris asintió. Vladimir suspiró, estaba cansado y no quería jugar—. Dígame qué pasó anoche.

—Me expulsaron de la universidad. ¿Estoy bajo arresto?

—¿Y por qué lo expulsaron?

Boris se encogió de hombros, un gesto que, por alguna razón, Vladimir encontró profundamente molesto. —¿Estoy bajo arresto? —preguntó de nuevo.

—Escuche, judío, yo estaba allí, así que lo sé, pero quiero oírlo con sus propias palabras.

Boris tragó saliva, su frente se arrugó. —Alguien informó a la Comisión de Purga que mi padre había sido rabino.

—¿Y...? Continúe.

—Pero es ridículo. Murió cuando yo tenía cinco años. ¿Por qué debería ser responsable de eso? Mi madre se volvió a casar y junto con su nuevo esposo me criaron. *Él* es mi verdadero padre, no un hombre que apenas recuerdo.

—De tal palo...

—"...tal astilla", así dijeron.

—No, para responder a su pregunta, no está bajo arresto... todavía.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Solo pensé que usted y yo deberíamos tener una charla. ¿Es usted un judío practicante?

—¿Qué cree usted? Por supuesto que no. Venga a mi casa, no verá nada.

—Entonces, ¿cuál es su relación con Rosa?

—¿Conoces a Rosa? —Boris arqueó una ceja.

—Sí, conozco a Rosa.

—¿Cómo la conoces?

—*Yo* soy el que hace las preguntas aquí. Te pregunto de nuevo, ¿cuál es tu relación con Rosa?

—Es alguien en quien pensé que podía confiar, pero al parecer, me equivoqué.

—¿Y por qué es eso?

Pero Boris no respondió. En su lugar, fijó sus ojos en Vladimir mientras las ruedas de su cerebro lo descifraban. Sus ojos se abrieron cuando la realización lo golpeó. —Eres tú, ¿verdad? *Tú eres el bibliotecario.*

Vladimir soltó una risita. —Bueno, funcionó por un tiempo, pero no creo que ella piense que soy un bibliotecario ahora.

—Así que te lo dijo.

—Sí, me lo dijo; me dijo que eres un judío.

—No soy un judío —dijo Boris en voz baja—. Soy comunista y no puedes decirme lo contrario.

—Sí puedo, al igual que lo hizo la Comisión de Purga —dijo, poniéndose de pie—. Tus orígenes sociales son detestables. —Caminó alrededor de la mesa y puso una mano en el respaldo de la silla de Boris. Boris instintivamente se alejó—. Entiende esto, Gershberg, estás a esto de ser arrestado —indicó la más estrecha de las brechas entre su dedo y su pulgar —. Ya tenemos suficiente para arrestarte, pero el trabajo se está acumulando en este momento, muchas purgas por hacer...

—Oh, pobre de ti...

El puño de Vladimir se lanzó. Lo golpeó en la mandíbula con un ruido sordo. Boris se echó hacia atrás pero logró mantener el equilibrio y permanecer en la silla. Se frotó la mandíbula cuando Vladimir le propinó un segundo golpe alcanzándolo en el costado de la nariz. Esta vez cayó de lado de la silla y aterrizó sobre sus rodillas, sus gafas cayendo al suelo. Vladimir se abalanzó desde detrás de su silla. Boris se encogió. Vladimir se cernía sobre él, su puño listo para golpear. —Ahora escucha esto, pedazo de mierda, si le hablas a Rosa de nuevo, te haré papilla los huevos, ¿entiendes?

—Sus palabras salieron en cortas respiraciones mientras el sudor se formaba en su frente—. Y... y si ella se entera de lo que hago, te haré responsable, ¿entendido?

Boris, aún de rodillas, con las manos alrededor de su cabeza, lo miró nerviosamente.

Vladimir lo miró con furia, respirando entre dientes, y sintió el odio creciendo dentro de él como un torrente. Con un gruñido, balanceó su bota, los músculos de la pantorrilla tensos, y sintió la oleada de placer cuando el cuero hizo un contacto crujiente con las costillas. Esta vez, Boris gritó de dolor mientras caía de espaldas al suelo.

Sacó su bufanda y hábilmente la envolvió alrededor del cuello de Boris. Apretándola, gruñó: —Dije, ¿*entendido*?

—Sí —balbuceó Boris—. De acuerdo.

—Bien, lárguese —Vladimir lo observó mientras Boris recogía sus gafas y se ponía de pie tambaleándose, haciendo muecas de dolor y jadeando mientras intentaba enderezarse—. Lárguese —gruñó—. No lo olvide, una palabra a Rosa y sus testículos serán pulpa.

Boris tomó esto como su señal y se dirigió a la puerta. Al abrirla, un guardia apareció desde el pasillo y bloqueó su camino.

—Acompáñelo a la salida —murmuró Vladimir, secándose la frente con su pañuelo.

Cuando la puerta se cerró, Vladimir infló las mejillas y fue a sentarse en la silla de Rykov, la silla grande. Al sentarse, apoyó la cabeza en su brazo. Se sentía exhausto, pero al menos, pensó, había dejado claro su punto. Ahora le tocaba a él ganarse la confianza de Rosa e introducirla a la idea de que este era un trabajo sucio pero necesario. La defensa de la Madre Patria era primordial y nadie dijo que iba a ser fácil.

# Capítulo 12: *La reunión*

—¿Por qué me estás haciendo esto?

Corría por un cementerio en camisón, esquivando las lápidas en la cálida noche iluminada por la luna. —¿Por qué me estás haciendo esto? —La pregunta resonó de nuevo, esta vez más fuerte y cerca, alcanzándome. La blancura de mi camisón resplandecía bajo la luz de la luna fluorescente, mi cabello suelto ondeaba detrás de mí mientras corría, mirando atrás a mi perseguidor. Pero entonces tropecé con algo en la oscuridad y caí con un golpe seco al pie de una tumba. —¿Por qué me estás haciendo esto? —Aún no podía verlo, pero la voz estaba tan cerca que sentía como si viniera de dentro de mí. Abrí los ojos, y allí estaba él, cerniéndose sobre mí, sus ojos apenas a unos centímetros de los míos.

—¿Petrov? Petrov, aún está oscuro. ¿Qué... qué hora es?

—Cerca de las cinco.

Olí su aliento, el olor cálido y rancio de su aliento soñoliento. —Pero qué... No entiendo. ¿Por qué estás despierto?

—¿Por qué me estás haciendo esto, Maria?

—No sé a qué te refieres.

—¿Ya no me amas?

¿Amor? Nunca había oído a Petrov usar esa palabra. Y sin embargo, la dijo sin ningún atisbo de timidez, como si fuera parte de su vocabulario cotidiano.

—¿Maria?

¿Qué podía decir? La pregunta contenía una presuposición: que lo amaba en primer lugar. Él veía amor donde yo veía dependencia. Él tenía mi vida en sus manos, pero yo tenía su amor en las mías. Necesitaba decir algo afirmativo pero no prometedor. —Sabes que siempre estaré en deuda contigo, Petrov.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque crees que me amas, pero no es así; no realmente...

—No...

—Por favor, déjame terminar. Todo lo que necesitas de una mujer es alguien que se quede en casa, que tenga poco contacto con el mundo exterior y tan pocas amistades como sea posible. Quizás eso sea suficiente para algunas mujeres, pero... pero no para mí, ya no. Estoy aburrida, Petrov, debes verlo. Necesito empezar a vivir; necesito conectarme con el mundo. No puedes imaginar cómo es para mí: prácticamente no hago nada. Mantengo la casa ordenada para ti y ¿qué más? No tengo amigos, paso horas haciendo cola, un poco de traducción y costura, y eso es todo. Apenas hablamos porque no tengo nada que decir. Soy joven aún, a veces lo olvidas. Oh, he visto mucho, demasiado, y sí, por un tiempo necesité esconderme, pero ahora...

—¿Ahora?

—No me amas. Para ti, soy solo otro objeto doméstico. Por favor, te lo pido, no, te lo suplico... dame mi libertad.

Se sentó en el borde de la cama, de espaldas a mí, pasando sus dedos por su cabello. Parecía estar contemplándolo por un momento. Sin voltearse, dijo en voz baja: —No, no lo haré, no puedo. Eres mi esposa, seguirás siendo mi esposa. —¿Era eso?, pensé. ¿Era ese el final, una declaración tajante? Pero entonces continuó—. Además, no volverás a ver a ese *amigo* artista tuyo. ¿Está claro?

—No —gruñí—, no está *entendido*. ¿Cómo... cómo te atreves a dictarme? —Basta, pensé, simplemente basta, mi ira no cambiaría nada. Respiré hondo y decidí intentar una táctica diferente—. Petrov, ¿cuál es el punto? Eres un hombre de posición, podrías encontrar a alguien más, alguien que te valore por lo que eres. Seguramente debes darte cuenta, yo... yo no te amo. —Sus hombros se movieron como si mis palabras le hubieran causado dolor físico—. No creo haberlo hecho nunca y creo que lo sabes.

—¿Amor? Hablas del amor como si fuera importante. —Se dio la vuelta para mirarme—. Pero no lo es, ¿verdad? Si lo piensas bien, el amor es simplemente una conveniencia. Lo importante es vivir. Esta obsesión con

uno mismo no está bien, no es para lo que estamos aquí. ¿No ves que somos los afortunados? Estamos construyendo un futuro, somos parte del experimento, el gran experimento socialista. Y me enferma oírte hablar de ti misma como si nada más importara. Lo que hacemos por el socialismo, lo que hacemos por el Partido, eso es lo importante. Y ¿sabes? A veces me quedo despierto por la noche y me preocupo. Me preocupo por quién y qué he casado.

—Bueno, entonces déjame ir.

—¿En mi posición? No puedo ser visto como un divorciado. No, pero si te denuncio, entonces sí, eso está bien, un enemigo menos de qué preocuparse.

—No me denunciarías, Petrov.

—¿No? Intenta dejarme y ¿qué otra opción tendría?

—¿Y si les dijera la verdad, que te casaste conmigo a sabiendas de que era una marginada en las calles?

—Lo negaría. ¿A quién crees que creerían, eh? Respóndeme eso.

Me dejé caer sobre la almohada. Tenía razón, por supuesto. Nunca me creerían; cualquier cosa que dijera no tendría valor alguno. Petrov volvió a la cama y se envolvió en el calor de las mantas. Después de un rato, me di cuenta de que se había quedado dormido. Pero para mí, el sueño no llegaba. Los años se extendían ante mí: una vida de servidumbre, servidumbre a Petrov, servidumbre al Partido y a la poderosa causa Socialista. Me quedé allí, con los ojos bien abiertos, mirando por la ventana. Mientras el sol salía, sentí que una capa de desánimo me envolvía. Estaba atrapada y ningún número de nuevos amaneceres iba a liberarme u ofrecerme esperanza. Supe allí y entonces que tenía que hacer algo. La desesperación solo podía remediarse con medidas drásticas, eso ya lo había aprendido. Había esperado no volver a sentirme tan desesperada de nuevo, pero mientras amanecía el frío día, podía sentir el surgimiento en mi corazón. Lo había experimentado antes y sabía adónde me había llevado. Pero esta vez, al menos, tenía un aliado.

*

Logré persuadir a Dmitry para que me invitara a la reunión de RAPA que Mikhail había mencionado. Se llevaba a cabo en una gran sala en el piso superior de un café, a solo un par de kilómetros de donde él vivía. Dmitry había llegado temprano para desayunar tarde con algunos de sus viejos amigos. Me sentía enferma mientras me dirigía allí, sabiendo lo que tenía que hacer. Ya lo había hecho antes: infiltrarme en una reunión, observarlos trabajar, tomar notas mentales y decidir a quién debería elegir para ser la próxima víctima del NKVD. Era una tarea repugnante, jugar el papel del Diablo, apuntando mi maligno bastón a algún ciudadano desprevenido.

Llegué allí a las diez y media y la reunión ya había comenzado. El elegante gerente del café me acompañó escaleras arriba y tocó suavemente la puerta por mí antes de desaparecer escaleras abajo. Podía oír voces desde dentro, pero nadie dijo *adelante*. Esperé unos momentos antes de abrir la puerta una fracción y deslizarme dentro sin ser observada.

—Ya sea por accidente o por diseño, si la obra no es digna del socialismo, es nuestro deber fundamental señalar el error de sus formas —Mikhail estaba en el extremo más alejado de la sala, de pie detrás de una mesa con tapa de madera y patas de hierro, dando una conferencia a su selecto público—. El artista es un ser impulsivo, no siempre piensa antes de plasmar una idea en el lienzo, el bloque de piedra o cualquiera que sea su medio... —Me quedé junto a la puerta con la espalda presionada contra la pared y observé la escena: era una sala grande con techo alto y ventanas largas que inundaban el espacio con una luz fría. El olor a humo de cigarrillo flotaba en el aire. Debía haber unos veinte hombres de traje, sentados en sillas duras y erguidas en filas, de espaldas a mí, escuchando al animado Mikhail. Pude ver a Dmitry entre ellos, su cabello negro contra el cuello blanco de su camisa, sentado en el extremo derecho de la última fila.

—Ustedes, como artistas, saben perfectamente —continuó Mikhail— que el pensamiento racional y la inspiración no siempre son compañeros naturales. El artista se deja llevar, su mente se enfoca en una sola cosa y nada más importa excepto la obra en cuestión.

Una mano se alzó en el aire.

—No todos trabajamos así —dijo un hombre calvo en la segunda fila—. Todo mi trabajo está cuidadosamente planeado de antemano, soy meticuloso en mi planificación.

—Eso es, eso es —dijo otro.

Mikhail se volvió hacia la voz.

—Sí, sí, por supuesto, aprecio eso, camarada Mamontov, pero lo que estoy diciendo es que *usted* también debe apreciar las tendencias impulsivas de algunos de sus compañeros artistas. No podemos juzgar a todos según sus propios estándares, viejo amigo. Y no podemos saltar sobre sus gargantas en el momento en que cometen un *faux pas* creativo. Después de todo, todos merecemos una segunda oportunidad.

Los comentarios de Mikhail provocaron una ola de murmullos entre su audiencia. Mientras esperaba, me deslicé por la parte trasera de la sala hacia una silla en la esquina más alejada. Dmitry y el hombre inmediatamente a su izquierda me notaron. Dmitry me sonrió y me guiñó un ojo. Finalmente, la misma mano se alzó.

—¿Camarada Mamontov?

—Lo siento, camarada Mikhail, pensamos que está hablando como un sentimentalista y, me atrevo a decir, como un kulak cultural.

—Refutaría eso.

—No, no, no pretendo ser demasiado crítico pero... —Mamontov se puso de pie, su cabeza calva brillando bajo la luz—. Camaradas, el papel del artista ha cambiado; todos lo sabemos —dijo, agitando los brazos—. Ya no podemos darnos el lujo de plasmar en el lienzo cualquier cosa que se nos ocurra en un arrebato de supuesta inspiración. Ya no estamos aquí para satisfacer nuestras propias vanidades y sueños; vaya, eso apesta a autocomplacencia e indulgencia mezquina. ¿Vamos a permitir tal extravagancia? Creo que no, porque hacerlo socava la importancia de nuestro papel en la sociedad soviética. No somos adolescentes de dieciséis años escribiendo poesía cursi o pintando cuadros bonitos, somos la nueva línea de frente de la batalla; somos los soldados de infantería del Estado. Hay un enemigo ahí fuera y debemos mantener nuestra vigilancia en todo

momento. Debemos reflejar la gloria de la colectivización, el triunfo de la industrialización. Estoy seguro de que estarán de acuerdo conmigo cuando digo que se lo debemos al segundo Plan Quinquenal y a nuestro líder. —Mamontov se sentó con una expresión de suficiencia en el rostro y los ojos de la asamblea volvieron a Mikhail.

—Sí, sí, por supuesto —dijo este, con las manos apoyadas sobre la mesa—. Pero yo digo que cuantos más artistas tengamos de nuestro lado, mayores serán las posibilidades de victoria. Creo que es miope de nuestra parte abalanzarnos sobre el joven artista que saca un poco la pierna del camino correcto. En lugar de castigarlo públicamente, alienándolo y perdiendo así a un potencial futuro general, si me permite extender su metáfora, camarada Mamontov, creo que deberíamos señalarle sus errores y darle una segunda oportunidad.

—¿Es porque a *usted* se le dio una segunda oportunidad? —preguntó Mamontov.

El ambiente en la sala se tensó. Tratando de mantener la compostura, Mikhail tosió y se enderezó la corbata. —Todo lo que pregunto —continuó — es si deberíamos hacer ejemplos de estos desafortunados cuando hay quienes están en el poder y se aprovechan a costa nuestra.

—¿Qué quiere decir?

—No es ningún secreto, ustedes saben de lo que hablo: los privilegios otorgados a los funcionarios de alto rango, la malversación de fondos por parte de degenerados burgueses, aquellos que prometen niveles de vida más altos pero solo ellos los alcanzan. Por supuesto, no me refiero al Politburó que, como sabemos, lidera con el ejemplo, sino al ejército de burócratas por debajo de ellos. Todos sabemos que ocurre, pero nosotros, como sociedad, hacemos la vista gorda mientras atacamos a quienes son menos capaces de defenderse...

Mikhail continuó con su nueva línea de ataque, pero mi atención se desvió hacia Dmitry, quien se había girado en su silla y me sonreía, con los ojos llenos de encanto travieso. Fingió un bostezo exagerado y luego se acercó sigilosamente hacia mí, con los hombros encorvados como si esperara no

ser notado. Sentándose en la silla junto a la mía, tomó mi mano y la apretó. —Hola, preciosa, ¿nos vamos? —susurró.

Podía oler su loción para después del afeitado. —¿Puedes irte?

—Por Dios, sí, he escuchado todo esto cien veces antes, siempre es lo mismo. Siempre intento irme antes de que alguien nos recuerde que somos los ingenieros del alma. A nadie le importará. Ven, vámonos.

No había escuchado mucho, pero había oído suficiente. Conocía la identidad de mi próxima víctima. Rykov estaría complacido conmigo.

*

—Reunión interesante —dije mientras caminábamos de regreso.

—¿Interesante?

—Bueno, tal vez no tan interesante.

Dmitry se rio. —Sí, damos vueltas en círculos, siempre hablando de lo mismo, cómo interpretar el realismo social.

Caminamos lado a lado por la nieve compacta, con las manos hundidas en los bolsillos y el cielo gris como el plomo. —No me importaría asistir de nuevo.

—Me sorprendes. Oh, se me olvidó decirte —dijo, dándose una palmada en la frente—. Han confirmado mi premio: la Orden de Lenin por mi "Contribución al Arte Socialista".

—¡Vaya! —Giré y, abrazándolo, lo besé, tocándole la nariz roja con la mía —. Felicidades, mi artista supertalentoso.

—¡Eso soy! Tendré mi momento de gloria en una presentación especial durante las celebraciones del Día del Trabajo. En el Parque Gorky. Y mejora aún más: viene con veinticinco rublos al mes y una pequeña pensión.

—Para sumar a todos los otros privilegios que te dan. Cómo te mima el Estado.

—¡Ja! Hay una línea muy fina entre el honor y la ruina.

—Estoy muy orgullosa de ti, mi Dmika —Sonreí a una pareja de ancianos que pasaba, irreconocibles en sus pesados abrigos y bufandas.

—Gracias —dijo, tomando mi mano—. Pero no soy tonto; sé que es más un premio político que artístico. Juego según las reglas; pinto lo que se supone que debo pintar. Los verdaderos artistas de este mundo, los espíritus libres, son los que sufren, justo como Mikhail estaba insinuando. Personas como mi antiguo compañero de estudios, Busygin, creían que, como artistas, tenían derecho a pintar como les pareciera. Él era un verdadero artista, más de lo que yo jamás seré, pero está pagando el precio por su terquedad y su integridad: arrestado por atreverse a mostrar la vida del proletariado como realmente es. Una vez que se corrió la voz, fue condenado rotundamente, incluso por aquellos que nunca habían oído hablar de él. Terminó en el hospital por el estrés de todo eso, pero pronto lo echaron.

—¿Por qué? ¿Porque era un enemigo?

—Por supuesto, el tonto. Es extraño cuando lo piensas: cuando era niño creciendo en Moscú, estaban los escritores y artistas que nuestros maestros recomendaban y aquellos contra los que nos advertían. Por supuesto, todos buscábamos los que no debíamos. Pero los niños de hoy, creen intrínsecamente en el sistema y si el sistema les dice que no lean a Dostoievski o que no escuchen a Tchaikovsky, entonces dicen "está bien, no leeremos a Dostoievski y no escucharemos a Tchaikovsky". Nunca se les ocurre hacer algo diferente. Son hijos de revolucionarios, pero ellos mismos no tienen un hueso rebelde en todo su cuerpo colectivo.

—Tu patrón Mikhail... dice cosas que quizás no debería.

—Debería ser más cuidadoso, estoy de acuerdo. Pero tiene un corazón generoso; cree que todos necesitamos una segunda oportunidad cuando se trata de arte. No necesariamente estamos de acuerdo con él, pero está entre amigos aquí, estará bien con nosotros. Sí, hay informantes en cada esquina, ¿por qué debería RAPA ser diferente? Tenemos que seguir la línea o esperar lo peor. Hemos llevado una vida encantada hasta ahora.

—Sí, por supuesto —dije mientras se me apretaba el estómago—. Y tu camarada Mamontov parecía antagonista.

—Él y Mikhail se conocen desde hace mucho tiempo y no siempre han estado de acuerdo, pero Mamontov está bien; no haría nada para dañar la reputación de la asociación, y sabe que Mikhail es un influyente partidario nuestro.

Un coche pasó a toda velocidad, salpicándonos con nieve derretida. —Qué idiota —murmuró Dmitry.

—¿Qué quiso decir Mamontov cuando dijo que a Mikhail se le había dado una segunda oportunidad?

—¿Qué? Ah, eso. Mikhail una vez se negó a firmar una petición colectiva exigiendo la ejecución de Bukharin. Se retractó públicamente y el Partido lo perdonó, pero la mancha siempre estará ahí. En fin, lo pasado, pasado está.

—Vaya por Dios.

—¿Estás bien, Maria?

—Sí —dije con un suspiro.

*

Media hora después, Dmitry y yo estábamos de vuelta en su apartamento. Tan pronto como cerró la puerta, me atrajo hacia él, me envolvió con sus brazos y me besó. Ah, su olor, su tacto. Me sentí derretir en su presencia envolvente mientras su beso se volvía más urgente, su mano recorriendo el camino ondulante de mi columna.

Estaba casi oscuro cuando desperté en la calidez de la cama de Dmitry. Estaba sola; las sábanas de su lado de la cama estaban echadas hacia atrás, aún tibias. Mi retrato seguía allí, en la esquina del dormitorio, junto a la silla de mimbre, burlándose de mí con su sonrisa, mi sonrisa. Me envolví más fuerte con las mantas, subiéndolas hasta mi barbilla. Mi pasado, presente y futuro parecían estar colisionando entre sí, cada uno luchando por dominar, anulándose mutuamente. Para escapar de mi pasado, vine al presente; para escapar del presente, necesitaba un futuro, pero por más que lo mirara, mi pasado y mi presente negaban el futuro. Por más que intentara dividirlos como capítulos ordenados en un libro, más se fusionaban en uno solo.

—Buenas noches —dijo Dmitry suavemente, inclinándose sobre mí, desnudo, sosteniendo dos tazas humeantes en una mano y la otra detrás de su espalda.

—¡Qué vista! —exclamé, frotándome los ojos con el dorso de la mano.

—Te he comprado un regalo.

—Ya lo veo.

Colocó las tazas en la mesita de noche y su otra mano salió de detrás de su espalda. Sonrió mientras me ofrecía algo envuelto en una bolsa de papel marrón. —Un regalo para mi amor.

—¿Un regalo? Nunca antes me habían dado un regalo. —Abrí la bolsa y dentro sentí la textura de madera grabada. Saqué una talla de madera de un oso de unos diez centímetros de alto. Era, creo, un oso grizzly, parado sobre sus patas traseras, con las patas delanteras arañando el aire. Sus ojos parecían arder de furia y su boca estaba abierta, revelando pequeños dientes afilados y una lengua roja brillante—. Es precioso. ¿Qué *es*?

—Abre la cabeza.

En efecto, la cabeza del oso se abría sobre una delicada bisagra en la parte posterior de su cuello. Dentro había una pequeña botella, tapada con un diminuto corcho de vidrio. Sonreí, destapé el corcho y aspiré la exuberante fragancia. —Oh, Dmitry, agua de colonia, qué maravilla; gracias, gracias. —Me puse un poco en el cuello y él se inclinó para olerme.

—Hmm, muy agradable —declaró.

—Qué osito tan gracioso.

—¿Gracioso? A mí me parece bastante feroz. ¡*Grr!*

—Eso suena más a león.

—¿Ah sí? No sabría decirte; no hay muchos de ninguno de los dos por aquí. De cualquier manera, el perfume es para recordarte cuánto te amo.

—¿Y el oso...?

—¿El oso? Bueno, está ahí para protegerte, por supuesto. Para siempre.

Me reí. —Siempre he querido agua de colonia, es tan divina. Tendré que tener cuidado cuando la use.

—No tendrás que hacerlo por mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Déjalo, María. Sé lo que estás pensando, y la única respuesta es dejarlo. —Me entregó mi taza de té.

—¿Perdón?

—Petrov. Sabes de lo que estoy hablando.

—Hace poco me decías que volviera con él.

Sosteniendo su taza, se sentó en la cama y subió las piernas, cubriéndolas con la manta. Sentado en la cama, con su torso desnudo contra la almohada, se volvió hacia mí. —Ya no. Podrías venir aquí para empezar, y... y quién sabe, si te gustara, podrías quedarte. Y podríamos hacer viajes a mi dacha...

—Se me olvidaba, tienes tu propia dacha.

—Bueno, no es realmente mía, pero me la han prestado.

—No vas a empezar a hablar de privilegios otra vez, ¿verdad?

—Por cada persona que...

—No, por favor, no. ¡Ahórramelo!

—¡Ja! En fin, la dacha es mi pequeña ventaja por ser un artista "valorado". Está solo a una hora en tren. Voy a ir allí el próximo miércoles, solo para alejarme de la ciudad un rato. Te encantaría. ¿Qué me dices?

—Oh, Dmitry, sabes que me encantaría, pero...

—¿Pero qué? Vamos, María, ese hombre te está asfixiando; tienes que plantarte. Te está matando lentamente por dentro, debes verlo.

—Lo sé, lo sé. ¿No crees que agonizo por ello cada momento que estoy despierta? Pero tengo miedo, Dmitry. Le suplico que me dé mi libertad,

pero es un hombre orgulloso, no me dejará ir.

—¿Te preocupa que te denuncie de alguna manera? —Rodeé la taza caliente con mis manos y miré fijamente el vapor que se elevaba—. ¿María?

Hablé suavemente, incapaz de mirarle a los ojos. —Tengo mucho de qué avergonzarme, Dmitry, estoy políticamente infectada, y él lo sabe. Si lo dejara, podría hacer que me arrestaran en un día. Y te estaría poniendo en riesgo a ti además de a mí misma. Si tan solo supiera que estoy aquí, me aterra pensar cómo reaccionaría. No sé qué hacer.

—Tenemos que hacer algo. Pienso en ti todo el tiempo. Nunca he conocido a una mujer como tú. Es extraño, siento como si ya te conociera por dentro y por fuera, pero hay una parte de ti que sé que no puedes compartir. No puedo esperar que confíes plenamente en mí todavía, lo entiendo, pero algún día te darás cuenta de que podrás contármelo todo. Todo.

—No, no puedo nunca, créeme, nunca deberías saberlo. Al menos...

—¿Al menos?

—No mientras siga atada a Petrov. —Tomé su mano y la apreté con fuerza, y él se inclinó hacia mí y me besó en la frente—. ¿Qué podemos hacer?

—Pensaremos en algo, tenemos que hacerlo. Pase lo que pase, pensaremos en algo.

*

Media hora después, ya me había lavado y vestido por completo, y me preguntaba si debería irme, cuando sonó un golpe en la puerta del apartamento de Dmitry. Él me miró y al instante ambos nos agitamos, asumiendo lo peor. Me indicó que volviera al dormitorio. Un segundo golpe, más fuerte y urgente, nos sobresaltó aún más. Dmitry fue a abrir y yo, detrás de la puerta en el dormitorio, me encontré conteniendo la respiración.

—Muy bien, ¿dónde está ella? —La voz, una vez que el intruso se había abierto paso a la fuerza, trajo tanto alivio como horror. Era mi marido.

—Hola, Petrov, qué agradable verte también. Y tan pronto.

—No me vengas con esas. He dicho, ¿dónde está ella?

Escuché su intercambio, mi alter ego desnudo me devolvía la mirada. Rogué a Dios que Dmitry impidiera que Petrov irrumpiera. —¿De quién exactamente estás hablando?

—Creo que lo sabes.

—Si te refieres a tu esposa, entonces no lo sé. Te ofrecería una taza de té, pero la tetera está rota. Aunque si estás dispuesto a esperar a que hierva una olla...

—Entonces, ¿por qué está aquí su abrigo?

Escuché el silencio, pegada contra la pared.

—¿Ese es el abrigo de Maria? Sí, creo que tienes razón; así es.

—¿Y bien? ¿Dónde está? —Pude oírlo pisoteando; me estaba buscando.

—Está bien, admito que estuvo aquí, pero te la has perdido. Ella...

—¡Deja de mentirme! No habría salido con este frío sin su abrigo. ¿Por quién me tomas? ¿Está aquí...? —Oí que se abría la puerta del estudio de Dmitry.

—Mira, está bien, te lo diré. —Dentro de la otra habitación, las voces estaban amortiguadas pero aún lo suficientemente altas para que yo escuchara cada palabra.

—Adelante, soy todo oídos.

—Invité a Maria a posar para mí, para el cuadro que viste la otra semana. Ya no está, colgado en alguna fábrica. Pero mira, aquí están algunos de los bocetos preliminares que hice. ¿No crees que es perfecta para el papel?

Hubo una pausa. Sabía lo que pasaba por la mente de mi marido: estaba impresionado, pero difícilmente podía admitirlo.

—Sí, todo está muy bien. Ella me lo dijo. Y se lo prohibí.

—¿Por qué harías eso?

—Porque yo... no es asunto tuyo. Crees que puedes tenerlo todo, ¿no? Primero todo esto... este lujo y ahora mi esposa. Desprecio a los de tu clase con toda mi alma. —Había vuelto a la sala de estar—. Te abres paso con tu precioso arte; vives con este esplendor como si fueras de la alta sociedad. No eres mejor que la escoria burguesa que destruyó la revolución. Miras algo y piensas que es tuyo, que es tu maldito derecho tomarlo.

—¿Y tú te crees diferente? ¿Me estás diciendo que no pasas tus días como un cachorro, tratando de complacer a tus jefes, intentando no alterar el orden establecido?

—No me importa lo que pienses. —La puerta del dormitorio se abrió de golpe, casi golpeándome. Intenté desaparecer en la pared mientras veía las manos de mi marido agarrarse el pelo cuando la visión de mi yo desnuda se clavó en sus ojos—. ¿Qué demonios...? ¿Cómo llamas a esto? —bramó, de pie frente al cuadro. Parecía estar jadeando en busca de aire—. No puedo creer esto. —Por favor, pensé, que no se dé la vuelta.

—Soy un artista, Petrov, ¿qué puedo decir? —Podía oír la voz de Dmitry en la habitación, pero no podía verlo.

—Esto no es arte; esto es pornografía. ¿Y María te dejó hacer esto, explotarla como una prostituta? Tú... tú bastardo.

Háblale, Dmitry, no dejes que se dé la vuelta.

—Oh, por el amor de los santos, cállate, hombre. ¿No has estado en la Galería Tretyakov últimamente? La mitad de las pinturas son de desnudos.

—Pintadas por los grandes maestros, no por algún bastardo de baja estofa como tú. Esto no es arte, es excitación.

—La excitación está en el ojo del espectador. Vamos a pasar, Petrov, pareces necesitar sentarte; has tenido una conmoción, querido amigo. —Contuve la respiración, rezando para que no me viera.

Petrov seguía de cara a la pintura, pero sus hombros se habían hundido, como si la conmoción lo hubiera dejado sin fuerzas. —No me importaría hacerlo —dijo.

—Por aquí —dijo Dmitry, guiándolo fuera de la habitación. Me presioné aún más contra la pared. Pero se habían ido, de vuelta a la seguridad de la sala de estar. Mis rodillas temblaban. Me encontré jadeando de alivio.

—Ahora, ¿seguro que no quieres esa taza de té? —Oh, por favor, Dmitry, no lo prolongues.

—No. No, tengo que irme. —Sonaba como un hombre derrotado.

—Mira, sé que no soy un gran maestro merecedor de un lugar en la Galería Tretyakov, pero sigo siendo un artista; es para lo que me pagan y, como dije cuando viniste a cenar, el Estado valora lo que hago. María no es una prostituta, es una buena mujer y para mí, una modelo perfecta. Ahora, vete a casa, Petrov, y piénsalo.

Podía decir por sus voces que Dmitry casi había empujado a Petrov fuera del apartamento. —De acuerdo, sabes pintar —dijo—, te lo concedo, y lo que pintes es asunto tuyo. Pero por favor, ten algo de respeto, no vuelvas a pintar a mi esposa. De hecho, te pediría que no la vuelvas a ver, ¿entiendes? Y esa pintura de ahí, ni siquiera pienses en exhibirla. Estoy seguro de que puedes apreciar mi deseo de no tener a mi esposa exhibida desnuda para que todo Moscú la vea.

—Por supuesto, lo entiendo. Ahora, ten cuidado al irte.

Esperé a que se cerrara la puerta principal, pero Petrov aún no había terminado. —¿Qué vas a hacer con ella entonces?

—¿El retrato de María? Lo destruiré.

—Sí. Bien. En ese caso, ¿quizás podría quedármelo yo?

# Capítulo 13: El Mercado

No podía enfrentarme a volver a casa de inmediato; no después de ese intercambio. Así que decidí ir de compras, siempre una experiencia desalentadora, pero nos faltaba comida. Necesitaba carne o pescado, algo con un poco de proteína, que pudiera convertirse en sopa. Me había acordado de traer una bolsa de red que había metido en mi bolsillo. Era mi bolsa "por si acaso", *por si acaso* me encontraba con algo asequible. Tomé un tranvía, entrando, como dictaba el reglamento, por la parte trasera. El tranvía estaba abarrotado y la masa de pasajeros se balanceaba de un lado a otro con el movimiento del vehículo mientras atravesaba la ciudad.

Mi mente volvió a Viktor, sentado inmóvil en su silla. Estaba empeorando, pero todos los intentos de llamar a un médico habían fracasado. Todos estaban demasiado ocupados atendiendo a personas que importaban. Como ex enemigo del pueblo, nadie quería saber de él. Apenas podía persuadirlo para que comiera mis ofrendas de sopa aguada, pero eso era todo. Sabía que se estaba muriendo; era solo cuestión de tiempo. Me sentía tironeada en diferentes direcciones y la tensión comenzaba a notarse.

—*Tenemos sospechas de que hay elementos inadecuados dentro de la RAPA* —eso era lo que Rykov había dicho—. *Necesito que averigües información sobre los colegas de tu Dmitry Kalinin y dónde se posicionan.* Era como tener un tigre de mascota. Mientras siguieras alimentándolo, estaba satisfecho, pero en cuanto se agotara el suministro de comida, te devoraría. No había vuelta atrás, me tenían donde querían; era un compromiso de por vida. Tenía que proteger a mi hermano de las garras de Rykov y si eso significaba informar sobre hombres como Mikhail, que así fuera. Como patrón de Dmitry, era el objetivo más obvio. Pero siempre existía el temor de que al denunciar a Mikhail, lo presionaran para que nombrara a otros. Como receptor del Premio Lenin, ¿seguiría siendo vulnerable Dmitry? ¿Qué opción tenía?

Pero por ahora, mis pensamientos se dirigieron a asuntos más urgentes. Me bajé del tranvía cerca del Parque Gorky. Una vez liberada de la atmósfera claustrofóbica del tranvía, me abrí paso por las bulliciosas calles hacia el

cercano centro comercial proletario. El sol había salido, pero un viento fresco silbaba a través de mi abrigo. Me bajé de la acera y casi me atropella un taxi tirado por caballos, cuyo conductor me gritó que me apartara del camino.

Por donde quiera que mirara, había colas: colas para zapatos y ropa, para vajilla, medicinas y, lo peor de todo, las colas para alimentos que se extendían hasta la calle contigua. Pero el ambiente que prevalecía era de resignación tranquila; nadie empujaba, nadie perdía la paciencia, siempre y cuando todos obedecieran las reglas. Y todos vestían igual: mujeres con pañuelos en la cabeza, hombres con gorras de visera, todos con abrigos oscuros, la uniformidad sin clases del proletariado. Caminé precariamente a lo largo de la fila hacia una tienda con un gran escaparate. Un cartel grande pegado sobre el cristal manchado proclamaba que no había alimentos disponibles sin cartillas de racionamiento. Alguien me gritó que me apartara, suponiendo que intentaba colarme. La gente de delante se apiñó como si me negara cualquier espacio, mirándome con hostilidad. Me di la vuelta y caminé hasta el final de la cola, donde encontré a una niña de unos trece años con el pelo alborotado, que llevaba un vestido rojo cuyo estampado hacía tiempo que se había oscurecido por las manchas.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —pregunté.

—Media hora —respondió sin mirarme, chupando un mechón de pelo—. Dicen que los de delante llevan aquí desde la medianoche.

—¿Hay algo especial?

—Sí, han traído patatas nuevas. Y nabos. No quedará nada cuando nos toque.

Sonreí y me alejé. Me había tentado preguntarle a la niña por qué se molestaba en seguir haciendo cola si tenía tan pocas expectativas de conseguir algo, pero ya sabía la respuesta. El vago optimismo y la desesperación nacida del hambre se combinan para crear un poderoso incentivo.

Seguí caminando, dejando atrás las múltiples colas de gente, y decidí probar suerte en uno de los muchos pequeños mercados. A veces oía hablar del

mercado cercano, junto a la Iglesia de San Juan el Guerrero. Recorrí las monótonas calles laterales, demasiado estrechas para los tranvías pero aún concurridas de moscovitas inexpresivos. Sabía que los productos en los mercados eran más caros que en las tiendas estatales, pero mientras Rykov me compensara por mi trabajo sucio, tal vez podría permitirme algo sin tener que hacer cola durante horas con pocas esperanzas de recompensa.

Finalmente, me encontré con el mercado en una pequeña plaza rodeada de altos y destartalados bloques de viviendas. Solo había unos pocos puestos sombríos, y frente a cada uno, una multitud de personas se agolpaba, balanceándose y luchando por el espacio. Aquí no había colas ordenadas. Los puestos pertenecían a campesinos de aspecto abatido, medio cargados de verduras enmohecidas y frutas descomponiéndose. Más allá, estaban los tristes marginados, sentados con las piernas cruzadas en el suelo con un periódico extendido frente a ellos, sobre el que se exhibían trozos de vajilla, un retazo de encaje, un vaso, una bota suelta.

Volví al núcleo principal del mercado y deambulé por la periferia de la multitud, sintiéndome absorbida e involuntariamente arrastrada por su ritmo. Escuchaba los gritos del regateo, las expresiones de disgusto por lo poco que se ofrecía por tanto. Algunos se alejaban aferrándose a trozos de pescado seco, un puñado de verduras, media hogaza de pan, un pequeño trozo de carne. También podía olerlo todo, el aroma de comida rancia mezclándose con la suciedad de la oscilante muchedumbre. Más allá, un espacio abierto donde los vendedores no eran campesinos sino trabajadores de la ciudad que ofrecían artículos individuales: unos pocos huevos aquí, un par de lonchas de pescado seco allá. Especuladores, pensé: habían comprado sus mercancías en las cooperativas usando sus cartillas de racionamiento y ahora intentaban venderlas a cuatro veces el precio en el mercado abierto. Estaban jugando un juego peligroso.

Regresando al núcleo principal del mercado, me encontré con un puesto que vendía rebanadas deformes de carne cruda y cocida. Mi estómago se revolvió ante el olor rancio de lo que se ofrecía. Los dos vendedores, con las caras enrojecidas, gritaban y discutían con la horda que pasaba. Sabía que podía permitirme sus precios, pero me preguntaba si podría siquiera tocar aquello. El olor abrumador se volvió demasiado y me abrí paso de

vuelta entre la multitud. Me encontré siguiendo a un hombre barbudo vestido con un largo abrigo negro y zapatos rotos. Mientras luchábamos por liberarnos del bullicio, vi que se había ido con una porción de salchicha cocida, medio desenvuelta de su cobertura de periódico. Me lanzó una mirada, evidentemente complacido con su compra. Para mi sorpresa, hundió los dientes en la carne y arrancó un trozo. Levantó el resto de la salchicha a modo de brindis y sonrió mientras sus mejillas se hinchaban y se movían bajo su barba. Pero justo cuando estaba a punto de irme, vi que su expresión cambiaba. Inclinándose, tosió violentamente y fragmentos de carne masticada brotaron de su boca. Trastabilló unos pasos, aún tosiendo, y luego comenzó a arcadas, con la mano agarrándose el estómago. Volvió a tener arcadas y, casi doblado por la mitad, manoteó al aire. Y sin embargo, para mi asombro, reunió fuerzas para seguir masticando. Mientras me daba la vuelta para irme, noté que tenía lágrimas en los ojos, tratando de forzar más salchicha en su boca, mientras el hambre y la repulsión luchaban por dominar.

*

Estaba agotada, pero tenía que seguir adelante. Había dejado el mercado con nada más que un puñado de patatas muy magulladas y algunas verduras; aun así, era mejor que nada. Había estado tanto tiempo de pie que había aparecido una gran grieta a lo largo del forro de la suela que recorría todo el camino alrededor del dedo del pie de un lado a otro. Pero no había esperanza de reemplazarlos: los zapatos, como tantas otras cosas, escaseaban. Alguien me dijo una vez que la matanza masiva de ganado durante la colectivización había causado una aguda escasez de cuero. Pasé junto a un optimista vendedor de globos y un puesto de limpiabotas. Media hora después, sintiéndome enferma de pavor, estaba de vuelta en casa.

—Logré conseguir algunas verduras —dije alegremente a Petrov mientras me sacudía los pies.

—¿Tienes tu abrigo entonces? —Petrov estaba sentado a la mesa, con una pila de papeles frente a él.

—Sí, había hecho una visita a Dmitry y, tonta de mí, me fui sin él y tuve que volver. Dijo que habías estado allí. ¿Te apetece un té? ¿Cómo está

Viktor?

Petrov me lanzó una mirada espantosa y dio un par de zancadas hacia mí. Instintivamente, retrocedí.

—No te alejes de mí, zorra —gritó—. ¿Te gusta estar allí? ¿Te gusta ser su última posesión, su juguete? ¿Eh? Te dije que no volvieras a verlo.

—Y yo te dije que soy su modelo —me quedé clavada en el suelo en medio de la sala.

—Ya veo; quitándote la ropa. ¿Quién hubiera pensado que mi esposa era una cualquiera?

—Mejor ser la cualquiera de un artista que el lacayo de un burócrata.

Mi arrebato lo sorprendió; nunca le había respondido antes.

—Harías bien, mujer, en pensar antes de hablarme así de nuevo —caminó alrededor y detrás de mí. Reuní fuerzas para quedarme quieta, temiendo que me golpeara en cualquier momento—. ¿Así que esto es lo que obtengo, entonces? —gruñó—. Trabajo todo el día hasta el agotamiento, pero no es suficiente para ti, ¿eh? ¿Quieres lujo barato, decadencia burguesa? ¿Has olvidado? —Esperaba esta pregunta, pues siempre volvía a esto—. ¿Has olvidado que me lo debes todo a mí? Te salvé, Maria, te salvé. Si no fuera por mí, todavía estarías hurgando en las calles, durmiendo en ese infierno. Sé más sobre ti de lo que crees. Ese contable... me contó cosas sobre ti. Cómo apareciste de la nada, medio muerta de hambre con tu ropa campesina hecha jirones. Estabas huyendo, según él. ¿De qué huías, eh? ¿Qué eras, Maria? ¿Una kulak? ¿Es eso, me casé con una kulak? Sabes que conozco a gente. Una palabra mía y estarías acabada.

—Así que soy tu lacaya entonces, tu esclava. Un matrimonio basado en el chantaje. Esto no es un matrimonio, es servidumbre. Eres demasiado orgulloso para dejarme trabajar, no me dejas tener mis propios amigos...

—Oh, ¿así que todo esto es mi culpa? Hago lo mejor que puedo por ti, Maria; estos son tiempos difíciles. Yo soy el esclavo aquí. Mientras estoy fuera trabajando como un burro, tú estás... —Sus ojos empezaron a humedecerse—. Te estás quitando la ropa y desfilando desnuda frente a

otros hombres, y supuestamente en nombre del arte. Dios lo sabe, lo digo en serio: si te pillo viendo a ese hombre una vez más, te echaré, de vuelta al agujero del que saliste. Te destrozaré como hice con tu hermano.

¿Había oído bien? ¿Mi hermano?

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—Fuiste tú —dije en un susurro—. Tú... tú denunciaste a Viktor —La evidencia me golpeó como una bofetada en la cara, dejándome sin aliento. De un susurro a un grito—. Denunciaste a mi hermano, a tu propio cuñado. Cómo pudiste, cómo...

—Tuve que hacerlo, tuve que hacerlo —gritó en respuesta.

—¿Denunciaste a mi hermano? —Mi visión se nubló con lágrimas.

—Había rumores. En el trabajo. Pensé que seríamos los siguientes, tú y yo. Lo hice por nosotros.

—¿Nosotros? ¿Lo hiciste por nosotros?

—Habríamos sido los siguientes. Era nosotros o Viktor. ¿Qué podía hacer?

—Bestia. Mataste a mi hermano.

—¿Matado? No está muerto.

—Es como si lo estuviera, tú... bastardo.

—Deberías estarme agradecida; podrías haber sido tú.

—Ojalá lo hubiera sido; cualquier cosa para evitar pasar otro día contigo.

# Capítulo 14: La Fe

—Rosa, Rosa, ¿ya te has enterado? —dijeron Ella y Claudia casi al unísono.

Los ojos de Rosa se abrieron de par en par mientras dejaba caer su bandeja sobre la mesa del comedor y se sentaba rápidamente. —¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—Sobre el camarada Kalinikov. ¿No te has enterado? —dijo Ella, instando a Rosa a inclinarse hacia adelante. La expresión en sus rostros era una mezcla de miedo y emoción.

—No, cuéntame.

Ella miró a su alrededor y se inclinó sobre la mesa. —El camarada Kalinikov está muerto.

—¿Muerto?

Claudia añadió los detalles. —Sí, muerto. Se ahorcó.

—¡No! ¿Suicidio?

—Sí, lo encontraron ayer —exclamó Ella—. En su apartamento, colgado con el cordón de su bata. Su esposa e hijo estaban de visita con unos amigos fuera de la ciudad. Acaban de volver y lo encontraron. —Se llevó la mano al cuello como para enfatizar el punto.

—¿Pero por qué?

Ella puso los ojos en blanco. —Vamos, Rosa, ¿por qué crees?

—¿Porque lo purgaron?

—Sí, claro. Sin carné del Partido, no hay trabajo; sin trabajo, no hay apartamento.

—Sin apartamento, no hay trabajo —añadió Claudia, sorbiendo su sopa.

—Y todo porque bautizó a su hijo —dijo Rosa.

—Exactamente —dijo Ella.

Claudia levantó la mirada. —¿Quién crees que dará sus clases ahora?

—Cállate, Claudia —espetó Ella.

Rosa sacudió la cabeza. —¿Qué pensaría el camarada Stalin?

—Estoy de acuerdo, estaría horrorizado.

—Si tan solo hubiera una forma de hacérselo saber.

Las tres amigas se quedaron en silencio, cada una comiendo su cena, sumidas en sus propios pensamientos. A Rosa le caía bien el camarada Kalinikov, aunque sus conferencias a veces podían ser tediosamente aburridas. Pero tenía un aura de inteligencia y respetabilidad. Puede que la gente no lo amara, pero ciertamente lo respetaba; su conocimiento de la teoría política y económica, la dialéctica y el materialismo social era incomparable. Pero últimamente, se había vuelto cada vez más nervioso, como si supiera que el tiempo y las fuerzas externas estaban en su contra. Rosa se había sorprendido cuando la Comisión de Purga lo expulsó, pero no tanto como ahora. Esa fue la última vez que lo vieron: retorciéndose frente al camarada Pletnev mientras confesaba el bautismo de su hijo de dieciocho meses. *Un renegado supersticioso*, así lo describió Pletnev, *cubriendo a los inocentes bajo un manto de superstición*. Rosa recordó a la mujer detrás de ella que se había levantado y declarado que había estado en el bautizo y lo orgulloso que había estado el camarada Kalinikov. ¿Habría estado tan dispuesta a denunciarlo si hubiera sabido que sus palabras eran tan efectivas como una sentencia de muerte? El rostro de Rosa se sonrojó al recordar también cómo ella misma había aplaudido y pisoteado con todos los demás lobos aulladores, mientras Kalinikov estaba sentado allí con lágrimas corriendo por su rostro. *¡Échenlo! ¡Échenlo!* Qué espectáculo.

Ella rompió el silencio. —Fue el momento más aterrador de mi vida —dijo, como para sí misma.

—¿Qué? —preguntó Claudia.

—Estar allí arriba, frente a la Comisión... Honestamente pensé que iba a morir. No te quitan los ojos de encima ni por un momento, y estar sentada

allí, rodeada de toda esa gente, todos deseando que fracases.

—No queríamos que fracasaras, Ella —dijo Rosa.

—Lo sé. Gracias.

—*«Entonces, ¿cuál es, camarada Pavlovna, su opinión sobre la colectivización?»* —dijo Claudia, imitando al presidente de la Comisión.

—*Claudia*, cállate, ¿no ves que...

—Lo siento...

—Está bien, estoy bien. Solo me alteró un poco; fue horrible.

Claudia puso su mano sobre el brazo de Ella. —Pero sobreviviste, muchacha, eso es lo principal.

Limpiándose los ojos con un pañuelo, Ella se levantó de su silla. —Necesito irme; ¿ustedes vienen?

—Rosa no ha terminado su sopa —dijo Claudia.

—No se preocupen —dijo Rosa—. Váyanse ustedes dos. Las veré más tarde.

Ella salió rápidamente con Claudia siguiéndola. Rosa suspiró y se acomodó para terminar su almuerzo. Pensó en la difícil experiencia de Ella. Como dijo Claudia, Ella había sobrevivido. Su secreto seguía siendo un secreto. Por una vez, los ojos omniscientes del Sistema habían fallado. Pero alguien, en algún lugar, había filtrado el secreto de Kalinikov. ¿Era el bautismo un crimen tan grave? El Partido había decretado que sí. De hecho, el rechazo a la religión siempre había sido uno de los principios básicos de la revolución. Como el resto de su generación, Rosa había crecido como una atea devota, la religión no jugaba ningún papel en su vida; no podía entenderla. Stalin era su único Dios. Seguramente, Kalinikov sabía qué juego tan peligroso estaba jugando. Y quizás había otras cosas también, cosas que la Comisión no había hecho públicas, pero que conocía: ciertas irregularidades en la vida de Kalinikov que lo señalaban como un elemento dudoso. Pero *ella* aún creía, la alternativa era inconcebible; tenía que aferrarse a su fe en el sistema. Sí, a veces podía ser impredecible, pero tenía

sus razones, sus justificaciones, y ella lo sabía. *No se puede hacer una tortilla sin romper huevos.* Pero, ¿significaba que era correcto que Boris también hubiera sido expulsado? Como él dijo, su padre había muerto cuando tenía solo cinco años. Pero una vez más, la Comisión debía tener sus razones. Tal vez tenían razón. La religión está en la sangre y, como una enfermedad hereditaria, no se puede sacudir fácilmente. Una vez judío, siempre judío. *De tal palo, tal astilla*.

Rosa miró su reloj; planeaba ir a la biblioteca. Entonces, por el rabillo del ojo, notó la imagen familiar de Boris de pie en el mostrador, sosteniendo una taza de té, con una mochila colgada al hombro. En un instante, sus miradas se cruzaron. ¿Qué hacía él aquí?, se preguntó. Hizo ademán de saludar, pero Boris le dio la espalda. Rosa observó cómo iba a sentarse a una mesa en el otro extremo del comedor, aún de espaldas a ella. Se sentó junto a un grupo de tres estudiantes varones que ella sabía que eran amigos suyos. Pero tan pronto como se sentó, los amigos se levantaron al unísono y, sin siquiera mirarlo, fueron a sentarse a otra mesa donde inmediatamente reanudaron su animada conversación. Rosa miró al otro lado del salón la espalda encorvada de Boris, una figura en soledad, con su mochila a sus pies. Sobre él, el cartel: *«La Cooperación Alimentaria Abre el Camino a una Nueva Vida»*. Quizás, pensó, no la había visto; su vista no era la mejor, incluso con esas gafas gruesas que usaba. Pero la distancia entre ellos no había sido tan grande, seguramente la habría visto. Entonces, ¿por qué la ignoraría tan deliberadamente? Tan pronto como se formuló la pregunta, le llegó la respuesta. Sonrió, el bueno de Boris, siempre el amigo fiel. Por su expulsión, ahora era considerado una persona contaminada, como acababan de demostrar sus supuestos amigos. Tal vez, ¿solo estaba siendo cuidadoso para no manchar a Rosa con su asociación? Pero entonces, pensó, no tenía reparos en sentarse con sus amigos varones. Por más vueltas que le daba, Rosa estaba desconcertada.

El comedor se estaba vaciando; el almuerzo llegaba a su fin y los estudiantes tenían otros lugares a donde ir, el personal de cocina estaba limpiando las mesas y vaciando los ceniceros. El trío masculino se marchaba, aún hablando animadamente. No tenía sentido, decidió, preocuparse por ello cuando Boris estaba justo allí, a unos pocos metros de distancia. Recogió su bolso y se dirigió al otro lado del salón. Qué pequeño

parecía Boris, con sus hombros delgados encogidos, su cabeza desapareciendo bajo el cuello de su chaqueta.

—¿Boris? —Él saltó físicamente al oír su nombre—. Lo siento, no quería... —Sus palabras se desvanecieron al ver la expresión en su rostro, una mezcla de miedo y aversión—. No quería asustarte...

—Déjame en paz.

—¿Perdón?

—He dicho que me dejes en paz.

—Yo... no entiendo. —Nerviosamente, sacó una silla y se sentó lentamente. Boris inmediatamente se reclinó en su asiento y giró ostensiblemente la cabeza, alejándola de ella, fingiendo concentrar su atención en el otro lado del salón. Rosa no esperaba esto, y la estaba alterando. Notó sus manos colocadas en el borde de la mesa, el dedo índice izquierdo golpeando contra la superficie de madera. ¿Por qué se comportaba así? Ella había hecho algo para molestarlo, pero por más que se esforzara, no podía imaginar qué—. Boris, por favor... —dijo en voz baja—, ¿qué pasa? —Se sentía condenada por su silencio—. ¿Qué he hecho?

Esta vez, fue ella quien saltó. La forma en que se puso de pie de golpe, la silla raspando ruidosamente contra el suelo, la mirada de furia en sus ojos mientras la miraba desde arriba—. ¿Finges no saberlo...? —Para cuando Rosa balbuceó una palabra incoherente, Boris había agarrado su mochila y se dirigía a zancadas hacia la salida del comedor.

En un instante, el torbellino de pensamientos confusos de Rosa se manifestó en forma de ira. Poniéndose de pie, se sorprendió a sí misma por el volumen y la intensidad de su arrebato. —¡No! —gritó a través del salón—. ¡No lo sé, maldita sea, no lo sé!

Como si alguien hubiera apagado una radio, el suave murmullo de fondo de las conversaciones y el personal de cocina trabajando se detuvo al instante. Boris también se detuvo. Había llegado a las grandes puertas de vaivén. Por un momento, Rosa pensó (esperó) que se daría la vuelta. Pero no lo hizo. Tras una pausa, empujó las pesadas puertas y desapareció. Rosa observó cómo las puertas se balanceaban de un lado a otro hasta volver a su

posición, consciente de que todas las miradas estaban puestas en ella. Decidió que no iba a permitirle marcharse sin explicar su comportamiento. Recogiendo su bolso, se dirigió apresuradamente hacia la salida. Boris ya estaba en el extremo opuesto del pasillo. Corrió para alcanzarlo. Cuando volvió a verlo, ya estaba fuera, bajando a trote por las escaleras principales que conducían desde la entrada de la universidad hasta el camino de grava, que a su vez llevaba a la calle.

—¡Boris! —Estaba lloviendo con fuerza; la gente subía apresuradamente las escaleras, escapando del aguacero. Rosa se apresuró tras él, maldiciéndolo y deseando haber traído su impermeable—. ¡Boris! —gritó de nuevo—. Por favor, detente.

Él siguió caminando, pero fue reduciendo la velocidad con cada paso, como una gran locomotora frenando hasta detenerse. Finalmente, sin darse la vuelta, se detuvo junto a la ornamentada fuente y dejó caer su mochila sobre el camino mojado. Rosa se acercó por detrás y lo rodeó para enfrentarlo directamente. Y allí se quedaron durante unos momentos que parecieron eternos, frente a frente en silencio bajo la lluvia, con la fuente borboteante a su lado.

—Habría sobrevivido, ¿sabes? —dijo él.

—Sí, lo sé.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Ella deseaba poder ver sus ojos, pero sus gafas estaban demasiado salpicadas de gotas de lluvia. —¿Por qué hice qué?

—¿Acaso la culpa de la traición pesa tan poco en tu conciencia? *Tú lo sabías*. Eras la única persona a quien se lo había contado porque pensaba, creía, que eras la única persona a quien podía contárselo.

—¿Tu padre? Pero...

—Sí, mi padre. ¿Sabes lo que es haber tenido un padre y nunca reconocer su existencia? Todos nos preguntamos qué hacían nuestros padres, ¿no? Es una de las primeras preguntas que hacemos a la gente. *¿Qué hizo tu padre por la Revolución?* Y siempre han hecho algo, ¿verdad? Sí, luchó contra los

Blancos y mató a toda una división él solo, o escuchó predicar a Lenin. Recuerdo vívidamente a mi padre. Sí, murió cuando yo tenía cinco años y lo amo hasta el día de hoy. ¿Y por qué? Porque el hombre que ocupó su lugar me molió a palos a diario durante diez años. Me criaron hablando yidis y de repente me prohibieron hablarlo. Incluso una sola palabra me valía una paliza; literalmente me lo quitaron a golpes. Y sin embargo, le digo a la gente que él es mi verdadero padre y que lo amo. ¿Sabes lo bien que se siente esto? Poder decir la verdad; decirte cuánto lo odiaba, y aún lo odio. Y así es como me sentí cuando te hablé de mi verdadero padre. Puede que solo lo mencionara de pasada, *mi padre era rabino*, pero oh, qué liberación. Solo fue un comentario al paso, eso es todo, pero sentí como si estuviera de pie en los tejados, gritándolo para que todo Moscú lo oyera. Sí, mi padre era rabino y estoy orgulloso de ello, estoy orgulloso de ser judío. Por dentro, por dentro, mi corazón latía. *Mi padre era rabino*. Era la primera vez que lo decía. ¿Y por qué tú? Porque creí que te amaba. Sí, vale, lo sé, tú no me correspondías, lo sabía, pero no podía evitar mis propios sentimientos. Te lo dije a *ti* porque te amaba, porque confiaba en ti. La confianza es algo inexistente, pero pensé que tú eras diferente. Pero no lo eres, eres incluso peor...

—Nunca se lo dije a nadie.

—¡Mentirosa! —Boris se alejó, luego se volvió y le escupió las palabras—. Fue hace veinte años; vivíamos en un pequeño pueblo a cientos de kilómetros de distancia. Ni siquiera los ojos omnipresentes del NKVD harían la conexión. Y sin embargo, ¡cinco minutos después de decírtelo, lo sabían! Se lo dijiste tú, o se lo dijiste a *alguien* que se lo dijo a ellos.

*Alguien*. Sí, pensó Rosa, *alguien*. La realización la golpeó, se tambaleó como si la hubieran golpeado físicamente. —No es como piensas...

—¿No? Me quitaron mi carnet del Partido, mi cartilla de racionamiento, mi plaza en la universidad. Solo estoy aquí ahora para recoger mis cosas. Arrastrado por el NKVD para una agradable charla, rechazado por mis amigos, una semana de plazo para dejar el apartamento. Pero por supuesto, no dejes que nada de esto sacuda tu fe, Rosa; no quisiera desilusionarte. — Recogió su mochila y el agua de lluvia goteó por el contacto con el suelo.

—Boris, por favor...

Pero Boris ya se alejaba. Se detuvo y se giró. —Quizás la próxima vez que me veas, cuando esté ahí fuera en las calles con el resto de los mendigos, hurgarás en tu bolsillo y me ayudarás un poco.

—No... —Pero Boris había llegado al final del corto camino de entrada, dobló la esquina y desapareció.

El camino y la entrada a la universidad estaban desiertos, la lluvia había obligado a todos a refugiarse en el interior. Con el cabello pegado a la cara, Rosa luchaba por respirar mientras la lluvia y la realización la ahogaban en un espasmo de autocompasión y odio.

# Capítulo 15: La muerte

Ahora, cada pensamiento que tenía despierta era sobre cómo escapar de Petrov. Era tan obvio para mí que él había denunciado a Viktor ante el NKVD. No habría necesitado mucho, solo una palabra susurrada; un asentimiento de un burócrata como Rykov y el daño estaba hecho. Tenía que irme. Imaginaba varios escenarios, pero la conclusión siempre era la misma. De cualquier manera que lo viera, estaba condenada. Y sin embargo, sabía que tenía que hacer algo. Todavía era joven, me había enamorado; tenía toda la vida por delante. Pero mientras siguiera casada con Petrov, seguía siendo una prisionera bajo el camuflaje. Ahora, cada día era otro día perdido, un día menos de libertad, de amor.

Mi problema, nuestro problema —pues ocupaba la mente de Dmitry tanto como la mía— se volvía más intangible e inexpugnable cada día. A veces, durante mis momentos más caritativos, no podía creer que Petrov llevaría a cabo su amenaza. Pero lo haría. Lo conocía demasiado bien. Lo que no podía tener, lo destruía: las personas que solían vivir en nuestro apartamento, el jefe cuyo trabajo quería, los asistentes que lo amenazaban con su mera inteligencia. Trotskistas, todos ellos, ¿y dónde estaban ahora? Sin hombre, sin problema. El orgullo, los celos y el miedo forman una combinación impredecible y peligrosa. Y estas eran personas contra las que no tenía más que acusaciones susurradas. Pero tomaba lo poco que tenía y lo usaba con un efecto devastador. Contra mí, su propia esposa, tenía un verdadero arsenal de municiones, una larga lista de crímenes contra el Estado.

Había estado fuera toda la mañana, de compras; esta vez con Anna y esta vez con más éxito: habíamos hecho cola durante horas y nos fuimos con media docena de salchichas cada una. Mientras hacíamos cola, le conté todo a Anna. Hablando en voz baja, le conté sobre mi amor por su hermano y la reacción de Petrov. Le dije que Petrov había denunciado a Viktor. Le dije que tenía un pasado del que temer. No le dije qué era, bastaba con que lo supiera.

—Podrías chantajearlo —dijo en voz baja, para que no la oyeran.

—¿Con qué, Anna? No hay nada que pueda usar contra Petrov, ninguna grieta en su armadura, ningún talón de Aquiles, excepto yo. Viaja ligero. No tiene posesiones, ni amigos, poca familia, ni secretos, ni esqueletos. Soy su único equipaje. Mi pasado es su única línea de falla.

—¿Quizás hay algo en su trabajo?

—No, su trabajo y yo somos entidades separadas. Rara vez habla de ello, y cuando lo hace, solo en términos de estadísticas y niveles de producción. Dudo que alguna vez me haya mencionado en el trabajo.

—Solo otro burócrata sin vida personal.

—Sí. El trabajo es un libro cerrado, totalmente inaccesible.

—¿Entonces qué hay?

—Ese es el problema, por más que intento pensar, sigue siendo invencible, fuera de mi alcance. No tiene debilidades.

—¿Bebe? ¿En exceso? Eso sería mal visto.

—No. Quizás una copa ocasional, pero eso es todo.

—¿Alguna debilidad de la carne?

Me reí. —No, Stalin y el Partido son sus únicos amores.

—Y así es como debe ser.

—Dondequiera que empiece, vuelvo al mismo lugar. —Por supuesto, solo había una cosa que *podía* hacer. No era algo que pudiera compartir ni siquiera con Anna, pero siempre volvía a ello, y el pensamiento me hacía estremecer.

*

Invité a Anna a tomar un café. Al regresar a mi apartamento, nos abrimos paso por el pasillo mal iluminado, subimos los tres pisos y recorrimos el corredor en penumbras. Nuestro avance se vio obstaculizado por cajas de basura, montones de pertenencias, pilas de ropa, colchones (ocupados y desocupados) y una línea continua de personas: apoyadas contra las paredes, fumando, charlando, durmiendo, niños gritando y jugando a las

carreras por las escaleras, una madre amamantando en el rellano, una anciana remendando calcetines. Por todas partes había tanto ruido, gente gritando, chillando, bebés llorando. Finalmente, logramos entrar.

Petrov estaba fuera trabajando y Viktor aún seguía en la cama. Fui a verlo, como siempre. Inmediatamente supe que algo andaba mal. —Viktor —dije —. ¿Estás bien?

La habitación estaba oscura; abrí las cortinas y dejé entrar la tenue luz. Viktor yacía en su cama, con la cabeza apoyada en las almohadas. Sus ojos estaban abiertos, pero lo supe: estaba muerto.

—Oh, Dios mío —susurré—. Viktor, oh Viktor. ¿No podías haber esperado hasta que regresara? —Le cerré los párpados, la sensación me hizo temblar.

Me senté en el borde de la cama.

Después de un rato, Anna, que había estado sentada en la sala principal, vino a ver qué me había pasado. —¿Está todo bien? —preguntó, de pie en la puerta del dormitorio—. ¿Viktor está bien?

Negué con la cabeza, incapaz de hablar. La observé mientras se acercaba a la cama. Hizo una mueca al verlo e intentó disimularla. —Oh, Maria. Lo siento mucho.

—Debería haber estado aquí para él.

—No podías estar aquí todo el tiempo —dijo, frotándome el hombro—. Ya ha terminado; ya no tiene que sufrir más. Al menos murió en casa.

—Sí. Ya no pueden tocarlo.

Nos sentamos en silencio por un rato, yo en la cama, Anna en una silla junto a mí.

—¿Qué hago, Anna? ¿A quién debo llamar primero? ¿Un médico? ¿El funerario?

—Preocupémonos por eso más tarde. Estás en estado de shock, Maria. Te prepararé una taza de té.

Mientras Anna se ocupaba en la cocina, pude oír a un bebé sollozando en el apartamento contiguo. Empezó como un llanto aburrido, pero luego se convirtió en un berrido furioso, apenas tomando aliento. Pobre criatura, ¿no podía alguien atenderlo? Finalmente, el bebé dejó de llorar y volvió cierto grado de silencio, solo el sonido de la gente yendo y viniendo por el pasillo, el murmullo de conversaciones apagadas.

—Le puse un azúcar extra —dijo Anna, trayendo dos tazas—. Probablemente lo necesites.

—Gracias.

—Cuéntame, Maria. Cuéntame todo lo que pasó.

—¿Con Viktor?

—Sí, con Viktor.

Recordé aquel terrible momento, cada último detalle grabado en mi memoria. —Oh, Anna. ¿Por dónde empiezo?

—Sabes, ¿verdad, Maria?, que puedes confiar en mí. Quiero decir, realmente confiar en mí.

—Sí, lo sé. —Le acaricié el brazo con gratitud—. Está bien, te contaré todo. Supongo que empezó cuando Nadya, la esposa de Viktor, vino a verme, con Rosa, gritando que lo habían arrestado. Estaba histérica.

—Comprensible.

—Me contó cómo estos hombres con sus largos impermeables negros y brillantes irrumpieron en medio de la noche, pareciendo mensajeros del mismo Diablo, y comenzaron a destrozar el lugar.

—Buscando evidencia incriminatoria.

—Sí. Destrozaron el colchón y el sofá, tiraron todos los cajones al suelo, rompieron toda la vajilla. Por supuesto, Viktor no había hecho nada malo, y le dije que se aferrara a eso.

—Al día siguiente, fui con ella a la prisión de Lubianka, donde creíamos que podrían estar reteniéndolo. Hicimos cola durante horas con cientos de

otras mujeres, igual que nosotras, todas desesperadas por saber sobre sus maridos, sus hijos, sus hermanos. Todas llevaban paquetes; nosotras no. Cuando llegamos al principio de la cola, el funcionario de rostro inexpresivo dijo que no tenía ningún registro de él. Luego, fuimos a la prisión de Butyrka y finalmente a la de Lefortovo y repetimos todo el proceso, todo en vano. Al día siguiente, volvimos a pasar por todo de nuevo, pero esta vez Nadya vino preparada con un paquete: algo de ropa, algo de comida, un par de libros.

—Nuestras vidas se habían detenido. Vivía con esta constante angustia en la boca del estómago; las dos la sentíamos. Cada vez que hablábamos con un funcionario, era con lágrimas en los ojos. Ambas queríamos desesperadamente saber dónde estaba. Adoraba a Stalin, decíamos; era comunista hasta la médula. Por supuesto, estábamos perdiendo el tiempo. Solo te miran con absoluto desprecio y te ordenan que te apartes. Cada noche, volvía aquí y lloraba desconsoladamente. Petrov no podía entenderlo; decía que debía haber una razón para el arresto de Viktor. Poco sospechaba yo que él era la razón. Todos los vecinos estaban demasiado asustados para hablarnos. Y los pocos amigos que teníamos no se ponían en contacto. Podía imaginarlos a todos borrando mi nombre de sus agendas, preocupados por eliminar cualquier asociación conmigo. Y con Nadya. Para ellos, habíamos dejado de existir. Viktor era otro de los "desaparecidos".

—No iba a rendirme. Mi hermano y yo habíamos sobrevivido a tantas cosas juntos; tenía que encontrarlo. Tenía que mantenerme fuerte porque Nadya se había derrumbado. Había perdido todas sus fuerzas. Así que continué sola, visitando las tres prisiones todos los días. Finalmente, descubrí que Viktor estaba detenido en la Lubianka, que era, por supuesto, el primer lugar que habíamos probado. Pasé semanas yendo a la prisión con mis paquetes y entregándolos. También intenté entrar en las oficinas del NKVD, con la esperanza de poder ayudarlo de alguna manera. Nadya incluso empezó a culpar a Viktor por su propia caída: siempre había sido demasiado *bueno*. Estaba enfadada porque él no había sido lo suficientemente vigilante; debería haber denunciado a más personas y haberse salvado. Y luego empezó a hablar como si quizás él *fuera* culpable, después de todo.

—Un día, mientras hacía cola en la sede del NKVD, me dijeron que me reuniera con cierto oficial en un momento y lugar específicos. Sola. Esto era muy emocionante; me habían lanzado un salvavidas de esperanza. Naturalmente, acudí a la cita y me encontré con un hombre al que he llegado a conocer bien, demasiado bien. Su nombre es Rykov. Dijo que tenía una propuesta para mí, una especie de trato. Dijo que yo era el tipo de mujer que siempre estaban buscando. Con eso, querían decir que era presentable, inteligente, culta. En resumen, quería que fuera una espía, una delatora profesional, y a cambio, me devolverían a Viktor. Por supuesto, me negué, ¿cómo podía hacerlo? ¿Cómo podía arruinar las vidas de otros, someter a decenas de mujeres al mismo destino que yo estaba experimentando? Así que dije que no. Pero me dijo que lo pensara; no había fecha límite para su oferta.

—Poco después, Viktor fue sentenciado a diez años en un campo de trabajo en los Urales. Fue demasiado para Nadya. Pobre Nadya. Murió con el corazón roto. Acogimos a Rosa. A Petrov no le hacía mucha gracia, pero incluso él, con su corazón de hielo, sabía que no podíamos dejarla en uno de esos orfanatos. Así que intenté reconstruir mi vida, pero no fue fácil. Por una vez, Petrov resultó útil. Yo era la hermana de un enemigo del pueblo, lo cual era bastante malo, pero al menos no era la *esposa* de un enemigo del pueblo. Petrov utilizó sus contactos, denunció a algunos colegas y logró mantener su trabajo.

—Escribía cada semana a las autoridades solicitando permiso para visitar a Viktor. Se suponía que tenía derecho a visitas, aunque solo fuera una vez cada par de años. Finalmente, gracias a Rykov, mi solicitud fue concedida: podía ir a los Urales.

—El viaje duró tres días en tren, tres días en un compartimento de tercera clase, sentada en un banco duro, con poco para beber o comer. Cometí el error de quedarme dormida antes de comer. Cuando desperté, la comida que había preparado y traído con tanto cuidado había sido robada. Un carro tirado por caballos me llevó las diez millas desde la estación hasta las puertas del campo. Oh, Anna, no te puedes imaginar un lugar más prohibitivo. Las lúgubres torres de vigilancia, los altos muros, las hileras de alambre de púas, el paisaje árido. El campo estaba formado por barracones

largos y uniformes con ventanas diminutas. Mientras esperaba que me admitieran en el complejo, un grupo de unos cien prisioneros salía para su jornada de trabajo. Oh, qué visión más lastimosa. No había ni un destello de vida entre ellos. No eran hombres, sino restos de hombres, con sus cuerpos delgados y demacrados, sus ropas harapientas inútiles contra el viento cortante, apenas capaces de levantar los pies; sus rostros sucios y largas barbas desaliñadas.

—Presenté mis papeles al guardia en la oficina y una guardia femenina me registró. Poco después, me llevaron a una pequeña sala de espera con suelo de barro seco y, extendida de una ventana a otra, una pancarta que decía *Trabajo por el Socialismo*. Recuerdo haber pensado que la ironía del eslogan rayaba en la crueldad. La puerta se abrió y entró un anciano con una larga barba desgreñada, cubierto de piojos, con ojos atormentados y grandes manchas oscuras en su piel amarillenta. Le seguía un guardia empuñando una pistola. El guardia empujó al anciano hacia mí y dijo: «Tenéis diez minutos». Fue entonces cuando me di cuenta: este anciano era mi hermano. Viktor. Había envejecido cien años en tres. Solo me miró y al principio pensé que no me había reconocido. Luego, cayó de rodillas y empezó a aullar. Lo tomé en mis brazos y, Anna...

—Continúa, cuéntame.

—Me avergüenza decirlo, pero me costó todo mi esfuerzo no vomitar, olía tan terriblemente. Me suplicó, me rogó que hiciera todo lo posible por sacarlo de ese infierno. Cada momento de su vida era un completo tormento.

—Oh, qué vida, no puedo describirla. Trabajan todo el día en las condiciones más terribles: rompiendo rocas, talando árboles, tendiendo vías, todo ello trabajo de hombres fuertes y curtidos. Pero estos pobres seres, la cantidad que tienen para comer es lamentable, carente de cualquier forma de sustancia. Le dije, le dije a Viktor, que podía sacarlo, que solo necesitaba ser paciente, que tenía los medios. Y entonces se acabaron nuestros diez minutos. Había viajado tres días y noches por diez minutos insuficientes. Pero qué importaba: diez minutos o diez horas, había visto lo que necesitaba ver, había sido testigo por mí misma de las profundidades que un hombre puede soportar.

—Volví a Moscú con la decisión tomada. Haría cualquier cosa que esos bastardos quisieran que hiciera, lo que fuera, porque no podía soportar la idea de que mi Viktor sufriera tan horriblemente. Fui inmediatamente a ver a Rykov y le dije que sería su espía, que ofrecería cualquier evidencia que pudiera para incriminar a otros, para someterlos al mismo infierno que Viktor estaba viviendo, simplemente para tenerlo de vuelta. Era el turno de alguien más. Lo que había sido una decisión imposible de repente se volvió muy fácil. Rykov se sentó allí y me sonrió. Sabía desde el principio que al final cedería. Fue Rykov quien arregló que yo visitara a Viktor. Sabía lo que estaba haciendo.

—Y así me convertí en una espía oficial para el NKVD. Nunca se lo he contado a nadie, ¿cómo podría? Durante los últimos dos años, he mantenido mi cita quincenal con Rykov; siempre Rykov. Incluso me pagan. Al principio estaba entusiasmada; feliz de denunciar a personas que conocía a través del antiguo trabajo de Viktor, transmitiendo fragmentos de conversaciones escuchadas, de dudas susurradas, e incluso mis sospechas, por infundadas que fueran. Después de la cuarta sesión, Rykov declaró que estaba satisfecho con mi trabajo: yo había cumplido mi parte del trato, así que era hora de que él cumpliera la suya. En dos semanas, Viktor estaba en casa. Lo trajeron aquí en un Cuervo Negro. Desafortunadamente, en los tres meses desde que lo había visto en el campo, había desarrollado neumonía. Un médico vino a verlo regularmente por un tiempo. No había cama para él en el hospital y, como enemigo, ex enemigo del pueblo, al médico no se le permitía recetar nada más allá de los medicamentos más básicos, así que naturalmente su condición empeoró. El virus se extendió a sus pulmones y desde entonces, supe que solo era cuestión de tiempo. Pero aun así continué, actuando como la espía personal de Rykov, demasiado asustada para detenerme.

Anna dejó escapar un profundo suspiro.

—Tu historia, sobre venir de Leningrado... nunca la creí realmente. Verás, cuando nos conocimos, todavía eras nueva en Moscú, y parecías tan poco versada en las costumbres de la ciudad. Al principio, pensé que era porque no estabas acostumbrada a Moscú, pero cuanto más lo pensaba, me di cuenta de que una gran ciudad no es tan diferente de otra. No era Moscú lo

que era nuevo para ti; era la vida en la ciudad en general. Cualquier ciudad. Venías del campo.

—No puedo retroceder tanto, Anna, simplemente no puedo. Pero sí, Viktor y yo vinimos a Moscú y Petrov me encontró trabajando como sirvienta para un contador. Nos dio una nueva identidad. También a Nadya y Rosa cuando vinieron. No preguntes más.

—¿Y vas a contarle a tu Rykov sobre Viktor?

—Por supuesto. Ya no tengo razón para trabajar para ellos. La muerte de Viktor termina nuestro contrato.

Ambas miramos a Viktor. No había una expresión serena en su rostro, como yo creía que a menudo tenían los muertos. Había muerto como había vivido: atormentado.

—No creo que Rykov te deje ir tan fácilmente —dijo Anna—. Y quizás, Maria, podrías necesitarlo.

—¿A Rykov?

—Sí, a Rykov. Estás en peligro; sabes eso, ¿no? Mientras sigas insistiendo en ver a Dmitry, la ira de Petrov podría ser tu fin. Pero aún hay tiempo.

—¿Para hacer qué?

—Para volver con tu marido. Dile a Petrov que todo ha terminado entre tú y Dmitry. Prométele tu futuro. Él te perdonará y en seis meses, todo estará olvidado.

—No puedo; es demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir con demasiado tarde? ¿Qué opción tienes?

—No tengo elección, Anna. No puedo continuar con Petrov; es como dijo tu hermano, estoy muriendo lentamente por dentro. Pero Dmitry, Dmitry me ha dado una razón para vivir, un futuro. Ha restaurado mi sentido de feminidad. ¿Nunca has conocido el amor, Anna?

No respondió por un rato; solo me miró, parpadeando. Después de un tiempo, creo que dejó de verme y vio, en cambio, su propio reflejo. Una

pequeña sonrisa irónica cruzó brevemente sus labios. —No —dijo—, nunca he estado enamorada. Y sin embargo, sé a qué te refieres. También sé que estás en una situación imposible. Dmitry puede ser tu futuro, pero también será tu perdición. Si no vuelves con Petrov, te denunciará, como lo hizo con tu hermano, de eso estoy segura.

—Sí, lo sé. Lo sé.

—Debes detenerlo.

—¿Cómo?

—Tengo una idea.

—Continúa...

# Capítulo 16: La Dacha

—Petrov, necesitamos resolver esto, de una forma u otra. Ven conmigo, solo por un par de días.

Petrov estaba examinando la primera plana de *Pravda*. Sin levantar la vista, respondió bruscamente a la sugerencia. —¿Estás loca? No puedo; tengo demasiado trabajo.

—Pero no te estoy pidiendo que pidas días libres, solo ven conmigo en uno de tus días de descanso.

—No. Además, ¿adónde iríamos?

—Anna tiene una dacha, dijo que podríamos usarla cuando quisiéramos.

Él dejó el periódico sobre su regazo. —¿Anna? ¿Una dacha?

—Sí, Anna. ¿Es tan extraño? —Estábamos sentados en el sofá de nuestro apartamento. Había decidido atraer a Petrov a la dacha donde, pensé, podríamos hablar de nuestras diferencias. En el fondo de su corazón, él sabía que nuestro matrimonio no tenía futuro, que estaba acabado. Pero necesitaba convencerlo de este hecho mientras le persuadía de que no tenía que dejar que su orgullo arruinara mi vida. Las parejas se divorcian, no era algo nuevo, a veces no se podía evitar. Bueno, la dacha no pertenecía realmente a Anna, era de Dmitry, pero si él lo supiera, no habría forma de convencerlo para que viniera conmigo.

—¿Qué podemos hablar allí que no podamos hablar aquí?

—Porque, Petrov, ¿no lo ves? Nuestro matrimonio se está desmoronando y...

—¿Y de quién es la culpa *exactamente*? —dijo, golpeando el suelo con el pie.

—Sí, lo sé. Pero necesitamos hablar, realmente hablar. Solo creo que si nos alejáramos de toda esta... esta claustrofobia, y tuviéramos algo de aire del campo, seríamos más abiertos el uno con el otro. Dejaríamos de lado nuestro dolor y nos arreglaríamos. Solo tú y yo. Piénsalo, Petrov, podríamos

dar largos paseos y disfrutar de las delicias de la primavera. —Por primera vez, su rostro se suavizó, estaba llegando a él. Aproveché mi ventaja—: Quién sabe, incluso podríamos disfrutarlo. Anna dice que es un lugar encantador. Podríamos cocinar comidas decentes por una vez, encender la chimenea y tener todo el lugar para nosotros solos.

Él recogió el periódico y comenzó a leer de nuevo, pero pude notar que lo estaba pensando. Estaba tentado, eso era obvio, pero ¿cedería? —¿Qué tan lejos está?

—No muy lejos, solo a una hora en tren, podríamos ir mañana por la noche, miércoles.

No habló durante dos minutos enteros. En su lugar, leyó su *Pravda*, pero pude ver que su mente trabajaba. Tenía sentido para él, pero odiaba cuando yo proponía una idea. Finalmente, sin levantar la vista, habló. —Solo una noche. Necesito volver al trabajo.

—Sí, está bien. Solo una noche. Es todo lo que necesitaremos —me recosté en el sofá y cerré los ojos. Estaba satisfecha, era lo que quería. Tenía un plan, aunque uno que dejaba mucho al azar, y que involucraba grandes cantidades de vodka. No se necesitaba mucho para emborrachar a Petrov, pero tenía que ser vodka. Bajo la influencia del vino, se volvía argumentativo y agresivo, como el mismo Dmitry había presenciado. Pero el vodka lo ponía melancólico y aburrido. Pronto me cansaba de sus discursos sentimentales y o bien salía de la habitación o, si estábamos en casa, lo obligaba a irse a la cama. Nunca antes se me había ocurrido que dentro de ese sentimentalismo pudiera haber una historia, una revelación. Lo necesitaba relajado, sintiéndose nostálgico, con el estómago lleno y sexualmente satisfecho. Entonces, dejaría que el vodka hiciera su trabajo. Pero independientemente de lo que Petrov me dijera, sabía que, llegado el momento, su palabra valía más que la mía. Necesitaba un testigo, alguien que pudiera, si fuera necesario, dar credibilidad a mi testimonio. Ese alguien era Anna.

*

La dacha de Dmitry estaba situada en un sendero frondoso a las afueras de un pequeño pueblo, a una hora y cuarto al noroeste de Moscú. Todo el

sendero estaba ocupado por dachas. El tiempo era horrible, con una lluvia feroz y un viento aullante. Logramos conseguir que nos llevara un anciano con una larga barba gris, que llevaba una gorra de visera floja, botas de fieltro y una pipa apretada entre sus dientes marrones. Recorrimos los dos kilómetros desde la estación en silencio en el asiento trasero de su carro de dos ruedas tirado por un poni tan decrépito como el hombre. El sendero era sumamente pintoresco, un largo camino recto, de aproximadamente ochocientos metros, con hermosos abedules que se extendían sobre el camino dándole una apariencia de túnel. A ambos lados, una serie de entradas conducían a los refugios de los privilegiados. El campesino se despidió de nosotros con un gesto desdeñoso mientras nos bajábamos del carro frente al número nueve, la dacha de Dmitry, y arrastrábamos nuestras bolsas de viaje por el corto camino de grava. La dacha era una pequeña construcción de madera de una planta con techo de hojalata y pintada de verde turquesa, sus ventanas y puertas decoradas con elaborados calados. Un gran seto la ocultaba de sus vecinos, y detrás de la dacha, se podía ver el borde del bosque, los grandes pinos y los abedules plateados meciéndose con el viento.

—Estoy impresionado —dijo Petrov, mientras yo abría la puerta principal.

—Aparentemente la tiene desde hace años. La consiguió a través de un contacto del trabajo.

—Nunca supe que le iba tan bien.

Estaba oscuro adentro y el aire viciado y rancio nos golpeó al entrar. Me estremecí. Petrov corrió las cortinas y abrió las persianas de par en par. La habitación principal era pequeña pero no tenía esa misma sensación claustrofóbica de los apartamentos de Moscú. Una gran mesa dominaba un lado de la sala de estar, un viejo brasero estaba junto a la pared, su embudo zigzagueando en ángulos hacia un agujero en el techo y a través del techo de hojalata; dos sillones se encontraban en extremos opuestos de la habitación, cada uno de un profundo tono carmesí, a ambos lados de una alfombra tejida.

—Este lugar tiene el sello de Dmitry —dijo Petrov, mirando distraídamente la serie de pequeños cuadros enmarcados de paisajes y dibujos a lápiz,

flanqueados por retratos de Marx, Lenin y Stalin. Tenía razón, por supuesto, reconocí el estilo, la concentración de detalles, los colores vívidos, el contraste exagerado entre la luz y la sombra. En una pequeña mesa cubierta de tela en la esquina, había evidencia de un artista trabajando: los pinceles, las cajas de pintura salpicadas de colores, los lápices y las botellas de trementina.

—Sí, eso parece.

—Es gracioso, ¿no? —dijo Petrov, en un tono que implicaba que no había nada gracioso en lo que estaba a punto de decir—. Hace no mucho tiempo, nunca había oído hablar de este hombre, pero ahora parece invadir cada parte de mi vida. Incluso en una simple noche fuera, está por todas partes.

—Bueno, esto pertenece a Anna, así que obviamente él también viene aquí. No hay nada gracioso en eso. Son hermanos, después de todo.

—Hmm.

Llevé las maletas a la diminuta habitación donde apenas había espacio para caminar alrededor de la cama doble. Un armario ocupaba una pared. Abrí las puertas y encontré un par de camisas masculinas colgadas dentro. En todas partes, como dijo Petrov, la presencia de Dmitry persistía. Escondí las camisas debajo de la cama.

Me ocupé en la cocina, un área al lado de la sala de estar, mientras Petrov se desplomaba en el sillón, encendía su pipa y abría el *Pravda*. Esta era una buena señal: Petrov solo encendía su pipa cuando se sentía totalmente relajado. Había algunas latas de estofado que podíamos aprovechar y, por supuesto, un par de botellas de vodka. Dentro de esta escena de simple armonía doméstica, mi corazón latía con fuerza. Pero, mientras buscaba en los armarios ollas, vajilla y cubiertos, tenía dudas y podía sentir cómo la certeza se escapaba de mí.

—¿Tienes que hacer tanto ruido?

—Lo siento.

—¿Qué hay del fuego?

—Sí, Petrov —No me había dado cuenta hasta ese momento de lo frío que estaba el lugar. Junto al brasero, había una cesta de troncos y leña para encender, y, al lado, un hacha y un atizador, y, a la izquierda del brasero, una pequeña pila de periódicos secos. Coloqué cuatro troncos en el hogar, arrugué un poco de periódico encima de ellos y terminé con algunas piezas de leña. Pero los troncos eran demasiado grandes y no permitían que las puertas se cerraran. A pesar de buscar en la cesta, no pude encontrar troncos de longitud adecuada. Sostuve un tronco grueso, tomé el hacha y lo partí por el centro. El hacha se incrustó un tercio del camino y astillas de madera cayeron sobre la alfombra. Después de unos cuantos golpes más, estaba cortado. Después de diez minutos, el fuego estaba encendido y parecía lo suficientemente fuerte como para mantenerse así.

Petrov me había estado observando.

—Haces eso como una verdadera chica de campo —dijo con, creo, un toque de admiración en su voz.

—Algunas cosas nunca se olvidan.

—Ya veo. ¿Hay alguna posibilidad de tomar una taza de té ahora? ¿O debo hacerla yo?

—No, quédate ahí y relájate un poco.

—¿Estás bien?

—Sí, Petrov, estoy bien. ¿Y tú?

—No podría estar mejor.

Mientras rebuscaba en los armarios de la cocina una tetera, me dije a mí misma que debía ser fuerte. Había llegado hasta aquí, no podía echarme atrás ahora. No pude encontrar una tetera y me resigné a hervir agua en una cacerola sobre la estufa. El agua apenas había empezado a calentarse cuando sonó un golpe en la puerta. Mi corazón dio un vuelco. No podía ser Anna; era demasiado temprano, muchísimo más temprano.

Petrov levantó la vista de su periódico y se quitó la pipa.

—¿Quién demonios podrá ser?

—Yo... no lo sé.

—Bueno, no te quedes ahí parada, ve a ver quién es.

—¿No puedes ir tú?

—María, por favor.

—Vale. —Si era Anna, llegaba tres horas antes de lo previsto. Necesitaba tiempo a solas con él, para llevarlo a la cama, para cocinar una comida caliente. La aparición inesperada de Anna era parte del plan, pero no tan temprano. Abrí la puerta y retrocedí tambaleándome. Esto no formaba parte del plan en absoluto—. ¿Dmitry?

—¿María? Vi las luces encendidas. Pero ¿qué estás...?

—¿Anna no te dijo...?

—¿Qué demonios hace él aquí? —Petrov se había puesto de pie, flotando detrás de mí, aferrando su periódico.

—Podría preguntar lo mismo —replicó Dmitry, quitándose el sombrero y el abrigo y sacudiéndose la lluvia—. ¿No me vas a dejar entrar?

—No —espetó Petrov, mientras Dmitry se deslizaba junto a mí—. ¿Qué hace él aquí? —me preguntó Petrov—. ¿Sabías de esto?

—No. No, de verdad, no lo sabía, Anna no me lo dijo.

—Ni a mí —dijo Dmitry—. Le dije que vendría esta noche. A menudo vengo aquí solo. Debe haberse confundido. Esperaba poder hacer algo de trabajo.

—Bueno —dijo Petrov—, puedes dar media vuelta e irte, muchas gracias —añadió, arrojando el periódico sobre la mesa.

Dmitry avanzó hasta el centro de la habitación y dejó caer su mochila junto al sofá.

—No puedo volver ahora; no habrá otro tren hasta la mañana. No te preocupes, viejo, seguro que podemos arreglárnoslas juntos. Vosotros dos tenéis el dormitorio, yo dormiré aquí; estaré bien. ¿Hay posibilidad de una taza de té?

—Sí —dije, contenta de volver al área de la cocina—. Acabo de... —Pude ver el vapor que salía de la estufa. Tomando un paño de cocina, agarré la cacerola por el mango.

—Esto no es una coincidencia —gruñó Petrov, encarando a Dmitry, de espaldas al fuego—. Lo habéis planeado vosotros dos, ¿verdad?

—No, Petrov —dije—. Créeme, no tenía ni idea. —Era cierto. Me preguntaba si Anna aún vendría.

—Te estás volviendo paranoico, querido amigo —dijo Dmitry—. ¿Por qué íbamos a hacer eso, eh? —La compostura de Dmitry no parecía natural. La forma en que seguía diciendo *viejo* era falsa, no era una expresión que él usara, parecía estar imitando a Mijaíl.

—No me trates con condescendencia —Petrov giró para encararme, sus ojos ardiendo de furia—. ¿Qué te traes entre manos, mujer?

Me aparté de él, con la espalda hacia el fuego, sintiendo su calor contra mis piernas, aún sujetando la olla de agua hirviendo. Estaba asustada; había visto a Petrov enojado, pero no así. Parecía temblar de furia, tan fuera de sí que no sabía hacia dónde dirigir su ira a continuación.

—Si ustedes dos creen que los dejaré salirse con la suya, piénsenlo de nuevo —hablaba rápidamente, su voz un gruñido profundo—. El pornógrafo y el kulak, qué combinación, el NKVD se daría un festín.

—Tal vez, pero nunca lo sabrán, ¿verdad? —dijo Dmitry.

—¿No?

—No, porque tú no se lo dirás. Vas a hacer lo correcto y dejar ir a tu esposa. Por Dios, hombre, admítelo, se acabó.

—No, nunca.

Observé cómo los dos hombres se rodeaban mutuamente, como dos tigres machos, midiendo su terreno, esperando para atacar. La habitación aún no estaba caliente, pero podía ver las gotas de sudor formándose en el cuero cabelludo brillante de Petrov, sus ojos fulminando detrás de sus gafas.

—Ella aún es joven; tiene una vida por delante, pero tú la mantienes encerrada como un animal enjaulado.

—Es mi esposa y eso me basta. La salvé, pero si es necesario, la destruiré. A ambos. Si siquiera intenta dejarme, se pudrirá en el infierno, y tú también. He visto lo que pueden hacerle a hombres como tú, te aplastarían los testículos.

—Escúchate, hombrecillo patético.

—Oh, mira quién habla, el artista pretencioso, el lacayo burgués.

—Mi conciencia está limpia. ¿Cómo está la tuya, hombre del Partido?

Me había echado hacia atrás casi hasta el fuego, aún sosteniendo la olla, cuando Petrov se lanzó. Un puño voló hacia la cara de Dmitry. Dmitry inclinó la cabeza a un lado, pero el puño de Petrov lo alcanzó en la barbilla. Si le dolió, Dmitry no dio señales de ello. En cambio, se cuadró y devolvió el golpe. Me oí a mí misma gritándoles que se detuvieran. El puño de Dmitry impactó de lleno en la nariz de Petrov. Cayó hacia atrás contra el brazo del sofá y rebotó al suelo, aterrizando a mis pies. Di unos pasos atrás, no queriendo estar a su alcance. Sacudió la cabeza y se frotó la nariz, limpiándose la sangre, luego se incorporó. Al hacerlo, agarró el atizador.

—Por favor, Petrov, no —grité.

—Vamos, Petrov —dijo Dmitry—. Esto es estúpido...

—Oh, ¿ahora es Petrov, eh?

Dmitry también retrocedió, sus ojos fijos en la vara de metal.

—Bájalo, hombre. Esto no resolverá nada.

—¿Tú crees que no, bastardo? Yo creo que resuelve bastantes cosas, de hecho —Petrov ondeó el atizador de un lado a otro frente a la cara de Dmitry, saboreando su momento de poder.

—Bájalo, te dije —dijo Dmitry.

No lo vio venir, ni yo tampoco, pero chilló de dolor cuando el atizador se estrelló contra su brazo. Grité. Dmitry retrocedió tambaleándose,

maldiciendo, agarrándose el brazo donde el atizador había hecho contacto. Petrov no dudó y, blandiendo el atizador como una espada, lo golpeó de nuevo, acertando a Dmitry en el costado. Oí el crujido en su caja torácica. Me llevé la mano a la boca. Dmitry cayó de rodillas, jadeando en busca de aire. Petrov pasó por encima de él, gruñendo. Levantó el atizador sobre su cabeza, agarrándolo con ambas manos, con el rostro contraído. Iba a golpearlo en la cabeza; iba a destrozarle el cráneo, podía verlo en sus ojos; quería matarlo.

Yo aún sostenía la cacerola con agua. Arrojé su contenido sobre el fuego. Cualquier cosa para distraerlo; para evitar que Petrov usara ese atizador. El repentino sonido del chisporroteo hizo que Petrov vacilara. Se volvió para ver de dónde provenía el ruido y en ese momento Dmitry se puso de pie de un salto. Cuando Petrov se giró para enfrentarlo de nuevo, Dmitry atacó, golpeándolo en la cara. Petrov cayó, aterrizando pesadamente sobre su espalda. Lo observamos, esperando que se levantara, el silencio roto solo por la respiración de Dmitry y el crepitar y chisporroteo del fuego.

—Creo que lo he dejado inconsciente —dijo Dmitry.

Petrov yacía allí desordenadamente pero completamente inmóvil, con las piernas en los ángulos más extraños. Fue entonces cuando lo noté: la sangre que se filtraba por debajo de su cabeza, manchando el borde de ladrillos de la chimenea.

Dmitry se quedó mirándolo, con la boca abierta, el rostro blanco, el color drenado.

*

No sé cuánto tiempo estuvimos allí de pie, mirándonos el uno al otro, sin ver realmente a la persona frente a nosotros. Podía oír la lluvia azotando contra la ventana, el profundo aullido del viento. Soy una niña pequeña otra vez, jugando con Anastasia, mi muñeca de madera, en los campos detrás de nuestra casa, esperando que mi padre regrese de la granja. Soy una joven madre casada, viviendo en otra choza, a solo unos metros de donde me crié, esperando que mi marido vuelva del mercado. Es mi primera noche en Moscú, encontrando refugio en la puerta trasera de un restaurante cerrado, hurgando entre la basura, con el estómago adolorido de hambre. Estoy

apoyada contra el mostrador en una pequeña oficina en el cuarto piso de una comisaría de distrito, esperando con Petrov mientras el empleado fumador empedernido rellena nuestro certificado de matrimonio. Soy la modelo de Dmitry, de pie sin vergüenza mientras Dmitry plasma mi imagen desnuda en el lienzo.

*

No sé cuánto tiempo pasó hasta que me di cuenta, pero tomé conciencia del golpeteo en la puerta. Podía oír una voz afuera en la lluvia, gritando, amortiguada.

—Dmitry, ¿qué hacemos?

—¿Eh?

—La puerta. Hay alguien en la puerta. —Qué hueca sonaba mi voz, como si perteneciera a otra persona.

—¿Qué?

—Dmitry, por favor... —Pero podía ver en sus ojos que no estaba conmigo. Se quedó allí, como una estatua, catatónico, sujetándose las costillas. El cuerpo a sus pies, tumbado boca arriba, un montón desaliñado.

Tenía que abrir la puerta, para detener el golpeteo.

Caminé los pocos pasos hasta la puerta como una mujer camina hacia la horca. Me pasé los dedos por el pelo. Inmediatamente, al abrir la puerta, me escurrí y salí afuera, empujando hacia atrás la figura oscurecida con un impermeable. Un hombre bajo, con una cabeza tan redonda como un botón, me miró desde debajo de su sombrero empapado por la lluvia con ansiedad escrita en todas sus facciones de cerdo. Parecía un hombre que se había encontrado cara a cara con una bruja medieval.

—¿Es-está todo bi-bien? —tartamudeó, arqueando el cuello hacia un lado para intentar ver algo a través de la puerta que se cerraba—. Creí oír gritos.

—Estamos bien. Solo una pequeña discusión. Ya estamos bien —intenté sonreír, con la sonrisa torcida de una bruja.

—Sonaba como las voces de dos hombres.

—Mi voz se vuelve grave cuando estoy enfadada.

—Oh.

—Sí —tosí, consciente de mí misma.

—¿Pero ahora todo está bien?

—Sí. Absolutamente. Gracias por su preocupación. Me disculpo si lo alarmamos —miré hacia la lluvia—. Nos estamos mojando.

—No, no, está... está bien, yo...

—Sí, bueno.

—Sí. Me iré...

Pero no se iba; parecía no tener intención de irse a pesar de la lluvia. Así que, con la mano detrás de mí, abrí la puerta.

—Mi marido... es celoso —dije mientras me escurría hacia atrás por el hueco—. Muy celoso —añadí, cerrando la puerta.

Escuché y, después de unos momentos, oí sus pasos desvanecerse en la noche húmeda.

Me di la vuelta, esperando que quizás Petrov no estuviera muerto, que de alguna manera lo hubiera imaginado todo. Pero no, era bastante real. Dmitry estaba desplomado en uno de los sillones, mirando fijamente la figura en el suelo.

# SEGUNDA PARTE

# Capítulo 17: Moscú, 28 - 29 de febrero de 1992

Caroline y yo estábamos de vuelta en el Hotel Ucrania, recostados en los suaves sillones de cuero, cada uno saboreando una agradable copa de vino tinto. Nos sentamos en silencio, nuestros pensamientos dando vueltas por la historia que María nos había contado. Un anciano ruso pasó caminando junto a nosotros, vestido elegantemente con un traje grueso y usando un bastón. Era lo suficientemente mayor, calculé, como para haber vivido los últimos años de Stalin. ¿Habría vivido él también en un estado de ansiedad constante? ¿Habría conocido a alguien que fue arrestado? ¿Habría sido un espía informal como María o Petrov? Quizás había sido una víctima y había pasado años en un Gulag siberiano, viviendo día a día, subsistiendo a duras penas. Todos a nuestro alrededor debían saber lo que era vivir bajo la mirada omnipresente de la KGB o la NKVD, como se llamaba en la época de María. Estaba empezando a entender el verdadero significado de la palabra "libertad". Uno no siempre aprecia lo que tiene hasta que conoce la alternativa.

Desde el apartamento de María, Caroline y yo encontramos la estación de metro más cercana y tomamos un tren hacia la calle más grande de Moscú, Tverskaya Ulitsa, donde deambulamos de arriba a abajo absorbiendo la atmósfera de Moscú en hora punta. Entramos en el Salón de Alimentos Yeliseev, donde Rosa se había quedado tan asombrada. En aquellos días, como nos había contado María, la calle se llamaba Calle Gorky y el salón de alimentos se llamaba Gastronom No.1, accesible solo para la élite del Partido y la policía. Ahora, se parecía a un supermercado de lujo pero en el entorno más hermoso, con sus enormes candelabros y columnas talladas. Compramos un par de frascos de caviar de cuatro onzas como recuerdo y pasamos el tiempo entre el fastuoso ambiente. Parecía extraño estar caminando por los mismos pasos de Rosa unos sesenta años después. Cuando volvimos a salir al frío, tuve una imagen de docenas de moscovitas sin privilegios, con las narices pegadas al cristal del escaparate, mirando los productos que les eran tan inaccesibles. ¡Y el frío! Encontraba el frío bastante vigorizante, pero sabía que podía escapar de él fácilmente. El hotel era extremadamente cálido, y nuestras habitaciones estaban tan calientes

que me despertaba empapado en sudor. Pero cuán difícil debió haber sido sin los medios adecuados para calentar el apartamento.

—Todavía no nos ha contado ese terrible secreto suyo —dijo Caroline, dando un gran sorbo a su vino.

—Creo que sí lo ha hecho, su amante mató a Petrov.

—No, era algo más, algo que sucedió antes de que llegara a Moscú.

—Sí, tienes razón. Pero ¿qué podría ser peor que tu amante matando a tu marido de esa manera?

—Pero fue un accidente; no tenía la intención de matarlo. Quizás nos lo cuente mañana.

—Sí, si confía lo suficiente en nosotros.

—Oh, creo que confía en ti, sin duda.

—¿Tú crees?

—Definitivamente. Le caes bien, es obvio.

—Espero que tengas razón.

Caroline bostezó y echó una mirada a su reloj.

—Mira, *Reech-hard*, es tarde, me voy a la cama. ¿Vienes?

—Aún no, dame unos diez minutos.

—Vale —Se inclinó y me besó en la mejilla—. No tardes mucho, ¿eh?

Sonreí y la vi marcharse. Estaba tan contento de que Caroline estuviera conmigo; no habría podido venir solo, me faltaba el valor. Caroline y yo solo llevábamos juntos unos tres meses, pero ya me sentía muy cómodo con ella. Deseaba que, por una vez, esto durara. Había tenido mala suerte con mis novias. No sé qué era, me metía en relaciones con mucha facilidad, pero mi dificultad estaba en mantenerlas. Era como si fuera un buen valor de novedad, pero una vez que esa novedad se desgastaba, no encontraban nada más que les interesara.

Decidí tomarme un café antes de subir a nuestra habitación. El personal del bar hablaba un inglés chapurreado, así que por una vez, no necesitaba la ayuda de Caroline. Le pedí un capuchino al camarero.

—¿Compañía? —dijo una voz femenina a mi lado.

Me giré para ver a una mujer, o más bien una chica joven, maquillada en exceso y vestida provocativamente con una falda extremadamente corta y una blusa escotada que llamaba la atención.

—¿Perdón?

—¿Quieres compañía?

—No, no, estoy bien, gracias.

—Invítame a un expreso —ronroneó, y luego, volviéndose hacia el camarero, dijo algo en ruso.

—¿Un expreso para la señorita? —preguntó el camarero.

—No, no. *Nyet*. No —dije con toda la firmeza posible.

—¿No quieres compañía? —dijo, haciendo un puchero con los labios en una falsa expresión de dolor.

—No, gracias.

Tomé mi capuchino y me senté deliberadamente dando la espalda a la barra. Bebí un sorbo de mi café e intenté pensar en Maria y en Dmitry, Anna, Rosa y Boris. Todos estos nombres llenando mi mente. Pero de alguna manera, no podía concentrarme. Saber que la joven prostituta estaba sentada no muy lejos, con sus ojos clavados en mi espalda, me hacía sentir incómodo. No pude evitar mirar por encima del hombro. Fue un error. Estaba fumando un cigarrillo, con las piernas cruzadas a propósito, dejando ver la parte superior de sus ligueros. Desafortunadamente, por una fracción de segundo, nuestras miradas se cruzaron.

Vi a una pareja de mediana edad, vestida respetablemente, entrar en el vestíbulo desde el frío. Se rieron mientras se quitaban los abrigos y sacudían la nieve de sus botas. Supuse que, como yo, eran extranjeros, disfrutando de la novedad de la nieve.

—¿Compañía?

Di un respingo y me molestó no haber notado su sigilosa aproximación.

—No —dije, negando enérgicamente con la cabeza.

A pesar de todo, ella se sentó, lo que me puso nervioso, temiendo pensar cuánto me costaría el placer de la compañía de esta chica. Su maquillaje la hacía parecer mayor, pero calculé que bajo el disfraz no podía tener más de dieciséis años. Sus ojos estaban apagados y por un momento, me encontré compadeciéndola por lo que debía ser el trabajo más tedioso. Irritado, sin embargo, porque mi contemplación vespertina había sido interrumpida por una adolescente vestida indecentemente, me tragué el resto de mi café y me puse de pie.

—Buenas noches —dije bruscamente. Y con eso, tomé el ascensor y regresé con Caroline y al calor claustrofóbico de mi habitación.

*

Habiendo descifrado cómo funcionaba el sistema de Metro de Moscú, decidimos evitar el gasto de otro viaje en taxi. Las estaciones de Metro eran grandes y oscuras, con escaleras mecánicas largas e interminables, y lámparas Art Decó a intervalos regulares. Los letreros estaban todos escritos en alfabeto cirílico y Caroline y yo tuvimos que leer la forma de las letras para encontrar nuestro camino. En el tren, una joven atractiva con el pelo rojo brillante me sonrió. Le devolví la sonrisa, pero Caroline lo notó y me miró con el ceño fruncido. No me atreví a mirar a la pelirroja de nuevo. Me pregunté si mi aspirante a acompañante de la noche anterior habría tenido suerte.

Los edificios entre la estación de Metro y el apartamento de Maria eran imponentemente grandes y uniformemente sombríos. Caminamos con dificultad por la nieve, aún sin creer que estábamos en Moscú. Hasta hace solo tres años, la Unión Soviética estaba al otro lado del Telón de Acero, y aunque conocía a personas que la habían visitado, la idea parecía casi absurda. Tenía sangre rusa, pero nada me habría tentado a visitarla. De joven, la URSS era el enemigo temido. Recuerdo que todos vivíamos con un miedo genuino a una guerra nuclear. De hecho, solía tener pesadillas con

la caída de la bomba, la enorme nube en forma de hongo elevándose sobre Londres mientras la URSS y Occidente chocaban en la Tercera Guerra Mundial. Tenía visiones del gordo dedo de Brézhnev sobre el botón, poniendo fin a todo lo que habíamos conocido. Mi clase una vez le escribió una carta, pidiéndole que recordara a los niños del mundo, que nos permitiera nuestro futuro. Realmente creíamos que los rusos eran diferentes a nosotros: humanos automatizados y alienígenas que vivían una existencia que no reconoceríamos. La única vez que los veíamos era cuando mirábamos los Juegos Olímpicos en la televisión. Allí estaban, esos hombres musculosos y mujeres con aspecto de hombres, lanzando la bala a distancias increíbles, corriendo como demonios, igualados solo por sus primos de Europa del Este, los rumanos, los poderosos alemanes orientales. Recuerdo haber llorado casi de orgullo cuando Sebastian Coe y Steve Ovett ganaron sus medallas en Moscú '80, venciendo a los soviéticos en su propio terreno. Esto era más que deporte, era política, era ideología.

Pero ahora que estaba aquí, sentía como si ya hubiera estado antes; parecía el lugar más natural donde estar. Abracé la monotonía, la nieve y el frío tanto como adoraba la belleza, la arquitectura y la pura cultura de Rusia. El idioma, aún tan ajeno para mí, sonaba tan noble dentro de su aspereza. La gente había vivido una historia única y aún la estaba viviendo ahora. Y nadie más que mi propia abuela.

*

Irina volvió a abrir la puerta, secándose las manos en su delantal a cuadros. Caroline saludó, pero Irina simplemente gruñó y se arrastró de vuelta a la cocina.

—Richard, Karen, hola, mis amigos, pasen, pasen —dijo mi abuela desde el interior. Estaba sentada en su sillón de cuero rojo, con la planta de yuca erguida detrás de ella. El cárdigan verde había sido reemplazado por uno azul pálido, pero el broche de martín pescador seguía allí. Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa cuando entramos.

—Hola... Maria —dije, consciente de mi vacilación.

Ofrecí mi mano, pero ella se rió y dijo:

—Ahora que me conoces como tu abuela, ¿no merezco un beso?

Yo también reí, para ocultar mi vergüenza, y me incliné para besarla en la mejilla, notando el delicado toque de perfume. Quería llamarla *abuela*, reconocer nuestra relación. Nunca había conocido a una abuela, nunca había tenido la oportunidad de llamar a alguien con ese término y deseaba tanto usarlo. Pero era como usar el nombre de pila de una persona mayor sin preguntar: parecía inapropiado. ¿Me lo pediría ella o perdería la oportunidad mientras me mantenía protocolar?

Maria nos preguntó qué habíamos hecho la noche anterior. Caroline le contó sobre el puesto de comida en la calle Tverskaya, el hotel y varios puntos de interés que pasamos por el camino. Mientras Caroline hablaba, noté que el curioso oso de madera ahora estaba sentado en la mesa de café, ya no en el aparador. Me pregunté por qué lo habría movido. Miré el gran cuadro de la granja colectiva y me di cuenta de que era obra de Dmitry, por la que se había metido en tantos problemas. Observé la imagen más joven de mi abuela y me pregunté cómo alguien podría interpretar el indicio de escote y el contorno del pecho como pornográfico.

—¿Cuándo van a San Petersburgo? —preguntó Maria, interrumpiendo mis pensamientos.

—Mañana por la noche.

—Oh, tan pronto. Tienen mucho que ver en Moscú, pero los retengo aquí. Soy una vieja egoísta.

—No, no, para nada. Ha sido fascinante escuchar sobre todo.

—Fue una época difícil.

—Sí, supongo que lo fue.

—Bueno, díganme —dijo Maria abruptamente—, ustedes dos... ¿se van a casar, verdad?

—Bueno, nosotros, eh...

—No nos conocemos desde hace mucho —dijo Caroline, con las mejillas sonrojadas.

Maria le habló a Caroline en ruso. Caroline asintió con la cabeza, sonrió y respondió algo. Su conversación continuó por un breve momento más y terminó con Maria riéndose y dándose una palmada en la rodilla. Las miré a ambas, intrigado.

—¿Y bien? —pregunté.

—No se me permite decirlo —dijo Caroline con una sonrisa pícara.

Naturalmente, esto solo aumentó mi curiosidad, pero decidí no insistir, sintiéndome bastante complacido de que Maria apreciara lo suficiente a Caroline como para hablar con ella confidencialmente.

—¡Irina! —gritó Maria. Como si fuera una señal, Irina apareció llevando una bandeja con té. La colocó, o más bien la dejó caer, sobre la mesa y salió sin decir una palabra—. Es tímida, pero tiene buenas intenciones. Eso creo.

Sin que se lo pidieran, Caroline comenzó a colocar las tazas en los platillos y a remover el té.

—Probé tu mermelada inglesa... qué agradable es, pero creo que tu Jarabe Bronceado es quizás demasiado dulce para mis dientes.

Sonreí.

—El cuadro —dije, señalando el lienzo—, ¿es de Dmitry?

—*El descanso de los trabajadores*, sí.

—Entonces, la joven y hermosa chica a la derecha... ¿eres tú?

Maria se rio.

—Tienes el encanto de tu padre, sí, soy yo.

—Ese es Richard —dijo Caroline, pasándole una taza de té a Maria—. Siempre el encantador.

—Saben, me alegra que estén aquí. Me preocupaba que no quisieran volver.

—¿Por qué? ¿Por qué no regresaríamos?

—Después de lo que les conté ayer. No es natural matar al propio marido.

—Pero no fuiste tú quien lo golpeó —dijo Caroline—. Y fue un accidente.

Contuve una risa, sin estar seguro de si mi abuela estaba siendo intencionalmente graciosa o si era una declaración solemne cuya seriedad se había perdido en la traducción. Pero entonces vi un atisbo de sonrisa y me di cuenta de que, incluso en inglés, ella conocía el valor de la ironía.

—Por eso no quiero casarme —dije.

Caroline y Maria rieron e intercambiaron lo que me pareció una mirada cómplice mientras Caroline le pasaba su taza de té a Maria.

Maria dio un sorbo y luego volvió a llamar a Irina. Su criada apareció y las dos intercambiaron unas palabras. Momentos después, Irina había recogido su abrigo y se había ido. Noté que la mano de Maria temblaba. Un poco de té se derramó y nadó en el platillo. Me miró, luego a Caroline y de vuelta a mí.

—Lo que les voy a contar ahora, nunca lo he dicho antes. Es muy difícil.

—Entiendo...

—No, no puedes empezar a entender —Su tono había cambiado, sus ojos habían perdido su suavidad. En su lugar, parecía casi asustada. Me sentía demasiado nervioso para decir algo. Miré a Caroline y ella arqueó las cejas hacia mí. Maria suspiró—. Siempre tuve hambre en Moscú, todos la teníamos, pero nunca me quejé porque el hambre no significa nada cuando tú... tú...

—Continúa... —Casi lo dije, casi la llamé *abuela*.

—Cuando tienes realmente hambre, tanta hambre que crees que estás a punto de morir, *entonces* sabes lo que es el hambre. Cuando pensamos en la hambruna, pensamos en África, ¿no? Pero nosotros también tuvimos hambruna. Oh, lo negaban, decían que era todo propaganda, el trabajo de agitadores antisoviéticos, pero era cierto. Lo sé, lo viví. Todos conocemos los campos nazis, sabemos cómo sufrieron los judíos, pero nadie sabe ahora cómo sufrimos nosotros también. Vinieron a llevarse nuestro grano para las ciudades. La industria lo era todo. Nosotros los campesinos —sí, yo era una campesina— no importábamos. Se llevaron todo y nos dejaron sin nada.

Millones murieron, *millones*. Si no moríamos de hambre, nos mataban por ser kulaks.

—¿Un kulak?

—Sí, un kulak. Significa un campesino que es más rico que el resto, que explota la mano de obra. Era absurdo, por supuesto, pensarías que los kulaks vivían en palacios, no en chozas de barro. Pero Stalin quería liquidarnos. Sí, esa es la palabra que usó: liquidados. Trabajábamos duro, comprábamos una vaca. Eso nos convertía en kulaks —Hizo una pausa y tomó un sorbo de té—. He vivido con este secreto durante sesenta años. *Nunca* he dicho una palabra. He anhelado contárselo a alguien, pero no es una historia que se cuente después de la cena. Pero antes de morir, tengo que decirlo. Después de que hayas escuchado, puede que me odies y por eso lo siento...

Podía sentir mi corazón latiendo; había esperado más de medio siglo para esto y, después de todo este tiempo, Caroline y yo éramos la audiencia que había esperado toda su vida. Estaba aterrorizada, incapaz de mirarnos a los ojos. Esperé mientras se recomponía y me pregunté qué podría haber pasado para dejar a una anciana tan asustada y tan llena de culpa después de todo este tiempo.

—Era joven, veinticinco años. Mi nombre era Matrena. Es el nombre con el que nací. Lo cambié a Maria cuando vine a Moscú. Ya no podía vivir con el nombre de mi nacimiento. Tenía un marido, un hombre mayor. Su apellido era Makarov y ese es el nombre con el que siempre lo recuerdo: Makarov. Cuando teníamos hambre, soñábamos con comida, y luego nos despertábamos miserables porque, por supuesto, no teníamos comida. Ese día, el último día, era una fría mañana de mayo...

# Capítulo 18: El Hambre

Matrena despertó en una fría mañana de mayo en su propia casa por última vez. Abrió los ojos pero, sin querer enfrentarse al día que le esperaba, los cerró de nuevo. Era lo mismo cada día, ese fugaz momento de optimismo bruscamente sofocado por la sombría realización de que seguía hambrienta. Se rascó. El hambre perpetua había carcomido su alma, erosionado su personalidad y reducido sus pensamientos a un deseo unidireccional del que no había escape. El hambre despoja a la mente del pensamiento lógico, ahuyenta la imaginación. La mente se concentra y se constriñe, como un hombre en una camisa de fuerza, y cualquier libertad de pensamiento es aplastada por el peso insoportable del hambre. Uno tiene tan poca energía, pero el sueño es difícil de conciliar. Cuando finalmente prevalece, el sueño proporciona el único respiro, la única satisfacción, pues los sueños de Matrena están llenos de comida. Enormes banquetes y festines interminables llenaban cada rincón de sus vagabundeos nocturnos. Soñaba que estaba gorda y despertaba para encontrarse demacrada. Con el hambre desgarrando sus entrañas, colocó las manos sobre su estómago, el estómago que, momentos antes en su sueño, había estado hinchado de comida, y ahora estaba hinchado de inanición.

Eventualmente, su marido, Makarov, vino a sacarla de su foso. Se sentó en silencio junto a ella en el borde de la cama y le acarició el brazo. Buscó el atractivo oscuro que solía caracterizar su rostro, pero solo vio las líneas de fatiga y hambre grabadas en su piel translúcida y seca. Se habían ido los ojos verdes ardientes, la negrura de su cabello, la sonrisa permanente. Su aliento era seco y rancio, sus encías blancas, sus dientes de un amarillo oscuro. Llevaba la misma ropa que había usado durante semanas (¿o eran meses?). Ya no notaba el hedor: ella misma estaba demasiado inmersa en él. ¿Qué catástrofe los había llevado a esto? De alguna manera, podría haber sido más soportable culpar a una cosecha severamente mala, o al clima adverso, o a las maquinaciones de un enemigo externo; pero no, era algo provocado por el hombre, y venía de dentro. Solo en Rusia podía el pueblo sufrir tanto a manos de la Dictadura del Proletariado.

Ambos sabían que, en algún momento del día, podían esperar la visita habitual. Ella siempre esperaba que llegara más pronto que tarde, solo para acabar de una vez. Era como esperar al Segador día tras día. No, peor: al menos el Segador solo te molestaba una vez.

La familia se reunió en la sala principal. Era oscura y húmeda, con paredes lisas de barro y un techo bajo de vigas encaladas. Una delgada manta cubría la única ventana en un intento de frenar la corriente silbante que jugueteaba con la vela sobre la mesa. Un desfile de cucarachas marchaba arriba y abajo por la cortina improvisada. Makarov estaba sentado en un banco de madera al extremo de la larga mesa combada, con una mirada de lástima mezclada con disgusto mientras observaba a sus dos hijas, Natasha y Nicola, acurrucadas juntas en un colchón junto a la enorme estufa de barro. Qué imagen tan patética ofrecían, con sus vientres hinchados y sus brazos y piernas esqueléticos asomando de sus sucios harapos, totalmente ajenas a las moscas que se congregaban alrededor de sus ojos, su cabello quebradizo y ralo infestado de parásitos. Matrena sabía que estaban demasiado agotadas por el hambre para despertar. Se acercó a la estufa, levantó la tapa de la olla humeante y hundió un tenedor. El desayuno, si se le podía llamar así, era el mismo que ayer, que anteayer y que el día anterior a ese. De hecho, apenas podía recordar un tiempo en que hubieran tenido algo diferente, alguna variación de una fina rodaja de patata. Se agachó y, tomando la mano de Natasha, intentó sonreír. Podía sentir los huesos de los deditos de la niña bajo la piel. Natasha y Nicola, sus gemelas de cuatro años con rostros de ancianas.

Sonó un golpe en la puerta. Hoy han venido temprano, pensó Matrena. Al menos aún tenían la decencia de llamar. Matrena miró a Makarov. No había nerviosismo en su expresión, solo una apagada aprensión. Apretó la mano de Matrena, pero no tenía sentido intentar tranquilizarla; todos estaban a su merced. Habían tenido suerte hasta ahora, cada día extra en su húmedo hogar era una bendición. Pero Matrena lo sentía en los huesos: hoy su suerte estaba a punto de acabarse. Entonces llegó el segundo golpe, no más impaciente que el primero. —Adelante —gruñó Makarov.

El Presidente del Soviet del Distrito entró. Matrena ya conocía su nombre, Camarada Yonov. Un hombre alto y rígido, nada que admirar, pensó ella,

sin alma, sin corazón, lo que hacía que el poder de Yonov fuera aún más preciado. Yonov iba seguido por su asistente habitual, Ivanova, una mujer de mirada lenta y cejas pobladas, con el aspecto de una condenada que sobrevivía gracias a su uniforme. —Buenos días, Camarada Makarov —dijo Yonov con un tono alegre teñido de falsa sinceridad—. Así que, ¿qué está pasando aquí, preparándose para un festín? Huele bien.

—Es usted bienvenido a unirse a nosotros —respondió Makarov.

Yonov levantó la tapa de la olla y, apartando el vapor con la mano, echó un vistazo dentro. —Una patata, qué imaginativo.

—¿Y qué sugeriría usted, Camarada?

Yonov volvió a colocar la tapa y se giró hacia Makarov. —No me engañas. Fingís comer como mendigos y en cuanto nos damos la vuelta, festejáis como reyes. Basta ya de esta farsa, sabes por qué estoy aquí.

—¿Para llevarte mi grano inexistente?

—No me vengas con tonterías, sé que lo estás escondiendo. Tengo mis informantes, la gente me cuenta cosas, ¿sabes?

—Pueden contarte lo que quieran, pero sigo sin tener nada.

Yonov miró a las dos chicas en el colchón, con sus extremidades entrelazadas y los ojos cerrados. —¿Sabes cuál es el castigo por incumplir tu cuota? —le dijo a Makarov.

Matrena había escuchado esta conversación demasiadas veces. Se levantó de su silla, convirtiéndose en el centro de atención. —¿Por qué sigues insistiendo? Cada día pasamos hambre y cada día haces las mismas preguntas estúpidas, las mismas exigencias imposibles. —Se acercó y se paró directamente frente a Yonov, empequeñecida por su estatura—. ¿Qué quieres que te digamos que no te hayamos dicho ya una docena de veces antes?

Podía notar que Yonov no estaba acostumbrado a tal arrogancia por parte de una mujer. Sus comentarios lo enfurecieron y parecieron herir su orgullo profesional. —Calla tu insolente lengua, tú...

Instintivamente, Makarov dio un paso rápido hacia adelante y se colocó entre Yonov y su esposa. —Ni se te ocurra.

Yonov abofeteó con fuerza a Makarov en la cara. Matrena jadeó y se llevó la mano a la boca. Makarov se mantuvo firme, respirando pesadamente por la nariz, mirando fijamente a Yonov, sus ojos ardiendo de furia. Ivanova se acercó al lado de su jefe, pero Yonov no necesitaba su ayuda. Metió la mano dentro de su chaqueta y sacó un revólver. —¿Sabes qué es esto?

Makarov lo observó mientras respondía. —Un Mauser.

—Un Mauser, así es. Hay que reconocerlo, los alemanes saben cómo hacer armas. —Matrena podía sentir la satisfacción de Yonov al tener la situación bajo su completo control.

Yonov se dirigió a Ivanova. —Haz un inventario. Arriba en el desván también —dijo. Ivanova asintió y sacó una libreta y un lápiz de su bolsillo del pecho.

Matrena la observó con sospecha. —¿Qué... qué estás haciendo? —Ivanova la ignoró deliberadamente mientras lamía la punta de su lápiz y empezaba a anotar listas en una libreta muy usada. Matrena repitió la pregunta, esta vez a Yonov.

—Cállate —espetó Yonov, su mano aún agarrando el revólver.

Matrena sabía la respuesta: solo hacían una lista de todo cuando habían decidido echarte.

Makarov también se había dado cuenta. —¿Nos vas a llevar, verdad? —gruñó. Yonov guardó silencio. Makarov insistió—. ¿Por qué? No hemos hecho nada malo. ¿Con qué autoridad?

—Con la autoridad de esto —gruñó Yonov mientras agitaba su revólver frente al rostro de Makarov. Makarov retrocedió. Matrena saltó hacia Yonov, agarrándole la muñeca—. ¡Fuera, fuera, maldito bastardo! —gritó.

Ivanova vino en ayuda de su jefe y, entre los dos, aflojaron el agarre de Matrena y la arrojaron. Matrena cayó al otro lado de la habitación, aterrizando hecha un ovillo al pie de la mesa—. Inténtalo de nuevo, zorra, y te mataré —gritó Yonov, aún blandiendo su revólver. Natasha y Nicola

despertaron, sus ojos parpadeando para enfocar. Primero una empezó a llorar y luego la otra.

Los ojos de Matrena también se estaban llenando de lágrimas—. Déjanos en paz —dijo.

Ignorándola, Yonov miró fijamente a Makarov. Apenas pudiendo disimular su alegría, pronunció su destino—: Con la autoridad que me ha conferido el Comité del Distrito para la Recolección y Redistribución de Grano, los arresto a usted y a su familia por: a) incumplimiento de repetidas solicitudes para cumplir con su cuota de grano; y b... —Hizo una pausa, tratando de recordar cuál era la "b".

Ivanova intervino—. ¿Agente kulak?

—Sí, sí, gracias, Ivanova, soy perfectamente consciente de eso. Y b) por estar bajo sospecha de ser un agente kulak. Por lo tanto, ustedes...

—No somos kulaks —dijo Matrena.

—No dije que lo fueran, si escucha dije "bajo sospecha"...

—Y él dijo agente kulak, no un kulak real —añadió Ivanova.

Matrena era consciente de la farsa subyacente bajo la tragedia que se desarrollaba frente a ella—. Bueno, si estamos hablando de semántica aquí, ¿qué exactamente nos define como kulaks o agentes kulak? —La calma en su propia voz la sorprendió.

—Un kulak: aquel que posee propiedades o riquezas que lo favorecen en detrimento del resto del pueblo y contrario al espíritu de la colectivización.

Ivanova levantó la mirada por debajo de sus cejas—. Y debería ver cuánto tienen aquí, jefe: ollas: tres; sartenes: cuatro (una ligeramente abollada); jarras: tres; cuencos de madera: cinco; cucharas de madera...

—Cállate, Ivanova.

—Lo siento, jefe.

Matrena casi podría haberse reído si no hubiera sido por los gimoteos de Nicola, pero estaba bastante dispuesta a continuar con la farsa—. ¿Y un

agente kulak?

Un destello de comprensión pasó por el rostro de Yonov—. Zorra, ¿crees que puedes burlarte de mí? Ya he tenido suficiente de esto; nos vamos ahora mismo.

—¿Adónde nos llevas? —preguntó Makarov.

—Solo a ti. No voy a tocar a esos niños; tu esposa puede quedarse aquí y enterrarlos. Estarán muertos al final del día.

—No voy a ir a ninguna parte —dijo Makarov, a pesar del cañón del Mauser presionado contra su estómago.

Yonov retrocedió un paso y levantó el revólver, apuntando primero a la frente de Makarov y luego girándolo lentamente hacia Matrena. Matrena, al darse cuenta de que el arma apuntaba hacia ella, sintió que su corazón se aceleraba. Retrocedió hacia la estufa, mirando nerviosamente a su marido, pero Makarov mantuvo su atención en Yonov. Matrena, temblando de miedo, se agachó cerca de sus hijas y agarró una delicada manita.

Con los ojos fijos en Matrena, Yonov se dirigió a Makarov, diciendo en voz baja:

—Escucha bien, maldito, contaré hasta cinco y si no has cruzado esa puerta para entonces, te juro que dispararé. ¿Lo has entendido? —No esperó respuesta—. Uno...

Matrena sabía que su marido no tenía opción y la sensación de pérdida ya comenzaba a consumirla. Había vivido toda su vida en este pueblo. De niña, había ayudado a su padre en los vastos campos propiedad de la familia local de nobles. Había vivido en esta misma casa, con Viktor, su hermano, y sus padres y abuelos. Recordaba las largas noches; todos ellos apretujados en este espacio lúgubre, su madre leyéndole a Tolstói y Pushkin, tratando de explicarle las complejas narrativas. Luego, por supuesto, llegó la guerra. Viktor se alistó en 1916, convirtiéndose en soldado del ejército zarista, dejando atrás a su esposa embarazada. Luchó contra los alemanes en condiciones que nunca pudo poner en palabras. Pero la guerra no iba según lo planeado; había rumores de soldados desertando en masa. Finalmente,

Viktor también desertó, negándose a luchar por los imperialistas, depositando en cambio su lealtad en los trabajadores.

—Dos... —Hacia el final de la guerra, Viktor había regresado al pueblo, reunido con su esposa y uniéndose a Matrena en los campos, y ahora era el orgulloso padre de una hija. Mientras tanto, el murmullo de descontento crecía audiblemente cada día. La palabra "revolución" estaba en boca de todos. Dejaron de trabajar los campos; ya no era seguro ser visto trabajando bajo el "yugo burgués". Y cuando llegó, estalló como una presa, un torrente de violencia revolucionaria que sacudió los cimientos mismos de la Madre Rusia. Se podía saborear la emoción; se embriagaron con la anticipación de un nuevo comienzo. El viejo orden estaba patas arriba, ahora *ellos*, los obreros y campesinos, tenían el poder: la Dictadura del Proletariado. Ella recordaba la noche en que los antiguos trabajadores de la finca saquearon la casa de los nobles. Ella y Viktor se llevaron una carretilla llena de tesoros: una alfombra pesada, una copa de plata, una pitillera y otros fragmentos de botín imperialista. Pero fue un extraño instrumento musical lo que realmente entusiasmó a su hermano. Más tarde descubrió que era un fagot. Y entonces, prendieron fuego a la vieja casa. Recordaba su sensación de inquietud. Pero Viktor no compartía sus preocupaciones o desasosiego; en lo que a él concernía, los nobles se lo tenían merecido. El fuego alcanzó la luna, extinguiendo para siempre la explotación burguesa. La vieja vida se había ido y de las cenizas construirían una nueva realidad utópica. Esa noche no pudieron dormir de la emoción. Durante semanas y meses, la gente salió a las calles, y se erigieron plataformas apresuradamente, mientras que, de la noche a la mañana, personas comunes se convertían en apasionados oradores que pronunciaban discursos que aceleraban la adrenalina y conjuraban eslóganes que hacían agitar los puños. Nuevas palabras se incorporaron al vocabulario cotidiano; bolcheviques, soviets, anarquistas, socialrevolucionarios. Y en todas partes ese nombre, una y otra vez, Lenin, Lenin, Lenin.

—Tres... —Luego, después de la euforia, vino la resaca; las sangrientas consecuencias, los Rojos contra los Blancos, la Guerra Civil y sus muertes y ejecuciones arbitrarias. El pueblo de Matrena se mantuvo firmemente Rojo. Recordaba demasiado bien la muerte de aquellos considerados simpatizantes de los Blancos. Observó cómo los obligaban a bajar por el

camino que salía del pueblo, los alineaban contra el muro de un granero decrépito y los fusilaban, sus súplicas desesperadas recibidas con burlas y ridículo. Ella vitoreó junto con los otros aldeanos mientras los disparos resonaban en el aire del atardecer. Se estremeció de vergüenza ante el recuerdo. Aún hoy se podían ver los agujeros de bala salpicados contra la pared del granero.

—Cuatro... —Pero Matrena, Viktor y Makarov se habían vuelto expertos en abrazar y condonar el cambio violento como medio de camuflaje. El pueblo se había librado de los opresores burgueses y por eso estaban agradecidos. Sin embargo, los nuevos amos, a quienes todos habían acogido de buena gana, se volvieron más feroces y asfixiantes de lo que el régimen zarista jamás había sido. Y ahora, trece años después, en la figura de Yonov, les estaba apuntando con un arma directamente a la cabeza. Miró a Natasha y Nicola, acurrucadas la una contra la otra para darse calor, demasiado jóvenes y débiles para saber o preocuparse por lo que ocurría a su alrededor. Vio las expresiones vacías, casi muertas, en sus rostros. Yonov tenía razón: estarían muertas al anochecer.

—Cinco...

Sabía que habían sido derrotados, vencidos por el poder de un Mauser. Makarov también lo sabía. —Está bien —dijo, dirigiéndose hacia la puerta. Por un momento, creyó oír a Yonov exhalar un suspiro de alivio. Makarov llegó a la puerta y se volvió hacia Yonov encogiéndose de hombros.

Intentó hablar, pero el nudo en la garganta le impidió articular las palabras.

Ivanova, que se había olvidado de revisar el desván, se unió a su jefe. —Vámonos —dijo Yonov, abriendo la puerta.

Matrena observó cómo Makarov seguía a Yonov hacia la calle, con Ivanova detrás de ellos. Él se dio la vuelta en la puerta. —Todo saldrá bien —dijo en un susurro ronco—. Ya verás. —Ella sabía, por supuesto, que las cosas no saldrían bien, ¿cómo podrían? Sabía que nunca más lo volvería a ver. Por primera vez en su vida, quiso decirle cuánto lo amaba. Pero no supo cómo hacerlo.

*

Matrena miró a sus hijas y supo, con una fuerza que la aplastaba, que no sobrevivirían.

No lloró, pero todo su cuerpo se sentía entumecido, su mente confusa por la incomprensión, y su corazón parecía haber ralentizado su latido hasta casi detenerse. Se levantó del suelo y se sentó en el banco de madera, con los ojos fijos en la puerta cerrada. Toda la secuencia de eventos había ocurrido tan rápido que se preguntó si realmente había sucedido. Cuánto tiempo permaneció allí sentada mirando la puerta, con la mente vacía de pensamientos, no lo sabía. ¿Media hora? ¿Dos horas? No importaba. Las niñas se habían vuelto a dormir, aún acurrucadas la una contra la otra en busca de calor bajo el menguante calor de la estufa.

Se habían llevado a su marido. Algo le decía que debería correr tras ellos, suplicar a Viktor y Nadya cerca que la ayudaran. Pero no podía; su cuerpo estaba demasiado débil y, de todos modos, ¿qué podrían hacer? Quizás también se habían llevado a Viktor. Tenía que pensar. A pesar de los numerosos registros, Yonov y sus hombres siempre lograban pasar por alto el saco de grano escondido en un agujero oculto bajo la estufa. Eso y unas pocas patatas era todo lo que habían tenido estos últimos dos meses. Era una dieta de inanición y ahora el saco estaba casi vacío. ¿Qué podía esperar entonces? Con su marido etiquetado como kulak, estaría más allá de la compasión.

Era casi el anochecer y todavía apenas se había movido. Se dio cuenta de que tenía que irse mientras aún conservaba algo de fuerza. Iría a ver a Viktor y Nadya, suponiendo que aún estuvieran allí. Pero, ¿y las niñas? Todavía acostadas en su colchón junto a la estufa, su respiración era lenta y trabajosa. No faltaba mucho, pensó. Justo cuando finalmente creyó que estaba a punto de sucumbir a las lágrimas, reunió fuerzas para moverse. No debía llorar, pensó, si lo hacía, nunca pararía. Salió afuera, temblando de frío. Miró calle arriba y recorrió con la vista los árboles y las casas de techo de paja que bordeaban el camino fangoso. Casas como la suya: pequeños bloques cuadrados hechos de troncos, compactados con barro y encalados, cada una con solo un par de pequeñas ventanas y una chimenea. Y qué extraños se veían los árboles sin su corteza, despojados de su dignidad como ancianas despojadas de su ropa. En su hambre, los aldeanos habían

recurrido a comer cada pedazo de corteza disponible que pudieran alcanzar. También recordó cómo una vez el pueblo reverberaba con el sonido de los perros; había docenas de ellos. Pero no quedaba ni un solo perro: todos habían sido comidos, al igual que todo el ganado. Ya ni siquiera quedaba estiércol para comer. Lo había hecho todo: alimentarse a sí misma y a su familia con una dieta de perro, estiércol y corteza. La vista del pueblo extendido frente a ella y las privaciones que sus ocupantes habían sufrido la hicieron estremecerse. Conocía esta vista tan bien como conocía su propio rostro; este había sido su pueblo toda su vida. Pero nunca quería volver a verlo. Se arrastró hasta la parte trasera de la casa, que solía estar llena de leña. Encajada debajo de la casa había un hacha y, junto a ella, un último tronco. Cogió el hacha y, reuniendo todas sus fuerzas, partió el tronco en dos.

De vuelta adentro, arrojó las dos mitades del tronco en la estufa. Tomó la gran almohada que compartía con Makarov. Se arrodilló junto a las niñas. Espantó las moscas de sus rostros y las acercó lo más posible una a la otra. Natasha abrió sus ojos casi sin vida y miró momentáneamente a su madre antes de cerrarlos de nuevo. Matrena olió sus pequeñas cabezas; el cabello infestado de piojos y cubierto de suciedad. El olor seco y rancio era desagradable, pero no le importaba; después de todo, era su madre. Besó la frente de Natasha y luego la de Nicola. Aún arrodillada, Matrena cerró los ojos, se inclinó y juntó las manos en oración, suplicando Su perdón por lo que estaba a punto de hacer. Hacía mucho tiempo que no rezaba, pero si alguna vez necesitaba orar, era ahora.

Tomó la almohada. Se persignó, no una, sino dos veces. Una por cada niña. Sin detenerse a pensar, presionó la almohada contra sus rostros y empujó hacia abajo, manteniéndola allí mientras sus ojos se nublaban de lágrimas. Las niñas no sufrieron dolor ni angustia. Nunca lo supieron.

# Capítulo 19: La Tienda

**Moscú, 1935**

Nunca había estado en una tienda Torgsin. En teoría, estaban abiertas al público en general, pero como solo operaban con moneda extranjera u oro, plata u otros objetos de valor, no eran lugares frecuentados por muchos. Había caminado cinco kilómetros para encontrar la tienda más cercana, con mi paquete envuelto en periódico y en mi bolsa de red, bien sujeto bajo la axila de mi abrigo acolchado. No había cola de espera fuera de esta tienda, solo un pequeño grupo de personas mirando con nostalgia la abundancia del escaparate. Vi por mí misma los suculentos bloques de queso dispuestos en pirámide, la cuidadosa disposición de frutas y panes. Un anciano barbudo con un periódico bajo el brazo se acercó a mi lado, también para admirar el escaparate. Llevaba mitones y estaba envuelto en un abrigo negro pero raído, y apoyaba la cabeza sobre su brazo contra la ventana. Una dependienta, una joven mujer, apareció al otro lado del escaparate, caminando de puntillas con cuidado entre la exhibición, con los brazos cargados de plátanos y manzanas. La mujer se detuvo en seco al ver al anciano, se agachó para depositar su botín de frutas y luego, con las manos, ahuyentó al viejo. El hombre retrocedió obedientemente y, por un brevísimo instante, nuestras miradas se cruzaron. Su rostro estaba demacrado, su piel pálida bajo la aspereza de su barba gris que estaba veteada de negro, como manchas de aceite en nieve sucia.

Con mi paquete aún metido bajo el abrigo, aparté al anciano de mis pensamientos y sentí la ligera emoción del privilegio mientras empujaba la puerta y entraba en la tienda. El salón de techos altos, adornado con lámparas de araña, olía a una mezcla de perfume delicado y pan fresco. Aquí, había un mostrador que vendía botas y zapatos de cuero, prácticos o elegantes, todos relucientes; allí, una exhibición de los abrigos de piel más gruesos; en otro lugar, una exhibición de carne, la carne brillando de frescura, las gruesas salchichas, los generosos cortes de tocino; y allá, mantequilla y queso, todo deliciosamente amarillo. De fondo, reconocí la música rasposa, una pieza sinfónica de Rimsky-Korsakov, cuyo romanticismo del siglo XIX estaba de nuevo de moda. Respiré hondo, la

música calmando mis nervios, y me sentí mareada en semejante atmósfera de opulencia.

Me uní a la cola en la caja. Podía ser una tienda Torgsin, pero las reglas eran las mismas. Primero, hacías cola para cambiar tu dinero (o, en este caso, tu moneda extranjera o bienes) por tarjetas de racionamiento. Luego, hacías cola para comprar tus productos, y luego de vuelta a la caja para devolver las tarjetas gastadas. Había unas veinte personas delante de mí. Era la cola más corta que había visto. Un caballero delante de mí se dio la vuelta y alzó las cejas en señal de reconocimiento. Estaba bien afeitado e incluso olía a colonia, pero noté que su pulcra apariencia exterior no podía ocultar la mancha oscura en su largo abrigo, el parche en la rodilla de su pantalón. Se inclinó hacia mí y susurró:

—Tengo mi anillo de boda de oro. ¿Cuánto crees que me darán por él?

Abrió el puño y vi, descansando en su palma rojiza y manchada, la banda de oro.

—Es bastante grueso, ¿no crees? Mi esposa no quiere que lo venda, pero le digo que no se puede comer el oro.

Cerró la mano sobre el anillo y noté la negrura bajo sus uñas.

Sonreí cortésmente. No, pensé, no se puede comer el oro; no se puede vivir de recuerdos cuando el estómago está vacío. El hombre avanzó en la fila y yo le seguí. La música había cambiado al Primer Concierto para Piano de Tchaikovsky. Cerré los ojos: Viktor había adorado esta pieza musical, siendo el primer disco que compró. Lo había puesto constantemente. Y luego, después de su arresto, vendí el gramófono para pagar los paquetes diarios que entregaba en la prisión de Lubyanka, pero aún conservaba el disco.

Finalmente, estaban atendiendo al hombre delante de mí. Detrás del mostrador, con su caja registradora reluciente y su ábaco, estaba una mujer de mediana edad muy maquillada, su rostro ridículo por la capa de polvo, su pelo teñido de un castaño rojizo antinatural recogido en un moño apretado, sus uñas pintadas de un carmesí intenso. Tomó el anillo del hombre y no pudo evitar una mueca cuando sus dedos se tocaron. Lo miró con una

expresión de desinterés y se lo pasó a un colega masculino detrás de ella, un joven vestido con un traje azul oscuro ajustado con chaleco y cadena de reloj, su cabello engominado hacia atrás con una raya central severa. Examinó el anillo a través de una lupa durante unos momentos y luego, sin quitársela, negó con la cabeza.

—Uno —dijo, devolviendo el anillo a su asistente femenina.

—Un bono —dijo ella abruptamente, devolviendo el anillo a su dueño.

—¿Qué quiere decir con un bono? —preguntó el hombre inclinándose hacia adelante, mirándola lascivamente.

—Un bono, eso es todo lo que vale.

—Pero ¿qué puedo comprar con eso? ¿Una salchicha, una sola salchicha? ¿Quizás dos?

—Es su elección. Tómelo o déjelo.

—Debe valer más que eso, es oro, ¿no?

El joven con la lupa interrumpió.

—De mala calidad, me temo.

El hombre mayor miró fijamente su anillo.

—Pero es mi anillo de boda —dijo en voz baja.

La mujer se inclinó.

—Siguiente —dijo.

El hombre me miró, su rostro arrugándose con líneas de rabia e indignación.

—Malditos bastardos.

—¡Siguiente!

—Malditos bastardos engreídos. —Por el rabillo del ojo, pude ver a un hombre rechoncho con uniforme marrón acercándose rápidamente. El hombre mayor también lo había visto—. Bastardos —dijo una vez más

mientras se daba la vuelta para irse, pero su voz había perdido el veneno, sonando patéticamente hueca.

Lo vi marcharse, siendo seguido a una distancia discreta por el uniforme marrón. —*¡Siguiente!* —repitió la asistente del mostrador con evidente impaciencia, devolviendo bruscamente mi atención al presente.

—Tengo algo que puede interesarles —dije, sacando el artículo envuelto en periódico de mi bolso. El mero tamaño del objeto interesó tanto a la asistente del mostrador como a su colega de la lupa detrás de ella. Observaron mientras yo desenvolvía las últimas capas de periódico, guardando cada una de vuelta en mi bolso. Despojado de su enésima capa de envoltorio, el paquete final parecía bastante pequeño. Pero aun así, el busto dorado de Tchaikovsky lucía impresionante sobre el mostrador, las luces de la araña reflejándose en sus curvas brillantes.

El joven salió de detrás de su escritorio, con los ojos fijos en el busto. —Bueno, ¿qué tenemos aquí?— dijo. Estaba impresionado, podía notarlo, y sentí una pequeña punzada de orgullo al ver que el momento de gloria de mi hermano aún era capaz de deslumbrar. El hombre levantó el busto, comentando su sorprendente peso, y lo inspeccionó, girándolo de un lado a otro. Medía unos quince centímetros de alto, con una base de fieltro verde y la inscripción *Premio Tchaikovsky para Joven Músico*. —Creo que será mejor que venga conmigo—. Con eso, recogió el busto y me hizo señas para que lo siguiera. —Por aquí— dijo.

Lo seguí a través de la tienda y la multitud de personal y clientes, pasando por los puestos y mostradores, la convergencia de olores, y a través de una puerta de *solo personal* hasta el segundo piso. Llamó a una puerta, esperó a que lo llamaran y entró. Detrás de un gran escritorio había un hombre mayor con un pince-nez, su cabello gris peinado con raya y engominado; una versión mayor del encargado del piso. Me miró con sospecha, obviamente sorprendido de recibir la visita de un miembro del público. El hombre más joven colocó el busto sobre el escritorio y susurró una explicación. El hombre mayor inspeccionó el busto de manera similar, quitándose el pince-nez y examinándolo a través de una lupa, asintiendo ocasionalmente con la cabeza.

—Hmm, interesante—. Mirándome, preguntó: —¿De dónde lo sacaste?—

—Mi hermano lo ganó—.

—Impresionante. Continúa—.

—Mejor músico nuevo. Tocaba el fagot—.

—¿Ya no lo quiere?—

—Mi hermano murió... hace una semana—.

—¿Y ahora quieres venderlo?—

—No tengo otra opción— dije, decepcionada de que el director no hubiera ofrecido ninguna condolencia.

—Hmm. Bueno, es sólido, sin duda, es una pieza de artesanía de buena calidad; excelente incluso—. Se reclinó en su silla, con los codos en los reposabrazos y arqueó los dedos. Permaneció en silencio por unos momentos, con los ojos aún fijos en el busto que estaba sobre el papel secante frente a él. Finalmente, suspiró y habló, mirándome por encima de su pince-nez. —Puedo ofrecerte bonos Torgsin por la mitad de su valor real —.

—¿La mitad?—

—Sí—.

—¿Eso es todo?—

—¿Qué más vas a hacer con él? Nadie va a querer comprar una pieza de sentimentalismo como esta, incluso una pieza de sentimentalismo tan buena — dijo, agitando la mano hacia el busto. —¿Y Tchaikovsky? Tonterías empalagosas. Créeme, tu ciudadano promedio no tiene los medios y la mayoría de mis colegas directores de Torgsin no lo tocarían. No obtendrás más de la mitad. Podrías intentar demostrar que me equivoco, pero te advierto que estarías perdiendo el tiempo. Ahora, si hubiera sido Shostakovich, te ofrecería casi su valor completo. Y Prokofiev, bueno, el cielo es el límite... Pero ¿Tchaikovsky? Nadie tiene tiempo para Tchaikovsky ya—.

—¿La mitad?—

—La mitad. Ahora, si no te importa, tengo mucho que hacer. Si no lo quieres, entonces vete—.

*

Media hora después, estaba sentada en un pequeño café en una calle estrecha, a medio kilómetro de la tienda Torgsin, con el busto de Tchaikovsky guardado en mi bolso entre mis pies en el suelo. No había ido a un café en más de tres años, apenas podía permitírmelo. Pero hoy, estaba decidida a contrarrestar la humillación que había sentido a manos del director de Torgsin. Todavía me llegaba algo de dinero del NKVD; de lo contrario, podría haber aceptado la humillante oferta del director. Pero aún no. Compré un café pequeño y me senté en una mesa junto a la ventana, observando las figuras negras uniformes que pasaban afuera. Rodeé la taza con mis manos e inhalé el delicioso aroma.

Fue unos meses antes de su arresto cuando Nadya y yo vimos a Viktor tocar el Concierto para fagot en Si bemol de Mozart y recibir una ovación de pie. Fue su momento de gloria creativa, el punto culminante de su breve carrera musical. Muchas veces, después de su arresto y la muerte de Nadya, me resistí a vender su fagot, pero finalmente las circunstancias me obligaron a desprenderme de él. Pero nunca el busto. Siempre había estado decidida a no venderlo, por muy desesperada que fuera la situación; era demasiado integral en su vida. Después de su regreso del campo de prisioneros, lo coloqué en los frágiles dedos de Viktor y observé cómo acariciaba los contornos dorados y pasaba su dedo por la inscripción. Un recordatorio de una vida hace mucho tiempo desaparecida.

Lo echaba de menos. Por mucho que me hubiera acostumbrado a vivir sin él, siempre había habido esperanza. La esperanza es una gran dadora de fuerza, por muy desesperadas que parezcan las cosas. Con esperanza, hay posibilidad y motivación para continuar la lucha. En muchos aspectos, la vida fue más difícil después del regreso de Viktor. La lucha había terminado pero estaba lejos de ganarse porque el precio había sido muy alto: las visitas quincenales a la oficina de Rykov, mi doble vida como informante, como espía del Estado. Las noches que pasaba despierta preguntándome si esa

sería la noche en que mis desafortunadas víctimas recibirían el golpe en la puerta, la silueta de los hombres uniformados en el umbral, el coche negro estacionado en la acera frente a su casa. Qué bien conocía ese momento, ese instante en que la vida normal se interrumpe bruscamente, cuando comienza la pesadilla de la mera existencia. Es tan repentino, como apagar una luz, el rápido descenso de la luz a la oscuridad. La intensidad es aterradora, ver a estos hombres amenazantes registrando tu vida, dándote órdenes con intensas amenazas. Yonov e Ivanova. Nunca los olvidaré. Era como si una mano te alcanzara dentro del pecho y te arrancara el corazón.

Y el Viktor de esos últimos meses no era el Viktor con el que había crecido. No había nada en su apariencia espectral que se pareciera a su antiguo yo, el talentoso joven fagotista, el ferviente revolucionario, el fiel servidor del Estado. Y así era como le pagaban. Podría haber aceptado el cambio físico si hubiera podido ver algo en sus ojos, alguna luz, algún destello de su antiguo yo. Pero incluso eso se había ido; también se lo habían quitado. Sus ojos estaban sin vida y apagados. Eso era lo que más me dolía. Sin una chispa oculta, sabía que no le quedaban fuerzas para luchar.

Viktor. Junto con su esposa, la única persona que me conocía como Matrena y como Maria. Matrena ya había muerto por dentro, pero ¿qué hay de Maria? Cada día, pienso en ellos, en mis niñas pequeñas. Me las imagino creciendo, los juegos que jugarían, cómo se verían. Nadie sabía de este tormento interno que llevaba conmigo durante tantos años. Pero al nunca revelar la verdad de mi momento más oscuro, sentía como si les estuviera negando el derecho a existir. Al no hablar nunca de ellas, era como si nunca hubieran vivido. Yo era la única persona viva que sabía que alguna vez habían estado vivas y estaba fallando en reconocer ese hecho. Pero no tenía elección. Había sido una kulak, despreciada y condenada desde el momento en que Stalin ordenó la liquidación de los kulaks como clase. Mi pobre marido Makarov había tenido la desgracia de poseer un par de vacas y unas cuantas gallinas e incluso una mula vieja. Sus inclinaciones bolcheviques no contaban para nada: era un kulak y punto. No podían obligarlo a unirse al colectivo, pero robaron el grano bajo nuestras narices mientras nuestros hijos morían de hambre. Y luego se lo llevaron. Nunca supe qué fue de él; dudo que alguna vez lo sepa. Quizás aún esté vivo, subsistiendo en algún lugar del congelado Este. Tal vez el recuerdo de nuestras niñas viva también

en él. Pero de alguna manera, lo dudo. Temo que pereció junto con los miles y cientos de miles de campesinos tachados con el pincel kulak.

Y así, Natasha y Nicola, muertas de hambre por la política, existen solo en mi memoria y en mis sueños; bien podrían no haber nacido nunca por la marca que dejaron en este mundo.

Durante dos días, Viktor y yo anduvimos a tientas por el bosque que rodeaba nuestra aldea, sobreviviendo con insectos y trozos de corteza raspados de los árboles, chupando la nieve de las hojas, hasta que nos topamos con la vía del ferrocarril. La seguimos, por lo que parecieron cientos de kilómetros, hasta el siguiente pueblo donde esperamos, escondidos detrás de la estación, buscando raíces comestibles en el barro. Este pueblo estaba directamente al oeste del nuestro y sabíamos que los trenes con dirección oeste finalmente se dirigirían a Moscú. Mi hermano y yo nos colamos en el siguiente tren y dos días después, nos encontramos en la capital comunista del mundo.

Sorbí mi café lentamente, concentrándome en el deleite de tragar el líquido caliente y dulce, disfrutando, por segunda vez ese día, de una sensación de decadencia.

# Capítulo 20: El trabajo

Vladimir tenía un trabajo que hacer. Rykov le había ordenado interrogar a Maria sobre lo que sabía acerca del descubrimiento de un cadáver en un bosque justo a las afueras de la dacha perteneciente al hermano de su amiga. Rykov estaba cerrando el cerco alrededor de la maldita Asociación Rusa de Artistas Proletarios, como él los llamaba. Quería verlos muertos y enterrados, pero la posición de Dmitry estaba, por el momento, segura. No podían arrestarlo ahora que estaba a punto de recibir su Orden de Lenin; haría que el Politburó pareciera tonto. En un año más, estaría bien; habría pasado suficiente tiempo, suficiente tiempo para que un antiguo receptor se hubiera desviado del camino correcto. Pero entonces la llamada telefónica de la Unidad de Investigaciones Criminales había agitado las cosas. Un crimen es un crimen, al menos uno de tipo no político. El Politburó no interferiría en la investigación de una muerte sospechosa. Al parecer, un anciano había estado paseando a su perro por el bosque al atardecer, cuando el perro se volvió loco en un lugar particular. El viejo pudo ver que el suelo había sido perturbado recientemente y regresó a casa a buscar una pala. A un par de pies de profundidad, allí estaba: el cadáver recién enterrado.

Vladimir se alegró de que le dieran la excusa para entrevistar a Maria, con la esperanza de poder ver a Rosa. No la había visto desde su viaje a la tienda cerrada y eso le molestaba. En parte era su culpa, suponía, el trabajo se estaba intensificando día a día: el número de arrestos que tenían que hacer debido a las purgas estaba poniendo al departamento bajo una enorme presión. Estaba trabajando todos los días, diez, doce, catorce horas seguidas. Estaba exhausto, tanto física como mentalmente, y desesperadamente necesitado de un descanso. La idea de unos días libres en la dacha de su madre era como un oasis inalcanzable en esta ciudad gris con su gente gris y asustada. El hecho de que fuera su departamento la principal fuente de terror le pasaba desapercibido.

Vladimir nunca había estado en el apartamento de Rosa, pero las causas desesperadas requerían medidas desesperadas. Cuando iba a la universidad, no podía encontrarla. Usualmente era despachado por una de sus amigas, la gordita o la excesivamente maquillada. Cada una culpable a su manera de

vanidad. La primera por estar tan maldita rolliza durante tiempos tan austeros, la otra por prestarse demasiada atención: ambas eran igualmente obscenas. No le habría importado tanto si pudieran decirle dónde estaba Rosa, pero cada vez decían que no estaba o que no sabían dónde estaba. Francamente, no les creía.

Y así, Vladimir se encontró frente al bloque de pisos en una lúgubre calle secundaria en las afueras del distrito de Arbat. Consiguió la dirección con facilidad; estaba por todas partes en los archivos de Maria. Encontró la puerta principal del edificio abierta y entró, parpadeando mientras se acostumbraba a la tenue luz. Subió los tres tramos de escaleras, horrorizado por la cantidad de escombros y desorden que obstaculizaban su camino. ¿La gente tiene que vivir así?, se preguntó, ¿dónde estaba su orgullo? Al doblar hacia el pasillo, casi tropezó con una pareja que yacía entrelazada sobre un viejo y andrajoso colchón. Apartó la mirada, incapaz de ocultar su absoluto desprecio por ellos. Por todas partes había gente, perdiendo el tiempo. No podía creer que Rosa viviera en un apartamento con toda esta escoria humana en su puerta. Al verlo, dejaron de charlar y se le quedaron mirando, reclinándose aún más contra las paredes. Disfrutaba del efecto que causaba en esta gente, dejándolos mudos con su mera presencia. Tal vez lo sabían: no era un oficial uniformado, pero quizás la gabardina negra, su forma de andar, la mirada autoritaria que había cultivado, les decía más que la apariencia externa del uniforme. Era un hombre con quien había que andarse con cuidado, un hombre del NKVD. Llamó a la puerta de Rosa y mientras esperaba, se dio cuenta de que la gente del pasillo se estaba apartando de él. Se volvió para mirarlos y, en masa, retrocedieron, encogiéndose ante la intensidad de su mirada desdeñosa. Volvió a girarse hacia la puerta y se permitió una pequeña risita: era como una pantomima. La puerta se abrió una fracción y vio a Maria, secándose las manos en el delantal, mirándolo con curiosidad. —¿Vladimir? —dijo, comprensiblemente sorprendida de verlo.

—Maria Radekovna, ¿puedo pasar?

*

Dudé un momento cuando vi a Vladimir parado en la puerta. Mis ojos se desviaron de él a los demás detrás. Con un rápido asentimiento de cabeza,

abrí la puerta y le permití entrar. Estaba a punto de cerrar la puerta cuando noté que la multitud del pasillo se había acercado hasta estar a un palmo de distancia. Sabía lo que estaban pensando: si me llevaban, mi piso estaría disponible. Pero estaban confundidos, podía notarlo, la policía nunca trabajaba sola, ¿qué hacía él allí? Pero no estaba de humor para disfrutar el momento, la aparición de Vladimir en mi piso me atormentaba. Cerré la puerta y lo encontré de pie en medio de la sala principal, arrugando la nariz con desagrado, absorbiendo los sórdidos detalles de su entorno. Sentí que debería ofrecerle un asiento, pero me sentía demasiado avergonzada por el estado del sillón de Viktor para hacerlo.

—Lamento molestarla, pero me preguntaba si podría decirme dónde está su sobrina.

Ah, así que era eso, pensé, era una visita romántica, no una visita de trabajo. Suspiré aliviada. —No la he visto hoy.

—Qué lástima. ¿Tiene idea de a qué hora volverá?

—No, es posible que no vuelva.

—¿No sabe si su sobrina volverá esta noche? ¿Eso no le preocupa?

—No, no lo entiende. Ella pasa la mayor parte de su tiempo en la universidad.

—Ah, claro, ya veo. —Vladimir asimiló la información—. Bueno, si por casualidad se pasa por aquí, dígale que pregunté por ella y que espero que esté bien.

—Lo haré.

Se sentó en el borde del sillón de Viktor. —¿Y qué tal su amigo, el artista? ¿Cómo se llamaba?

—Dmitry.

—Ah sí, Dmitry. —Lo sabía perfectamente—. Y dígame, ¿cómo le va con RAPA? ¿Ya ha descubierto algo interesante?

—Mi cita no es hasta dentro de unos días. Pensé que esta era solo una visita social.

Vladimir se encogió de hombros. —Lo es, pero bien podría sacar algo de provecho. ¿Entonces?

—Mi informe debe ser entregado al camarada Rykov, y solo al camarada Rykov. Pero le diré que tengo la intención de presentar mi renuncia.

Vladimir resopló. —¿*Presentar su renuncia?* Estamos hablando del NKVD, no de alguna cooperativa de arreglos florales para mujeres, no puede simplemente renunciar cuando le plazca. Recuerde el trato, su hermano... —Se detuvo y miró alrededor del apartamento—. ¿Dónde está su hermano?

—Está muerto.

—Oh.

Sabía lo que estaba pensando: ahora tenía todo este espacio para mí sola, no era justo, con familias enteras viviendo en pasillos. —Murió hace unos días. —Esperé un momento, preguntándome si ofrecería sus condolencias. No lo hizo—. *Por eso* estoy presentando mi renuncia. Lo trajeron de vuelta prácticamente muerto, y ahora lo está.

—No, no, espere; no lo haga sonar como si fuera de alguna manera nuestra culpa. No tenemos voz en cómo se manejan los campos.

—Sí, pero se aseguraron de que lo enviaran a uno.

—Sí, ¿y qué sugeriría usted? Era un enemigo del pueblo, *confesó*, levantó las manos y dijo: *De acuerdo, lo hice, era un espía capitalista, lo admito*.

—Que así sea, pero *yo* no voy a espiar más para ustedes.

—A Rykov no le gustará, él decide cuándo ha terminado, no al revés. Especialmente ahora que la tiene señalada para el caso RAPA. Aunque no importa mucho, RAPA ya está prácticamente muerta y enterrada; a nivel nacional, está cayendo rápidamente en desgracia. Rykov está ansioso por participar y exponer el subgrupo de su amigo, el Moscú Este, ¿no es así? ¿Dónde está él, por cierto? Necesitamos hablar con él.

—¿Por qué?

—Verá, se ha descubierto un cadáver en un bosquecillo no muy lejos de una dacha registrada a nombre de su amigo Dmitry. Aún no hemos visto el

cuerpo, pero lo están enviando para una autopsia. Sin embargo, nuestros colegas paletos nos dicen que es reciente; había sido desenterrado dentro de las cuarenta y ocho horas posteriores a la muerte. Ahora bien, yo no soy policía criminal, estoy en el equipo político, como usted sabe, pero en este caso, ambos parecen estar fusionándose. Tenemos un testigo que dio un paseo en carro tirado por un poni a una pareja desde la estación de tren hasta la puerta de esta dacha, y un vecino que habló con la mujer. ¿Su asociado le comentó algo sobre pasar tiempo allí?

—No.

—Entonces, ¿no era usted quien iba en ese carro tirado por un poni?

Aunque mi corazón dio un vuelco ante la suposición segura, hice una pausa cuidadosa y esperé unos momentos medidos antes de responder:

—No, ciertamente no. No me conoce lo suficiente como para invitarme a su dacha.

—Entonces, ¿qué estaba haciendo el miércoles y jueves pasados?

—Estaba en casa —eso no fue difícil, siempre estaba en casa.

—Recuérdeme, Maria Radekovna, ¿cuál es el nombre de su esposo?

—Antonov. Petrov Antonov —de nuevo, él lo sabía perfectamente, pero aun así hizo un espectáculo de anotar el nombre en su libreta.

—El jefe me ha pedido que solicite su presencia en una rueda de reconocimiento tan pronto como podamos traer al vecino aquí.

—Oh —me giré y miré por la ventana hacia la calle de abajo.

—¿Estaría de acuerdo con eso?

—Sí, por supuesto. No tengo nada que ocultar.

# Capítulo 21: El hombre común

La universidad bullía de actividad; era la noche de la representación de Chéjov. Vladimir había visto el cartel en la puerta de la entrada principal; el mismo cartel que había visto esparcido por varias tiendas del distrito. Había venido para resolver otro asunto pendiente: Rosa.

Se detuvo al final del pasillo principal de la universidad y observó la escena: estudiantes con trajes del siglo XIX, otros con tablillas, profesores agitando papeles, todos caminando apresuradamente en diferentes direcciones. La atmósfera estaba impregnada de una nerviosa emoción. Envidiando su entusiasmo por algo tan simple, deambuló por el pasillo, buscando a Rosa o a alguna de sus amigas. Giró a la izquierda al final del corredor y bajó por otro que conducía al salón principal. Allí tendría lugar la representación en poco más de dos horas. Miró a través de la ventana redonda de las pesadas puertas de vaivén y vio el escenario. Quedó impresionado: el decorado pintado al fondo del escenario representaba el salón de un noble de finales del siglo XIX, completo con cortinas ondulantes a ambos lados de un gran ventanal francés, cuadros enmarcados de aristócratas y escenas de caza. En el centro del escenario había una gran mesa pulida, dispuesta con un servicio de cena completo, con grandes candelabros y ornamentados platos de servir. A un lado, un gran sofá repleto de cojines. Se preguntó de dónde habrían conseguido tantas cosas. Todas las luces del salón principal estaban encendidas, y el lugar rebosaba de aún más estudiantes emocionados.

Una voz detrás de él le pidió que se apartara. Una mujer delgada de mediana edad que llevaba una bandeja de copas de champán empujó la puerta con la espalda. Vladimir se ofreció a mantener la puerta abierta y pasó primero para sujetarla. Antes de que ella tuviera la oportunidad de desaparecer, rápidamente le preguntó si sabía dónde estaba Rosa. Ella asintió y señaló en dirección al departamento de teatro donde, dijo, estaría preparándose. Vladimir le dio las gracias y regresó al pasillo principal. La mayoría de las aulas daban a este pasillo y, efectivamente, a mitad de camino, vio una puerta con el letrero *Departamento de Teatro* escrito en ella. La pequeña ventana había sido cubierta desde el interior con una tela

oscura. Vladimir llamó. La puerta se abrió una fracción, y una mujer mayor con ojos suspicaces preguntó bruscamente qué quería. Sí, dijo, Rosa estaba allí, estaba ocupada, pero vería si tenía un minuto. Vladimir le dio las gracias y esperó en el pasillo. Unos momentos después, Rosa apareció en la puerta, sorprendida por su inesperada presencia.

Mientras ella salía al pasillo, Vladimir observó su vestuario. Parecía toda una dama burguesa con su vestido verde claro de fluido vuelo y polisón; el cabello recogido y sujeto con un broche decorativo, y en la mano, una sombrilla.

—Rosa —dijo él—, te ves... te ves impresionante.

—Gracias.

—¿Puedo verte un minuto?

Ella miró arriba y abajo del pasillo.

—De acuerdo, pero no tengo mucho tiempo, tendremos un ensayo general en unos minutos. Vamos afuera.

Una vez fuera, frente a la entrada principal de la universidad, Rosa se paró junto a la fuente, trazando una línea en la grava con su sombrilla. Vladimir no sabía por dónde empezar. —¿Cómo has estado? Hace siglos que no te veía.

—Ocupada. Con la obra y la universidad.

Notó que ella aún no le había mirado a los ojos. —Sí, claro. Eh... lamento lo de tu padre.

—¿De verdad?

Ahora sí lo miró, pero él se sorprendió por su frialdad, por lo cortante de su respuesta desdeñosa. —Bueno, sí, vi a tu tía, ella me lo contó.

—¿Viste a mi tía?

—Fui a verte, a ver cómo estabas.

—Me sorprende que no te echara. Pero supongo que te tiene demasiado miedo.

—Yo... ¿Por qué habría de hacer eso?

Rosa clavó la punta de la sombrilla en la grava con tal vehemencia que se quedó atascada. —Vladimir, por un tiempo creí que me gustabas, pensé que podía confiar en ti. Vladimir el Bibliotecario. Vaya, cómo te habrás reído de eso. Qué idiota debiste pensar que era. Todos lo sabían, todos menos yo. Incluso te defendí, les dije que estaban equivocados. Dijiste que eras bibliotecario y te creí.

—Sí, lo sé, lo siento, pero tuve que mentirte para protegerte.

—No fue una gran mentira entonces, ¿verdad? Acceso a los depósitos cerrados, entradas para el teatro, el cine, los restaurantes. Solo caí porque, supongo, quería creerlo. Pero para cualquier otro...

—¿No lo disfrutaste?

—Claro que lo disfruté, ¿quién no lo haría? Pero ese no es el punto, ¿verdad? Me mentiste. Mentiste.

—No tenía opción, Rosa, créeme. Mi trabajo, es... no es el tipo de trabajo que uno anuncia al mundo. —Esperó una respuesta, esperando, al menos, un reconocimiento de su dilema, pero no hubo nada. Ella había recogido la sombrilla y estaba haciendo hoyos en la grava distraídamente, formando filas de agujeros ordenados. Le estaba irritando más allá de lo razonable, pero no podía entender por qué. —¿Quién te lo dijo? —espetó—. Necesito saberlo, ¿quién te lo dijo?

—Nadie me lo dijo, como te digo, era obvio para todos menos para mí.

Solo era obvio, pensó, porque alguien se lo había dicho, y no era difícil adivinar quién era ese alguien.

—Mi padre, ¿tuviste algo que ver con eso?

—No, lo juro, no tuve nada que ver con el caso de tu padre, fue antes de mi tiempo. Mira, es un trabajo que tengo que hacer. No pretenderé que a veces no lo disfruto, ver a los conspiradores llevados ante la justicia, desarraigar a los enemigos de clase, pero a veces... —Miró alrededor, queriendo asegurarse de que estaban solos. Bajando la voz, continuó—: Sé que a

veces podemos ser un poco demasiado celosos, cometemos errores. Supongo que tu padre fue un error.

—¡Ja!

—Pero soy un hombre común haciendo un trabajo extraordinario. Y ahora que estoy en esto, no puedo dejarlo; sé demasiado de cómo son las cosas desde adentro.

—¿Eso significa que quieres dejarlo?

Dos estudiantes, ambas chicas, salieron del colegio y, entre risitas, bajaron trotando las escaleras y pasaron junto a la fuente. Vladimir esperó hasta que casi llegaron a la calle antes de responder. —No —dijo simplemente.

Rosa volteó su sombrilla y limpió la grava y la suciedad de la punta. —Tengo que irme ahora.

—Rosa...

—Boris ha vuelto —dijo ella, mientras se alejaba de él hacia las escaleras.

—¿Vuelto?

Ella se detuvo en el primer escalón y se dio la vuelta. —Sí, el colegio hizo una apelación al Politburó en su nombre, diciendo que no podían representar la obra sin él. Dijeron que como técnicamente no estaba bajo arresto, podía hacer la obra, pero no se le permite reanudar sus estudios.

Hizo ademán de subir las escaleras, pero Vladimir se apresuró tras ella y la agarró de la muñeca. Ella intentó liberarse, pero él apretó su agarre. —Boris. Él te lo dijo, ¿no es así?

—¿*Qué*?

—Fue Boris quien te dijo que yo trabajaba para ellos.

—No seas ridículo. Suéltame.

Vladimir soltó su agarre y, con el brazo suspendido en el aire, la vio subir las escaleras, empujar las grandes puertas del colegio y desaparecer en el interior. Su corazón latía con fuerza, sus dientes apretados. De repente se sintió muy solo. Ese maldito judío estaba arruinando todo: se había

escabullido de vuelta al colegio y estaba envenenando a Rosa en su contra. Una visión cruzó por su mente: la imagen de Rosa acurrucada en los brazos del chico judío, con una sonrisa triunfante y burlona en su rostro. Vladimir podía sentir la flema ácida quemándole la garganta. Escupió con violencia, tratando de deshacerse de la saliva de su garganta y de la visión burlona de su mente. Esto era todo, pensó, tendría que encargarse del judío de una vez por todas. Y esta vez, el judío no volvería.

# Capítulo 22: Los Condenados

No dejaba de preguntarme: ¿era yo una asesina? No, había sido un accidente, pero de alguna manera sentía que me había convertido en un monstruo, un monstruo de sangre fría. La pregunta seguía rebotando en mi cerebro mientras tomaba el tranvía hacia mi temida cita con Rykov, nuestra charla habitual. Dmitry y yo éramos libres para comenzar nuestras vidas juntos. ¿No era eso lo que queríamos? Pero lejos de regocijarnos en nuestra soledad, nos evitábamos, hundiéndonos en la autocompasión y el resentimiento mutuo. Los días carecían de estructura, todo sentido de normalidad desapareció como el agua por un desagüe. No había visto a Dmitry desde la visita de Vladimir. Intenté llamarlo, para decirle que estábamos en peligro, que Rykov me quería para una rueda de reconocimiento. Pero no había contestado. El vecino de la dacha me reconocería, ¿cómo no iba a hacerlo? Pero el trabajo de Rykov era político. Si yo le resultaba útil, podría pensar que mis servicios eran demasiado importantes como para permitir que cayera en manos de la policía criminal. Seguía dependiendo de Rykov tanto como siempre.

El fresco aire primaveral me estaba haciendo bien, pero nada podía ahuyentar a mis demonios. Tenía la sensación de que me acompañarían el resto de mis días, atormentándome para siempre, provocando mi subconsciente con una pluma. Pasé junto a una iglesia cerca del extremo norte del Arbat. En la puerta había una pancarta que proclamaba: *¡Apoya la guerra contra la superstición!* La influencia de la Sociedad de los Sin Dios estaba por todas partes, contando los días hasta que pudieran acabar, de una vez por todas, con los creyentes en su propia Masacre de San Bartolomé. La iglesia ahora era solo un caparazón, el interior transformado en un gran almacén. Las campanas de la iglesia, lo sabía, habían sido removidas hacía mucho y fundidas para chatarra. Pero seguía siendo una iglesia, y tuve que apartar la mirada por temor a que Dios me estuviera observando. Recuerdo cuando enviaron al ejército para derribar la iglesia del pueblo. Muchos de los aldeanos, armados con horcas, intentaron impedirles el paso, desesperados por salvar su tradición. Quise unirme a ellos, pero Makarov

me detuvo. Tenía razón; los soldados del Ejército Rojo aplastaron rápidamente el piquete y fusilaron a los cabecillas.

*La religión es el opio del pueblo*. Cuánto tiempo había resistido a la Sociedad de los Sin Dios. Una vez, por amor, maté a dos niñas pequeñas y necesitaba a Dios, necesitaba creer en un Dios que mirara con bondad mi desesperación y perdonara mis pecados. Pero ahora, había participado en la muerte de un hombre, mi marido. No me atrevía a pensar en Dios, porque ¿qué pensaría Él de mí ahora? ¿Lo vería Él como un accidente? ¿Me perdonaría esta vez? Por mucho que intentara justificárselo a Él y a mí misma, me sentía más allá de Su perdón. Caminaba con las manos hundidas en los bolsillos, los ojos fijos en la acera frente a mí, incapaz de mirar a las personas que pasaban a mi lado. Petrov se había interpuesto entre mi libertad y yo, pero como vivía en un país donde la Dictadura del Proletariado aterrorizaba a los suyos, ¿cómo podía esperar ser libre alguna vez? Aunque Petrov ya no estaba, me sentía tan asfixiada como siempre.

Pobre Petrov, nunca le di el hijo que tanto deseaba. Al principio, yo también quería tener hijos. Sentía que otro niño aliviaría el dolor, pero Natasha y Nicola están demasiado arraigados en mi psique para ser suplantados tan fácilmente. No pasa una noche sin que sueñe con ellos y cada mañana despierto con sus nombres en mis labios. Me sonríen en esos últimos momentos de inconsciencia, con sus ojos brillantes y voces risueñas, deseándome buenos días al abrir los ojos. Me tomó años acostumbrarme a esos breves momentos de pánico cuando me daba cuenta de que estaba despierta y ellos se habían ido. Cerraba los ojos, desesperada por verlos de nuevo, pero mi yo despierto carecía de la fuerza de mi mente subliminal. Durante el día, solo puedo visualizarlos en esos últimos meses y semanas y en ese día fatídico. A veces, no puedo esperar a que pasen las horas, a que el día se desvanezca, ansiosa por volver a mis sueños donde sé que los encontraré, esperándome, siempre riendo y jugando y llamándome «Mamá». Makarov a veces también está allí, pero siempre a lo lejos, con esa media sonrisa en sus labios mientras observa con orgullo.

Después de los primeros años, empecé a temer que un nuevo bebé borraría mis sueños, me negaría la posesión de Natasha y Nicola. Pero entonces me di cuenta de que sí quería un hijo, simplemente no quería uno con Petrov.

Qué extraño se sentía pensar en Petrov como parte de mi pasado. Recordé aquella noche y me estremecí. Solo habían pasado unos días, pero ya parecía que hubiera sido hace una vida, la vida de otra persona.

*

—Adelante, Maria Radekovna —dijo Rykov cuando entré en su oficina. Sobre su escritorio había una taza de algo caliente, aún humeante—. Tome asiento.

Me senté. Esperé a que comentara sobre el clima. Pero en su lugar, fue directo al grano.

—Así que, tengo entendido que el joven Vladimir le ha pedido que se presente a una rueda de reconocimiento.

—Sí.

—Bien. Ahora, estoy seguro de que no habrá nada de qué preocuparse. Este hombre, el vecino, estará con nosotros pasado mañana. A las dos en punto. ¿Le parece bien? Bien. Nuestros colegas del campo nos dicen que han encontrado rastros de sangre cerca de la chimenea. Interesante. Así que, dígame otra vez, ¿cuál es su relación con Kalinin? ¿Su Dmitry?

Por supuesto, el vecino me reconocería. Incluso en la oscuridad, con la lluvia, me reconocería, la bruja medieval. La forma en que me miró, boquiabierto, incrédulo. Dentro de dos días, a las dos en punto. Dicho tan casualmente, como si Rykov y yo estuviéramos concertando una cita para tomar café. No había escapatoria; ningún lugar adonde huir.

—Maria Radekovna, ¿ha oído lo que he dicho?

—¿Qué? ¿Disculpe?

—Estabas en las nubes —rio—. Normalmente, cuando la gente se sienta ahí, tengo toda su atención. Así que, intentémoslo de nuevo. ¿Qué tan bien conoce usted a este artista? —Entonces, de manera bastante inesperada, Rykov se puso de pie y caminó hacia un lado de la habitación donde, apoyado contra la pared, había una especie de tablero cubierto por una tela verde oscuro, que no había notado antes—. Una cosa que aún me preocupa,

si me permite, es esta renuencia suya a admitir el alcance de su amistad con nuestro amigo, el camarada Kalinin.

—Pero ya le he dicho, conozco bien a su hermana, así que por asociación... —Mis palabras se atascaron en mi garganta cuando, como un mago, Rykov retiró la tela de un tirón y allí, bajo la plena luz de la habitación, estaba la pintura, mi sonrisa estilo Mona Lisa sonriéndome como si saludara a una vieja amiga. Rykov retrocedió para admirarla. Ahí estaba yo, en todo mi esplendor desnudo, siendo examinada por un oficial del NKVD.

—Es un buen parecido —dijo Rykov, con un brillo travieso en los ojos, girándose de un lado a otro para compararnos—. Dígame, Maria Radekovna, ¿el hermano de su amiga está tan familiarizado con todos sus conocidos casuales?

No pude mirarlo. Intenté concentrarme en la pintura, pero eso era peor. —Yo... yo solo... necesitaba una modelo, eso es todo, su modelo habitual estaba enferma...

—¿Su modelo habitual? Pero no hay otras pinturas como esta en su apartamento.

—No —dije humildemente—. Fue la primera.

Rykov se acercó a la pintura para examinarla de cerca. —Un ejemplo bastante descarado de provocación. Muy buena provocación, si me permite decirlo, pero difícilmente es una obra de realismo socialista, ¿verdad? —No respondí, pensando que no era necesario—. Dije, *¿verdad?*

Di un respingo; la vehemencia en su voz me asustó. —No —dije, consciente del temblor en mi respuesta monosilábica.

—Entonces, ¿cómo se siente al ver esto? ¿Se siente *orgullosa?* ¿Prostituyéndose al primer hombre que le dice que se quite la ropa?

—Es un artista.

—Oh sí, no cuestiono su talento, pero eso no excusa su parte en esto. ¿No suelen los artistas elegir a la mujerzuela más barata que puedan encontrar? Usted es una mujer inteligente, Maria Radekovna, lo sé, pero ¿considera

correcto degradarse así? ¿Dónde está su vergüenza, su sentido de la dignidad? ¿Eh?

Tenía razón, por supuesto, pero en ese momento parecía tan correcto, tan condenadamente romántico. Pero ahora, bajo su escrutinio y en esta oficina, parecía exactamente como él lo estaba describiendo: sórdido, barato y degradante. Su expresión lo resumía todo para mí, su mirada de disgusto. Recordé la manera en que Dmitry me había visto aquella noche: audazmente confiada y hermosa. Pero la belleza se desvanecía con cada segundo. Recordé la confianza que sentí esa noche, como si el mundo entero estuviera a punto de cambiar, como si estuviéramos en el umbral del brillante mañana que siempre nos prometían. Pero qué lamentable parecía todo ahora, lamentable y francamente tonto.

Volvió a su silla.

—Entonces, ¿qué tienes para mí esta semana? ¿Algo que informar?

—Sí. He asistido a una reunión de RAPA.

—¿Lo has hecho? Bien. ¿Y salió algo de ello?

Suspiré. Cómo odiaba este momento.

—¿Es esto necesario todavía?

Me miró fijamente y sentí que me encogía en la silla.

—Fingiré, solo por esta vez, que no escuché eso. ¿Tienes o no tienes algo que informar?

—Sí.

Tomó un sorbo de su bebida.

—Bien —esperó mientras me preparaba para otra denuncia—. Vamos, continúa —dijo—. No me dejes en suspenso.

# Capítulo 23: La obra de teatro

Los pasillos estaban desiertos. También lo estaban las aulas, las oficinas y la cantina. No se veía un alma. A lo lejos, Vladimir podía oír el sonido de los actores en el escenario; sus voces exageradas reverberando por los estrechos pasillos. El único otro sonido era el de tres pares de zapatos sobre el suelo de parquet. Los dos hombres uniformados marchaban lado a lado unos metros detrás de él, ambos idénticas caricaturas de sí mismos: matones fornidos, de cara achatada y hombros cuadrados, con impermeables negros y largos a juego. Vladimir estaba nervioso; siempre lo estaba antes de un arresto, especialmente cuando estaba al mando en solitario, y más aún después de su última experiencia en solitario. Palpó el bolsillo interior de su chaqueta por enésima vez, comprobando una vez más la tranquilizadora presencia del revólver.

Arrestar a alguien siempre era difícil, pero cuando salía según lo planeado, era una experiencia emocionante, especialmente cuando creías que el arresto estaba justificado. La expresión de horror en sus rostros, el miedo intenso en sus ojos, las negaciones incrédulas; casi se podía dibujar un diagrama ilustrando las diversas etapas de respuesta. Y como uno siempre estaba tan tenso, era propenso a hacer cualquier cosa para completar el arresto. Era una formidable escalada de miedo sobre miedo, con la violencia siempre a un paso de distancia. Aparte de la presión que uno sentía de sus superiores, siempre existía el riesgo de que no saliera según lo planeado. Y la presión desde arriba era bastante real porque ay del oficial que la cagara. Una vez era apenas perdonable, dos veces no. Y Vladimir ya había usado su única oportunidad. Por lo tanto, no era solo una actuación, uno no podía evitar convertirse en el bastardo duro que la gente pensaba que eras, simplemente por el miedo inducido por la adrenalina de incurrir en la ira de alguien como Rykov. Se esperaba que los prisioneros suplicaran, rogaran, entraran en histeria y perdieran toda apariencia de dignidad, pero siempre existía la posibilidad de que realmente contraatacaran, intentaran huir, se arrojaran bajo un tranvía; esas eran el tipo de cosas que uno temía.

Las mujeres siempre eran las peores. Y las embarazadas, especialmente. Eso fue lo que pasó la última vez. Rykov le había encargado la

responsabilidad de arrestar a una mujer sospechosa de ser (y posteriormente condenada como) saboteadora. El problema, como descubrió al llegar a su apartamento a las cuatro de la madrugada, era que estaba muy embarazada. Rykov no se había molestado en advertirle. Quizás no lo sabía o no lo consideró importante. Era una gritona, no del tipo asustado, sino del agresivo. Se negó a moverse y, finalmente, sus matones se vieron obligados a sacarla físicamente, luchando por contener su enorme vientre. La zorra arañó a uno de los oficiales justo en el ojo, haciéndole sangrar. El compañero del oficial le dio un puñetazo en la boca y luego, el estúpido bastardo que había sido arañado le golpeó en el estómago. Media hora después, sufrió un aborto en la parte trasera de la furgoneta; hizo un desastre terrible. Rykov estaba furioso. Ella había sido responsabilidad de Vladimir. No podía permitirse más errores. A los jefes les gustaba que les trajeran a los sospechosos de forma limpia; era su trabajo aplicar la presión.

Vladimir dobló la esquina hacia otro pasillo que conducía a las puertas dobles del salón principal. Oyó la voz de Rosa resonando desde dentro, sus palabras cargadas de emoción exagerada. Disminuyó el paso al acercarse a las puertas, y las pisadas detrás de él hicieron lo mismo. ¿Qué posibilidades tenía con ella ahora?, se preguntó. Su encuentro de hacía apenas unas horas no había ido bien. ¿Por qué estaba tan enojada con él? Siempre la había tomado por una verdadera creyente, una joven comunista de primera línea. Seguramente, entonces, debería haber acogido su deber proletario como una ocupación digna. ¿No era eso motivo de orgullo? ¿No se tenía a un soldado en la más alta estima, y qué era él, si no un soldado? Pero Rosa no había mostrado ningún reconocimiento de esto, ninguna apreciación de la sagrada causa a la que servía. Incluso su concesión de que el encarcelamiento de su padre había sido un error había caído en oídos sordos. Una concesión que, a decir verdad, era tanto innecesaria como falsa, pues el padre de Rosa era tan culpable como cualquiera. Estaba decepcionado e incluso perturbado por su reacción, pero no había mellado sus sentimientos por ella porque conocía la causa raíz. Alguien había envenenado su mente y, por su propio bien, tenía que parar. Como hija de un enemigo del pueblo, la propia situación de Rosa estaba lejos de ser segura. Si se dejaba llevar por pensamientos contrarrevolucionarios, podría encontrarse en una posición poco envidiable.

Era como una muela podrida: se necesitaban medidas duras para tratarla. Y esta muela podrida en particular estaba a punto de ser extraída.

Vladimir empujó la puerta del lado izquierdo, se escabulló en la oscuridad del salón principal y se paró a un lado. Los dos uniformados lo siguieron y tomaron sus lugares a ambos lados de él. Habían entrado casi sin ser notados, solo unas pocas personas en la última fila giraron sus cabezas momentáneamente, y un acomodador se les acercó. Vladimir supuso que estaba a punto de pedirles sus entradas, pero se detuvo al ver a los matones uniformados. Vladimir le hizo un gesto con la cabeza, y el acomodador retrocedió. Vladimir no pudo evitar considerar irónico que las dos personas que estaban actualmente en el escenario fueran Rosa y Boris. ¿Había una corriente de electricidad entre ellos? No, pensó, solo el torpe intercambio de diálogos entre dos actores aficionados. Una punzada de satisfacción lo recorrió al pensar que el pobre e ingenuo Boris no tenía idea de lo que le esperaba esa noche.

*—¿Cómo pueden seguir hablando y hablando todo el día?*

Vladimir estaba decepcionado con la actuación de Rosa. No era un experto en actuación, pero podía ver que su presentación era forzada, su postura incómoda. Boris era aún peor, sus palabras sonaban tan poco sinceras, tan aburridas y planas. Incluso él, pensó Vladimir, podría inyectar más vida al personaje de Andrey Sergeyevitch. El decorado, al menos, era impresionante. Lo había visto antes cuando vino a buscar a Rosa, pero ahora bajo la iluminación del escenario y los reflectores, era aún más suntuoso. La iluminación había transformado el papel tapiz pintado del simple amarillo de antes a un vibrante color mostaza. Las ventanas francesas daban a una escena de un césped verde brillante y sauces llorones. El escenógrafo había puesto en vergüenza a los actores.

*—Nuestro jardín es como un pasaje de jardín; caminan y montan a través de él. Niñera, dale algo a esa gente.*

Los personajes de Olga y Masha habían entrado en escena, y Vladimir reconoció la figura etérea de la amiga de Rosa, Ella, y su amiga con sobrepeso, Claudia. ¡Por fin, aquí había algo de actuación! La mera

presencia de Ella había transformado la producción. Decía sus líneas con convicción y finura.

—*Sentémonos juntas, aunque no digamos nada...*

La habilidad de Ella estaba teniendo un efecto positivo en los demás. Tanto Rosa como Boris parecían más cómodos entregando sus líneas al personaje de Ella. Aunque no lo había visto en años, Vladimir conocía la obra lo suficientemente bien como para saber que se acercaban rápidamente al final.

—*Nuestros soldados se van. Bueno, buena suerte para ellos.*

Palpó el revólver en su chaqueta y respiró profundamente. Recordó a la mujer embarazada en la furgoneta atravesando las calles desiertas de Moscú en plena noche. Sus gritos de agonía mientras sufría el aborto, intentando ahogar sus alaridos con su mano enguantada, el oficial tirándole del pelo para tratar de mantenerla quieta, mientras el otro conducía, volviéndose de vez en cuando para golpearla. Era bárbaro, pero en ese momento él podría haberla disparado allí mismo y empujarla fuera de la furgoneta al río sin pensárselo dos veces. Nunca más, pensó, esta vez no permitiría errores. Al menos esta vez, no se trataba de una mujer.

—*"Si tan solo supiéramos, si tan solo supiéramos..."*

Rosa, Claudia y Ella congelaron sus expresiones y sus movimientos mientras las pesadas cortinas verdes se cerraban. El público aplaudió. Él se unió, aplaudiendo suavemente mientras el telón se abría de nuevo, y las tres protagonistas, las tres hermanas, hacían una reverencia. Vladimir notó, con una sonrisa interior, que sus dos asistentes habían seguido su ejemplo y también aplaudían educadamente. Las cortinas se cerraron y se reabrieron, y todos los actores habían salido al escenario, haciendo reverencias a su público, saboreando los aplausos, disfrutando del éxtasis artístico, la emoción creativa. Las cortinas se cerraron de nuevo, y las luces de la sala parpadearon. Los aplausos cesaron tan repentinamente como habían comenzado, y Vladimir parpadeó mientras sus ojos se acostumbraban al duro resplandor de las luces normales. El asistente a su izquierda lo miró

expectante. Vladimir negó con la cabeza. No, aún no, pensó, deja que lo disfrute, que disfrute su momento de gloria, sus últimos minutos de libertad.

El público había comenzado a ponerse de pie, recogiendo sus pertenencias, dirigiéndose a las salidas. Vladimir los observaba mientras pasaban, muchos de ellos lanzándole una mirada furtiva, apartando rápidamente la vista antes de cruzarse con sus ojos. Era hora, pensó Vladimir. Asintió a sus asistentes y lideró el camino.

Subieron al escenario y siguieron la salida lateral izquierda que habían tomado los actores. Conducía a una sala de techo alto, sus puertas mantenidas abiertas por cubos de arena. Vladimir podía oír el bullicio de voces excitadas que provenían del interior, felicitándose mutuamente, el alivio de que todo hubiera terminado. *Ahora, brindemos por El jardín de los cerezos*, escuchó decir a alguien con una voz que se elevaba por encima de las demás. Al acercarse, vio al grupo de estudiantes arremolinados dentro de la sala, escuchó el tintineo de las copas, sintió el calor del orgullo artístico satisfecho. Parecía una lástima, pensó, tener que interrumpirlo.

Golpeó suavemente la puerta abierta al entrar. Solo los más cercanos a la entrada los vieron al principio, luego algunos más, y después, como un efecto dominó, unos cuantos más. La gente dejó de hablar a mitad de frase, con la boca abierta y las copas suspendidas cerca de los labios. Una cerilla encendida tembló y se apagó. Todas las miradas se volvieron hacia ellos, sus inesperados e indeseados visitantes. Él los observó a cada uno, su mirada saltando de un rostro a otro. Esto, pensó, era el poder.

De entre la multitud, emergió Rosa, aún vestida como una dama ociosa del siglo XIX, una aparición del pasado burgués. Detrás de ella, vio a Ella y, no muy lejos, a Claudia y a su lado, a Boris, vestido con esmoquin y pajarita. Rosa sostenía una copa de vino tinto, con las cejas fruncidas en confusión ante la aparición de Vladimir.

—Vladimir, ¿qué... qué te trae por aquí?

—Vengo a cumplir una desagradable tarea.

—No entiendo. ¿Aquí? ¿Ahora?

Una mujer corpulenta con el pelo plisado y las mejillas sonrosadas se acercó a él.

—¿Qué significa esta intrusión? —preguntó.

—¿Quién es usted?

—Ramzin, soy la jefa de drama aquí. Así que le pregunto de nuevo, ¿qué significa esto?

Vladimir le mostró su tarjeta de identidad.

—Asuntos oficiales.

Si esperaba que ella se intimidara por las letras NKVD, se llevó una decepción.

—Está muy bien —dijo ella—, pero esto es muy inoportuno. ¿No puede esperar?

—Me temo que no, tengo mis órdenes. —Pasó junto a ella, con los ojos fijos en Boris, cuyo rostro mostraba una expresión de resignación abatida. Las pocas personas entre ellos se apartaron como las olas bíblicas. Se sentía como el protagonista de una obra de teatro; los actores eran ahora su público. Alguien tosió. Podía sentir la presencia de sus asistentes a sus espaldas, su digno elenco de apoyo. Se aclaró la garganta—. ¿Camarada Gershberg? —dijo, reuniendo toda la autoridad posible—. Le pido que nos acompañe, por favor.

Boris tomó un sorbo deliberado de vino, lo tragó y luego dijo:

—¿Puedo preguntar por qué?

—Sí, exacto —dijo Ramzin—. ¿Por qué?

—No estoy en libertad de divulgar las particularidades del caso en este momento. Si me sigue, por favor.

Fue Ella quien dio un paso adelante, tan espléndida, recordó Vladimir, como Olga.

—No puedes simplemente llevártelo —dijo. Vladimir ladeó la cabeza. Ella se volvió hacia Rosa—. Rosa, haz algo, dile a tu... tu *bibliotecario* que

Boris es inocente.

—¿Inocente de qué? —preguntó Vladimir. Un murmullo de descontento recorrió la sala.

—Inocente de lo que sea que es culpable, por supuesto.

El murmullo se hacía cada vez más fuerte. A Vladimir no le gustaba, quería irse. Se volvió hacia sus hombres y les hizo un gesto con la cabeza. Pasando a su lado, marcharon hacia Boris y se colocaron a ambos lados de él, con sus impermeables presionando la espalda del muchacho. Intentó dar un último sorbo a su vino, pero uno de los matones le agarró la muñeca y le bajó el brazo. Boris dejó el vaso sobre la mesa.

Rosa se acercó a Vladimir y lo miró directamente a los ojos, tan cerca que sus narices casi se tocaban. —¿De qué se trata esto? Dímelo —siseó.

—No estoy autorizado a decirlo, pero tengo que llevármelo, son mis órdenes.

Asintió por segunda vez a sus muchachos y, esta vez, cada uno deslizó un brazo bajo las axilas de Boris.

—Está bien, está bien, quitadme las manos de encima. Ya voy. ¿Puedo coger mi abrigo?

Vladimir asintió y permitió que Boris recuperara su abrigo del respaldo de una silla cercana. Boris se puso el abrigo sobre el esmoquin y declaró: —Estoy listo. —Sonaba como un hombre a punto de tomar un tren, pensó Vladimir. Con eso, Boris salió libremente de la habitación, sin mirar a izquierda ni derecha, y tan rápidamente que los dos guardias tuvieron que ajustar su paso para mantenerle el ritmo. Vladimir los siguió. Para cuando llegaron al escenario, el murmullo había alcanzado todo su volumen, un crescendo de voces conmocionadas y conversaciones entrecortadas. Pero entre todo ello, aún se oía ocasionalmente el tintineo de una copa.

*

El trayecto desde la universidad hasta la Lubianka era corto, solo quince minutos a esa hora de la noche. Los cuatro hombres se sentaron en total silencio mientras el coche celular se deslizaba por las calles. Vladimir se

sentó a la izquierda de Boris, mirando por la ventana pero manteniendo a Boris firmemente dentro de su visión periférica y de su concentración. El trabajo de arresto aún no había terminado, pero a este ritmo, estaba resultando ser uno de los arrestos más fáciles y sin problemas en los anales del NKVD. Nunca había oído hablar de alguien que pidiera su abrigo y luego dijera que estaba listo. El judío estaba asustado, Vladimir podía notarlo, pero había que admitir que su fortaleza interior era admirable.

# Capítulo 24: La acusación

El apartamento de Dmitry era un desastre: ropa por todo el suelo, cajones sacados y volcados. Él se veía casi igual de desaliñado: sin afeitar, con el pelo revuelto y necesitado de un lavado. Llevaba el brazo en cabestrillo y me dijo que tenía el torso fuertemente vendado.

—Han estado aquí.

—Sí, como puedes ver —dijo secamente—. Bastante obvio, en realidad.

—¿Pero tú no estabas?

—No. Se llevaron mi cuadro.

—Sí, lo sé. Dmitry, *tenemos* que irnos.

—¿Adónde?

—No lo sé, pero no podemos quedarnos aquí; nos han descubierto, podrían venir en cualquier momento. Encontraron el cuerpo de Petrov y lo están trasladando. Descubrieron rastros de su sangre y encontraron al hombre que llamó, el vecino. Tengo que hacer una rueda de reconocimiento. Una vez que este hombre me reconozca, estaremos perdidos.

Su expresión permaneció impasible mientras se sentaba en el sofá, con los codos apoyados en el reposabrazos y los dedos entrelazados. A su lado, en la mesa auxiliar, había una taza de té que se había enfriado.

—¿Dmitry?

—¿Qué quieres que te diga, Maria? Como tú misma dices, estamos perdidos. Si antes no tenían a alguien siguiéndonos, seguro que lo tendrán ahora. Nos tendrán vigilados, sabrán de cada movimiento que hagamos a partir de ahora. Y de todos modos, ¿adónde sugieres que vayamos?

Odiaba la manera en que formuló la pregunta; sonaba tan condenadamente formal. Pero desafortunadamente, así había hablado desde nuestro regreso de la dacha. Las cosas no iban bien.

—A cualquier parte.

—Pero ¿exactamente adónde, Maria? Difícilmente podríamos volver a la dacha; no tenemos suficiente dinero para empezar de nuevo en algún lugar nuevo, y no podríamos presentarnos en la puerta de algún viejo pariente mío, aunque tengo docenas de ellos repartidos por ahí. ¿Cómo te explicaría? No podría simplemente aparecer con una nueva *novia* sin avisar.

—¿Por qué dijiste *novia* en ese tono de voz?

Pareció sobresaltado por la acusación. —Lo siento, no fue mi intención.

No, quizás no había sido su intención, pero lo había hecho. La muerte de Petrov lo había impactado más de lo que inicialmente aprecié. Ahora parecía diferente, era casi como si estuviera resentido conmigo, como si yo hubiera entrado en su vida y efectivamente la hubiera destruido. No podía culparlo. Se suponía que este sería el comienzo de nuestras vidas juntos. Pero no era como lo había imaginado. No había alegría en nuestra recién encontrada libertad.

No había mencionado aquella terrible noche, pero sé que, como a mí, nunca estaba lejos de sus pensamientos. Después de habernos aseado, nos pusimos a limpiar las pruebas alrededor del cadáver. En silencio, limpiamos la sangre y fregamos toda la sala principal dos veces. Pero, como se demostró, aún no fue suficiente. Dmitry se estremecía continuamente mientras trabajaba, doliéndole el brazo y, especialmente, las costillas. A Petrov lo dejamos para el final. Toda la dacha parecía estar como debía, excepto por el área inmediata que cubría el cuerpo. Dmitry necesitó armarse de valor antes de siquiera acercarse. Intentó levantar a Petrov por los tobillos, pero los pantalones se deslizaron y Dmitry tocó accidentalmente la piel. La textura inesperada de la piel le atravesó como una descarga eléctrica. Retrocedió con el rostro horrorizado. Finalmente, decidimos envolver el cadáver en una alfombra. Psicológicamente, hizo la tarea más fácil, pero Dmitry aún se sorprendió por el peso del cadáver. Yo no. Recordaba muy bien el esfuerzo que me costó llevar primero a Nicola y luego a Natasha al bosque detrás del pueblo, y ellas eran una fracción del peso de Petrov. Entre los dos, llevamos a Petrov a la fría noche, cruzamos el jardín y nos adentramos en el bosque detrás de la dacha. No sé cuán lejos lo llevamos, pero pareció una distancia inconmensurable. Dmitry regresó entonces a la dacha para buscar una pala. Tardó una eternidad. Yo caminaba de un lado a

otro moviendo los brazos, tratando desesperadamente de mantenerme caliente.

A Dmitry le llevó mucho tiempo cavar un hoyo; el suelo estaba muy duro y, a pesar de sus heridas, rechazó mi ayuda. Pero no quería quedarse solo con el cadáver, así que no tuve más remedio que soportar el frío mordaz. Todo el tiempo me sentía inquieta, esperando a medias ser descubierta en cualquier momento. Pero era la mitad de la noche; nadie iba a pasar por allí a esa hora en el bosque oscuro como boca de lobo, con el viento azotándole la cara. No era la primera vez que me encontraba en una situación así.

¿Y cuánto tiempo permaneció Petrov sin ser molestado? ¿Un día? ¿Dos? Y ahora, lo estaban trayendo de vuelta a Moscú. Era como esperar la visita de un fantasma. Dmitry y yo no estábamos más cerca ahora de lo que estábamos cuando Petrov aún vivía; si acaso, estábamos más distanciados que nunca. Parecía que nos estábamos desenamorando tan rápido como nos habíamos enamorado.

—No lo sé, María, no sé qué hacer... excepto esperar lo inevitable.

Dmitry se desplomó en la silla y cerró los ojos, con un mechón de pelo negro cayéndole sobre la frente.

El golpe en la puerta nos sobresaltó. Nos miramos fijamente. ¿Ya habían llegado? —No abras —susurré.

—Tenemos que abrir.

Por supuesto, tenía razón. Solo derribarían la puerta; estábamos atrapados. Me levanté y fui a la puerta, con la mano temblando locamente. Con los dedos aferrados al pomo, sentí como si mi vida estuviera a punto de dar otro giro a peor. Abrí la puerta y allí, de pie frente a mí con el sombrero en las manos, estaba Mikhail, sus pequeñas gafas redondas brillando bajo la luz del pasillo. Tuve que contenerme para no lanzarme a su cuello, tal era mi alivio.

El alivio de Dmitry también era evidente cuando se levantó para saludar a su viejo amigo y patrón.

—Mikhail, viejo zorro, qué alivio que solo seas tú —dijo con una risa.

Mikhail sonrió débilmente.

—Sé cómo te sientes —dijo.

—Bueno, es un placer verte, pasa, pasa, toma asiento.

Mikhail se sentó en el sofá y echó un vistazo a su alrededor.

—¿Os han robado? —preguntó.

—Ojalá fuera solo eso.

—Hmm, ya veo. —El poco pelo que tenía estaba engominado hacia atrás y brillaba positivamente. Rechazó mi oferta de té—. Ese es un objeto peculiar.

—Es mi oso —dije—. Dentro hay una botella de agua de colonia.

—Qué inusual.

—Bueno —dijo Dmitry—, ¿qué te trae por aquí?

Mikhail se inclinó hacia adelante, con las manos agarrando sus rodillas.

—Me temo que malas noticias, viejo amigo. Han arrestado a Mamontov.

—*¿Qué?*

Rykov no había perdido el tiempo.

Mikhail continuó:

—Se lo llevaron ayer.

—Eso no significa necesariamente nada.

—¿Estás bromeando? Siempre has sido demasiado optimista para tu propio bien, Dmitry, ¿cómo podría significar algo que no fuera lo peor? Nos tienen entre sus garras. RAPA está prácticamente acabada; era solo cuestión de tiempo. Siempre pensé que Mamontov era el topo, pero parece que me equivoqué. Alguien más nos ha estado delatando. Alguien dentro de nuestras filas. ¿Y para qué? ¿Por seguir la línea del Partido al pie de la letra? Prácticamente renunciamos al arte como búsqueda de los talentosos y nos dejamos encorsetar en industrialistas que dibujan por números,

elogiando la hoz y el martillo, ¿y esto es lo que obtenemos? No lo entiendo. Tal vez fuimos demasiado dogmáticos. Hicimos demasiados enemigos por el camino, siendo muy críticos con aquellos que no seguían nuestro camino. Es decir, eso es lo que yo predicaba todo el tiempo, que teníamos que mantener un grado de tolerancia, pero oh no, idiotas como Mamontov insistían en que no había margen de maniobra y mira dónde nos ha llevado. Nos volvimos tan condenadamente rígidos que no pudimos dar marcha atrás. Y todo lo que logramos fue alienar a aquellos que podrían habernos apoyado. Así que cuando Stalin se pregunta si nos hemos vuelto demasiado arrogantes, ellos están ahí como una bala. Así que ese es el fin para nosotros. Dios sabe qué le sacarán a Mamontov. Esos bastardos lo tendrán ahí ahora, orinándole en la boca, obligándole a implicarnos a todos. Les hablará de mí, no tendrá otra opción.

—¿La petición de Bujarin?

—Sí, mi momento de locura. Qué orgulloso estaba de mí mismo, defendiendo un principio. Pero lo ejecutaron de todos modos y nunca me permitirán olvidar que firmé ese maldito papel.

—Pensé que te habías retractado públicamente —dije.

—Sí, pero de poco me servirá ahora. Tú estarás bien, viejo amigo, especialmente ahora que han anunciado tu premio en *Pravda*.

—¿Lo han hecho?

—¿No lo has visto? Dios mío, debes ser el último en enterarte. ¿No recibiste una carta?

—No, no he... todavía no.

—Bueno, déjame ser el primero en felicitarte, viejo amigo.

—Gracias. Muchas gracias.

—Felicidades, Dmitry —añadí.

Sonrió débilmente. —De todos modos, no estoy tan seguro de que me proteja tanto.

—No, claro que no, nada en la vida es seguro, pero existe la posibilidad de que sobrevivas un poco más que el resto de nosotros. No querrán arrestarte justo después de honrarte con un premio que lleva el nombre de Lenin, pero ten cuidado, te tendrán en su punto de mira, esperando... tu momento aún podría llegar.

—Lo sé.

—Tal vez tengas tiempo suficiente para congraciarte con la próxima moda. Si puedes, utiliza bien tu premio, podría abrirte puertas, ve a donde te lleve —noté una línea de sudor en su frente.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Dmitry.

—No lo sé —Mikhail sacó un pañuelo de su bolsillo y se limpió el cuero cabelludo—. Supongo que esperar. ¿Qué más puedo hacer?

—Mamontov podría resistir.

—Pocas probabilidades, el cobarde sin carácter. No, perdóname, no quise decir eso —se sonó la nariz—. Nadie merece sufrir en sus manos. Nadie. Con ellos, eres culpable antes que inocente; ¿qué oportunidad tiene alguien?

Dmitry abrió la boca como si fuera a decir algo, pero luego lo pensó mejor y guardó silencio. ¿Qué podíamos decir para consolarlo? No tenía sentido intentar persuadirlo de que podría ser perdonado porque todos sabíamos que tenía razón; el pobre hombre estaba viviendo tiempo prestado.

—No me importa tanto por mí, sino por mi esposa y mi hijo. ¿Cómo les va a afectar? Es solo el pensamiento de no verlos de nuevo... eso es lo que me aterroriza. Los amo tanto... —El pensamiento de su familia fue demasiado para Mikhail; rompió en llanto, enormes sollozos ahogados llenaron el aire mientras enterraba su rostro en su pañuelo. Hasta ese momento, había estado de pie detrás del sillón de Dmitry. Dmitry y yo nos miramos, cada uno leyendo la incomodidad en nuestros pensamientos. Apenas conocía al hombre, pero la vista de este hombre orgulloso sollozando frente a mí era demasiado para soportar. Un momento después, me encontré sentada junto a él en el sofá con mi brazo alrededor de sus hombros. Su cuerpo se sacudió ante mi toque.

Mirándolo de reojo, quería decir algo, pero las palabras no salían. Se sonó la nariz de nuevo con bastante fuerza y se limpió los ojos con el dorso de las manos.

—Déjame traerte un pañuelo —dijo Dmitry.

Tan pronto como Dmitry estuvo fuera del alcance del oído, Mikhail me susurró—: Fuiste tú, ¿verdad?

Sentí que mi corazón se aceleraba. —¿Perdón?

—Fuiste tú; sé que fuiste tú.

—¿Qué quieres decir?

—Fuiste tú quien nos denunció. Tienes que decírselo a Dmitry ahora, para advertirle.

—No puedo decírselo ahora.

—Así que no lo estás negando. Si no se lo dices en este instante, lo haré yo.

Ya Dmitry estaba de vuelta. —Aquí tienes, Misha.

—Gracias, viejo amigo. Perdóname por mi arrebato indigno, yo... no pude...

—Shh, ya —dijo Dmitry—. No te disculpes, lo entendemos.

—Sí —dijo a través de su pañuelo—. Ese es el problema, ¿no? Todos lo entendemos demasiado bien. No debería ser así, pero lo es. Así es exactamente, así es como vivimos, es adonde nos ha llevado el comunismo, y lo aborrezco por lo que nos ha hecho. —Hizo una pausa por unos momentos y tomó un respiro profundo—. Nos están llevando a todos, uno por uno. Es mi turno ahora; no tiene sentido fingir lo contrario. Y luego, podrías ser tú la siguiente, nunca se sabe. ¿Cuándo es tu ceremonia de premiación, viejo? ¿Es mañana? He perdido la noción del tiempo.

—Sí, mañana, el Día del Trabajo.

—Así es. Intentaré ir si puedo.

Dmitry sonrió. —Sí, hazlo. Me gustaría eso.

Siguieron hablando, pero me sentí incapaz de escuchar. Quería vomitar. ¿Cómo lo sabía Mikhail? ¿Qué podía hacer yo?

—Somos como una fila de fichas de dominó —dijo Dmitry, en voz baja para sí mismo.

—¿Una fila de qué?

—De dominó. ¿Recuerdas, Mikhail, que te lo dije? Cae una, caemos todas. Nunca pensé realmente que pasaría, sin embargo... no a nosotros.

—Entonces, ¿qué piensas tú, eh, Maria?

—¿Perdón?

—¿Quién crees que es nuestro topo? ¿Quién es el lobo con piel de oveja?

—Yo... realmente no lo sé. ¿Seguro que no quieres esa taza de té?

Justo cuando pensé que mi corazón podría desmoronarse, hubo otro golpe en la puerta.

—Es Anna, mi hermana —dijo Dmitry.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Mikhail.

—Es su forma de tocar.

Nunca me había alegrado tanto de verla. Había venido, dijo, para felicitar a su hermano; había visto el anuncio en el *Pravda*. Mientras Anna, Dmitry y Mikhail charlaban, yo deambulaba por la habitación, tratando de parecer indiferente. En la esquina, detrás de un sillón, encontré lo que buscaba. Rápidamente, me agaché y desenchufé el cable del teléfono.

—¿Estás bien, Maria?

—¿Qué? Sí, creí ver un botón en el suelo, pero no lo era.

—Esto podría hacerte famoso —dijo Anna—. Ahora todos conocerán tu nombre. Solo piensa —le dijo a Mikhail—, mi hermano, el artista famoso.

—Y nosotros en RAPA estamos muy orgullosos de él. Escucha, viejo, debería irme. Solo quería venir a despedirme, por si acaso. Tengo que...

aprovechar al máximo. Podría ser nuestra última noche juntos como familia.

—Iré contigo —dije.

—¿Se van tan pronto? —dijo Dmitry.

—Compras. Ya sabes.

—Esperaré a que cojas tu abrigo —dijo Mikhail, esperando junto a la puerta.

—Salid por la puerta trasera —dijo Dmitry, mirando por la ventana.

—Me alegro de verte de nuevo, Anna —dije—. Siento tener que irme con prisas.

Cuando Mikhail se disponía a salir, le dijo a Dmitry:

—Reza por mí. —Y con eso, nos fuimos.

*

Mikhail caminaba rápido y tuve que trotar para mantenerme a su paso.

—Por favor, Misha, si se lo digo nos destruirá.

—Y si no se lo dices, lo destruirán a él. Y no me llames Misha, no nos conocemos tan bien. Además, ¿no tenías marido?

—Tenía. Me abandonó.

—¿Lo hizo? Qué extraño. ¿A dónde iría? —Se detuvo abruptamente—. Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—No tuve elección. ¿Cómo lo supiste?

—Obvio. Vienes a una reunión y al minuto siguiente arrestan a Mamontov. Pensé que era una coincidencia. Pero no, sabía que habías sido tú.

—Como digo, no tuve elección.

—Bueno, lo siento por usted, Maria Radekovna, pero, francamente, tengo preocupaciones más urgentes, incluyendo lo que le pasará a mi amigo Dmitry. —Miró su reloj—. Son las cinco. Le doy dos horas para decírselo.

Puede que no tenga mucho tiempo. Lo llamaré exactamente a las siete. Ahora, si me disculpa.

—Pero Mikhail, por favor...

No se detuvo. Lo vi marcharse, con las manos hundidas en los bolsillos. Intenté pensar, ordenar mis pensamientos confusos. Bien, así que llama a Dmitry a las siete. ¿Habrá notado Dmitry el cable del teléfono desconectado? Probablemente no. Entonces, Misha, Mikhail, se encontrará con la línea muerta. Si cree que es su última noche de libertad, ¿estaría dispuesto a salir en la oscuridad para decírselo directamente a su amigo? Posiblemente. Tenía que asumir que lo haría. ¿Y cómo reaccionaría Dmitry si lo supiera? Incluso si le dijera las razones, seguiría sintiéndose traicionado, estaba segura. ¿Me odiaría tanto como para contarle a la policía sobre Petrov? Improbable, pensé, pero tenía que asegurarme de que no llegara tan lejos. Sabía lo que tenía que hacer, y la idea me heló la sangre.

Esperé unos momentos antes de seguir a Mikhail. Nunca miró hacia atrás; no se le ocurrió que podría seguirlo. Tomé nota de por dónde iba, dejando mentalmente un rastro de migas de pan. Bajamos por varias callejuelas hasta llegar a una pequeña plaza, la Plaza Bolshaya, con una fuente en el centro. Lo vi entrar en un bloque de apartamentos y, colocándome en la entrada de un edificio de enfrente, observé. Efectivamente, después de un minuto más o menos, vi encenderse una luz en el tercer piso. Me pregunté si su familia estaría dentro. Lo vi acercarse a la ventana. Retrocedí hacia las sombras. Cuando volví a mirar, ya no estaba.

# Capítulo 25: La espera

Cuando el Black Maria giró bruscamente en la carretera y se abrió paso entre la multitud, Boris supo que su existencia actual había llegado a su fin. Qué extraño era ser transportado en el coche de un hombre rico mientras llevaba su esmoquin y pajarita. Cualquiera que mirara adentro pensaría que *él* era el hombre con el poder. A pesar del frío de la noche, Boris se sentía empapado en sudor. El coche se detuvo en la garita del centinela y luego pasó por las imponentes puertas de hierro. Boris miró hacia adelante y vio el contorno del edificio recortado contra el cielo nocturno, con todas las ventanas iluminadas. Su corazón, ya acelerado, latió aún más rápido. *Este*, lo sabía, era la Lubianka, el edificio más temido de Moscú, el principal centro de interrogatorios del NKVD. El nombre, por sí solo, era suficiente para reducir a los hombres a miserables temblorosos. De los que entraban en la Lubianka, muy pocos salían por la puerta principal. O salías en una caja o te sacaban por la parte trasera a una furgoneta que esperaba para iniciar el largo viaje a algún lugar dejado de la mano de Dios. Boris cerró los ojos con fuerza y sintió el escozor del sudor.

El largo pasillo oscuro olía a desinfectante y jabón carbólico. Vladimir iba delante, luego Boris, y los dos asistentes detrás. Boris intentó mantener el ritmo, pero sus piernas se sentían débiles por el miedo. Lo siguió cuando Vladimir giró bruscamente a la izquierda y abrió una puerta que daba a una pequeña habitación. Dentro, detrás de una mesa, había dos oficiales sin uniforme. Boris notó cómo levantaban la barbilla y sacaban el pecho al ver a Vladimir.

—Otro más para ustedes —les dijo Vladimir, antes de darse la vuelta y marcharse, llevándose consigo a sus secuaces.

La habitación estaba desnuda, solo paredes y techo grises, ni siquiera una fotografía de Stalin para aliviar la monotonía. Boris miró a sus dos nuevos anfitriones, ambos vestidos con trajes tan grises como las paredes. El más alto y calvo de los dos se sentó a la mesa y cogió un bolígrafo.

—¿Nombre? —preguntó sin levantar la vista.

Boris respondió. Luego dio su dirección y edad. El hombre chasqueó los dedos y Boris se dio cuenta de que señalaba una puerta que no había notado, detrás del escritorio. El segundo hombre abrió la puerta, y Boris avanzó, temeroso de lo que hubiera más allá.

Esta habitación era aún más pequeña. A un lado, había una cámara montada sobre un trípode. El segundo hombre se colocó detrás de la cámara y señaló la pared opuesta. Boris se puso de espaldas contra la pared y se enfrentó al objetivo. El flash llenó temporalmente la habitación con su furiosa luz blanca, mientras la visión parpadeaba en su retina durante unos buenos segundos.

—Perfil —dijo el hombre.

Boris giró hacia la izquierda y el flash volvió a dispararse.

—Fuera.

Boris regresó a la primera habitación.

El primer guardián lo esperaba en el centro de la habitación. El hombre detrás de él empujó a Boris hacia adelante.

—Quítese el cinturón y los cordones de los zapatos —dijo el primer hombre.

Sin vacilar, Boris obedeció.

Boris se quedó de pie y esperó mientras el primer guardián hacía algunas anotaciones, resistiendo el impulso de subirse los pantalones, que sentía que le caían molestamente bajos en las caderas. Miró al segundo hombre, quien inmediatamente desvió la mirada. Quería hablar, preguntarles qué iba a pasarle, pero sabía que debía guardar silencio. Estos hombres eran duros, pensó Boris, no solo en el sentido físico, sino en sus corazones. No sentían más compasión por él que la que siente un trabajador de un matadero por la vaca condenada. Él era, y siempre sería, un objeto en un sistema duro e implacable.

—Vacíe sus bolsillos —dijo el primer hombre. Boris hizo lo que le ordenaron, pero todo lo que tenía era un paquete de cigarrillos, una caja de fósforos y algunas notas sobre la obra.

—El reloj.

Boris se quitó el reloj y se lo entregó al guardia. El hombre hizo algunas anotaciones más antes de decir: —Quítese la ropa.

—¿Qué? —¿Había oído correctamente? ¿Por qué querrían que se quitara la ropa? Pero el hombre permaneció en silencio, su rostro desprovisto de cualquier expresión más allá del aburrimiento. Boris se quitó la chaqueta de etiqueta y miró alrededor buscando una silla o algún lugar donde colocarla. Al no encontrar nada obvio, dejó caer la chaqueta al suelo. Se desató la pajarita y luego se quitó la camisa de vestir. Estaba a punto de dejar caer la camisa cuando el guardia chasqueó los dedos y extendió la mano. Boris le pasó la camisa. El guardia la tomó y se la pasó a su colega, quien procedió a arrancar todos los botones. Boris observó por unos momentos. —La ropa —bramó el primer hombre. Boris se sobresaltó. A regañadientes, se quitó los zapatos y se desabrochó los pantalones. Finalmente, estaba de pie solo con sus calzoncillos, con las manos delicadamente cruzadas frente a él.

—Y esos también.

Podía sentir sus labios temblando de miedo y frío. Tragó saliva y, reuniendo fuerzas, lentamente se bajó la delgada tela blanca y salió cuidadosamente de ella. El guardia chasqueó los dedos de nuevo. Boris le pasó sus calzoncillos. Se quedó de pie temblando frente a ellos, con las manos firmemente cubriendo sus genitales, y observó cómo el segundo guardia cortaba los calzoncillos con un cuchillo. Finalmente, el hombre extrajo el elástico y arrojó los calzoncillos de vuelta a los pies de Boris.

El primer hombre se acercó a él. Boris notó algo en su mano. Retrocedió, su cuerpo tensándose en expectativa de dolor. —Quédese quieto, cabrón. —Con los ojos parpadeando, Boris tomó una brusca bocanada de aire y se preparó. —Abra la boca. —Los músculos de Boris se relajaron por un momento al darse cuenta de que el implemento en la mano del guardia era simplemente una linterna. La tensión regresó cuando abrió la boca. —Más amplia. —Los dedos entraron como dos larvas secas. —Mire hacia arriba. —La linterna se encendió y Boris se atragantó al sentir los dedos hurgar bajo su lengua, contra el paladar y en la parte posterior de su garganta, moviéndose bruscamente de un lado a otro. Luego sintió un dedo gordo

engancharse en una mejilla y tirar violentamente hacia un lado. El guardia inclinó la cabeza y usó la linterna para mirar dentro. El proceso se repitió en la otra mejilla.

No fue tanto el dolor como lo inesperado de lo que sucedió a continuación lo que hizo que Boris gritara. El guardia le agarró el párpado inferior y tiró de él hacia abajo. Cegado por el destello de luz a una pulgada de su ojo, Boris se tensó mientras esperaba la segunda inspección. El dolor fue momentáneo, pero fue el miedo al dolor repentino lo que hizo que su temblor se intensificara.

—Cabeza hacia atrás. —Boris obedeció, pero el guardia aún empujó su cabeza más hacia atrás con un rápido golpe debajo de la mandíbula. La luz de la linterna brilló en sus ojos y Boris se dio cuenta de que estaban inspeccionando sus fosas nasales. Luego, el guardia giró la cabeza de Boris primero hacia un lado y luego hacia el otro, mientras la luz brillaba en sus oídos. ¿Qué, se preguntó Boris, podría posiblemente esconder en sus oídos, su nariz, sus párpados? Había lugares más obvios si quisiera intentarlo, y el pensamiento de ello le provocó una punzada de miedo en el corazón.

—Agarra tu pene y échalo hacia atrás... ah, eres un judío —Boris se estremeció. Abrió la boca pero la cerró de nuevo. No tenía sentido pedir concesiones, estos hombres habían hecho esto cientos de veces o más. ¿Qué era otra víctima asustada para ellos? Su pene se sentía ligero e inútil en la fría humedad de su mano. El celador se inclinó y, con su linterna, inspeccionó el apéndice de Boris. Boris hizo una mueca. —Levanta tu pene. —Esto era parte del juego, el ritual de humillación, la degradación del individuo en beneficio del Estado. —Vale, suéltalo. —No lloraría, no frente a estos hombres. Vendría algo peor, una humillación aún mayor; ahora lo sabía.

—Bien, date la vuelta, inclínate, separa las piernas y tócate los pies con las manos.

Esto, pensó Boris, era el colmo. La humillación estaba completa.

*

La celda era pequeña, de unos cuatro pies por nueve. El suelo estaba mojado, no había ventilación y el lugar apestaba a aire viciado, orina y suciedad. Había un banco de madera fijado a la pared y nada más. Una bombilla brillante colgaba del techo. Boris tiritó; hacía frío. Sin los botones, su camisa colgaba abierta. Se sentó en el banco y se abrazó a sí mismo. Pero entonces, la mirilla de la puerta se abrió y una voz le gritó: —¡De pie, mierda judía! Si te vuelvo a pillar sentado, entraré y te romperé las pelotas, ¿entendido? —Boris se puso de pie, el suelo chapoteando bajo sus zapatos sin cordones. Sus pantalones y calzoncillos estaban a punto de caerse y no tuvo más remedio que sujetarlos.

Oyó un ruido —un grito— que venía de no muy lejos. Era un sonido horripilante. Le siguió otro, y luego otro. Había gritos, sin duda —fuertes, gritos penetrantes. El corazón de Boris se aceleró. Incluso podía oír el sonido del látigo entre cada chillido de dolor. Los latigazos continuaron sin pausa, y cada grito era más aterrador que el anterior hasta que se preguntó si un ser humano era realmente capaz de emitir tal sonido. Boris caminaba de un lado a otro en los nueve pies de su celda, con las manos apretadas sobre sus oídos, sus pantalones y calzoncillos aleteando alrededor de sus muslos, tratando de bloquear el sonido del terror. Pero cada vez que quitaba las manos, los gritos seguían ahí. Después de un rato, los golpes cesaron, y Boris oyó los gritos furiosos y bestiales de un hombre, seguidos por la voz atormentada y suplicante de una mujer. Esta vez, el sonido de los golpes no era de un látigo sino un golpe sordo y nauseabundo. El ruido angustiado que siguió fue muy similar. ¿Cómo puede un hombre infligir tanto dolor a otra persona, y mucho menos a una mujer? ¿Era esto lo que le esperaba?

Se sentó en el banco de madera e inmediatamente se levantó de un salto, recordando la amenaza del guardia. Le palpitaba la cabeza, se sentía tan condenadamente exhausto, necesitaba desesperadamente dormir. ¿Era posible que solo unas horas antes estuviera de pie en el escenario junto a Rosa? ¿Habían sido solo unas horas? Era difícil saberlo, no tenía idea de qué hora era, si era de día o de noche. Todo lo que sabía era que este era el Día Uno de su nueva vida. Irónicamente, el mundo de fantasía de la obra había sido su último contacto con la realidad. Ya parecía pertenecer a otra vida. Ahora, estaba en una nueva realidad y aún era solo el primer día. ¿El primer día de qué? ¿Diez años, quince, veinticinco? Miles y miles de días.

Se dio cuenta de que los gritos habían cesado. Ahora, reinaba un silencio pesado. Aguzó el oído en busca de algún sonido, un atisbo de voz. No había nada. Solo el sonido de su propia respiración, que salía en breves jadeos. Incapaz de mantener los ojos abiertos, Boris sintió el peso de sus párpados.

¿Por qué estaba aquí? La pregunta, hasta ese momento, apenas le había preocupado. Era suficiente saber que estaba aquí. La lógica y el razonamiento apenas entraban en juego. ¿Qué había dicho Vladimir? *Las peculiaridades de su caso*. Peculiaridades de su caso... ¿cuáles eran exactamente?, se preguntó. ¿Su padre el rabino? O más bien, ¿su apego a Rosa, hija de un enemigo del pueblo?

Se tambaleó al sentir que su cabeza se volvía insoportablemente pesada. En su mente, estaba en un bosque, un bosque de pinos; aún olía a orina, pero al menos la vista era celestial con los rayos de sol filtrándose entre los árboles. Era el bosque cerca del pueblo de sus padres, cerca de Vyatka (nunca pudo acostumbrarse a su nuevo nombre, Kirov). Está corriendo y luego se zambulle detrás de un árbol caído y se esconde, agazapado contra el suelo húmedo del bosque. Se asoma por encima del tronco. A lo lejos, ve a sus padres caminando uno al lado del otro. Pero más cerca, llamándolo por su nombre, está su hermana menor, riendo para sí misma. Se agacha de nuevo y escucha cómo el sonido de sus pasos se acerca. Entonces salta de detrás del árbol caído con un fuerte grito de júbilo, con los brazos extendidos. Su hermana salta sorprendida y luego se desploma de risa. Boris también ríe. No puede parar de reír, todo su mundo resuena con risas. Sus padres ríen, el bosque ríe, el sol ríe. Vaya, hasta Dios ríe.

Su cabeza cayó bruscamente contra su pecho y Boris se despertó sobresaltado. Le dolían las rodillas, el frío parecía haber penetrado en sus articulaciones y la humedad del suelo se había filtrado hasta sus pies y piernas. Deseaba poder apagar la deslumbrante bombilla. Empezó a temblar, todo su cuerpo sacudiéndose de frío. Necesitaba orinar. ¿Cuánto tiempo había estado dormido? Podrían haber sido dos minutos o dos horas. ¿Iban a hacerlo estar de pie para siempre? Su cansancio estaba superando todo, incluso el hambre. ¿Cuándo fue la última vez que comió? ¿Justo antes de la actuación? ¿Y cuándo fue eso? ¿Doce horas, veinticuatro? ¿Cuánto tiempo llevaba en la celda? Se había desorientado por la falta de noción del

tiempo. Caminó hasta el final de la celda y se apoyó contra la humedad de la sólida pared. El frío de la piedra pronto traspasó su chaqueta y camisa y se alejó de ella. Si tan solo supiera qué hora era. Miró hacia el banco, la dura losa de madera ahora parecía tan atractiva como una cama con dosel cubierta de grandes y suaves mantas.

Boris pensó en Rosa. Visualizó sus ojos; grandes y oscuros, su cabello liso, su hermosa sonrisa que lo derretía cada vez que la veía. Las veces que se quedaba dormido con su imagen grabada en sus pensamientos a la deriva, solo para despertar y encontrar que ella seguía allí. La había deseado tanto, pero la había puesto en un pedestal demasiado alto, hasta el punto de que se había vuelto inalcanzable, como un jarrón precioso que uno no se atreve a tocar por miedo a romperlo. Sintió que se le encogía el corazón al pensar en ella usando su secreto como un arma. Ella sabía lo que él sentía por ella y aun así lo reveló. *Sí, me dijo que eres un yid.* ¿Realmente lo había odiado tanto por amarla?

En ese momento, la mirilla se abrió de golpe y apareció un ojo.

—Necesito orinar —dijo Boris rápidamente.

—Mea en la esquina, entonces —llegó la respuesta antes de que el ojo desapareciera de nuevo. ¿Qué opción tenía? Tenía que aliviarse. Instintivamente, fue a desabrocharse la bragueta, solo para darse cuenta de que los botones ya no estaban allí. Hizo una mueca mientras orinaba en la esquina más alejada del banco. Los cerdos vivían mejor que esto.

Y entonces, los gritos comenzaron de nuevo.

*

Boris calculó que debía haber estado allí al menos un día entero de pie, con frío, sin comida, agua ni sueño cuando finalmente vinieron a buscarlo. Podía sentir cómo su espíritu se desvanecía. La pesada puerta de hierro chirrió al abrirse y un guardia apareció en la entrada. —Fuera —había dicho.

Boris salió de la celda, con las rodillas temblando y los músculos de las pantorrillas palpitando. Sintió una inexplicable gratitud hacia el guardia por

haber venido a buscarlo, por haber abierto la puerta. —¿Qué hora es? —preguntó.

—No sé.

—Por favor, dígame, ¿qué hora es?

—Cierra la puta boca. Camina.

El guardia lo siguió por detrás, haciendo sonar sus llaves ruidosamente, mientras Boris avanzaba por un largo pasillo alfombrado. De vez en cuando, notaba un nicho construido en la pared. A cada lado, pasaba numerosas puertas, todas de un gris uniforme, cada una con un número. El momento de euforia ya había pasado, en su lugar llegó la sensación de temor: ¿a dónde lo llevaban, qué le esperaba? Aparte de las llaves del guardia, no había ningún sonido, la alfombra absorbía sus pasos. El silencio era inquietante. Debía de haber cientos de personas en este edificio, pero todo lo que podía oír era este falso silencio. Pero entonces, en la distancia, se escuchó el débil sonido de más llaves tintineando. El guardia puso su mano en el hombro de Boris. —Aquí atrás —dijo con urgencia—, rápido.

Boris se dio la vuelta y fue hacia donde el guardia señalaba. Boris se dio cuenta de que el guardia quería que se parara en un nicho. Boris entró y miró al guardia. —Cara a la pared —le ordenaron. Se dio la vuelta, su visión completamente ocupada por la piedra gris. El segundo juego de llaves tintineantes pasó de largo. Después de unos minutos, el guardia le indicó que continuara. Mientras Boris avanzaba por el pasillo, se dio cuenta del propósito de esa pequeña farsa: el tintineo de las llaves era para alertar a otros de su proximidad. Obviamente, estaban tan decididos a aislar a los prisioneros unos de otros, que ni siquiera se les permitía verse.

El guardia llevó a Boris por una larga escalera y Boris notó las redes extendidas a través de las barandillas. No hay posibilidad de suicidio allí, pensó. Luego bajaron por otro largo pasillo. Finalmente, le dijeron a Boris que se detuviera. Habían llegado a una puerta gris marcada con el número "421". El guardia llamó, esperó el permiso y luego abrió la puerta.

Boris entró en la habitación densamente alfombrada y quedó casi cegado por el rayo de luz que se filtraba por la ventana. Mientras sus ojos se

adaptaban al resplandor del día, vio una mesa con un hombre sentado detrás, las manos entrelazadas sobre la superficie, la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. Llevaba unas pequeñas gafas presionadas contra sus grandes ojos azules. Detrás de él, se encontraba la familiar figura de Vladimir, con una sonrisa de suficiencia en el rostro. Y, lo que era más preocupante, a la izquierda de Boris, se erguía un hombre con el porte de un oso, de hombros enormes y cuadrados y cuello de bulldog, con las manos a la espalda. Boris creyó oír el sonido de nudillos crujiendo. El portazo que sonó a sus espaldas le hizo dar un respingo. Echó un vistazo alrededor; el guardia se había ido. Podía sentir el sudor corriendo por su espalda. Se volvió y encaró al hombre detrás del escritorio.

—Buenas tardes —dijo el hombre con una sonrisa torcida—. Le pido disculpas por haberle hecho esperar tanto tiempo. Permítame presentarme. Mi nombre es Rykov.

# Capítulo 26: El arresto

—Hola. ¿Podría comunicarme con Firefox, por favor?

—¿De parte de quién?

Cubrí el auricular con la mano. —Oxford Blue.

—Espere.

Estaba llamando desde el teléfono comunitario de la planta baja. En todos los meses que llevaba trabajando para Rykov, era la primera vez que lo llamaba. Sobre el teléfono había una pegatina que proclamaba: *¡Socialismo: unidos venceremos!* Al final del pasillo, un par de niños estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas jugando a las cartas.

—Oxford Blue. ¿Tienes noticias para mí?

—Sí. Es sobre nuestro último sujeto. Planea irse de vacaciones... esta noche. —Uno de los niños chilló de alegría recogiendo un montón de cartas.

—¿Ah, sí? ¿Con la familia?

—Sí. El avión sale en un par de horas.

La línea se cortó. Rykov había escuchado todo lo que necesitaba saber. Conocía la dirección de Mikhail y, gracias a mí, sabía que estaba en casa, al menos por ahora. Unidos venceremos.

Volví arriba al piso y pensé en prepararme algo de comer. Pero no tenía apetito, solo una profunda sensación de vacío. En su lugar, me ocupé limpiando el apartamento, dejándolo blanco como la nieve, tal como Petrov lo habría exigido. Podía oír al bebé del piso de al lado llorando. Me di cuenta de lo solo que estaba en el mundo: sin Petrov, sin Viktor. Dmitry parecía estar alejándose de mí. Y sabía que vería cada vez menos a Rosa; ya tenía pocas razones para visitarme. Pobre Rosa, estaba preocupado por ella. Ya sufría la angustia de la desilusión y era una píldora amarga de tragar. El arresto de su amigo Boris había sido un golpe severo. Peor aún era pensar que su supuesto "novio" había tenido más que una mano influyente en la

caída de Boris. Rosa ya había jurado no tener nada más que ver con él. Francamente, no estaba seguro de si me sentía aliviado o no. Sin duda, Vladimir no era el tipo de hombre con el que quería que mi sobrina se relacionara, pero igualmente, ¿quién podría estar mejor situado para proteger sus intereses... y los míos?

Por qué habían arrestado a Mamontov... no se lo había mencionado a Rykov. Pero a lo largo de los años, todos habíamos llegado a darnos cuenta de que la lógica no tenía cabida en el mundo en el que vivíamos. Me pregunté qué estaría haciendo Mikhail en ese preciso momento. ¿Acostando a sus hijos? ¿Haciendo el amor a su esposa? Rykov no iría él mismo; dejaba el trabajo sucio a Vladimir. Vladimir con sus grandes orejas. Pobre, pobre Mikhail. Había arruinado la vida de un buen hombre, destrozado una familia amorosa. Por mucho que limpiara o escuchara el sonido del bebé, o pensara en mi soledad, no podía desterrar de mi mente la imagen de Mikhail, con su sombrero en las manos y sus palabras apocalípticas. Pero era él o Dmitry... o yo. No podía soportarlo más; tenía que asegurarme de que estaba a salvo. Poniéndome el abrigo apresuradamente, salí de nuevo.

Treinta minutos después, estaba de vuelta en la Plaza Bolshaya. La luz del tercer piso seguía encendida. Una familia en casa. Tuve que esperar casi una hora, paseando de un lado a otro, tiempo durante el cual sentí que me helaba hasta los huesos. Nadie, excepto un gato negro con sus ojos iluminados, me prestó atención. Incluso el gato se aburrió de mí y se escabulló. Pensé en mi hermano. Por supuesto, no había querido que muriera, pero ahora que se había ido, no podía evitar sentirme enormemente aliviado. Pero esta sensación de alivio me perturbaba. Su supervivencia había mantenido mi vida en vilo durante demasiado tiempo. Sentía que no podía hacer nada mientras Viktor estaba allí sentado todo el día, y mucho menos planear algo. Pero ahora, justo cuando mi futuro se estaba abriendo, se cerraba de nuevo. El guardián encargado del bloque había venido a verme: tenía dos días para mudarme. Dos días. En cierto modo, era un alivio. Desde la muerte de Viktor, mis vecinos se habían vuelto aún más insoportables. Golpeaban mi puerta por la noche para mantenerme despierto, estropeaban mi comida en la cocina compartida y robaban mis utensilios. Querían que me fuera lo antes posible; cada uno de ellos creía que era su turno de que les asignaran un apartamento. Aunque mudarme con

Dmitry era una posibilidad, la idea había perdido de alguna manera su atractivo. En cierto modo, la idea de simplemente desaparecer me atraía. Incluso pensé en el pueblo, el lugar donde había dejado atrás a Matrena. Era peligroso e incierto, pero era un medio para deshacerme de Rykov.

Finalmente, un coche celular apareció en la plaza, tan silencioso y elegante como el gato. Aparcó cerca de la entrada del bloque de pisos de Mikhail y dos hombres salieron y se quedaron un momento bajo los rayos de una farola. Uno de ellos, con su largo impermeable, era Vladimir. El otro estaba fumando. Vladimir sacó un trozo de papel de su bolsillo. Después de leerlo, miró hacia las ventanas y luego asintió a su colega. Los hombres subieron los pocos escalones hasta la puerta principal. El segundo hombre arrojó su cigarrillo detrás de él hacia la calle. Lo vi chisporrotear en la oscuridad, mientras la puerta se balanceaba de un lado a otro. No tenía necesidad de quedarme más tiempo. Sabía lo que vendría a continuación.

# Capítulo 27: El desfile

El día había llegado. Me encontré de pie en una fila a lo largo de un pasillo con otra docena de mujeres, todas vagamente similares a mí en cuanto a edad, altura y color. Permanecimos en silencio, como se nos había ordenado, y esperamos. No sentía miedo ni pánico. En cambio, estaba resignada a lo que el destino hubiera decretado. Mi marido estaba muerto; yo había desempeñado mi papel. Cualesquiera que fueran las justificaciones, había pecado, y no había escapatoria. Y todos sabían que era mucho mejor ser una prisionera criminal que una política, y las sentencias, incluso por asesinato, eran más indulgentes. Pensé en Mikhail y me estremecí al imaginar las degradaciones que estaría sufriendo ahora basadas en nada más que mi palabra. Había un extraño consuelo en que cualquier castigo que tuviera que sufrir no era más de lo que merecía. Pero había perdido a Dmitry en el proceso. Él había cambiado, yo lo había cambiado. Me sentía vacía por dentro: todo lo que había hecho había sido en vano. Petrov merecía algo mejor.

—Bien, párense derechas, miren al frente. No digan ni una palabra —un policía uniformado caminó a lo largo de la fila, inspeccionándonos. Satisfecho con su variopinto grupo de mujeres, tomó su lugar al final de la fila y asintió a un colega que estaba junto a la puerta. Entró el hombre. No podía verlo, ni quería, ni necesitaba hacerlo, con mis ojos enfocados en la pared de ladrillo frente a mí.

El proceso se llevó a cabo en total silencio. Se detuvo frente a cada mujer. Yo era, creo, la séptima en la fila. Se detuvo frente a mí y nuestras miradas se cruzaron momentáneamente. Era él, sin duda. Probablemente estaba pensando exactamente lo mismo sobre mí. Pero si me reconoció, lo cual seguramente debió hacer, no mostró ningún signo de ello. En su lugar, continuó con la siguiente mujer y así sucesivamente hasta el final de la fila, llegando finalmente al policía del final, quien lo escoltó fuera del pasillo.

Momentos después, el policía estaba de vuelta. —Bien, gracias, señoras, pueden volver a recepción donde podrán cobrar su tarifa. Gracias por su tiempo. La acusada vendrá conmigo.

Y con eso, la fila se dispersó. Seguí a mi policía y fui llevada dos pisos arriba y depositada en una oficina. Al ser introducida en la oscura habitación, fui recibida por Rykov sentado detrás de un escritorio. Pero esta no era su oficina habitual, ni siquiera su lugar de trabajo habitual. —Maria Radekovna —dijo Rykov—. Tome asiento. —Esta oficina era pequeña, no tan opulenta como su propia oficina, de techo bajo y sin características salvo el habitual retrato de Stalin colgado en la pared.

Revolvió algunos papeles, escribió una nota en uno, luego dejó todo a un lado y fijó sus ojos en mí. Su sonrisa ondulante parecía exagerada, era como si una boca de caricatura hubiera sido recortada y pegada sobre su boca. —La reconoció inmediatamente —dijo. No me sorprendió, pero mis manos aún se aferraron a los lados de la silla—. Así que, déjeme decirle dónde estamos. Su marido fue reportado como desaparecido por su asistente en el trabajo. Así que le pedimos que viniera a identificar el cuerpo. Esta amable señora tuvo la previsión de traer una fotografía de su marido y usted del escritorio de su jefe en el trabajo. ¿Está bien?

—Sí. Bien —No me había dado cuenta de que Petrov tenía una fotografía de nosotros dos en su escritorio en el trabajo. El pensamiento me apuñaló en el corazón. Rykov debió haberlo notado en mis ojos.

Continuó:

—Usando la foto, nuestros colegas palurdos dieron con un viejo que llevó a la pareja desde la estación de tren el miércoles pasado por la tarde. Los reconoció a ambos. Y ahora nuestro servicial vecino los ha identificado en el desfile. Así que, dígame, ¿qué ocurrió exactamente el miércoles pasado en la dacha?

Se lo conté. Le conté todo. No había necesidad de ocultar nada.

—Sí, lo matamos —dije a modo de conclusión—. Pero fue un accidente y si Dmitry no le hubiera golpeado, él habría matado a Dmitry.

Rykov estiró los brazos con los dedos entrelazados.

—¿Así que era más importante para usted que su amigo artista viviera que su marido?

—No lo estaba sopesando de esa manera. Arrojé el agua al fuego con la esperanza de que la distracción los calmara a ambos.

—Qué ingeniosa —dijo, garabateando otra nota—. Querrán interrogarla, por supuesto, y quién sabe, podrían decir que los accidentes ocurren y dejarla ir. Pero lo dudo. He solicitado permiso para hablar con usted primero, para ayudar en mis propias investigaciones.

—¿Debería estar agradecida?

Rykov me lanzó una mirada furiosa.

—No me importa realmente cómo se sienta. Pero en cuanto la deje ir, estará bajo su jurisdicción. Quiero que sepa que su amigo Dmitry está acabado, pero peor para él, el suyo es un cargo político. El colega de RAPA del que nos habló ha sido muy complaciente con su información. El camarada Mamontov lo confesó todo. Ahora conocemos todas las actividades atroces dentro de esa pequeña organización. La llamada Asociación Rusa de Artistas Proletarios resulta no haber sido más que una tapadera para el espionaje contrarrevolucionario. Lo sospechábamos, pero simplemente necesitábamos la prueba. Y ahora, gracias al complaciente colega de su amigo, la tenemos. Le debemos una gran deuda de gratitud al camarada Mamontov. Y ahora que tenemos al antiguo patrón de su amigo bajo nuestra protección, Mikhail no-sé-qué, esperamos la confirmación de la confesión de Mamontov en cualquier momento. Recuerda aquel alboroto en la fábrica de locomotoras, ¿verdad? Sí, bueno, puede que el viejo camarada Trifonov se haya puesto nervioso como un colegial por un poco de escote, pero sus sospechas estaban bien fundadas. También tenemos mucho que agradecerle a él. Bueno, antes de su propio arresto, claro. Así que necesitamos hablar con nuestro amigo Dmitry Kalinin. Pero primero, queremos que reciba su premio. Su Orden de Lenin hará que el caso tenga más repercusión. Nos hace quedar bien —dijo con un guiño.

—Así que, en resumen —continuó—, su amigo está bajo arresto y usted es requerida para interrogatorio. Puede irse a casa esta noche. Disfrute de su última noche de libertad. No piense en hacer nada imprudente. Si siquiera bosteza, me enteraré. Mañana, estará en la ceremonia con Dmitry. Estoy

seguro de que su presencia hará que el camarada Kalinin sea mucho más cooperativo. Nos acompañará su hermana, Anna, ¿no es así? Y su sobrina.

—¿Rosa? ¿Por qué meter a Rosa en esto?

—Quiero asegurar su cooperación.

—¿Está tomando a Anna y a mi sobrina como rehenes?

—Si quiere ponerlo de esa manera. Además, como su tutora, debo advertirle... su sobrina no ha sido tan comunicativa como esperaríamos de nuestra leal juventud. Tuvimos motivos para interrogar a un médico recientemente. Un abortista.

—No, Rosa no.

—No, déjeme terminar. No Rosa, sino una amiga suya, llamada Ella. Ahora no recuerdo su nombre completo. Ella, la pequeña zorra inmunda, se hizo un aborto. Este repugnante médico de baja calaña realizó la interrupción, negándole a Stalin un futuro ciudadano para nuestra gloriosa patria. Cuando interrogamos a la joven en cuestión, confesó que su sobrina lo sabía todo. Entonces, me pregunto, ¿por qué Rosa no denunció a su amiga ante la Comisión de Purga por ser la vil perra antisoviética que es? También entrevistamos a un joven conocido suyo, un muchacho judío, y ciertamente confirmó que Rosa necesita algo de atención.

# Capítulo 28: El Parque

Dmitry y yo nos dejábamos arrastrar por la inmensa multitud del Día del Trabajo que serpenteaba hacia el Parque Gorky. Sobre las amplias puertas de la entrada del parque colgaba una gran pancarta con el dictamen de Stalin *La vida se ha vuelto mejor, la vida se ha vuelto más alegre*.

Una vez dentro de las puertas, me sentí en una tierra diferente: tal era la atmósfera jubilosa, los gritos y las risas, las caras sonrientes, las familias felices. Nunca me había sentido tan en desacuerdo con la gente a mi alrededor. Había miles de personas, todas decididas a disfrutar de su día festivo de la Revolución y, como para marcar la ocasión, el sol había salido por fin. Seguramente, pensé, mientras mi vida se derrumbaba a mi alrededor, el Parque Gorky nunca había estado tan rebosante y vivo como ahora.

Dmitry me rodeó con su brazo. Sin mirarme, susurró:

—No te des la vuelta, pero ¿has notado a nuestro amigo?

—¿Amigo? ¿Qué amigo?

—Nos están siguiendo. Un hombrecillo con una chaqueta de pana y una gorra de visera. ¿No lo habías notado?

—No...

—No te des la vuelta.

—Rykov lo dijo.

—Habrá otros también; puedes estar segura de eso —suspiró—. Parece extraño, ¿no? Nos están permitiendo nuestro último día de libertad. Como la última comida de un condenado. Bien podríamos disfrutarlo. ¿Cómo te sientes?

—Extrañamente calmada.

—Sí, yo también. Lo siento, Maria —dijo, tomando mi mano—. Supongo que nunca tuvimos una oportunidad, ¿verdad?

—No, yo lo siento. He pensado en ello a menudo: ahí estabas tú, llevando una vida cómoda, jugando dentro de las reglas. Entonces llegué yo y te la destruí. Soy yo quien debería estar disculpándose.

—Habría caído tarde o temprano.

—Y ahora no hay nada que podamos hacer. Es casi un alivio.

Dmitry sonrió. Sabía a qué me refería.

Todavía nos quedaba una hora antes de que tuviéramos que presentarnos en el *Escenario de los Esfuerzos Artísticos Soviéticos* donde Dmitry iba a recibir su premio.

Cerca de la entrada del parque, en filas ordenadas y pulcras, había una serie de acorazados y tanques de cartón. Más adelante, Dmitry y yo nos detuvimos a observar una demostración de baile comunitario. Un director estaba hablando por el micrófono, detrás de él su banda, con los instrumentos listos. En el cuadrado delimitado frente a él, se encontraban una docena de parejas de chicas jóvenes sonrientes, vestidas con vestidos rojos y blancos hasta las rodillas, y grandes lazos rojos en el pelo. El director describía los pasos del baile mientras las chicas demostraban los movimientos. Luego, repitieron el espectáculo, pero esta vez acompañadas por música. Terminada la demostración, el director invitó al público a unirse. Algunas parejas se adelantaron, pero la mayoría, como nosotros, estábamos demasiado avergonzados para participar. Sin embargo, las jóvenes se dispersaron en diferentes direcciones entre la multitud y comenzaron a arrastrar a parejas que protestaban hacia el cuadrado. Nos encontramos entre los reclutados a la fuerza y pronto nos vimos frente a frente, con sonrisas avergonzadas fijas en nuestros rostros, las manos entrelazadas y listas.

—Esto es ridículo —dijo Dmitry—. ¿Qué estamos haciendo?

Debía haber unas veinte parejas. La música comenzó y el director dio sus instrucciones mientras saltábamos hacia la izquierda, girábamos alrededor del borde del cuadrado y volvíamos hacia el centro, no sin algunos giros equivocados y varias colisiones con otras parejas igualmente ineptas. Dmitry tenía, descubrí para mi diversión, un pobre sentido del ritmo. Al

final de cinco minutos, bastante angustiosos, estaba doblado de la risa y disculpándose por sus «dos pies izquierdos».

Habíamos escapado antes de que se introdujera la siguiente rutina de baile.

—¿Cómo podemos reírnos en un momento como este? —pregunté.

—La risa de los condenados.

Paseamos sin rumbo por el parque, sintiéndonos desconectados de todo lo que nos rodeaba, nuestros ojos atraídos por varias atracciones y vistas inusuales. Vimos puestos de comida que vendían salchichas, bocadillos de tocino, quesos fundidos y cerveza espumosa. El Estado podía proveer cuando lo necesitaba. Frente a nosotros, podíamos ver la noria y, más cerca, llegaban los gritos y clamores de la bolera. Nos detuvimos a ver un desfile de *Enemigos Patéticos*. Primero pasó una banda de metales, tocando una marcha fúnebre en tono de broma, seguida por la procesión que consistía en personajes disfrazados que se burlaban de los enemigos de la revolución. Primero vino la cabalgata religiosa: ángeles, dioses, sacerdotes y la figura de Jesús. Luego seguían los capitalistas: niños vestidos con trajes y gafas, con cojines metidos por delante y gruesos cigarros entre los labios. Un niño, para nuestra diversión, había añadido el delicioso toque de untarse salsa de tomate alrededor de los labios: el capitalista chupasangre. Por último, estaban los igualmente obesos nobles zaristas, condes y barones, y sus generales presuntuosos.

En otra parte, nos encontramos con una clase magistral de ajedrez para jóvenes, con parejas de niños bien vestidos sentados en mesas pequeñas, escuchando consejos y concentrándose en su próximo movimiento, mientras sus padres rondaban cerca. Pero quizás el espectáculo más popular era el salto en paracaídas. Filas de personas esperaban pacientemente para subir los escalones hasta la cima de una torre de piedra que, según el cartel, tenía 40 metros de altura. Desde allí, la gente saltaba y aterrizaba en paracaídas en el césped de abajo. Insté a Dmitry a que lo intentara, pero a estas alturas el tiempo jugaba en nuestra contra, ¡al menos esa fue su excusa!

El *Escenario de los Esfuerzos Artísticos Soviéticos* era relativamente pequeño en comparación con todo lo demás que habíamos visto en el

parque. La plataforma temporal estaba equipada con un techo de madera en forma de arco, sobre el cual se extendía la habitual pancarta que proclamaba otra de las frases de Stalin: *El artista es el ingeniero del alma*. No podía haber más de quince filas de sillas. Al menos, prácticamente todos los asientos estaban ocupados y más gente se arremolinaba cerca, viendo a un cuarteto de cuerdas tocar a Stravinsky. Dmitry me guió mientras nos deslizábamos entre el público de pie y nos dirigíamos a la entrada trasera de la gran estructura de madera.

—Aquí nos separamos —dijo Dmitry.

—Buena suerte.

—Gracias.

Me incliné para besarlo. Él me rodeó con sus brazos, me atrajo hacia sí y me besó con fuerza en la boca. Fue solo entonces, cuando el ruido del parque se desvaneció en el fondo, que me di cuenta de lo fuerte que había sido todo. La intensidad de miles y miles de personas hablando emocionadas, de parejas riendo, de niños chillando, de música sonando. Pero ahora, mientras nos besábamos, el ruido se redujo a un rumor distante, un murmullo apagado muy, muy lejos. Dmitry se apartó y nos miramos fijamente. Al final, parecía que lo había recuperado. Pero ya era demasiado tarde.

Sin decir una palabra más, se dio la vuelta y caminó rápidamente hacia el hombre corpulento que vigilaba la puerta del escenario con un cartel de *Prohibida la entrada*. Después de que examinaran cuidadosamente su invitación, le permitieron entrar. Cuando cruzó la puerta, levanté la mano para despedirme, pero él no miró atrás.

*

Deambulé por las filas de asientos, encontrando uno cerca del frente, mientras vigilaba a nuestro misterioso acompañante. El cuarteto de cuerdas seguía en el escenario, interpretando una pieza que creo que era de Mozart. La violista era mujer, los demás eran hombres y todos eran jóvenes. Mi vecino, un hombre canoso con el rostro ligeramente picado, me dijo,

durante las pausas, que eran estudiantes de la *Academia de Música de los Trabajadores*. La siguiente pieza, me informó, era de Shostakovich.

Pero a estas alturas, ya no podía concentrarme. Sentía un nudo en el estómago. Estaba nerviosa por Dmitry, por mí, por Anna y Rosa. Me preguntaba dónde estarían.

¿Qué estaba pasando con nuestro mundo? Aquí estaba yo, escuchando a Shostakovich, con mil rostros sonrientes a mi alrededor, pero detrás de cada sonrisa había una historia que contar. La purga de Stalin, como la más contagiosa de las enfermedades, había permeado todas las esferas de la vida. Apenas había un alma que no se hubiera visto afectada de alguna manera, por indirecta que fuera, por la sombra que se había cernido sobre toda la Unión Soviética. Y ahora, en mi búsqueda de libertad, me había arrojado bajo esa misma sombra. La vida con Petrov había sido tan asfixiante pero, como ahora empezaba a darme cuenta, había sido estable. Como un charlatán barato con un mantel, había arrancado esa estabilidad de la mesa de un solo tirón. Pero en lugar de encontrar todo pulcramente en su lugar, todo el edificio se había derrumbado a mi alrededor. Lo echaba de menos de una manera extraña. Había querido librarme de él, pero no de esa manera; no merecía tal destino. Había cambiado la asfixia y la estabilidad por el amor y la incertidumbre. Ya no parecía la atractiva propuesta que una vez fue.

*

El cuarteto terminó con una pieza de Rimsky-Korsakov. El público aplaudió mientras los músicos hacían sus reverencias y salían. Algunas personas a mi alrededor se levantaron, decidiendo buscar otra atracción para entretenerse, y se fueron. Nadie ocupó sus lugares, por lo que los asientos no estaban más que tres cuartos llenos. Miré alrededor y entonces lo vi. Sentado unas cinco filas detrás de mí, el hombre con la chaqueta de pana y la gorra de visera. Nuestras miradas se cruzaron por un brevísimo instante.

Después de un par de minutos, un hombre bajo y regordete que llevaba el peluquín más obvio apareció en el escenario, aferrando un gran trozo de papel. Llevaba camisa y corbata, pero se había quitado la chaqueta. Los oscuros círculos de sudor destacaban alrededor de las axilas de su camisa

blanca. Las pesadas bolsas bajo sus ojos contrastaban con la suavidad de su piel, haciéndolo parecer mayor de lo que era. Tosió en el micrófono al frente del escenario, hurgó en el bolsillo de su pantalón y sacó un par de gafas. Me incliné hacia mi vecino y le pregunté quién era este hombre. Mi vecino me miró con sorpresa; obviamente, se suponía que debía saberlo. Este hombre, me informó con énfasis innecesario, no era otro que Nikolai Kopelev, Comisario Adjunto del Ministerio de las Artes. Con las gafas puestas, el Comisario levantó la hoja de papel y comenzó a leer.

Su discurso era similar al que Mikhail había pronunciado en la inauguración de *El Descanso de los Trabajadores* de Dmitry. Habló sobre la importancia de que las artes trabajaran en conjunto con la política y la industria para lograr la utopía definitiva, hacia la cual nosotros, como nación de trabajadores, ya estábamos bien encaminados. Sobre cómo la lucha siempre debe continuar, la necesidad de una vigilancia cada vez mayor para protegernos contra el enemigo siempre presente en el interior y el enemigo persistente al acecho en el exterior: los países capitalistas en decadencia, la serpiente fascista emergente. El discurso continuó en esta línea durante un tiempo indeterminado, tanto que incluso mi vecino adulador tuvo dificultades para reprimir algún bostezo ocasional.

Hubo una perturbación a mi izquierda, en algún lugar detrás de mí. —¿Por qué no pueden simplemente sentarse? —murmuró mi vecino a su esposa, sentada a su derecha. Me di la vuelta sin mucho entusiasmo y apenas me percaté de un pequeño grupo de personas que se desplazaba por una fila de asientos. Pero entonces estiré más el cuello y mi corazón dio un vuelco. Debo haber dejado escapar un grito audible porque mi vecino me preguntó si estaba bien. Nuestro misterioso acompañante había desaparecido. En su lugar, sentados, estaban Anna y Rosa, flanqueadas por Rykov y Vladimir.

# Capítulo 29: La ceremonia

El corazón de Vladimir también latía con fuerza. Hace no mucho tiempo, había esperado ganar la mano de Rosa. En cambio, aquí estaba, reteniéndola como rehén. Menuda situación para un joven. Junto a Rosa, estaba la amiga de su tía y, a la derecha de Anna, su jefe. Las circunstancias lo habían forzado a situaciones que lo habían alejado completamente de ella. Y todas esas circunstancias se debían al judío y a ese imbécil en el escenario. Mírenlo, el patán de pelo alborotado, con sus compañeros artistas, todos en fila, esperando recibir sus insignificantes medallas.

¿Y dónde lo dejaba eso con Rosa? En ninguna parte. Bien podrían estar a cien kilómetros de distancia en lugar de sentados uno al lado del otro. Intentó observarla por el rabillo del ojo. Dios, era hermosa, con su cabello negro azabache y sus grandes ojos oscuros. Giró un poco más la cabeza. Rosa lo notó y se volvió para mirarlo. Él sostuvo su mirada, preguntándose cómo pedir perdón con los ojos, pero, avergonzado por su mirada de disgusto, apartó la vista. Vladimir aún no estaba seguro de si Rykov pretendía arrestar a Rosa y Anna, o si simplemente las estaba usando como cebo para Dmitry. A Rykov le gustaba usar rehenes como medio para quebrar a los prisioneros. Vladimir lo había visto por sí mismo; los hombres más resueltos, que podían soportar cualquier número de palizas, solo tenían que ver a un ser querido dentro de los muros de la Lubyanka y se derrumbaban en segundos. Boris, por otro lado, demostró ser el menos decidido de los prisioneros, no es que Vladimir esperara algo diferente del blanquísimo judío. Apenas el matón le partió la mandíbula de un puñetazo y ya estaba confesando. Pero hasta que no supieran qué estaba confesando, tenían que golpearlo más. El bate de goma contra las plantas de los pies le ayudó a recordar. Era, finalmente recordó, un miembro destacado de una conspiración contrarrevolucionaria judía que planeaba asesinar a Stalin y derrocar al Partido. Asombroso lo que aprenden en la universidad estos días.

El día se estaba volviendo más caluroso y Vladimir quería quitarse la chaqueta, pero sabía que no podía. Deslizó la mano en el bolsillo interior y

palpó su revólver. A veces se estremecía ante el grado de poder que le había sido confiado.

En el escenario, Nikolai Kopelev estaba entregando las Órdenes de Lenin a los artistas, estrechando efusivamente la mano de cada uno. Dmitry era el último de la fila. Rosa y Anna aplaudían cuando cada receptor recibía su medalla. Vladimir las imitó, pero cuando Rykov se inclinó hacia adelante y lo miró fijamente a través de las dos mujeres, se detuvo de inmediato. Dmitry tomó su turno, inclinándose ante el Comisario Adjunto, estrechando su mano y recibiendo su premio. Vladimir miró a Anna y notó la energía desafiante con la que aplaudía. Dmitry volvió a estrechar la mano del Comisario y se dirigió hacia la salida del escenario.

Kopelev agradeció al público por su atención y también salió apresuradamente. A su alrededor, la gente recogía sus bolsos y pertenencias y se ponía de pie. Vladimir y las dos mujeres miraron a Rykov.

Inclinándose hacia adelante para hablar con Vladimir, Rykov dijo:

—Bien, llévate a la chica y arréstenlo. Mantenla cerca y si hace alguna estupidez, muéstrale la Mauser. Anna y yo esperaremos aquí.

Vladimir asintió. —Será mejor que tomes mi mano —le dijo a Rosa—. Lo siento mucho, Rosa, de verdad —añadió en voz baja una vez que estuvieron fuera del alcance del oído de Rykov, abriéndose paso entre la multitud errante.

—Supongo que ahora me dirás que nada de esto es tu culpa.

—¿Qué más puedo decir? ¿Crees que quiero hacer esto? —dándose cuenta de que quizás estaba hablando demasiado alto, Vladimir miró a su alrededor nerviosamente y bajó la voz—. Solía pasar noches en vela, con la cabeza llena de ti, nadando en tu imagen. Me dormía soñando con caminar de la mano contigo. Pero nunca, ni en mis sueños más locos, pensé que tendría que ser así.

—Nunca lo dijiste.

Estaban detrás del escenario de madera, cerca de la puerta con el letrero de *Prohibida la entrada*. Vladimir vio al fornido guardia y tiró de Rosa unos

metros hacia atrás. —Rosa, mírame —dijo, bajando aún más la voz—. Puedo arrestar a una persona en un abrir y cerrar de ojos, hombre, mujer, joven o viejo, tengo nervios de acero. Puedo entrar a los mejores restaurantes, comprar lujos que la mayoría ni siquiera sabe que existen, pero cuando se trataba de ti, era como un niño tembloroso.

—¿Estoy bajo arresto?

—No lo sé.

—Vladimir, dímelo.

Pero antes de que pudiera responder, la puerta del escenario se abrió de golpe y allí, frente a él, a unos metros de distancia, estaba Dmitry. Un segundo después, apareció Maria, corriendo hacia Dmitry y lanzándose a sus brazos.

—Maria —susurró Rosa.

Vladimir dio un paso adelante, pero Rosa, aún agarrada a su mano, lo jaló hacia atrás. Vladimir la miró, sus ojos se entrecerraron con determinación y, por un brevísimo instante, volvió a ser policía. Pero la expresión asustada de Rosa lo detuvo en seco.

—Ayúdales —articuló sin hablar, apretando sus manos aún más fuerte.

Vladimir la miró fijamente, su mente dando vueltas con imposibilidades. Bajó la mirada a sus manos, sus dedos, humedecidos por el sudor, entrelazados. De repente se sintió muy pesado mientras sus entrañas se revolvían dentro de él. Se dio cuenta de que nunca había tenido que tomar realmente una decisión, al menos no una *moral*; la palabra nunca le había preocupado. Las cosas se decidían por él, las circunstancias siempre habían dictado el curso de su vida. Si no las circunstancias, entonces Rykov. Toda su vida se había bañado en la crueldad. Es lo que lo hacía tan malditamente bueno en su trabajo. Crueldad y lealtad. Y ahora Rosa lo estaba obligando a cuestionar a sus dioses gemelos. Su mente se disparó a un recuerdo. Estaba en la escuela con su hermano mayor, a quien le habían dado un puñetazo en la nariz. Vladimir tuvo que usar todo su poder de persuasión para obligar a su hermano a decir quién era el torturador. Una vez que obtuvo el nombre, Vladimir se acercó a él y exigió una disculpa. El chico mayor y más grande

se rio de él. No se rio por mucho tiempo. Ese día fue un punto de inflexión en la vida del joven Vladimir; el día en que se dio cuenta de la profundidad de su coraje y fuerza, una fuerza que a menudo rayaba en la crueldad, y pronto la abrazó en sus muchas formas brutales.

—Quédate aquí —le dijo—. No te muevas hasta que vuelva por ti. —Se dirigió con paso firme hacia Dmitry y Maria, que aún se abrazaban, absortos en su propio mundo. Fue Dmitry quien lo vio primero, dejando caer los brazos, con una expresión cargada de presagio. Maria siguió su mirada y, al ver a Vladimir, su rostro palideció.

—¿Así que no vas a dejarme disfrutar de mi momento de gloria? —dijo Dmitry.

—Tengo a Rosa conmigo.

Maria miró a su alrededor y la vio, de pie a solo unos metros de distancia.

—Me seguiréis —dijo Vladimir—. Rápido, doblad la esquina. —Había algo en su voz que hizo que Dmitry y Maria obedecieran sin dudar. Una vez fuera del alcance del hombre corpulento en la puerta del escenario y lejos de Rosa y de los transeúntes, Vladimir habló, con su rostro a escasos centímetros del de Dmitry—. Puedo daros una hora, no más.

Dmitry y Maria intercambiaron miradas. —¿Qué quieres decir?

—Escondeos, salid de Moscú, largaos de aquí, me da igual, pero si no actuáis ahora, no tendréis otra oportunidad.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Dmitry.

—Eso no importa. Tendrás que golpearme.

—¿Qué?

—Fuerte. —Vladimir se enderezó y se preparó.

—¿Me estás pidiendo que te golpee, a ti, un hombre del NKVD? Esta es el tipo de oportunidad por la que la mayoría pagaría gustosamente.

—Hazlo de una vez —dijo Vladimir entre dientes.

Dmitry lo golpeó.

Vladimir se tambaleó. Se llevó la mano a la boca y miró el hilo de sangre en sus dedos. —Otra vez.

Dmitry obedeció.

Esta vez, Vladimir casi cayó, pero logró mantenerse en pie. La sangre manaba de su nariz. Sonrió. —Eso bastará —dijo—. Ahora idos.

Dmitry hizo ademán de acercarse, para ofrecer su agradecimiento, pensó Vladimir, para estrecharle la mano. Pero Vladimir se dio la vuelta bruscamente y regresó por donde había venido.

*

Vladimir encontró a Rosa donde la había dejado; no se había movido ni un centímetro. Obviamente esperaba ver a su tía y a Dmitry detrás de él. Sus ojos se abrieron con incredulidad al darse cuenta de que Vladimir estaba solo. —Se me escaparon —dijo, sosteniendo un pañuelo contra su labio sangrante.

Rosa abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Vladimir le tomó la mano y la guió de vuelta hacia el frente del escenario, donde Rykov los estaría esperando. Vladimir caminaba rápidamente y Rosa tiró de su mano para que aminorara el paso.

Poniéndose a su lado, susurró: —Gracias. —Él la miró de reojo y le guiñó un ojo.

# Capítulo 30: El apartamento

Tuvimos que esperar tanto tiempo por un tranvía; parecía que todo Moscú estaba en movimiento y, debido al festival, había menos tranvías de lo normal. Cada minuto que esperábamos, sentíamos como si nuestro futuro se nos escapara. No podíamos hablar, apenas podíamos mirarnos. Vladimir nos dijo que teníamos una hora para escapar. Una hora. Qué fácilmente podemos distorsionar el tiempo. Pero por mucho que lo distorsionemos, no podemos controlarlo, hace exactamente lo contrario de lo que uno quiere. Justo cuando uno quiere detenerlo, los segundos y minutos pasan volando como un arroyo desbordado. Así es como me sentía ahora mientras miraba calle abajo y deseaba que llegara el tranvía. Esperaría felizmente horas por cada futuro tranvía, con tal de que este llegara ahora. El calor del sol se asentaba en nuestras espaldas. Una breve frase había sido suficiente para decidir adónde teníamos que ir. No llevaba conmigo mi pasaporte interno. Si íbamos a escapar de Moscú, tenía que tenerlo. Pero entonces, ¿adónde? Dmitry pensó que tenía una solución, un viejo conocido que le debía un favor. Podríamos imponernos por un día o dos antes de escabullirnos silenciosamente de la ciudad. Nuestros apartamentos pronto serían inseguros para regresar. Los ojos omnipresentes del NKVD impedirían nuestro regreso. El futuro de repente parecía un lugar aterrador. ¡Qué desagradable es no tener idea de dónde uno podría estar en una semana! ¿Un mes? ¿Un año? ¿Cómo empezaríamos de nuevo? Conocía la sensación; ya lo había pasado una vez. Esa existencia que todo lo consume cuando uno vive de un día para otro, sin saber nunca qué infortunio acecha a la vuelta de la esquina, sin poder confiar en nadie, demasiado asustado para mirar a la gente a los ojos por temor a traicionarse. Y aún así, no había tranvía ni forma de regresar a mi apartamento. Quería vomitar; me sentía tan débil. Dmitry tomó mi mano, su palma húmeda de sudor. Éramos tan impotentes el uno como el otro. La imagen de dos niñas pequeñas cruzó por mi mente.

Cuando finalmente se acercó nuestro tranvía, casi lloré de alivio. Ya habíamos perdido veinte minutos; el viaje tomaría otros veinte minutos, posiblemente hasta treinta. Éramos los primeros en la cola, pero se había reunido un número de personas detrás de nosotros en la parada. Dmitry y yo

nos estiramos, decididos a mantener nuestro lugar. El tranvía se detuvo y estaba lleno. Tuvimos que luchar y abrirnos paso para entrar. La gente nos maldecía, trataba de bloquearnos el paso, intentaba empujarnos fuera. Quería gritar, quería arañar sus feos rostros contorsionados con mis uñas. Juntos, con la fuerza de la gente detrás de nosotros, nuestra determinación proporcionó el impulso y logramos subir. Nos aferramos, casi cayéndonos por la parte trasera, mientras el tranvía aceleraba de vuelta hacia el centro de la ciudad.

*

Subimos corriendo las escaleras hacia mi apartamento. Solo cuando estaba abriendo la puerta del apartamento, me di cuenta de lo vacío que estaba el edificio. Todos estaban fuera, disfrutando del sol, disfrutando del día festivo. O eso, o estaban esperando un tranvía. Miré mi reloj. Nos había tomado casi una hora desde que dejamos a Vladimir hasta llegar aquí. ¿Qué tan preciso estaba siendo cuando dijo una hora? ¿Sabrían venir aquí? Imaginé el Maria Negro acelerando por la ciudad, frenando con un chirrido frente al edificio de Dmitry. Podía verlos rompiendo su puerta y luego, al encontrarlo vacío, volviendo al coche.

—¿Dónde está? —preguntó Dmitry.

—Aquí, en el aparador —abrí el cajón donde Petrov y yo guardábamos todos nuestros documentos oficiales: permisos de trabajo, cartillas de racionamiento, su carnet del Partido, carnet sindical, varios pases... y nuestros pasaportes internos.

—¿Y bien?

—Yo... no lo veo.

—¿Cómo que no lo ves?

Se me revolvió el estómago al darme cuenta de que mi pasaporte no estaba allí. Desesperadamente, rebusqué entre todos los montones de papeles, descartándolos apresuradamente y arrojándolos al suelo. Sentía que las fuerzas me abandonaban con cada segundo que pasaba. Me volví hacia él, con lágrimas en los ojos, y dije:

—No está aquí —sentí como si estuviera pronunciando mi propia sentencia de muerte.

—Por el amor de Dios. ¿Dónde más, entonces? ¿Qué hay de los otros cajones?

Abrí el siguiente cajón con tanta prisa que cayó al suelo, derramando su contenido. Dmitry se arrodilló, esparciendo papeles en su búsqueda desesperada del familiar librito azul. Revisé el último cajón, lleno de cartas e informes de trabajo de Petrov, actas, órdenes y memorandos. Estaba agotada, me palpitaba la cabeza y mis ojos se nublaban por las lágrimas y el pánico. Quería acurrucarme en una bola, cerrar los ojos y fingir que no estaba viviendo esta pesadilla.

—Prueba en el dormitorio —me urgió Dmitry.

Me enderecé, jadeando, debilitada. Temía que estuviera a punto de desmayarme.

—No estará allí —dije sin aliento.

—Bueno, tiene que estar en alguna parte —gritó Dmitry—. Piensa, Maria, por el amor de Dios, piensa.

—Lo estoy intentando, pero... pero... Petrov lo ha escondido —noté que me había referido a él en presente.

Vi cómo el color desaparecía de las mejillas de Dmitry.

—En ese caso, estamos perdidos.

—No, espera. El colchón —y sí, efectivamente, allí estaba, debajo del colchón.

—Oh, gracias a Dios —dijo Dmitry.

Fue en ese momento cuando oímos los golpes en la puerta.

*

Momentos después, me encontré forcejeando con el pestillo de la ventana. Mi yo interior parecía haber abandonado ya mi cuerpo y estar mirando desde arriba, observándome, viendo cómo Dmitry me apartaba de la

ventana tirando de mi cintura, con mis brazos agitándose y mi rostro enrojecido contorsionado por el miedo y la ira. Sus palabras me llegaban a través de una niebla confusa, palabras que en la superficie sonaban como una tranquila seguridad, pero que en realidad no podían ocultar su propio terror. Estábamos en un cuarto piso, me dijo con urgencia; si saltaba, saltaría hacia mi muerte. ¿Me importaba? Le escupí entre dientes apretados.

Mi yo interior se reconectó con mi caparazón exterior en el momento en que la puerta se abrió de golpe y allí, frente a nosotros, había cuatro personas sin aliento, lo que, en una habitación tan pequeña, constituía una pequeña multitud. Me tomó unos momentos que mis ojos vidriosos se ajustaran. Detrás de Rykov y Vladimir estaban Rosa y una Anna con aspecto desaliñado.

Anna había envejecido y parecía estar envejeciendo mientras la miraba.

—Buenas tardes, camaradas —dijo Rykov, quitándose el sombrero cortésmente—. Qué agradable volver a verla, Maria Radekovna.

Vladimir había cumplido su palabra y nos había dado una hora, casi al minuto. Intenté captar su mirada, pero él la evitaba a propósito, girando la vista de un lado a otro, mirando a cualquier parte menos a mí o a Dmitry. De alguna manera, me sentí avergonzada; avergonzada de que, habiéndosenos concedido el regalo de esa hora, le habíamos fallado. Pero a diferencia de él y su jefe, nosotros no teníamos el lujo de un coche. Rosa se escondía detrás de él, con un mechón de su cabello negro cayendo sobre sus ojos. Qué hermosa se veía, pero tan indefensa.

Con las manos en los bolsillos de su abrigo ligero hasta las rodillas, Rykov se empeñó en dar vueltas alrededor de Dmitry, quien permanecía como una estatua en medio de la sala.

—Así que este es el famoso Dmitry Kalinin, condecorado con la Orden de Lenin por su contribución al avance del arte socialista y el realismo socialista, miembro fundamental de la Asociación Rusa de Artistas Proletarios y, nada menos, el hombre que tiene la osadía de golpear a un oficial del NKVD. Eso requiere agallas. Lo saludo, camarada Kalinin. Me disculpo por haber traído a su hermana aquí, y Maria, por traer a Rosa.

Aunque tú y yo, jovencita —dijo, dirigiéndose a Rosa—, tenemos nuestros propios asuntos que discutir.

Rosa palideció, retrocediendo contra la puerta de entrada. Anna se paró a su lado y le tomó la mano. Las dos mujeres nunca se habían conocido antes de hoy, pero es extraño, pensé, cómo las circunstancias pueden unir.

Rykov continuó, aún orbitando alrededor de su presa.

—Y qué triste es que la asociación ya no exista. La División Este de Moscú, ciertamente, es cosa del pasado. Una asociación tan austera, ¿quién hubiera pensado que resultaría ser solo una fachada? —Notó que las cejas de Dmitry se alzaban—. Sí, camarada Kalinin, me escuchó correctamente: una fachada para la agitación y propaganda antisoviética. Su colega, el camarada Mamontov, lo soltó todo, y luego su viejo amigo Mikhail está, mientras hablamos, confirmándolo todo. No podía esperar para contarnos todos los repugnantes y traidores detalles.

—Mentiras —gruñó Dmitry. Mi corazón se detuvo un momento ante su descaro.

—Bueno, eso diría usted, ¿no? Pero es sorprendente cuántas veces surgió su nombre. Una y otra vez, ¿no es así, camarada Vladimir?

Vladimir no respondió, asumiendo, como yo lo había hecho, que era una pregunta retórica.

—He dicho, ¿no es así, camarada Vladimir?

—Sí... sí, jefe.

Me di cuenta en ese momento de que estaba tan nervioso como el resto de nosotros; solo Rykov estaba disfrutando, saboreando el momento de la captura.

Rykov luego me rodeó; como el Diablo a mis espaldas.

—Y usted, Maria Radekovna. Qué vacío está su bloque hoy. Piense en lo decepcionados que estarán sus vecinos cuando se den cuenta de la emoción que se han perdido. Vi a su marido hace solo unos días, ¿lo sabía? No, claro

que no, ¿por qué debería saberlo? Estaba tendido en la fría losa, su cuerpo tan blanco como la nieve, el pobre diablo.

Rykov se detuvo entonces y nos encaró.

—Cuántas preguntas tengo para ustedes dos.

—No tenemos nada que decir —dijo Dmitry.

Lo que sucedió después ocurrió tan rápido que no me di cuenta hasta más tarde de cuánto grité. Rykov sacó su revólver del bolsillo de su abrigo y lo estrelló de lado contra la cara de Dmitry. Dmitry se echó hacia atrás, tropezando conmigo, usando el aparador para mantener el equilibrio. Anna y Rosa se derrumbaron en los brazos de la otra buscando apoyo; Vladimir dio un paso adelante como si respaldara a su jefe. —Perro inmundo, bastardo traidor —vociferó Rykov, apuntando el revólver al pecho de Dmitry—. Crees que puedes enfrentarte a mí, pero cuando termine contigo, estarás suplicando que la muerte venga a liberarte. —De repente, se giró hacia Anna y Rosa, y disparó. Anna y Rosa gritaron mientras caían al suelo. El yeso de la pared cayó sobre ellas, salpicando su cabello. Dmitry intentó moverse, pero Vladimir también había sacado su arma y lo tenía en la mira.

—La próxima vez —dijo Rykov sin aliento—, la próxima vez apuntaré a su corazón. Cinco segundos. Te doy cinco segundos para que saques tu trasero por esa puerta. —Retrocediendo, levantó el revólver y apuntó directamente a Rosa—. Uno...

Rosa yacía acurrucada en el suelo, gimoteando, con los brazos de Anna envolviéndola, un enredo de piernas extendiéndose debajo de ellas, sus rostros presionados uno contra el otro, sus lágrimas mezclándose. Miré a Dmitry, sus ojos fijos en Rykov, su boca abierta de par en par.

—Dos... —Mi vida había llegado tambaleándose a este momento. Mi nombre es Matrena. Me santiguo, no una, sino dos veces. Una por cada niña. Las niñas no sufrieron dolor ni angustia, una transición fácil de esta vida miserable a la siguiente, sin un sonido, ni siquiera un gemido. Pobres, pobres niñas patéticas, nunca sintieron nada; nunca lo supieron.

—Tres... —El viento silba afuera, la luz se desvanece, ahogando lentamente el interior en oscuridad. El mundo se siente muerto, nuestra existencia

olvidada. Esperaba que mi corazón estuviera latiendo con fuerza, pero en cambio, se había ralentizado tanto que me preguntaba si latía en absoluto. No puedo recordar cómo se veían; mi mente, en un esfuerzo por protegerse, ha olvidado convenientemente los detalles. Pero cuán pesados eran esos sacos de arpillera con su lúgubre contenido mientras los arrastraba afuera y hacia el bosque. Viktor había cavado un hoyo para mí. Estaba débil, pero era mayo, la tierra estaba blanda. Nunca dijo una palabra ni me preguntó nada. Sola, las bajé a la tumba, me arrodillé y dije una oración. Recé para que Dios se diera cuenta de que al negarles su existencia, las había salvado de más tormento. No habían conocido más que miseria en sus cortas y patéticas vidas. Que Él me perdone.

—Cuatro... —No lloré durante meses. La supervivencia y la autopreservación nunca me permitieron el lujo de las lágrimas. Fue solo cuando me había instalado en mi nueva identidad, cuando estuve sola por primera vez dentro del calor y la seguridad de estas cuatro paredes sólidas; cuando, por primera vez, pude mirarme en un espejo y no esperar una sombra detrás de mí; cuando finalmente había dejado de correr y esconderme por turnos, fue entonces cuando lloré. Y cómo lloré.

—Cinco...

Estoy llorando ahora y creo que nunca pararé.

—Baja el arma. —Las palabras, pronunciadas tan quedamente, se sintieron como si se hubieran filtrado a través de las tablas del suelo.

—¿Qué demonios...? —Rykov se dio cuenta y miró incrédulo a su asistente. Vladimir había girado su arma de apuntar a Dmitry a apuntar ahora a su superior.

Rosa se incorporó un poco, su rostro empapado, sus ojos abriéndose de par en par. —¿Vladimir? —dijo en un susurro desconcertado.

Vladimir mantuvo la mirada fija en Rykov, con la mano temblando ligeramente. —He dicho que baje su arma, jefe.

La expresión de incredulidad en el rostro de Rykov se desvaneció en un instante cuando estalló en carcajadas. —Eres un... un estúpido imbécil —dijo entre risotadas—. Qué demonios...

Dmitry, apoyado sobre la punta de los pies, miraba de uno a otro, sin saber cómo reaccionar.

Rykov aún apuntaba con su arma a Rosa. —La mataré, ¿y entonces qué harías? ¿Matarme? No tendrías las agallas, no podrías... —Se interrumpió, dándose cuenta de que había instruido al muchacho a su propia imagen, que quizás su joven sombra sí tenía las agallas necesarias. Su brazo, aún apuntando a Rosa con el arma, se aflojó un poco mientras intentaba una táctica diferente—. ¿Y cómo crees que te saldrías con la tuya? No puedes matarme y hacer desaparecer mi existencia. Vladimir, no hemos llegado tan lejos juntos para que termine así. Vladimir, Vladimir...

El brazo de Rykov se tensó. Vladimir lo notó. Un arma se disparó. Grité cuando el disparo resonó y rebotó en las cuatro paredes.

Vladimir casi se desmayó al darse cuenta de lo que había hecho. Rykov yacía en el suelo hecho un ovillo, con las manos aferradas al estómago, incapaz de detener la sangre que brotaba entre sus dedos, su revólver a unos centímetros de distancia. Qué rápido fluía la sangre, empapando su camisa, formando un charco en el suelo. Sus piernas temblaban violentamente, sus ojos se pusieron en blanco.

Acurrucadas en un rincón, cerca de la puerta principal, Rosa y Anna lloraban histéricamente, aferrándose la una a la otra en busca de apoyo, mientras Dmitry y Vladimir permanecían de pie sobre Rykov, observando cómo sus dedos se abrían y cerraban. Yo me había apoyado contra la ventana, con las manos cubriéndome los ojos para no ver la escena que tenía delante.

A través de mis dedos, vi a Dmitry apartar de una patada el arma del alcance de Rykov. —No está muerto —le oí decir a Vladimir.

Vladimir asintió. —¿Qué hacemos?

—Bueno, no podemos dejarlo aquí.

—Y no podemos llevarlo a ningún lado.

La conclusión, por horrible que fuera, era obvia. Todos lo sabíamos. Rosa se separó de los brazos de Anna y se puso de pie con dificultad. —Tenemos

que llevarlo a un hospital.

Vladimir negó con la cabeza. —No, no vivirá tanto.

—¿No podríamos simplemente dejarlo? —preguntó Anna.

—Demasiado arriesgado —dijo Vladimir. Miró su mano y observó su revólver como si se sorprendiera de encontrarlo allí. Dio un paso hacia la figura desplomada de Rykov y se arrodilló a su lado.

—¿Vladimir? —dijo Rosa—. ¿Qué... qué estás haciendo?

Colocó el cañón del arma contra la sien de Rykov, con el sudor brillando en su frente. Tomó aire profundamente, se preparó y presionó con fuerza el cañón contra la piel.

Anna se cubrió el rostro con las manos. Dmitry rodeó con el brazo los hombros de Rosa, y esta hundió la cabeza en su pecho. Solo yo observaba atentamente, apenas atreviéndome a respirar.

Podía ver el temblor en la mano de Vladimir. Con cada segundo que pasaba, mientras la respiración dificultosa de Rykov se hacía más audible, el temblor de Vladimir empeoraba. Entonces, de repente, se puso de pie y se dio la vuelta con frustración, con los ojos llenos de lágrimas. El momento había pasado; nada lo haría volver. Pero el problema persistía.

Me persigné, una sola vez. Vladimir estaba frente a mí mientras me acercaba. Extendí la mano, pero le tomó unos segundos entender lo que quería. Me pasó el revólver. Qué pesado se sentía, y qué grande en la pequeñez de mi mano.

Dmitry se acercó a mí.

—No, María.

Lo miré fijamente. Cuánto habíamos avanzado en tan poco tiempo. Ya ni siquiera estaba segura de si había sido lo correcto. Pero ahora estaba hecho y era demasiado tarde para cuestionarlo. Su mente, estoy segura, vagaba por el mismo territorio. Se hizo a un lado.

Siguiendo el ejemplo de Vladimir, coloqué el cañón contra la sien de Rykov. No podía permitirme dudar. Por un momento, creí ver que Rykov

abría los ojos.

Pero solo por un momento.

# Epílogo: Moscú, 29 de febrero de 1992

Cuatro muertes. Pero la historia, como dicen, es un país extranjero, así que, ¿quién era yo para juzgar?

Maria miró su reloj. —Vaya, ya es de noche, debéis estar hambrientos y cansados después de escuchar todo el día mi horrible historia...

—No, no, para nada —dijo Caroline.

—Sí, pero debo comer. Irina me deja algo, pero no es suficiente para todos nosotros.

—No te preocupes —dije—. Nos iremos ahora. Pero, ¿puedes decirnos qué hicisteis con el... el cuerpo?

—Dmitry y Vladimir lo escondieron en el armario cerrado del dormitorio y Anna y Rosa limpiaron las pruebas, eso es lo que puedo recordar. Pero los detalles se me escapan. ¿Lloré, me hice un ovillo, recé? No lo sé. Todo lo que veo es el arma en el suelo de madera, la luz de la ventana reflejándose en su cañón.

—Sabes, pasaron muchos días antes de que lo encontraran. Y cuando lo hicieron, cientos de personas fueron arrestadas. Al final, encontraron a su chivo expiatorio y lo declararon culpable y lo fusilaron. Pero aun así, cientos de otros también murieron. Pero nosotros cinco —Anna, Rosa, Vladimir, Dmitry y yo—, todos escapamos. Pero como cinco personas, nunca volvimos a vernos juntos. Todos nos convertimos en nuevas personas con nuevas historias. Vladimir y Rosa desaparecieron en una dirección, Dmitry y yo en otra. Solo Anna permaneció aquí en Moscú.

—Vladimir y Rosa, me enteré muchos años después, se casaron pero no duró. Qué pasó con Vladimir, no lo sé. Rosa se volvió a casar en 1946 pero eso tampoco duró. Después de la guerra, las sospechas y la paranoia de antes de la guerra volvieron, y fue arrestada y condenada a diez años. Si alguna vez sobrevivió al Gulag, nunca lo sabré.

—Pobre Rosa.

—Sí, nacida en el año de la Revolución. Solo Anna encontró algo de paz. Rearmó los pedazos de su vida y se casó con Mikhail en 1940.

—¿Mikhail? ¿El patrón de Dmitry?

—Sí. Él tuvo suerte. Solo cumplió cinco años en el gulag. Cuando regresó, su esposa e hijos habían desaparecido. Juntos, él y Anna vivieron la vida de buenos proletarios: humildes y cautelosos pero contentos. A veces, ella le escribía a Dmitry y a mí. Su última carta llegó en 1953, el año de la muerte de Stalin. Me contó sobre el arresto y el exilio de Rosa y me hizo sentir triste; era como si estuviera escribiendo sobre una amiga que pasaba. Ella y Mikhail seguían viviendo felices juntos.

—¿Qué pasó con Dmitry y contigo?

—Dmitry y yo nos movíamos de pueblo en pueblo, tratando de vivir, haciendo trabajos donde los encontrábamos, a cambio de refugio y comida. Nos casamos. Tuvimos un hijo, un varón. El sueño de Dmitry era volver a pintar. Pero en 1941, en vísperas de la guerra, trabajaba en una fábrica de municiones. Y con la guerra, lo reclutaron en el ejército —hizo una pausa por unos momentos y sus dedos juguetearon con el broche de martín pescador en su cárdigan—. Dmitry, tu abuelo, Richard, murió en las calles de Stalingrado en el cuarenta y tres.

Caroline y yo intercambiamos miradas.

Mi abuela continuó: —No hace mucho, pinté una copia de *El Descanso de los Trabajadores*. La galería local incluso la exhibió por mí. ¡Imagínense cuán orgulloso habría estado Dmitry! Un coleccionista la vio y regresó al día siguiente con el original. En un momento de sentimentalismo, me obsequió la pintura de Dmitry como regalo. Por eso la ven ahora, después de todos estos años —seguí su mirada y contemplé la pintura—. Mírala. La conozco tan bien, pero detrás de su máscara, no es más que una extraña. Pero yo sigo aquí y la Unión Soviética está muerta. Dos revoluciones, dos vueltas de una rueda gigantesca... —dijo algo en ruso, sus palabras perdiéndose.

Caroline se inclinó hacia adelante, tomó su mano y le habló en su lengua materna.

—Deben odiarme ahora —dijo Maria, buscando en el bolsillo de su cárdigan su pañuelo—. Todas esas cosas, esas cosas terribles...

—No —susurró Caroline—, por supuesto que no.

—¿No?

—Caroline tiene razón, ¿qué más podrías haber hecho? No podemos imaginar cómo fue, pero lo entendemos, abuela...

—*¿Abuela?* —Me miró a través de una neblina de lágrimas y tragó saliva —. Me llamaste... gracias, gracias, Richard.

*

Veinte minutos después, Caroline y yo estábamos fuera del bloque de apartamentos, de pie en la nieve, respirando el frío aire nocturno. Más allá del débil rumor del tráfico, todo parecía tan silencioso. Teníamos hambre y el viento entumecedor azotaba nuestros rostros, pero no podíamos movernos. Era como si necesitáramos tiempo para aclimatarnos al presente antes de lanzarnos al frenesí del sistema de metro de Moscú. Alcé la vista hacia el bloque que se alzaba sobre nosotros en la oscuridad y mis ojos escudriñaron las luces del cuarto piso. En algún lugar, detrás de una de esas ventanas, estaba sentada mi abuela. La imaginé en su sillón de cuero, con una bandeja sobre las rodillas, comiendo la cena que Irina le había dejado, viendo las noticias en la televisión. En unas horas, debíamos estar en el tren nocturno a San Petersburgo. No tenía elección. Deseaba tanto volver a subir, verla una última vez, escuchar mi nombre pronunciado como *Rich-hard*, besarla para despedirme de nuevo. La idea de dejarla atrás, de abandonar esta maravillosa ciudad, me desgarraba. Ella era parte de mí, la única familia que me quedaba. Durante tanto tiempo, había vivido sin el consuelo de una familia. Era fuerte, independiente, totalmente autosuficiente. Pero ya no. Cuarenta y ocho horas y todo se había puesto patas arriba. Habiéndola encontrado, no quería irme, no quería estar solo nunca más. La idea de volver a Londres con ella tan lejos, con solo la taciturna Irina como compañía, era insoportable. Me imaginé comprándole regalos de Navidad y escribiendo el nombre *Abuela* en la etiqueta. Quería hacer sus compras por ella, aparecer sin avisar, solo para ver si estaba bien.

—Vamos, Richard, tengo frío.

—Caroline, ¿qué os estabais diciendo la abuela y tú en ruso? —Me sorprendí de lo fácil que me resultaba decir *abuela*.

Se ajustó las orejeras del gorro contra su cara. —¿Cuándo?

—Esta mañana, cuando las dos os reísteis. Te pregunté qué decíais y me dijiste que era un secreto.

—Ah, eso. —Sonrió.

—¿Y bien?

—No te preocupes, te lo diré más tarde. —Empezó a alejarse de mí.

—No. Dímelo ahora. —La observé mientras se detenía bajo el resplandor de una farola y se giraba, sus manos enguantadas aferrando su bufanda bajo la barbilla, su sombra extendiéndose hacia mí. El haz de luz, que iluminaba la nieve que caía, incidía en ángulo sobre su rostro.

—Richard, ¿sabes qué día es hoy?

—¿Veintinueve de febrero, por qué?

—Exacto, un año bisiesto —me recordó Maria. Pero le dije que ya iba a hacerlo —esta noche, en el tren.

Mientras me acercaba a ella, creí ver una figura en una de las muchas ventanas del cuarto piso. —¿Qué ibas a hacer ya?

Me atrajo hacia ella y me besó, nuestros rostros fríos se tocaron, nuestros labios entumecidos se descongelaron bajo el calor de nuestro contacto. —Richard —susurró—, ¿te casarás conmigo?

*

Maria se sentó junto a la ventana y los observó. Sonrió mientras se abrazaban y se besaban, sus sombras extendiéndose sobre la nieve recién caída. Los vio alejarse lentamente. Por un momento, creyó ver a Richard mirar hacia arriba. Saludó con la mano, pero él no la vio. Su mano permaneció suspendida en el aire mientras doblaban la esquina de la manzana vecina. Y luego desaparecieron.

Se puso de pie y, apoyándose en la mesa, se arrastró de vuelta a su sillón. Se sentó con un suspiro. Todo requería tanto esfuerzo. Eran las seis y se sentía exhausta. Revivir aquellos eventos la había agotado. Debería ir a la cocina y poner la comida de Irina en el microondas. Pero aún no.

Qué diferente era Richard de su padre; mucho más amable, más compasivo. Siempre había querido contarle a su hijo la historia de su vida, pero él formaba parte de esa generación rusa que no quería saber. Stalin era historia y él, como tantos otros, estaba demasiado ocupado viviendo el presente soviético sin tener que enfrentarse al pasado. Había temido que Richard fuera igual. Pero no lo era. Lo supo en segundos cuando entró en el apartamento. Richard, sabía ella, escucharía. Su presencia aún llenaba la habitación, podía olerlos, casi tocarlos. Parecía extraño pensar que aún estaban a poca distancia de su apartamento, pero se alejaban caminando. Y cada paso los llevaría más lejos de ella. Estaba sola de nuevo.

Durante sesenta años había esperado para contarle a alguien que una vez vivieron dos niñas pequeñas. Dos niñas pequeñas que, ocasionalmente, aún la saludaban por las mañanas cuando sus sueños se desvanecían; dos rostros sonrientes que aún la llamaban *Mama*. El anhelo nunca desaparecía y, después de todo este tiempo, aún pensaba en ellas todos los días. Solía tratar de imaginar cómo serían con el paso de los años, de niñas pequeñas a mujeres jóvenes. Pero ahora, prefería simplemente recordarlas como eran, atrapadas para siempre en ese instante en que el nombre de Stalin era tan irreal y etéreo como Dios mismo. Dios, cómo las extrañaba, aún.

Y también lo echaba de menos. El cuadro de Dmitry la miraba fijamente. Ya no le producía placer; todo era de hace demasiado tiempo. Quizás, le pediría a Irina que se lo enviara por correo a Richard en Londres. Podría ser un regalo de boda. Pobre Dmitry, a menudo se preguntaba cuánto la había amado realmente. Cuánto más fácil habría sido la vida para él si nunca se hubieran conocido. Extendió la mano hacia la mesa y cogió el oso de madera. Pasó los dedos por los contornos tallados de su cuerpo y presionó suavemente el dedo contra el filo de los dientes. Abrió la tapa. La botella vacía seguía dentro, y dentro de la botella, aún quedaba un ligero rastro del perfume que, durante tantos años, había permanecido atrapado en su interior. Sonrió mientras el tenue aroma le traía el recuerdo:

*—Qué osito tan gracioso.*

*—¿Gracioso? A mí me parece bastante feroz. ¡Grrl!*

*—Eso suena más a león.*

*—En cualquier caso, el perfume es para recordarte cuánto te amo.*

*—¿Y el oso...?*

*—¿El oso? Bueno, está ahí para protegerte, por supuesto... para siempre.*

El perfume se había desvanecido hacía mucho tiempo, pero el oso... Bueno, seguía allí; aún protegiéndola.

**FIN**

# Una nota del autor

¿Te gusta la ficción histórica? Comienza aquí tu próximo viaje inolvidable.

## *La Serie de Amor y Guerra*

**Ficción histórica con corazón y drama.**

Novelas intensas y llenas de emoción ambientadas en los años más oscuros del siglo XX.

## La saga de los Searight

**Una familia. Tres generaciones. Tres historias épicas.**
Un soldado. Una enfermera. Una historia de amor que resuena a lo largo del siglo. Ficción histórica en su máxima expresión… Tres novelas cautivadoras que siguen el destino de una familia desde la Primera Guerra Mundial hasta el inicio del nuevo milenio.

No dudes en contactarme por correo electrónico: rupert@rupertcolley.com.

Detalles completos: **https://rupertcolley.com/international/spain/**